VOL. 2 Nº 22 MARZO 1955

Más allá

100.000 veces MAS GRANDE

el microscopio electrónico revela la estructura de la materia

REVISTA MENSUAL DE FANTASIA CIENTIFICA

AÑO 2 Nº 22
MARZO 1955

más allá

DE LA CIENCIA Y DE LA FANTASIA

REVISTA MENSUAL DE AVENTURAS APASIONANTES EN EL MUNDO DE LA MAGIA CIENTIFICA

NUESTRA PORTADA

La lucha a muerte entre antibióticos y gérmenes: un bacilo destruído por la estreptomicina.

sumario

novela completa

LOS UNOS, por BETSY CURTIS
Las mujeres hermosas atraen a los fantasmas del espacio 124

cuentos

TALENTOS RAROS, S. R. L., por ROBERT SHECKLEY
La lógica del secreto desaparece con la publicidad 4

LA AVISPA, por RICHARD WILSON
El cosmos entero aguarda la decisión del hombre 43

UNOS PASOS DETRAS DE EL, por JOHN WYNDHAM
El autor de "El día de los Trífidos", en un cuento de... huella indeleble 68

CIUDADES SILENTES, por RAY BRADBURY
El orgullo de la perfección no conduce sino a la soledad absoluta. 94

LOS MONSTRUOS DEL DORMITORIO por JOHN JAKES
Apriete la palanquita, surge una habitación... ¿y luego? 104

EL SALTO, por JULIÁN DE CÓRDOBA
Al devorar, uno olvida su propio talento 79

MENSAJE COSMICO, por EANDO BINDER
La alarma del infinito encerrada en un enigma astronómico 114

aventuras de la mente

CONQUISTADOR DEL MICROMUNDO 20
EL FIN DEL MUNDO, por KENNETH HEUER
IV parte 52

novedades cósmicas

CORRESPONDENCIA: Proyectiles dirigidos y respuestas científicas .. 84

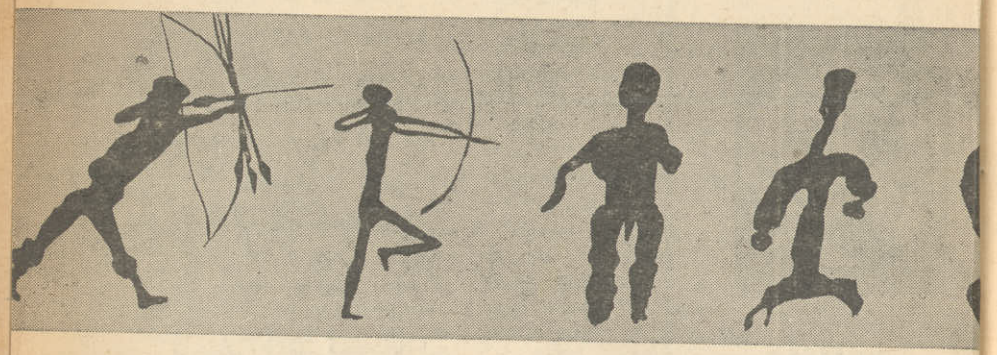
ESPACIOTEST 66

NUESTROS HERMANOS LOS PROTOHOMBRES (Editorial) 2

Redacción y Administ.: Editorial Abril S. R. L., Av. Alem 884, Bs. As., Rep. Argentina

editorial

nuestros hermanos los protohombres



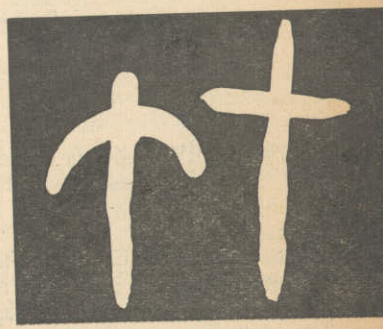
HACE 13.000 años, los hombres tuvieron que protegerse de los hielos, que lentamente invadían la superficie de la tierra, y se refugiaron en cuevas. Salían con arcos y flechas, para cazar animales, y en las largas horas de inacción decoraron las paredes toscas de sus habitaciones, con dibujos que les recordaban sus rapiñas y las cosas que los rodeaban. Algunas muestras de aquellas primitivas obras de arte están reproducidas en estas páginas; y nos llena de emoción observar cómo en ellas el artista de hace miles de años pudo captar con la escueta sencillez de unas someras líneas el movimiento rápido de los animales perseguidos y las contorsiones del cazador en acción, y de manera especial, cómo pudo simbolizar al hombre, con unos trazos labrados con sus instrumentos en la tosca pared de la caverna, hasta reducirlo al mínimo de elementos, al símbolo de los símbolos, a dos líneas en cruz.

La fuerza expresiva de estas obras maestras es insuperable, y para nosotros estas silwetas son tan significativas como los frescos de Miguel Angel, las murallas de los Incas, o la arquitectura vibrante de las inmensas centrales hidroeléctricas. La vida que palpita y se manifiesta con vehemencia en estas expresiones gráficas es la misma que canta en los poemas homéricos, la misma que retumba en los inmensos talleres de nuestra época industrial, la misma que se proyecta hacia adelante en la elegancia paralela de una supercarretera automovilística. Es el genio del hombre, en una de sus manifestaciones más altas.

¡Por cuántas razones nos sentimos íntimamente hermanos de los hombres que pintaron las cuevas! Ellos se cobijaron en las entrañas de la tierra, para huir de los hielos y de los animales feroces...; y quizás un día, nosotros nos ocultaremos en enormes cuevas de acero y de cemento, para huir de las acechanzas y de los peligros de una guerra atómica. Ellos decoraron las paredes con ciervos y hombres...; y nosotros las decoraremos con robots y hombres. De vez en cuando, ellos salían a la superficie, para abastecerse de carne y frutas, y nosotros saldremos, en los momentos de tranquilidad, para admirar una vez más las estrellas y el sol. Ellos, antes de buscar refugio en las cavernas, vivían en toscas viviendas de piedra o en palafitos de madera, y posiblemente poseían templos... o totems...; y nosotros también habremos abandonado nuestras ciudades, nuestros museos y nwestros monumentos, arrasados por las explosiones, contaminados por las radiaciones.

Ojalá nunca llegue ese día, en que parecerá que el hombre ha completado un círculo trágico, saliendo de una cueva para crear las condiciones que lo obliguen a encerrarse en otra... Si así fuera, el hombre, el ser privilegiado de la creación, se habría vuelto el factor único de su destrucción.

Frente a ésta, la más pesimista de las hipótesis, nosotros (acostumbrados a escrutar el porvenir) levantamos nuestra bandera de fe: fe en la cordura humana; fe en el genio creador de nwestra estirpe; fe en la ciencia, generosa dispensadora de bienes y de belleza. ✦



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

talentos raros S. R. L.

por ROBERT SHECKLEY

ilustrado por EMSH

Era un peligro público. Le bastaba concentrarse para descubrir los secretos más íntimos de quienes lo rodeaban

WAVERLY echó una mirada a su reloj y vió que todavía faltaban diez minutos para la cita con los periodistas.

—Bien, señor —dijo con el tono de voz más apropiado para este tipo de entrevistas —. ¿En qué puedo serle útil?

El hombre que estaba sentado del otro lado del escritorio levantó la vista, sorprendido, como si no estuviera acostumbrado a que lo llamaran "señor". De pronto sonrió dándose cuenta.

—Este es el lugar, ¿no es verdad? —preguntó—. ¿El lugar de refugio?

Waverly miró fijamente a ese hombre delgado, de ojos brillantes.

—Esta es *Talentos Raros S. R. L.* —respondió—, estamos interesados en todo tipo de poderes supernormales.

—Me he enterado de ello —dijo el individuo, afirmando vigorosamente con la cabeza—. Por eso me escapé. Sé que ustedes me salvarán de ellos. —Y echó una mirada temerosa por sobre su hombro.

—Veremos —contestó Waverly con diplomacia, volviéndose a sentar. Su organización, recién fundada, ofrecía un encanto irresistible para el sector de los lunáticos. Tan pronto como anunció su interés por las funciones psíquicas y cosas por el estilo, una cadena interminable de psicópatas y charlatanes comenzó a llamar a sus puertas.

Pero Waverly no rechazaba a nadie; recibió hasta a los más evidentemente trastornados. Aunque pareciera ridículo, algunas veces se podía encontrar algún personaje interesante entre esa gentuza, un diamante entre los desperdicios. De manera que...

—¿A qué se dedica usted, señor...?

—Eskin. Sidney Eskin —dijo el visitante. Soy un hombre de ciencia, señor.

Se abrochó los botones de su saco arrugado, asumiendo una dignidad absurda.

—Miro a la gente, la observo y anoto lo que están haciendo, de acuerdo con los mejores métodos y procedimientos científicos.

—Ya veo —dijo Waverly—. ¿Usted me dijo que se escapó?

—Del Sanatorio Backstone, señor. Asustados por mis investigaciones, enemigos secretos me habían encerrado allí. Pero conseguí escaparme, y acudí a ustedes en busca de ayuda y asilo.

Waverly lo clasificó de primera intención como una especie de paranoico. Se preguntó, luego, si Eskin se pondría violento en caso de que él tratara de comunicarse con Blackstone.

—Usted dice que observa a la gente —comentó Waverly apaciblemente—, pero eso no suena como supernormal.

—Déjeme que le muestre —dijo el hombre con una súbita expresión de pánico en su rostro. Miró fijamente a Waverly y prosiguió —; su secretaria está en la sala de recepción, sentada en su escritorio. En este momento se está empolvando la nariz. Lo hace con mucha delicadeza, aplicando el polvo con un movimiento circular del cisne. Ahora se inclina hacia adelante, con la caja de polvos en la mano, ¡ay!, sin querer se derramó un poco sobre la máquina de escribir. Insulta en voz baja. Ahora se...

—Espere —le interrumpió Waverly. Se dirigió apresuradamente hacia la puerta y la abrió de un tirón.

DORIS Fleet, su secretaria, estaba limpiando el polvo que se había desparramado. Hasta su cabello negro tenía algunas manchas, dándole la apariencia de un gatito que se hubiera estado revolcando en harina.

—Lo siento, Sam —dijo.

—Al contrario —respondió Waverly—. Te lo agradezco—. Sin molestarse en darle explicaciones, cerró rápidamente la puerta y se volvió hacia Eskin.

—¿Me protegerá usted? —le preguntó éste ansiosamente, apoyándose sobre el escritorio—. ¿No dejará que me lleven de vuelta?

—¿Puede usted observar de esa manera todo el tiempo? —le interrogó Waverly.

—¡Por supuesto!

—Entonces no se preocupe por nada —afirmó Waverly parsimoniosamente, aunque sintiendo una creciente excitación. Loco o no, Eskin no iba a malgastar su talento en ningún sanatorio. Por lo menos, mientras él tuviera algo que ver en el asunto.

Sonó el intercomunicador que estaba sobre su escritorio. Sintonizó el aparato y oyó la voz de Doris Fleet:

—Los periodistas están aquí, señor Waverly.

—Que esperen un momento —le respondió éste, sonriendo para sus adentros por el tono "oficial" de su

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

secretaria. Hizo pasar a Eskin a la pequeña habitación contigua a su oficina—. Quédese aquí —le dijo—, no haga ningún ruido y no se preocupe.

Cerró la puerta con llave y le ordenó a Doris que hiciera pasar a los periodistas.

Habían venido siete, con sus respectivas libretas, y a Waverly le pareció observar en ellos cierto respeto forzado. *Talentos Raros S. R. L.* ya no constituía material de última página. Desde que Willy Walked, el mejor caso psíquico de Waverly, había cooperado en el vuelo del *Ventura* a Marte, prestando una ayuda inapreciable con sus poderes telekinéticos, la empresa se había transformado en noticia de primera plana.

Waverly se había mantenido hasta entonces un poco reservado para llamar más la atención, hasta que creyó que había logrado obtener el grado de interés que deseaba.

Éste era el momento óptimo. Waverly esperó hasta que todos se callaron.

—*Talentos Raros S. R. L.*, señores —comenzó—, constituye una tentativa para encontrar a aquella persona que aparece, ocasionalmente, entre el común de las gentes y que posee lo que nosotros denominamos poderes psíquicos.

—¿Qué es ese poder? —preguntó un periodista delgado y lánguido.

—Es difícil definirlo — prosiguió Waverly, sonriendo ante lo que esperaba que fuese una pregunta simplemente candorosa—. Quizás lo entiendan si lo explico así...

—*Sam* —oyó decir a la voz de Doris Fleet en su cabeza, con tanta claridad como si ella hubiera estado delante de él. Aunque no fuera la mejor de las secretarias, Doris tenía la ventaja de ser telépata. Su habilidad sólo funcionaba un veinte por ciento del día, pero ese veinte por ciento era a veces sumamente útil.

—*Sam, dos de los hombres que están en tu oficina no son en realidad periodistas.*

—*¿Qué son?* —le transmitió.

—*No lo sé* — contestó Doris —. *Pero me parece que su presencia puede significar inconvenientes.*

—*¿Podrías averiguarme qué tipo de inconvenientes?*

—*No. Son los del traje oscuro. Están pensando...* — Su pensamiento desapareció súbitamente.

LA telepatía es rápida como un rayo. Todo ese intercambio de ideas había tenido lugar, quizás, en no más de un segundo. Waverly ubicó a los dos hombres. Estaban sentados un poco apartados de los demás y no tomaban notas. Prosiguió:

—Un individuo bien dotado psíquicamente, señores, es una persona con algún tipo de control o desarrollo mental, cuya verdadera naturaleza no podemos conocer completamente. Sólo podemos intuirla. Hoy en día se los encuentra en los circos o en espectáculos de ese tipo. Por lo general son individuos que llevan una vida triste, neurótica. Mi organización está tratando de encontrar el trabajo adecuado a dicho talento especial. En segundo lugar, esperamos descubrir cómo funciona, por qué se produce dicho fenómeno y qué es lo que lo hace tan enigmático. Queremos...

Continuó explicando con gran entusiasmo. La aprobación pública era un factor de mucha importancia para su trabajo, y tenía que contar con ella. El público, estimulado por el descubrimiento de la energía atómica, excitado terriblemente por los viajes recientes a la Luna y a Marte, estaba preparado como para recibir la idea del aprovechamiento psíquico, si se les explicaba claramente de qué se trataba.

Por eso pintó el cuadro de color de rosa, eludiendo las partes más problemáticas. Describió al *psíquico*, capaz de tener una comunicación mental directa con el medio ambiente, al *psíquico* no como una desviación mental o un monstruo, sino como la plena realización de la humanidad. Y cuando terminó las lágrimas casi saltaban de sus ojos.

—Resumiendo —dijo—, nuestra esperanza es que algún día todos serán capaces de poseer facultades psíquicas extraordinarias.

Después de una serie de preguntas se dió por terminada la entrevista. Sin embargo, los dos hombres de traje oscuro se quedaron.

—¿Quieren averiguar algunos datos más, señores? —preguntó Waverly con toda cortesía—. Tengo algunos folletos...

—¿Tiene aquí un hombre que se llama Eskin? —preguntó secamente uno de ellos.

—¿Por qué? —respondió Waverly tomando la ofensiva.

—¿Lo tiene, sí o no?

—¿Por qué?

—Muy bien, ya que no cede se lo explicaremos —dijo suspirando uno de los hombres. Mostraron sus credenciales—. Eskin fué confinado en el Sanatorio Blackstone. Tenemos razones para creer que se encuentra aquí y queremos llevarlo de vuelta.

—¿Qué problema tienen con él? — preguntó Waverly.

—¿Lo ha visto?

—Señores, así no vamos a llegar a ningún lado. Supónganse que yo lo hubiera visto, y conste que no lo estoy admitiendo. Supónganse que yo contara con los medios para reintegrarlo a la sociedad, haciendo de él un ciudadano bueno y decente, que represente un valor para la civilización. ¿Todavía seguirían insistiendo en llevárselo?

—Usted no podrá reeducar a Eskin —le dijo uno de los hombres—. Ha encontrado un modo de adaptación perfectamente satisfactorio. Desgraciadamente es una forma que el público no puede apoyar.

—¿De qué se trata? —inquirió Waverly.

—¿Usted lo ha visto?

—No, pero si lo encuentro me pondré en comunicación con ustedes —dijo Waverly, plácidamente.

—Señor Waverly. Esa actitud...

—¿Es peligroso?

—No especialmente; pero...

—¿Tiene algún tipo de poderes supernormales?

—Probablemente — respondió uno de los visitantes con cierta tristeza—. Pero su manera de usarlos...

—No puedo decirles que lo haya visto —afirmó, fríamente, Waverly.

Los dos hombres se miraron.

—Muy bien —dijo uno de ellos—. Si usted admite que lo tiene, nosotros firmaremos un convenio por el cual lo dejamos bajo custodia.

—Eso es hablar —respondió Waverly. Se cerró el trato rápidamente y los acompañó hacia la salida. Mientras se acercaban a la puerta, a Waverly le pareció observar que se guiñaban entre sí. Pero, luego, decidió que eso era solamente un producto de su imaginación.

—¿Tenía razón? —preguntó Doris.

Crecimiento

EL ritmo actual de crecimiento de la población mundial es de 36 millones de habitantes por año. Sin embargo hay indicaciones de que dicho índice está disminuyendo, a pesar de que en los últimos cinco años aumentó en cerca de dos millones por año.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Completamente —dijo Waverly. Y agregó—. Todavía te queda algo de polvo en tu cabello.

DORIS encontró un espejo en su enorme cartera y comenzó a arreglarse.

—No te preocupes —dijo Waverly, inclinándose para besarle la punta de la nariz—. ¡Cásate conmigo mañana!

Doris pensó un momento.

—Mañana tengo hora en la peluquería.

—Entonces, pasado mañana.

—Ese día creo que cruzo a nado el Canal de la Mancha. ¿Qué te parece si lo dejamos para la semana que viene?

Waverly la besó.

—No sólo me parece bien, sino que no pienso esperar más —dijo—, y no estoy bromeando.

—Bueno —respondió Doris, casi sin poder respirar—. ¿Pero será esta vez en serio, Sam?

—Lo será —protestó Waverly. La fecha de bodas ya había sido postergada dos veces. La primera vez había surgido el problema de Willy Walker. Walker no quería ir a Marte en el *Ventura* y Waverly se había tenido que quedar con él, día y noche, hasta convencerlo y darle coraje.

La segunda postergación se había producido cuando Waverly encontró un patrocinador millonario para *Talentos S. R. L.* Al principio había sido un trabajo de hormigas: organizar, contratar compañías que pudieran necesitar los servicios de un psíquico, encontrar a los mejores dotados. Pero esta vez...

Se inclinó hacia ella nuevamente, pero Doris agregó:

—¿Y qué me dices de ese hombre que está en tu oficina?

—Ah, sí —respondió Waverly, con un leve tono de pesar—, creo que es genuino. Será mejor que vaya a ver qué está haciendo—. Cruzó la habitación hacia la pequeña pieza.

El individuo había encontrado lápiz y papel y estaba escribiendo. Levantó la vista cuando entraron Doris y Waverly, mostrándoles una sonrisa salvaje y triunfal.

—¡Ah, mi protector! Señor, le mostraré mis observaciones científicas. Aquí se encuentra detallado todo lo que ocurrió entre A, usted, y B, la señorita Fleet —le entregó una pila de papeles.

Eskin había escrito un informe completo de la conversación de Wavery con Doris, añadiendo una descripción fiel y anatómica de sus besos. Agregaba a los datos físicos, una descripción cuidadosa de sus emociones, antes, durante y después de cada beso. Doris frunció el ceño; ella hacía un culto de su vida privada y le molestaba sobremanera el ser observada por ese hombre andrajoso.

—Muy interesante —observó Waverly, reprimiendo una sonrisa para no herir los sentimientos de Doris. A su juicio, el hombre necesitaba que lo guiaran. Pero eso podría esperar hasta la mañana siguiente.

Después de hacerle a Eskin un lugar para que durmiera, la pareja se fué a cenar y a discutir sus planes para el matrimonio. Después, fueron al departamento de Doris, donde pretendieron hacer que miraban la televisión hasta la una de la madrugada.

A la mañana siguiente el primer aspirante era un hombre correctamente vestido que aparentaba tener unos treinta años y que se presentó como un calculista muy veloz. Waverly buscó una tabla de logaritmos y probó al máximo la rapidez del hombre.

Era, verdaderamente, muy bueno. Waverly anotó su nombre y dirección y prometió ponerse en contacto con él cuando lo necesitara.

Estaba un poco desalentado. Los calculistas veloces eran los más comunes de todos los talentos raros. Era difícil ubicarlos en trabajos realmente buenos, a menos que tuvieran, además de la rapidez mental, una cierta capacidad creadora dentro de las matemáticas.

Llegó el envío de diarios y revistas y Waverly pudo hojearlos durante algunos minutos. Se suscribía a cuanta publicación aparecía, con la esperanza de encontrar trabajos poco conocidos en los cuales poder ubicar a sus *psíquicos*.

En seguida entró un hombre de edad, con la cara surcada de venas violetas, típicas de un alcohólico. Usaba un buen traje, pero con las botamangas arrugadas y descosidas. Su camisa estaba sucia y los zapatos, por alguna extraña razón, estaban bien lustrados.

—Puedo transformar el agua en vino —dijo el hombre.

—Muy bien, probemos —respondió Waverly. Se dirigió hacia la heladera y le entregó al hombre un vaso con agua.

El hombre lo contempló, pronunció unas palabras en voz baja y con la mano que le quedaba libre hizo unos movimientos sobre el líquido.

Se asombró cuando vió que no pasaba nada. Miró el agua con desprecio, volvió a pronunciar su fórmula y repitió el pase. Nuevamente no pasó nada.

—Usted sabe cómo es —le dijo a Waverly—, a nosotros los *psíquicos* de golpe se nos va el poder y de golpe vuelve. En general, soy bueno un cuarenta por ciento de las veces.

—¿Y hoy es uno de esos días en que no funciona? —le preguntó Waverly con una calma peligrosa.

—Así es —respondió el hombre—, mire, si usted tuviera la paciencia de esperar algunos días, vería cómo me vuelve. Estoy demasiado sobrio ahora, pero usted debiera verme cuando estoy realmente...

—Usted leyó esto en los diarios, ¿no es verdad?

—¿Qué? ¡No, por cierto que no!

—¡Fuera de aquí! —le ordenó Waverly. Era increíble la cantidad de farsantes que atraía su organización. Gente que creía que él trabajaba con cierta clase de pseudo-magias, o que se dejaría conquistar fácilmente con alguna triste historia. Eran demasiados ya, realmente.

El candidato siguiente era una niña baja y rechoncha, de unos dieciocho o diecinueve años, ataviada con sencillez y sin ningún atractivo con un vestido barato, salpicado de florcitas. Era evidente que se encontraba muy incómoda.

Waverly le ofreció una silla y le dió un cigarrillo que se puso a pitar con nerviosidad.

—Mi nombre es Emma Granick —le dijo, mientras frotaba una de sus manos transpiradas contra su muslo—; yo..., ¿está seguro de que no se va a reír de mí?

—Seguro; adelante, prosiga —dijo

Conveniencias del matrimonio

En recientes investigaciones realizadas por la doctora Dunbar, resultó que el 98 % de los estadounidenses mayores de cien años y en perfecta posesión de sus facultades físicas y mentales habían estado o estaban casados. Además, sus matrimonios habían sido muy prolíficos, con el considerable promedio de cuatro hijos por cabeza. Es que cuando se viven tantos años hay que probar de todo para no aburrirse...

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Waverly mientras ordenaba una pila de papeles sobre su escritorio. Sabía que la chica se sentiría más cómoda si no la miraba.

—Bueno, yo..., esto suena a ridículo, pero yo puedo provocar incendios; me basta con desearlo. ¡En serio que puedo! —y lo miró desafiante.

"Una *poltergeist*", pensó Weverly. "Tirando piedras y provocando incendios".

Era la primera vez que veía a alguno en su vida, aunque ya hacía tiempo que conocía el fenómeno. Por alguna razón desconocida, parecía abundar más entre las mujeres adolescentes.

—¿Le molestaría hacerme una demostración, Emma? —le preguntó Waverly con suma delicadeza. La joven accedió al pedido haciendo una quemadura en la alfombra flamante de la oficina de Waverly; éste volcó un poco de agua sobre el agujero que se iba extendiendo. Después la probó haciéndola encender fuego en una de las cortinas.

—Magnífico —le dijo a la chica, y observó cómo su cara se iluminaba.

Había sido echada de la granja de su tío. Si podía encender fuego a voluntad, era un ser "extraño", y su tío no tenía lugar para seres "extraños".

Mientras tanto, se estaba hospedando en un hotel próximo y Waverly le prometió ponerse en contacto con ella.

—No se olvide —le dijo cuando se iba—, el suyo es un talento muy valioso, verdaderamente valioso. Y no se asuste de él.

Esta vez su sonrisa casi la hizo parecer bonita.

UNA *poltergeist* —se dijo una vez que ella se hubo retirado. Ahora bien, ¿qué diablos podía él hacer con una chica así? Provocar incendios... Quizás pudiera trabajar de fogonera. No, no le parecía del todo racional.

El problema era que, en general, los talentos raros no eran racionales. Él había mentido un poco a los periodistas sobre ese asunto porque la verdad era, simplemente, que no estaban hechos a la medida de este mundo.

Se puso a hojear una revista, pensando en quién podría usar una *poltergeist*.

—¡Sam! —Doris Fleet estaba parada en la puerta, con las manos apoyadas en las caderas—. ¡Mira esto!

Él se acercó. Eskin había llegado y estaba parado al lado de la mesa de recibo, sonriendo estúpidamente. Doris le entregó a Waverly una pila de papeles. Waverly los leyó de cabo a rabo. Contenían un relato completo de todo lo que Doris y él habían hecho desde que entraron la noche anterior en el departamento de ella, hasta que él se fué.

Pero "completo" no era la palabra. El *psíquico* había investigado todos sus actos, hasta el menor detalle. Y por si no fuera bastante, Waverly comprendió en ese momento por qué Eskin había sido encerrado.

El hombre era un vidente. Un bicho espía. Un ser supernormal que se dedicaba a espiar, que podía observar a la gente a miles de kilómetros de distancia.

Como la mayoría de las parejas que están por casarse, Doris y Waverly tenían una cierta intimidad que, por supuesto, a ninguno de los dos les parecía inconveniente. Pero eso de ver esa intimidad escrita, disecada y analizada ya era cosa muy distinta.

El extraño individuo había adquirido en algún lado cierto vocabulario científico, porque había descrito paso a paso, con los términos precisos, las efusividades de los enamorados. Había diagramas, análisis de su reacciones nerviosas y otras cosas por el estilo.

—Pase adentro —le ordenó Waverly al vidente. Lo llevó a su oficina, seguido por Doris, en cuyo rostro se pintaba una mezcla de vergüenza e indignación.

—Escúcheme, Eskin. Quisiera saber exactamente qué busca usted con esto. ¿Acaso no lo salvé del manicomio?

—Sí —respondió Eskin—, y crea que le estoy muy agradecido.

—Entonces quiero su promesa de que esto no se va a volver a repetir.

—¡Oh, no! —exclamó el hombrecillo horrorizado—. No puedo acceder a lo que usted me pide. Tengo que proseguir con mis investigaciones.

En la media hora siguiente Waverly descubrió una serie de cosas. Eskin podía observar a cualquier persona con la que tuviera alguna relación sin importar el lugar en que se hallara. Sin embargo, lo único que le interesaba era su vida afectiva. Y trataba de racionalizar ese poder de verlo todo mediante la certeza de que con ello contribuía al desarrollo de la ciencia.

Waverly lo mandó a la habitación contigua, cerró la puerta con llave y se volvió a Doris.

—Me da mucha pena que haya tenido que suceder este asunto —le dijo—, pero estoy seguro de que podremos arreglarlo, reeducándolo. No me parece tarea difícil.

—¡¿No te parece difícil?! —preguntó Doris estupefacta.

—No —respondió Waverly con una seguridad que no tenía—. Ya pensaré la manera.

—Bueno, magnífico —dijo Doris. Colocó los papeles del *psíquico* en un cenicero y les prendió fuego con un fósforo—. Entonces, por el momento, me parece que será mejor que posterguemos la boda.

—¿Pero por qué?

—¡Oh, Sam! —explicó Doris enfadada—. ¿Cómo podría casarme contigo sabiendo que ese enano insignificante se dedica a observar cada uno de nuestros actos, y por si no fuera poco, a tomar nota de ellos?

—Vamos, cálmate —dijo Waverly sintiéndose un poco incómodo—. Tienes razón. Yo me ocuparé de él. Quizás te convendría tomarte el día libre.

—Es justamente lo que voy a hacer —respondió Doris, dirigiéndose hacia la puerta.

—¿Cenamos juntos?

—No —respondió ella con firmeza—. Lo siento, Sam, pero una cosa traerá la otra, y mientras ese bicho espiador esté suelto, no tengo interés —se retiró dando un portazo.

Waverly abrió la puerta de la habitación donde se encontraba Eskin.

—Pase, Sidney —le dijo—; vamos a conversar largo y tendido.

Trató de explicarle minuciosamente y con mucha paciencia, que lo que Eskin se dedicaba a hacer no era algo realmente científico. Trató de demostrarle que se trataba de una desviación mental, racionalizada, disfrazada de objeto de estudio científico.

—Pero, señor Waverly —protestó Eskin—, si yo me dedicara nada más que a espiar a la gente, eso sería otra cosa. Pero yo anoto todo, uso los términos correctos, clasifico y deduzco definiciones. Mi esperanza es llegar a escribir un tratado completo sobre las costumbres íntimas de todos los seres humanos de la Tierra.

WAVERLY le explicó que la gente tiene el derecho de tener una vida privada. Eskin le replicó que la ciencia está por sobre todas esas niñerías. Waverly trató de recurrir a todos los argumentos habidos y por haber. Pero Eskin, que parecía un paranoico, tenía respuesta para todo, respuestas que encajaban perfectamente dentro de la concepción que tenía de sí mismo y del mundo.

—El problema es —decía a Waverly— que la gente no es científica; ni siquiera los que se titulan hombres de ciencia. ¿Quiere creer que los mé-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

dicos del manicomio me tenían encerrado la mayor parte del tiempo? Y todo porque me dedicaba a observar y tomar nota de sus hábitos en la intimidad. Claro que con encerrarme no ganaban nada.

Waverly no se explicaba cómo podía ser que Eskin todavía estuviera vivo. No hubiera sido nada raro que alguno de esos médicos, enfurecido, lo hubiera envenenado. Se necesitaba mucho autocontrol para no hacerlo.

—Pensé que por lo menos usted no se pondría en contra de mí —dijo el *psíquico* con pesar—; no creí que fuera tan anticuado.

—Yo no estoy contra usted —le respondió Waverly, tratando de encontrar la manera de entenderse con ese hombre. Y repentinamente, en un rapto de feliz inspiración, se le ocurrió la idea.

—¡Sidney! —exclamó— creo que ya sé cuál será su trabajo. Uno muy interesante y que creo que le gustará.

—¿En serio? —preguntó el vidente, mientras se le iluminaba la cara.

—Me parece que sí —dijo Waverly. Rápidamente consultó una revista que había recibido hacía poco, anotó un número de teléfono y llamó.

—¿Hola? ¿Hablo con la Fundación Bellen? —Se presentó aclarando bien de quién se trataba—. Me he enterado de que ustedes están llevando a cabo un estudio sobre los hábitos sexuales en los hombres cuya ascendencia proviene del Este de la Patagonia. ¿Les interesaría que cooperara con ustedes un hombre que *realmente* puede obtener datos verídicos?

Después de conversar algunos minutos, Waverly colgó el tubo y escribiendo en un sobre la dirección de la Fundación, se lo entregó a Sidney—. Vaya allí, que creo que hemos encontrado su lugar en la sociedad.

—Se lo agradezco infinitamente — respondió el psicótico, y se retiró apresuradamente.

La primera visita que tuvo Waverly a la mañana siguiente fué la de Bill Symes, quien era una de sus mejores esperanzas. Symes poseía un talento muy útil que concordaba perfectamente con su mente clara e inteligente.

Esa mañana apareció triste y preocupado.

—Quisiera hablar con usted antes de decidirme, Sam —le dijo—, voy a abandonar mi trabajo.

—¿Por qué? —inquirió Waverly. Siempre pensó que Symes estaba tan bien ubicado en su trabajo, y que era tan feliz como podía serlo un *psíquico*.

—Bueno..., simplemente no me hallo.

Symes era capaz de "sentir" la resistencia, aunque él mismo ignoraba cómo lo hacía. No obstante, podía percibir las fallas del material y la porosidad más microscópica, con mayor precisión que un aparato de Rayos X, con la ventaja de que se ahorraban los problemas de interpretación que ofrecen los resultados de los análisis hechos de esa manera.

Cuando el talento de Symes funcionaba, no cometía errores. Pero ahí estaba el problema. O funcionaba o no funcionaba. Dejaba de hacerlo un cuarenta por ciento del tiempo, pero aun así constituía un elemento muy valioso para la industria de motores de avia-

Falsos colores

En un reciente congreso sobre el cáncer, realizado en Brasil, se declaró sospechosas de ser agentes cancerígenos a todas las tinturas sintéticas utilizadas para dar color más atractivo a los alimentos (utilizadas especialmente en los Estados Unidos). Otro ejemplo de que no es oro todo lo que reluce.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ción, donde cada pieza debía ser examinada con Rayos X para eliminar posibles fallas.

—¿Qué quiere decir con eso de que no se halla? ¿No cree estar a la altura del sueldo que recibe?

—No, no es eso. Se trata de los compañeros de trabajo. Ellos piensan que soy un extravagante.

—Usted ya sabía que iba a ser así cuando aceptó el trabajo —le recordó Waverly.

SYMES se encogió de hombros:

—Bueno, Sam; el asunto es así —prendió un cigarrillo y continuó—. Quisieran saber qué diablos soy. ¿Y qué somos nosotros, los *psíquicos*? Podemos hacer algo, pero no sabemos cómo lo realizamos. No poseemos ningún control sobre el talento, ninguna manera de investigarlo. A veces funciona, a veces no. No somos ni superhombres ni seres normales. Somos... la verdad es que no sé qué.

—Bill —le dijo Waverly, suavemente—, me parece que no son los demás quienes le preocupan sino usted mismo. *Usted* también está comenzando a pensar que es *algo* extraño y extravagante.

Waverly sacudió la cabeza. Los *psíquicos* se descorazonaban muy fácilmente cuando trataban de usar su talento para fines útiles y no como payasos de salón. El mundo comercial estaba edificado teóricamente sobre la base del cien por cien de rendimiento. Una máquina que no siempre estaba en condiciones de trabajar se la consideraba inútil.

Influenciados por esta manera de ver las cosas, los *psíquicos* consideraban sus talentos en términos de mecánica, como si no integraran toda una personalidad, sino que fuera una parte de ellos que funcionaba mecánicamente y aislada del resto.

Se sentían inferiores si no podían competir con la regularidad de las máquinas.

Waverly no sabía qué actitud tomar. Era inevitable que esos seres llegaran a analizarse a sí mismos. Pero la solución no consistía en abandonar el campo.

—Mire, Sam —dijo Symes—, comprendo lo que significa para usted todo este asunto. Pero yo también tengo derecho a vivir como un ser normal. Le digo con sinceridad, lo siento mucho.

—Bueno, Bill —repuso Waverly, dándose cuenta de que seguir discutiendo sólo significaría ganarse la enemistad de Symes. Además, no ignoraba la peculiaridad de los psicóticos de ser testarudos incorregibles; les gustaba salir siempre con la suya. En cuanto a Symes, pensó que una temporada de trabajo rudo, en el campo preferentemente, le haría volver al poco tiempo a su verdadera ocupación.

—No se pierda, ¿eh, Symes? Comuníquese de vez en cuando conmigo.

—Por supuesto. Hasta pronto.

Waverly se quedó pensativo, mordiéndose los labios, durante un buen rato.

Luego entró a la habitación donde se hallaba Doris.

—¿Qué te parece si arreglamos la fecha de casamiento? —le preguntó sonriente.

—¿Y qué harás con Eskin?

Le relató entonces el trabajo que le había conseguido y fijaron la boda para la semana siguiente. Esa noche cenaron juntos en un restaurante de ambiente íntimo y agradable. Luego se dirigieron al departamento de Doris.

A la mañana siguiente, mientras hojeaba sus revistas, Waverly tuvo una idea repentina. Llamó inmediatamente a Emma Granick y le comunicó que pasara por su oficina.

—¿Le gustaría hacerse un viaje? —le preguntó a la chica—. ¿Le agrada la idea de ver nuevos lugares?

—Sí, por supuesto —respondió Emma—. Esta es la primera vez que salgo de la chacra de mi tío.

—¿Le incomodan las penurias? ¿Y los fríos?

—Yo nunca tengo frío —le respondió—, me cuesta tan poco trabajo darme calor a mí misma como iniciar un incendio.

—Espléndido —repuso Waverly—, puede ser que...

Tomó el teléfono. En quince minutos había combinado la cita para la *poltergeist*.

—Emma, ¿has oído hablar alguna vez de la expedición de Harkins?

—No, ¿por qué?

—Bueno, van a ir al Antártico. Uno de los problemas de una expedición de este tipo es una fuente de calor para cualquier emergencia, ¿comprendes?

La joven se iluminó con una sonrisa.

—Creo que sí.

—Tendrás que irte hasta allí y convencerlos —dijo Waverly—. ¡No, espera! Iré contigo. Vales tu peso en oro para una expedición como ésa.

No fué muy difícil. Varias mujeres científicas eran miembros de la expedición y luego de unas siete u ocho demostraciones convinieron en que Emma era toda una adquisición. Era fuerte, saludable y capaz de transportar su equipo. Además su capacidad de auto-calefacción le permitía actuar en cualquier clima. Y sus habilidades para hacer fuego...

Waverly regresó a su oficina caminando perezosamente, con una sonrisa de satisfacción en sus labios. Cuando se instalara una colonia en Marte, las personas como Emma serían muy útiles. El calor sería difícil de conservar en una atmósfera tan poco densa como la marciana, así que sería lógico elegirlas como colonos.

Cosas como ésta afirmaban su fe en el futuro de los *psíquicos*. Siempre habría cabida para *todos* los talentos de esa naturaleza. Sólo era cuestión de encontrar el trabajo adecuado, o de crearlo.

A su regreso lo aguardaba una sorpresa. Eskin, el vidente, estaba de vuelta. Y Doris Fleet tenía una mirada de furia en sus ojos.

—¿Qué pasa, Sid? —le preguntó Waverly—. ¿Nos viene a visitar?

—De vuelta definitivamente —respondió Eskin con tristeza—. Me han despedido, señor Waverly.

—¿Por qué?

—No son verdaderos hombres de ciencia —dijo apesadumbrado—. Les mostré los resultados de los casos a quienes habían hecho tests y se asustaron. ¿Concibe usted una cosa semejante, señor Waverly? ¡Hombres de ciencia... asustados!

Waverly dejó de sonreír. Siempre había tenido la idea de que las investigaciones de ese tipo sólo revelaban la décimosexta parte de la verdad.

—Además no podían conservar su postura científica. Hice una serie de estudios sobre la vida hogareña de los hombres de ciencia en busca de un factor constante. ¡Y me despidieron!

Una raza que desaparece

EL negro de los Estados Unidos está destinado a desaparecer por difusión entre el resto de la población. Tal es la conclusión a que llevan las estadísticas sobre la tendencia actual a la asimilación. Si bien es difícil dar fechas aunque sean aproximadas, se calcula que para 1980 ningún habitante de los Estados Unidos tendrá ascendencia puramente negra.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Es una lástima —dijo Waverly, evitando la mirada de Doris Fleet.

—Traté de señalarles que no había nada malo en ello —prosiguió Eskin—. Les mostré los datos que había tomado en usted y en la señorita Fleet...

—¿Qué? —exclamó Doris poniéndose de pie tan bruscamente que tiró la silla al suelo.

—Por supuesto, yo controlo todo lo que me rodea —dijo Eskin—, uno tiene que recoger datos continuamente...

—Eso es el colmo —dijo Doris—. Nunca vi cosa semejante... ¡Sam! ¡Échalo de aquí!

—¿Qué ganaríamos con eso? —preguntó Waverly—. Igual va a continuar observándonos.

Doris se detuvo por unos instantes, apretando los labios hasta convertirlos en una línea delgada.

—¡No lo puedo soportar! —dijo repentinamente—. ¡No puedo! —Levantó su cartera y se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —preguntó Waverly.

—¡Me voy a meter en un convento! — gritó Doris, y desapareció por la puerta.

—De cualquier manera, no era la chica que le convenía —observó el *psíquico*—. Demasiado remilgada. La he estado observando detenidamente y creo que usted...

—Cállese la boca y déjeme pensar —le respondió Waverly, pero en su mente anonadada no surgía ninguna idea. Cualquiera que fuese el trabajo que pudiera conseguirle a Eskin, éste no dejaría de seguir con sus observaciones. Y Doris no se casaría con él.

—Váyase a la otra habitación —le ordenó—, necesito tiempo para pensar.

—¿Dejo mi onforme aquí? —respondió él mostrándole una pila de papeles de cinco centímetros de altura.

—Bueno, déjelos sobre mi escritorio. —Eskin se fué a la otra habitación y Waverly se sentó para meditar tranquilo.

DURANTE los días sucesivos, Waverly dedicó todos sus momentos libres a resolver el problema del vidente. Doris no fué a trabajar al otro día ni al siguiente. Waverly intentó llamarla a su departamento, pero nadie atendió el teléfono.

La joven termógena se fué con la expedición antártica después de haber causado un gran alboroto en los diarios.

Dos telekinéticos fueron hallados en el África Oriental y enviados a *Talentos Raros S. R. L.*

Waverly siguió pensando y pensando.

Cayó a la oficina un hombre que ejecutaba un número cómico con un perro amaestrado y se mostró sumamente indignado al saber que *Talentos Raros S. R. L.* no era una agencia teatral. Se fué protestando.

Waverly siguió meditando.

La Howard Aircraft lo llamó. Desde que Bill Symes se había retirado, el problema de la inspección se había transformado en el peor embrollo de toda la fábrica. La producción se había adaptado a los poderes del *psíquico*. Mientras Symes iba bien, le bastaba echar una mirada a una pieza para poder escribir inmediatamente su informe. La pieza ni siquiera tenía que ser desarmada.

Con el antiguo método del análisis con Rayos X, las partes tenían que ser enviadas a la Inspección, luego alineadas y colocadas bajo la máquina. Después había que revelar las placas. Finalmente un radiólogo tenía que leerlas y un supervisor debía revisarlas.

La fábrica quería que Symes volviera.

El psicótico accedió; se había cansado de la agricultura en un tiempo sorprendentemente corto. Además, ahora sabía que lo necesitaban y allí estaba la diferencia.

Waverly se sentó en el escritorio, relevendo los apuntes del vidente, tratando de encontrar alguna clave para solucionar el problema.

Era evidente que el hombre tenía un talento asombroso. Podía llegar a analizar las hormonas y las lesiones microscópicas. Waverly se preguntaba cómo diablos podía hacerlo. ¿Visión microscópica? ¿Por qué no? Por un instante reconsideró la idea de mandar de vuelta a Eskin a Blackstone. Después de todo, el hombre causaba más daño que otra cosa... Tal vez bajo cuidado psiquiátrico perdiera su complejo... y quizás su talento también.

¿Pero acaso Eskin era un enfermo mental? ¿O era un genio con una habilidad que no encajaba dentro de su época?

Con un temblor nervioso, Waverly imaginó una línea de un futuro libro de historia: "A causa de su imbecilidad y estupidez en el trato con el genio Eskin, la investigación del psicótico detenida durante..." ¡Oh, no! No podía permitirse correr ese riesgo. Pero entonces, tenía que encontrar una salida.

UN hombre que pudiera... ¡por supuesto!

—Ven aquí, Eskin —le dijo al genio en potencia.

—Sí, señor —respondió el *psíquico* sentándose de inmediato frente a su escritorio.

—Sid —le dijo—, ¿te gustaría hacer un informe sobre problemas sexuales que ayudara realmente a la ciencia? ¿Algo que descubriera campos aún ignorados?

—¿A qué se refiere usted? —preguntó Eskin dubitativamente.

—Mira, Sid. Los análisis comunes sobre el sexo son demasiado conocidos. Todo el mundo los hace. Quizás no tan bien como tú, pero de cualquier manera los lleva a cabo. ¿Pero me permitirías que te presente un campo aún inexplorado por la ciencia? ¿Un campo que realmente te dará la posibilidad de desarrollar tus habilidades al máximo?

—Me gustaría —dijo el psicótico—, pero tendría que tener algo que ver con el sexo.

—Por supuesto —repuso Waverly—,

Los riesgos del amor

SABIDO *es que el amor tiene sus peligros. Y si no, que lo digan los insectos. Resulta que, como el DDT no dió el resultado que se esperaba, pues los bichitos se volvían resistentes a su acción, los químicos se pusieron a pensar en algo nuevo. Por ahí a alguien se le ocurrió recordar que los machos son atraídos por las hembras a través de un olor especial característico de cada especie. Reproduciendo dichos olores, se podría atraer a los machos a un lugar determinado, y allí exterminarlos. Con todo, la empresa no era tan fácil de realizar, dada la extraordinaria volatilidad de los olores. Pero hace muy poco se anunció desde Norteamérica que se había podido obtener el olor de la polilla hembra: olor tan reductor que era capaz de volver loco al macho más indiferente. Poco después, en Alemania se reprodujo el olor de la hembra del gorgojo del gusano de seda. Si siguen así, pronto no nos quedará para consuelo más que alguno que otro mosquito misógino.*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

pero no te importa qué aspecto del sexo, ¿no es cierto?

—No lo sé.

—Si pudieras hacerlo, de lo cual yo estoy completamente seguro, tu nombre se inscribiría en la historia. Podrás publicar tus resultados en las mejores revistas científicas. Nadie te molestará y tendrás a tu disposición toda la ayuda que necesites.

—¡Eso es magnífico! ¿De qué se trata?

Waverly se lo dijo y observó al vidente atentamente mientras éste consideraba el asunto. Al fin dijo:

—Creo que podré hacerlo, señor Waverly. No será fácil, pero si se considera que toda la ciencia...

—Ya lo sé —lo interrumpió Waverly con un tono de profunda convicción—. Necesitarás algunos textos y antecedentes en este aspecto. Te ayudaré a encontrarlos.

—¡Empezaré ahora mismo! —añadió Eskin, y cerró los ojos para concentrarse mejor.

—Espera un instante —dijo Waverly—. ¿Puedes observar a la señorita Fleet en estos momentos?

—Si usted lo quiere, sí. Pero creo que lo otro es más importante.

—Ya lo sé; sólo quería saber si eras capaz de decirme dónde se halla.

Eskin pensó durante unos instantes:

—Ella está en una habitación, pero no sé cuál es. Ahora, déjeme concentrarme.

—Por supuesto, adelante.

Eskin cerró los ojos nuevamente.

—¡Sí, los puedo ver! ¡Déme lápiz y papel!

Waverly lo dejó solo, mientras comenzaba sus investigaciones preliminares.

¿DÓNDE se había ido la chica? Waverly volvió a telefonear a su departamento por si había vuelto allí, pero no hubo respuesta. Llamó a todos sus amigos, uno por uno. Tampoco ellos la habían visto. ¿Dónde estaba? ¿En qué lugar del mundo? Cerró los ojos y se concentró:

—Doris. *¿Puedes escucharme, Doris?*

No hubo respuesta. Se concentró con mayor intensidad. El no era telépata, pero Doris sí. Y si estaba pensando en él...

—¡Doris!

—¡Sam!

No era necesario agregar nada, porque ya sabía con certeza que ella volvería hacia él.

¿DONDE estuviste? — le preguntó estrechándola fuertemente.

—En un hotel — respondió ella —. Me quedé esperando allí, tratando de leer en tu mente.

—¿Pudiste?

—No — respondió —, no pude hasta el final, cuando tú también trataste de hacerlo.

—No importa, no tengo secretos para ti. Además, si alguna vez se te vuelve a ocurrir escaparte..., te mandaré detectives para que te encuentren.

—No los necesitaré — repuso Doris, mirándolo con ansiedad —. Creo que no te dejaré de nuevo. Pero, Sam..., ¿qué pasa con...?

—Ven conmigo y observa.

—Está bien.

Eskin se hallaba en la otra habitación, escribiendo afanosamente sobre una hoja de papel. Dudó un instante y luego continuó. Luego dibujó un diagrama de comprobación, lo observó atentamente y después de tacharlo, comenzó otro.

—¿Qué está haciendo? — preguntó Doris —. ¿De quién supones que es ese retrato?

—No lo sé — repuso Waverly —, no he estudiado su nombre. Es una especie de germen.

—Sam, ¿qué ha pasado?

—Resublimación — dijo Waverly —. Le expliqué que había otras formas en la naturaleza que podía observar, reportando así un mayor beneficio para la humanidad y la ciencia y aumentando al mismo tiempo su prestigio personal. De manera que ahora se dedica al ciclo sexual de las bacterias.

—¿Sin microscopio?

—Sí; con su capacidad asimilará todo lo que se ha escrito sobre la vida bacteriológica, y además descubrirá cosas muy valiosas.

—Resublimación — murmuró Doris —. Pero, *¿tienen* vida sexual las bacterias?

—No lo sé — respondió Waverly —, pero Eskin lo averiguará. Y no hay ninguna razón para que no pueda realizar una investigación correcta. Después de todo, la línea que separa a un hombre de ciencia de un perrito que se la pasa husmeando todo es bastante delgada. El sexo era realmente secundario en Eskin después que logró sublimarlo en observación científica. Este es un paso más en la misma dirección —se aclaró la garganta cuidadosamente—: ¿Querrías entonces discutir conmigo el asunto de fechas y lugares?

—Sí, siempre que me asegures que va a ser la definitiva.

—Míralo — el psicólogo estaba escribiendo furiosamente, aislado del mundo exterior. En su rostro había una mirada exaltada y concentrada.

—Me parece que sí —Doris se sonrió y se acercó un poco más a Waverly. Después echó una mirada a la puerta, que se encontraba cerrada—. Hay alguien en la sala de espera.

Waverly reprimió sus deseos de insultar. A veces esos poderes telepáticos resultaban inconvenientes. Pero las obligaciones eran las obligaciones. De mala gana acompañó a Doris hasta la puerta.

Había una jovenzuela sentada en una silla del "hall". Era delgada, delicada y tenía una expresión asustada en los ojos. Waverly se dió cuenta por sus ojos enrojecidos que había estado llorando.

—¿Usted es el señor Waverly? ¿El de *Talentos Raros*?

Waverly asintió.

—Tiene que ayudarme, señor. Soy una clarividente. De verdad. Y usted tiene que ayudarme a librarme de ello. ¡Tiene que hacerlo!

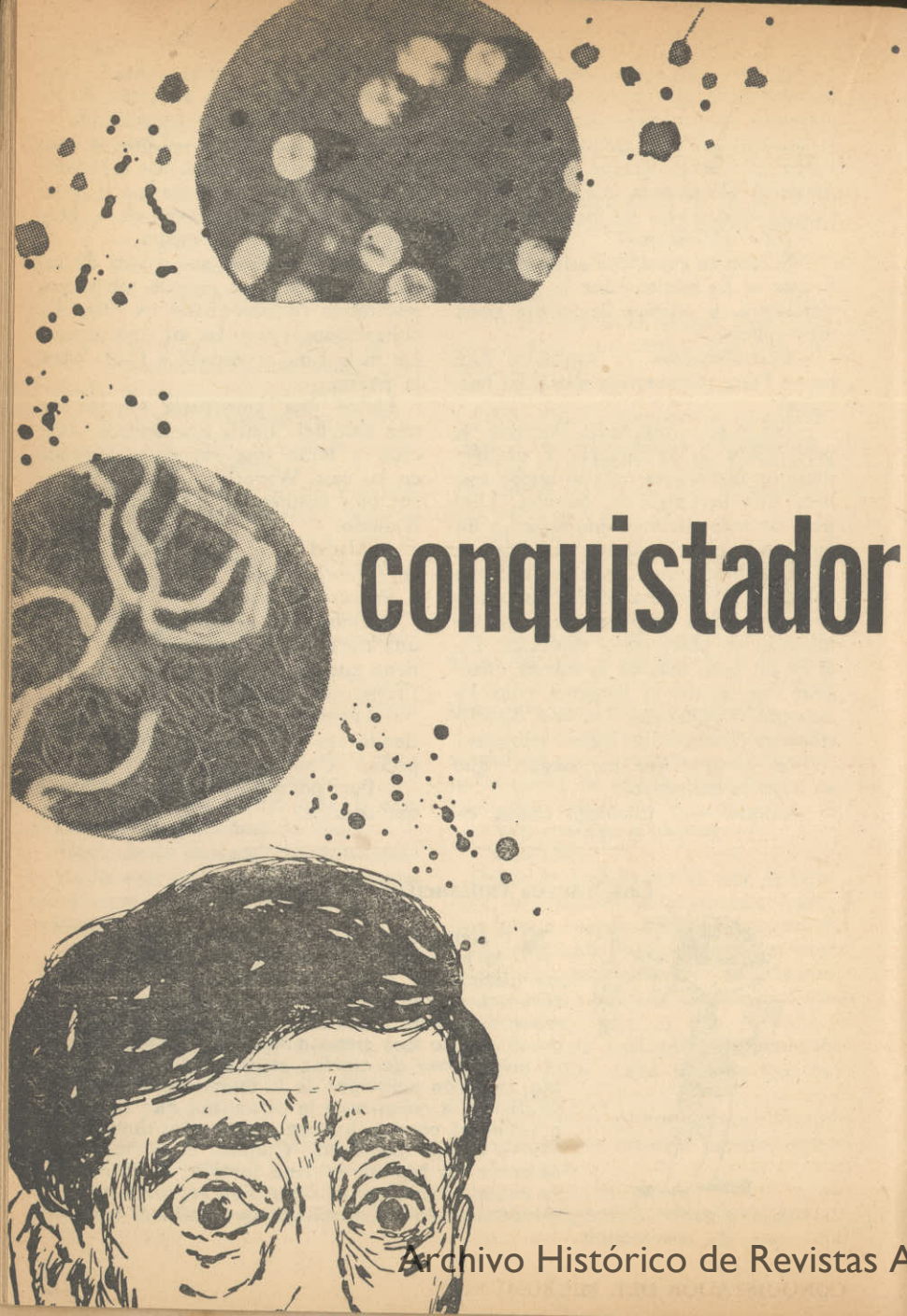
—Veremos — repuso Waverly sintiendo un latido de excitación en el pecho. ¡Una clarividente!

—Pase por aquí y cuénteme bien de qué se trata. ✦

Los huevos radioactivos y la anemia

No siempre la energía nuclear se usa para fabricar bombas. Un ejemplo lo dan los huevos de gallina radioactivos, que se obtienen dando de comer a las gallinas hierro radioactivo. Estos se pueden utilizar luego si es que uno tiene ganas para descubrir el mecanismo de ciertas anemias. Por ejemplo, la razón principal de la anemia por falta de hierro la constituye la dificultad que tiene a veces el cuerpo humano para absorber el hierro de los alimentos. Cuando el paciente se come los huevos en una tortilla, el hierro se cuela también, y es muy fácil seguirlo con un contador Geiger, determinando así dónde es que falla el proceso de asimilación.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



conquistador del micromundo

El microscopio electrónico: una nueva ventana abierta hacia lo desconocido.

El mundo de lo infinitamente pequeño y su riqueza

El hombre de nuestra época se tutea con una cantidad de adquisiciones científicas que habrían asombrado a nuestros abuelos. Hasta los niños de las escuelas primarias hablan hoy de los átomos, de la penicilina, del avión supersónico, de los virus. Pero todos estos adelantos, que ya forman parte de nuestra vida cotidiana, han sido adquiridos mediante largos procesos de áspera lucha contra lo desconocido; y para triunfar en tan insólitas aventuras, el hombre ha tenido que forjar herramientas e instrumentos de precisión, cada vez más complicados y demostrar sus resultados prácticos, para ir venciendo las barreras de la ignorancia y del temor... Este aspecto de la ciencia (la necesidad continua y renovada de nuevos instrumentos para avanzar en la tierra de nadie de lo inexplorado) pasa generalmente inadvertido para el profano y es, sin duda alguna, la clave de muchos de los clamorosos éxitos de la humanidad. Una de estas armas eficaces, de las más recientes y felices de nuestra época, es el microscopio electrónico, que ha abierto una amplia y maravillosa perspectiva hacia lo desconocido.

Los progresos de la aeronavegación y de la astronomía han excitado la imaginación humana y pronto el es-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

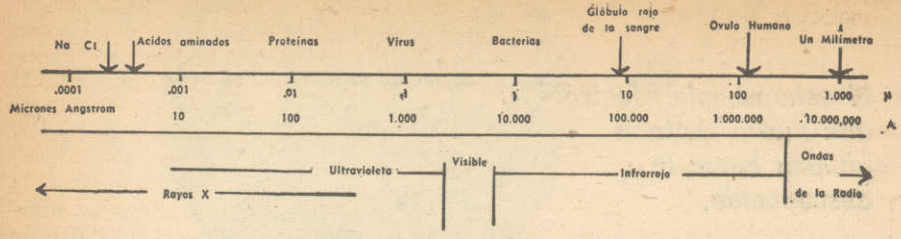


Figura 1. — *Diagrama comparativo de las distintas dimensiones del mundo microscópico y ultramicroscópico, con las de las radiaciones que figuran en la parte inferior del esquema.*

pacio cósmico dejará de ser campo de especulaciones científicas, para transformarse en campo de conquistas materiales. Pero desde hace varios siglos, otro mundo totalmente distinto, aunque tan rico como el espacio estelar, se ha abierto a la observación y al trabajo infatigable de los sabios: el mundo de lo pequeño.

El ojo humano es limitadísimo para la percepción de los objetos diminutos. Cuando dos puntos luminosos se encuentran en sitios muy vecinos, el ojo es incapaz de darnos dos sensaciones diferentes. Para que nuestra vista pueda apreciarlo como dos puntos distintos, hallándose éstos colocados a veinticinco centímetros del ojo, la distancia entre dichos puntos debe ser, por lo menos, de una décima parte de milímetro. Esta distancia angular mínima, visible a simple vista, es la que se conoce con el nombre de "poder resolutivo del ojo". Pero gracias a la ayuda de aparatos especializados, desde la simple lente de aumento hasta los microscopios más complejos, el ojo humano ha sido capaz de explorar consumadamente ese mundo de lo pequeño.

Así como, en el espacio cósmico, las dimensiones consideradas son tan inmensas que el kilómetro resulta ínfimo en relación con las distancias, para cuya medición se emplea la unidad año luz (distancia que recorre la luz en un año, a 300.000 kilómetros por segundo), en el mundo llamado microscópico el patrón no es ya el milímetro, sino el *micrón*, que es la milésima parte de un milímetro (1 milímetro = 1000 micrones). Existen y son necesarias unidades todavía más pequeñas: el *milimicrón*, que es la milésima parte de un *micrón* (1 milímetro = 1.000.000 de milimicrones), y la unidad denominada *ángstrom*, que es la décima parte de un *milimicrón* (1 milímetro = 10.000.000 de ángstrom). La escala utilizada es, pues, la siguiente:

1 milímetro = 1.000 micrones = 1.000.000 milimicrones = 10.000.000 ángstrom.

1 micrón = 1.000 milimicrones = 10.000 ángstrom.

1 milimicrón = 10 ángstrom.

Si se piensa que un kilómetro contiene 1.000.000 de milímetros, se tendrá una idea aproximada del orden de magnitud del milimicrón y del ángstrom, con respecto al milímetro.

En el diagrama de la *figura 1*, puede verse el inmenso abanico de objetos que abarca el mundo microscópico, en una escala que los técnicos llaman "logarítmica". Sin prestar mayor atención a este nombre, se puede ver claramente el tamaño relativo, en micrones y ángstrom, de las células, bacterias, virus, moléculas de proteína (clara de huevo, por ejemplo) y del cloruro de sodio (nuestra sal común). Además, en la parte inferior del diagrama están consignadas las longitudes de onda de las diversas radiaciones, que juegan un papel importantísimo en este universo tan sutil.

Pequeña historia de la microscopia

COMO ya hemos anotado, la capacidad del ojo humano para distinguir pequeños objetos es limitada. Y, como en otros tantos campos de la actividad, el hombre ha buscado auxilio en instrumentos que le ayuden a aumentar el poder visual.

Pocos de los que usan anteojos y de los que no los usan saben quién inventó tan importante adminículo. Parece ser, según se ha demostrado, que Rogerio Bacon, culto monje inglés, gran amante de las ciencias, que vivió en el siglo XIII, fué quien sugirió su construcción y utilidad. Las lentes ópticas eran ya conocidas por los griegos, y se cuenta que Arquímedes, el Einstein de la antigüedad, hizo construir una lente de aumento gigante para concentrar los rayos solares sobre las naves romanas que asediaban a Siracusa, e incendiarlas. Los árabes, que mantuvieron viva la llama de la ciencia durante la Edad Media perfeccionaron la construcción de lentes, y en el siglo XII su fabricación se había generalizado en Europa. Con el maravilloso despertar científico del Renacimiento, muchos se interesaron por las lentes de aumento. El genial Leonardo da Vinci, entre otros, realizó numerosas experiencias ópticas con dichas lentes.

A fines del siglo XV se construían ya anteojos con lentes cóncavas y convexas, y se cree que un constructor de lentes holandés fué el primero en unir una lente cóncava y otra convexa, en el interior de un tubo. Pero, sin lugar a dudas, Galileo fué el primero que usó con fines científicos este dispositivo. El aparato descrito constituye lo que los físicos llaman hoy "telescopio de Galileo", si se mira por uno de los extremos, y "microscopio de Galileo" si se mira por el opuesto. Usándolo de la primera manera, Galileo descubrió las montañas de la Luna, los anillos de Saturno y cuatro de los satélites de Júpiter. Enfocándolo al revés observó por primera vez el ojo compuesto de los insectos.

El instrumento se perfeccionó rápidamente al mejorar la calidad de las lentes empleadas, y a partir de ese instante fué enfocado sobre cuanta cosa viviente existía sobre la superficie terrestre.

Las investigaciones comenzaron a multiplicarse y a llenar las publicaciones científicas. Un nuevo mundo se abrió para quienes, devorados por la sed de la aventura intelectual, se lanzaban a la conquista del conocimiento. Roberto Hooke (1635-1703) describió la estructura de numerosos insectos y la del corcho, utilizando en esta última la palabra "célula", por primera vez. Francesco Stelluti (1577-1657) examinó la maravillosa arquitectura de la abeja. Malpighi (1628-1694) dibujó la textura de los vegetales y describió el aspecto microscópico de diversos órganos. Un tallador holandés, el "aficionado" más extraordinario de todos los tiempos, describió en el siglo XVII los microbios en el agua estancada, los espermatozoides, el desarrollo de la pulga y miles de cosas más. Su nombre era Leuwenhoek; y, escribiendo desde su Delft natal, de la cual nunca salió, asombró a los sabios de la Real Academia Británica.

Éstos fueron los principales precursores. Completar la nónima sería interminable. Un nuevo salto hacia ade-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

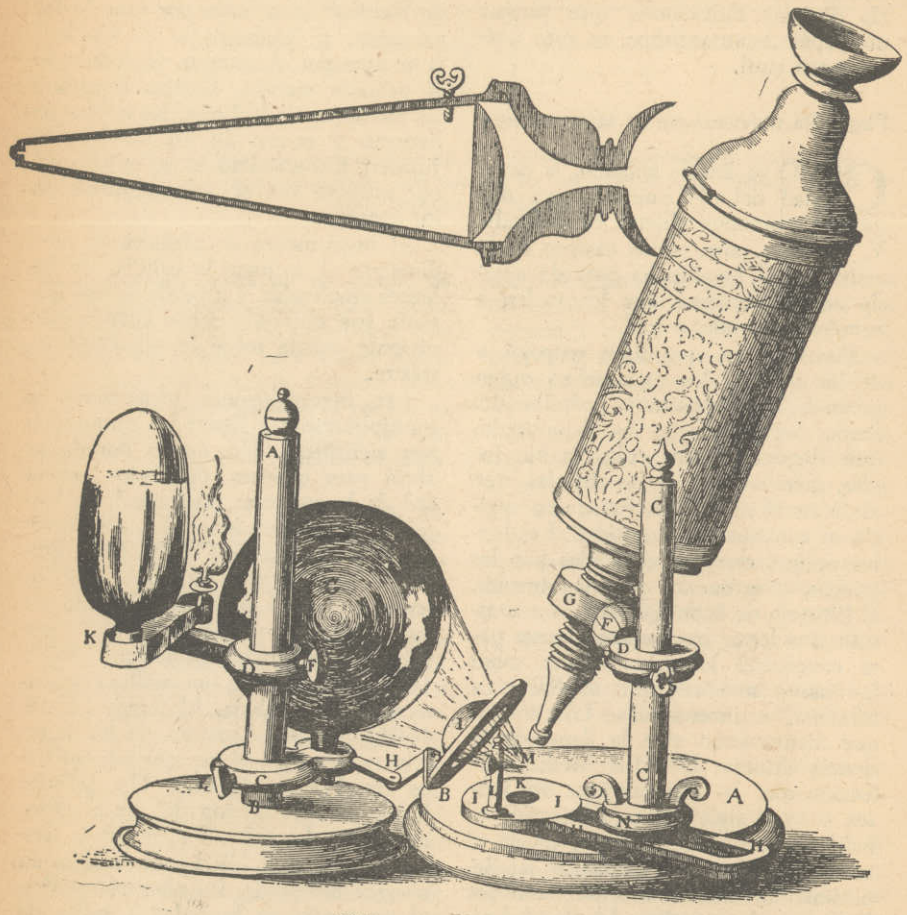


Figura 2. — *Microscopio óptico utilizado por Roberto Hooke y descripto en su libro "Micrographia" (1665). Nótese que como condensador de los rayos luminosos era utilizado un simple botellón con agua.*

Figura 3. — *Dibujo de una pulga, realizado por Hooke con su microscopio y que por primera vez revelaba los detalles de la misma.*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

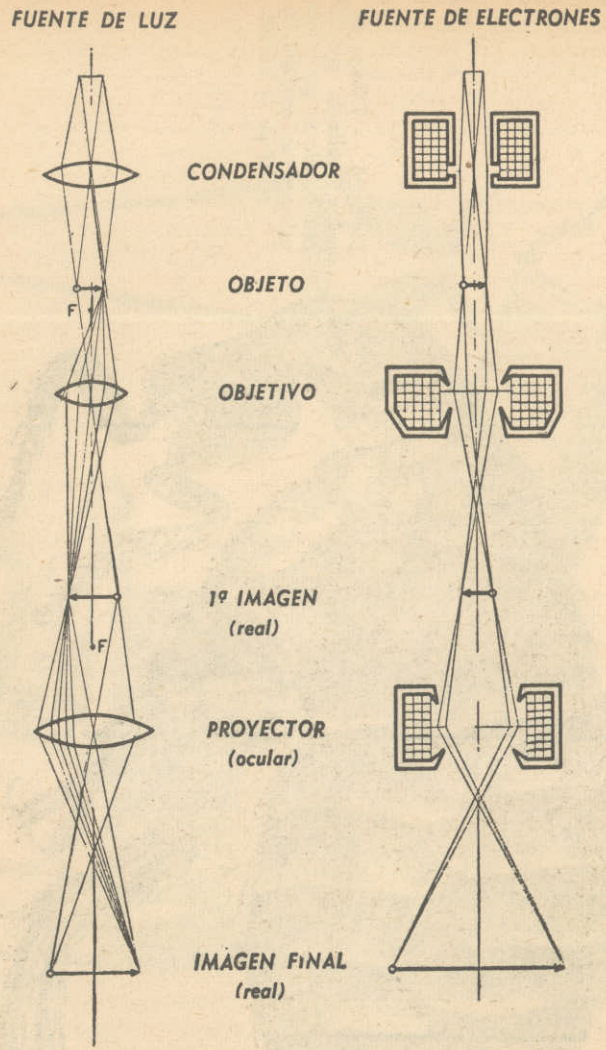


Figura 4. — *Diagrama comparativo del microscopio electrónico y del microscopio óptico. Puede apreciarse la similitud de ambos mecanismos, aunque el carácter de la luz y de las lentes sean diferentes.*

lante se dió en el siglo pasado, con la aparición, en 1830, de los microscopios acromáticos, en los cuales se suprimieron los molestos reflejos coloreados, producidos por las lentes, que dificultaban la observación. En 1840, el italiano Amici introdujo la "inmersión", mejoramiento notable, consistente en interponer entre el objeto observado y la lente más próxima un medio más favorable que el aire a la marcha de los rayos luminosos en el microscopio. Pero el microscopio moderno data de 1878, fecha en que la famosa casa Zeissa comenzó a fabricar los modelos del constructor Abbe.

Más tarde, fueron perfeccionadas la iluminación y las lentes y se agregaron dispositivos para mejorar el contraste, para utilizar luz polarizada y ultravioleta, fondo oscuro, etcétera. Pero para continuar adelante era necesario un cambio decisivo en la técnica, pues ya se había alcanzado el límite de posibilidades de la microscopía óptica. El nuevo aporte iba a venir de una flamante rama de la física: la electrónica.

Microscopio óptico y microscopio electrónico

PARA comprender cómo funciona el miscroscopio electrónico, conviene tener una idea clara de cuál es el funcionamiento del microscopio óptico compuesto. Este último, consta de tres sistemas ópticos *figura 4*. El primero, denominado *condensador*, tiene como misión hacer converger la luz sobre el objeto a examinar, que debe ser suficientemente fino para dejar pasar los rayos luminosos y que se coloca sobre una lámina de vidrio transparente y delgada, que se llama "portaobjetos". El segundo sistema, llamado *objetivo*, consiste en un juego de lentes próximos al objeto, del cual forma una imagen aumentada que puede ser recogida o proyectada en una pantalla. Por lo común, esta imagen es recogida por el tercer sistema, el *ocular*, que aumenta aun más la imagen ya agrandada por el objetivo y que es la que percibe el observador o la que se puede recoger con una placa fotográfica.

A primera vista, podría parecer que la posibilidad de conseguir imágenes cada vez más grandes y detalladas, con este sistema, fuera infinita, pues bastaría perfeccionar más las lentes para conseguir imágenes más perfectas. Y esto no es así: podríamos conseguir imágenes mayores: pero los detalles que se verían serían siempre los mismos, pues existe una limitación insalvable, que es la siguiente: la luz que el ojo es capaz de percibir comprende radiaciones cuya longitud de onda es de medio micrón aproximadamente, como puede apreciarse en el diagrama de la *figura* 1. Si los objetos que se intenta observar son menores que medio micrón, la luz "gira" en torno a los mismos y por lo tanto no acusa la menor traza de ellos en su marcha. Esto quiere decir que el límite de la microscopía óptica está dado por el objetivo y por la longitud de onda de la luz utilizada. Los objetivos más perfectos alcanzan un máximo de 120 "aumentos", pudiendo el ocular agrandar esta imagen hasta alcanzar 2.000 aumentos. Para superar este límite, se intentó utilizar radiaciones de menor longitud de onda. Así, por ejemplo, se introdujo el uso de la luz ultravioleta. Como la misma no es perceptible por el ojo humano, sólo podían efectuarse fotografías, y este cambio no aportó, en definitiva, un mejoramiento decisivo, aunque fué y sigue siendo utilísimo en algunos campos especiales de la investigación.

Como queda indicado, el gran avance iba a venir de otra rama de la física. En 1924, Luis de Broglie, a la sazón estudiante en la Sorbona, presentó una tesis doctoral audaz, en la que,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

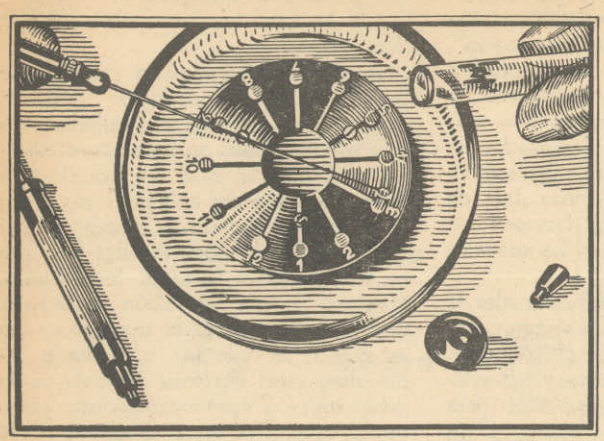


Figura 5. — *Cada uno de los círculos marcados con un número corresponde a una grilla recubierta por una fina membrana de colodión sobre la cual se deposita el objeto a observar.*

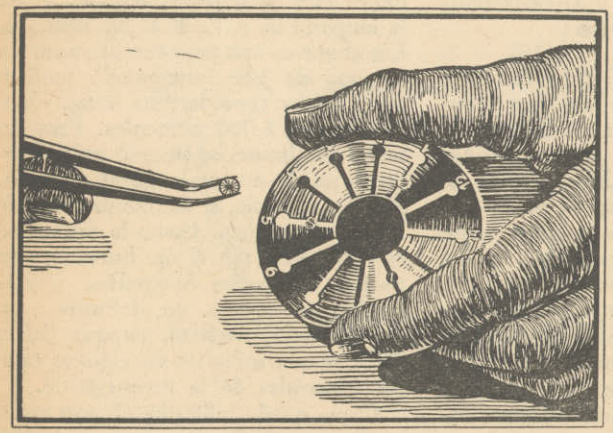


Figura 6. — *La "grilla" es sostenida por la pinza para ser trasladada al soporte especial para ser introducida en una cámara de alto vacío, que será atravesada por el haz de electrones.*

teóricamente, consideraba que los electrones constituían también un tipo de radiación. Poco después, se comprobó que, en efecto, los mismos se comportaban, en muchos aspectos, como la luz, aunque su longitud de onda era 100.000 veces más pequeña. Pero, evidentemente, las lentes ópticas no servían ya en absoluto para modificar la marcha de este tipo especialísimo de "luz".

Por un camino totalmente distinto, se había hallado que, haciendo pasar los electrones por campos magnéticos. de forma apropiada, se podían obtener transformaciones en la dirección, concentración y dispersión de los electrones, análogas a las obtenidas con lentes ópticas sobre la luz visible. Lo mismo fué comprobado para los campos eléctricos, y así nacieron las "lentes" magnéticas y eléctricas. Con el uso de estas lentes y sobre una base análoga a la del microscopio óptico, se posibilitó la construcción de un microscopio electrónico *figura* 5. La fuente de "luz" es ahora un filamento metálico, incandescente, colocado en una cámara de alto vacío, que en estas condiciones emite electrones. Los electrones encuentran en su marcha una primera lente magnética (el *condensador*), que los concentra sobre el objeto a examinar, el cual se halla vecino al foco de una segunda lente magnética (el *objetivo*), que a su vez forma la imagen del objeto, sobre una tercera lente magnética. Esta última proyecta la imagen sobre una pantalla fluorescente, donde el observador puede apreciarle o fotografiarla.

A pesar de las similitudes planteadas, las diferencias entre ambos tipos de microscopio son enormes, debido a las propiedades enteramente distintas de la radiación utilizada y de las lentes ópticas y magnéticas.

Los aumentos que se consiguen con el microscopio electrónico oscilan entre 10.000 y 40.000 diámetros del objeto, y por ampliación fotográfica, ¡pueden alcanzar hasta 100.000 diámetros! Comparando estas cifras con las señaladas para el microscopio óptico podrá tenerse una idea precisa del progreso realizado.

Técnica de la microscopía electrónica

El material que va a examinarse con el microscopio debe ser de un espesor ínfimo, pues el poder de penetración de los electrones es muy pequeño. El objeto a observar se deposita sobre una tenue capa de material plástico, cuyo espesor no sobrepasa los 150 ángstrom. Esta membrana es sostenida, a su vez, por una fina parrilla metálica, llamada "grilla" o "retículo", cuyos espacios libres son de diámetro menor que el de un pelo humano. El material a analizar se prepara en forma diferente de acuerdo a sus características. En los últimos años se han introducido algunos métodos que mejoran las condiciones de observación y que aportan nuevos datos acerca del material estudiado.

Se han desarrollado, por ejemplo, aparatos especializados para cortar los especímenes de manera de conseguir rebanadas de los mismos que no sobrepasen de dos décimas de micrón. Para ello el material es introducido en una parafina especial, y la navaja que los corta es de un material especialísimo (diamante, etcétera).

Cuando se analizan finas membranas o fibras de espesor uniforme, se procura aumentar el contraste mediante una técnica llamada "sombreado". Para este fin se utiliza el aparato esquematizado en la *figura* 8, en cuyo interior se produce un alto vacío y, poniendo incandescente un filamento especialmente dispuesto, se evaporan me-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

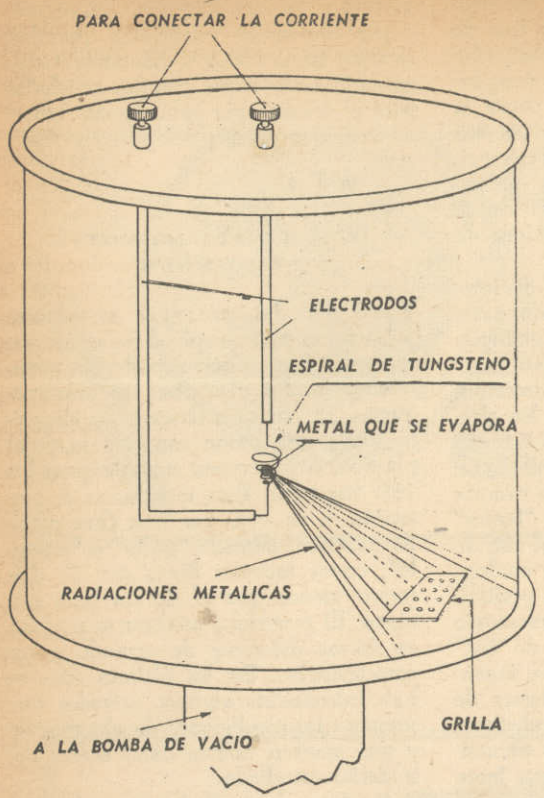


Figura 7. — *Esquema del aparato para producir el "sombreado" del objeto. Las radiaciones metálicas producidas por el filamento incandescente en una atmósfera de alto vacío caen oblicuamente sobre los relieves del objeto depositándose en un solo lado, mientras que en el opuesto, se forma una "sombra".*

tales pesados como cromo, uranio, etcétera. Las partículas del metal caen, sobre el objeto a examinar, en un ángulo muy agudo, de manera que las mismas se disponen sobre uno solo de los lados de los relieves o salientes, mientras que del lado opuesto se forma una especie de "sombra", como sucede cuando los rayos del sol inciden oblicuamente sobre un objeto. Este efecto confiere un aspecto tridimensional a la preparación, que se puede apreciar en las figuras *14, 19* y *21*.

Otro método frecuentemente utilizado es el de la "coloración" electrónica", que consiste en usar sustancias como el ácido ósmico o fosfotúngstico, los cuales contienen átomos pesados, que dispersan los electrones, favoreciendo así la observación de las estructuras fibrosas.

El último método digno de ser citado es la curiosa técnica de la "réplica", que consiste en cubrir el espécimen a analizar con otra capa de plástico que después de secar es cuidadosamente despegada y colocada sobre la grilla. En esta capa de plástico quedan marcadas, como las pisadas en la arena, los relieves del objeto, y el análisis microscópico de la superficie del plástico ofrece abundante información sobre las características de la superficie del material analizado.

Estructura de las bacterias

En el estudio de los seres vivos, el cúmulo de conocimientos adquirido por la microscopía óptica y los diferentes métodos de ella dependientes es, sin duda alguna, impresionante. Baste pensar que el estudio de las individualidades más pequeñas que componen la materia viva (células, bacterias, etcétera) fué una conquista del microscopio compuesto. ¿Cuál es, pues, la novedad que el microscopio electrónico aportó en un terreno tan explorado? La respuesta tiene dos aspectos: por un lado, ha permitido afinar la observación de todas las estructuras conocidas, descubriendo detalles insospechados muchas veces, y por otra parte, ha revelado un nuevo mundo de imágenes que los otros métodos no alcanzaron a revelar o que solamente sugerían en forma vaga.

Es, pues, en el estudio de los individuos biológicos más minúsculos en donde el microscopio electrónico ha señalado los éxitos más notables y ha abierto los derroteros más promisorios. Ningún profano desconoce los progresos de la bacteriología. Todos recibimos diariamente, aun sin darnos cuenta y en actos tan sencillos como hervir la leche o desinfectarnos las manos con alcohol, los incontables beneficios que esta rama de la medicina ha aportado a nuestra vida cotidiana.

Desde las épocas heroicas de Pasteur y Koch, a fines del siglo pasado, los avances realizados en el conocimientos de los microbios han sido enormes, tanto en su estudio y su mantenimiento en el laboratorio, como en los medios de combatir sus efectos nocivos.

Para tener una idea de la magnitud del gran velo descorrido por el microscopio electrónico en este campo, invitamos al lector a comparar las imágenes de las *figuras 10, 11* y *17*, con los recuadros que aparecen en el ángulo superior derecho de las mismas y que corresponden a fotografías de los diversos gérmenes, obtenidas con el microscopio óptico compuesto.

Durante largo tiempo se discutió si las bacterias eran o no equiparables a las células constituyentes de los seres vivos. Los microbios se diferenciaban de las mismas por carecer de un corpúsculo denominado "núcleo", que era invisible en las bacterias examinadas con los microscopios ópticos más potentes. Este núcleo, pese a su pequeñez, es de importancia en muchas de las funciones celulares y al material que contiene se le atribuye la propiedad de ser el portador de las características hereditarias de la especie y del individuo. De ahí la importancia que se atribuyó a la labor de buscar el posible núcleo de las bacterias. Y por fin, el microscopio electrónico ha brindado imágenes definitivas en el sentido de demostrar que las bacterias también tienen núcleo, como se puede percibir claramente en la *figura 10*.

Otro problema que atrajo la atención de los investigadores fué el de si existía o no una verdadera membrana que rodeara y limitara el cuerpo de la bacteria, y, en algunas clases de bacterias que mostraban estar envueltas por una cápsula, cuáles eran exactamente las relaciones de ésta con el contenido de la bacteria. De esta membrana o cápsula dependen muchas de las propiedades de resistencia del germen a los medios que se utilizan para combatirlo. Con el microscopio electrónico ha podido medirse exactamente el espesor de la membrana y de la cápsula microbianas, distintas según las diferentes

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

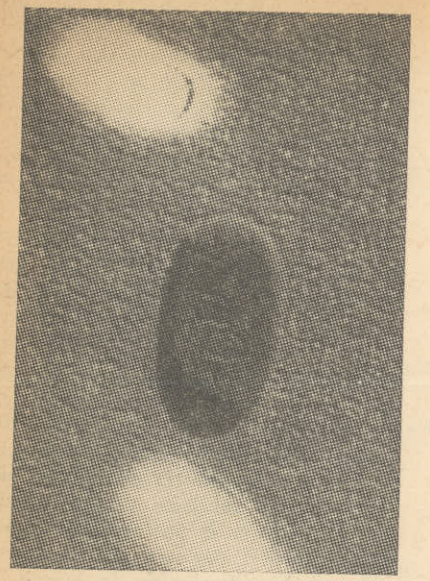


Figura 8. — *Imagen electrónica de un bacilo coli, habitante normal del intestino, que en algunos casos puede provocar trastornos intestinales y renales. En el centro, sobre la membrana, ha quedado la "réplica" del bacilo, de cuya superficie se pueden apreciar ciertas rugosidades.*

especies resistentes o no resistentes, *figura 11*.

Cómo se multiplican los microbios

En qué consiste el mecanismo por el cual progresa la infección? Sencillamente en que, en un medio favorable, cada bacteria se divide en otras dos bacterias e hijas, y así sucesivamente. De esta manera el número de microbios crece rápidamente en proporción. Las imágenes electrónicas han revelado con singular preciosismo las diversas formas en que se reproducen las bacterias: éstas se hienden longitudinal o transversalmente, por una estrangulación de su cuerpo. En otros casos, las extremidades se ensanchan y redondean, y de las mismas se desprende un verdadero brote que va a formar un nuevo germen *(figuras 13, 14 y 15)*.

Como ya anotamos más arriba, un simple hervor o un lavado con un antiséptico logran a menudo destruir los microbios. Pero algunos de ellos, causantes de enfermedades graves, como el temible tétanos o la mortal intoxicación conocida como botulismo, poseen la peligrosa particularidad de que, en condiciones desfavorables, se transforman asumiendo formas altamente resistentes a los cambios de temperatura, a las sustancias antisépticas, a la desecación, etcétera. Esas formas poseen una cápsula que aísla a la espora, que así se llama esta forma tan curiosa de supervivencia. La espora mantiene un estado de vida latente, sin reproducirse, y sólo cuando las condiciones son favorables vuelve a convertirse en la forma activa del germen, reproduciéndose intensamente y causando sus efectos perjudiciales en el animal u hombre que los hospeda.

Muchos tipos de microbios están dotados de elementos especiales, que son como una especie de pelos microscópicos, provistos de rápidos movimientos y que le son sumamente útiles al germen para desplazarse y nutrirse. Estos elementos, llamados *cilius*, cuyos detalles eran difícilmente observables con los métodos de la microscopía clásica, han podido ser acabadamente analizados en la pantalla fluoroscópica. Una ojeada a la *figura 16* revelará al lector numerosos aspectos de la estructura e inserción de los cilios en el cuerpo del microbio, a la vez que la imagen misma produce en quien la observa una impresión de curiosa irrealidad...

En relación con el mundo bacteria-

(Continúa en la pág. 41)

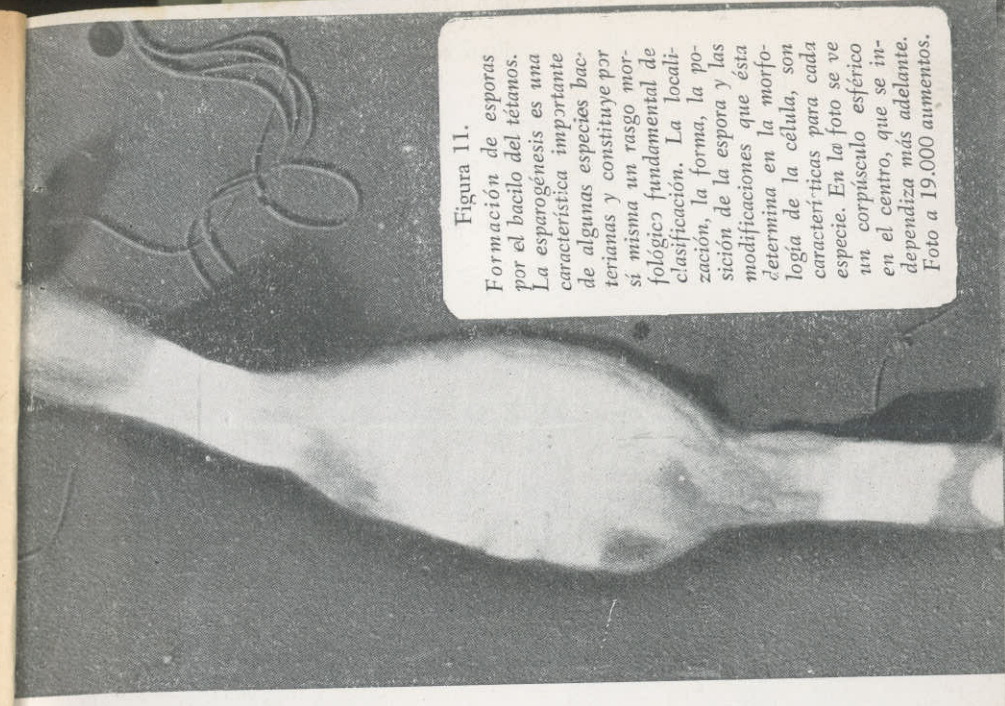


Figura 11.
Formación de esporas por el bacilo del tétanos. La esporogénesis es una característica importante de algunas especies bacterianas y constituye por sí misma un rasgo morfológico fundamental de clasificación. La localización, la forma, la posición de la espora y las modificaciones que ésta determina en la morfología de la célula, son características para cada especie. En la foto se ve un corpúsculo esférico en el centro, que se independiza más adelante. Foto a 19.000 aumentos.

Figura 9.
Bacilo de la tuberculosis visto a 25.000 aumentos, mostrando corpúsculos que se interpretan como núcleos. En el ángulo, imagen óptica a 1.200 aumentos.

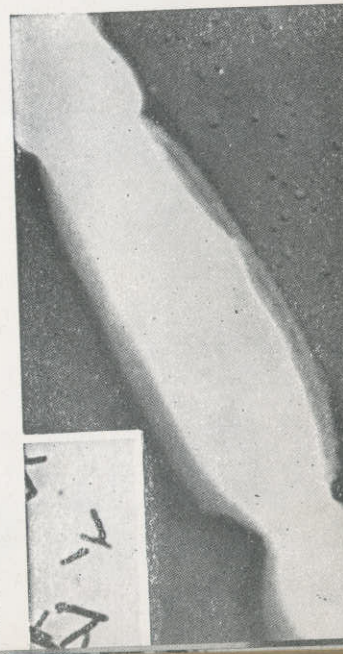


Figura 10.
Bacilo del carbunco, enfermedad conocida también con el nombre de pústula maligna. Nótese el aspecto de caña de bambú conferido por la separación de la membrana. 19.000 aumentos. En el ángulo, 1.200 aumentos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

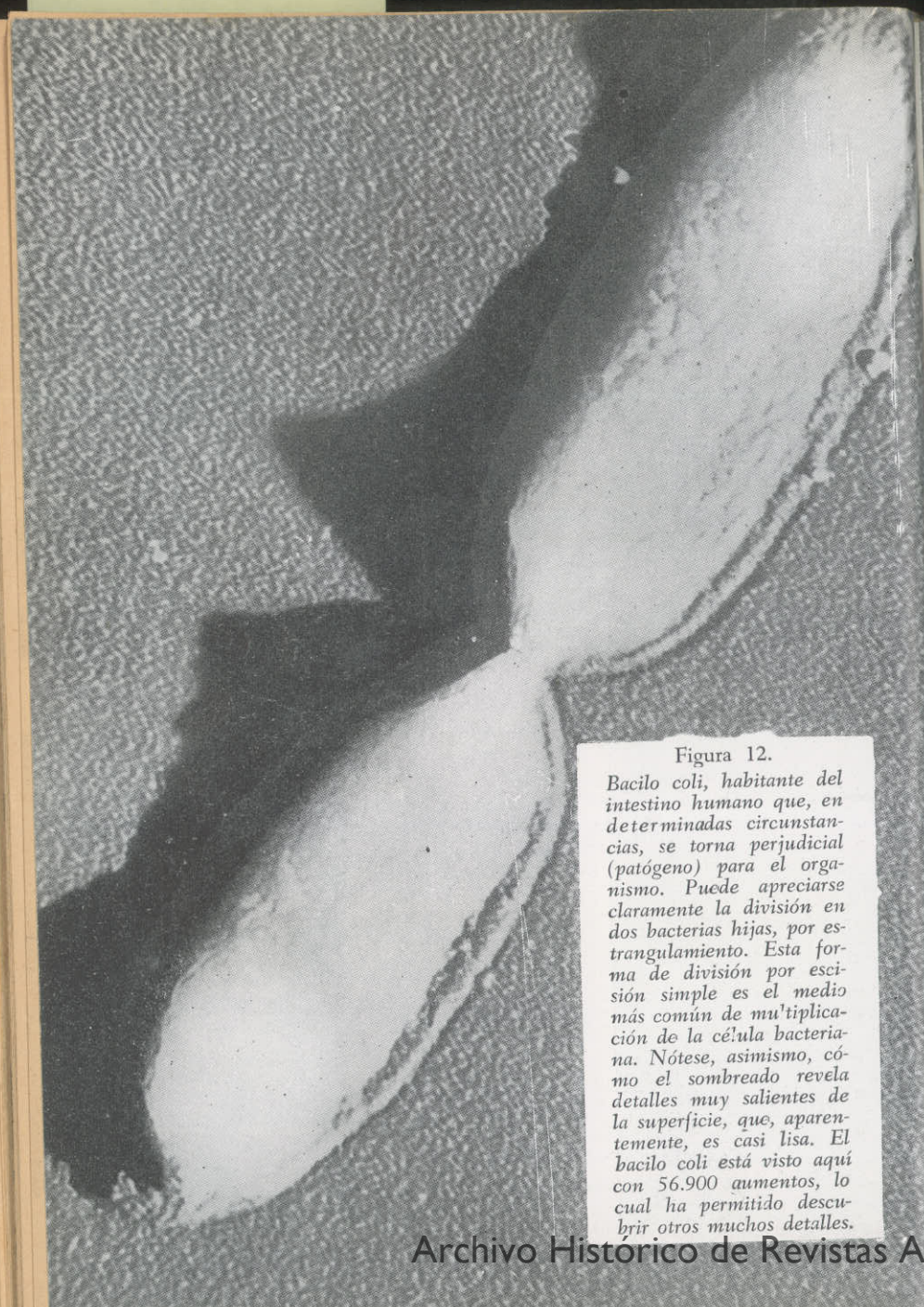


Figura 12.

Bacilo coli, habitante del intestino humano que, en determinadas circunstancias, se torna perjudicial (patógeno) para el organismo. Puede apreciarse claramente la división en dos bacterias hijas, por estrangulamiento. Esta forma de división por escisión simple es el medio más común de multiplicación de la célula bacteriana. Nótese, asimismo, cómo el sombreado revela detalles muy salientes de la superficie, que, aparentemente, es casi lisa. El bacilo coli está visto aquí con 56.900 aumentos, lo cual ha permitido descubrir otros muchos detalles.

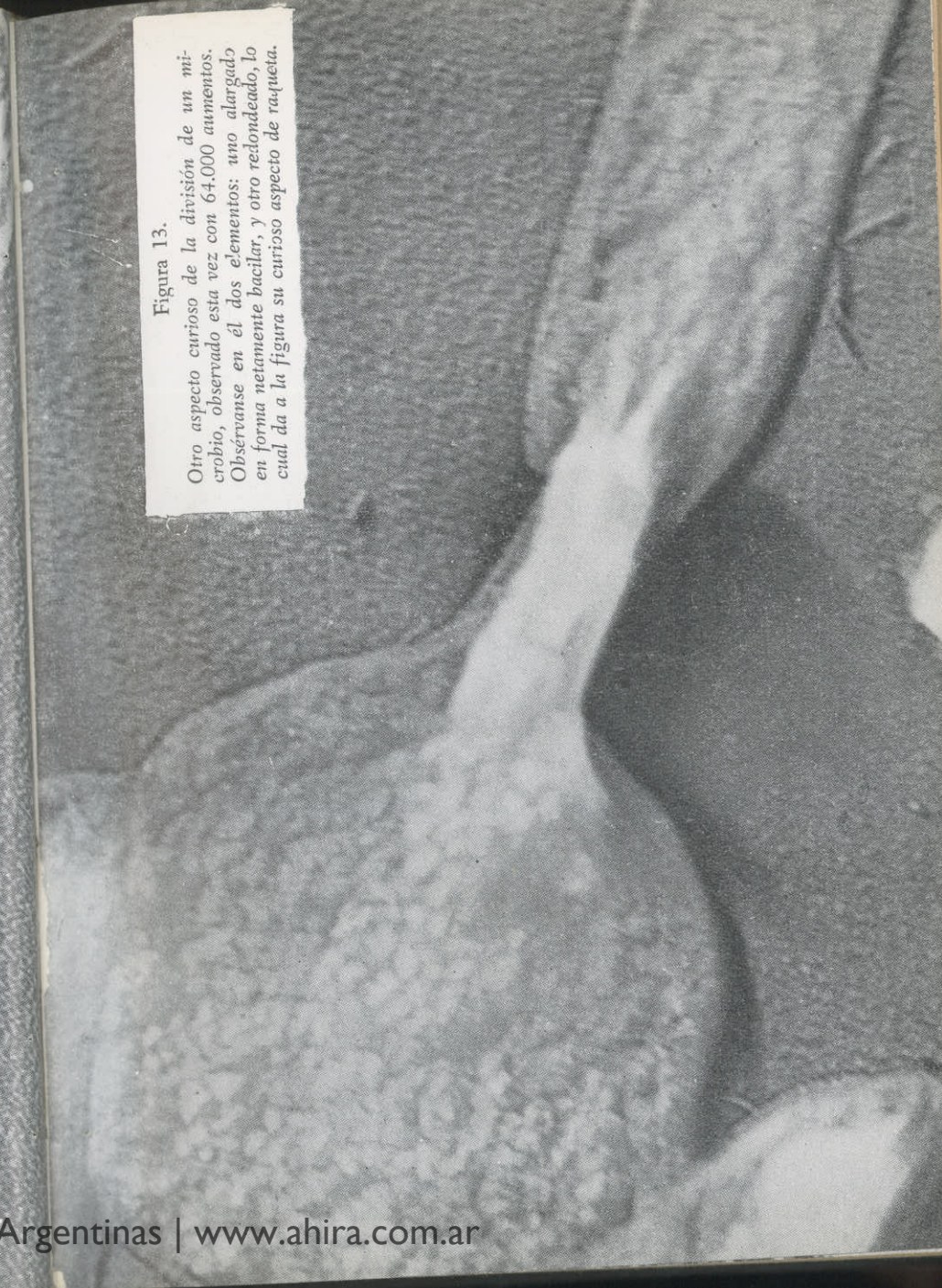


Figura 13.

Otro aspecto curioso de la división de un microbio, observado esta vez con 64.000 aumentos. Obsérvanse en el dos elementos: uno alargado en forma netamente bacilar, y otro redondeado, lo cual da a la figura su curioso aspecto de raqueta.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

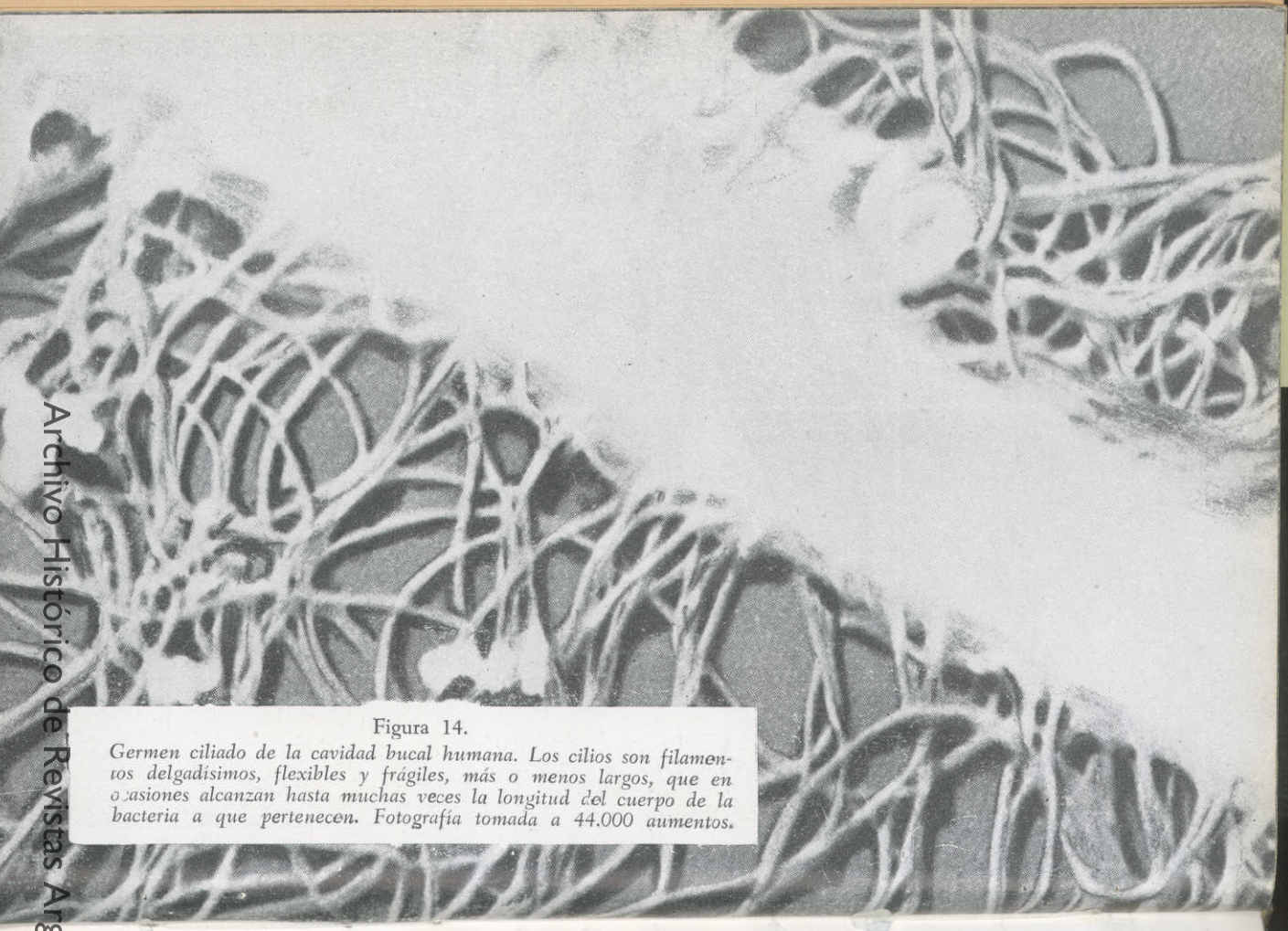


Figura 14.
Germen ciliado de la cavidad bucal humana. Los cilios son filamentos delgadísimos, flexibles y frágiles, más o menos largos, que en ocasiones alcanzan hasta muchas veces la longitud del cuerpo de la bacteria a que pertenecen. Fotografía tomada a 44.000 aumentos.

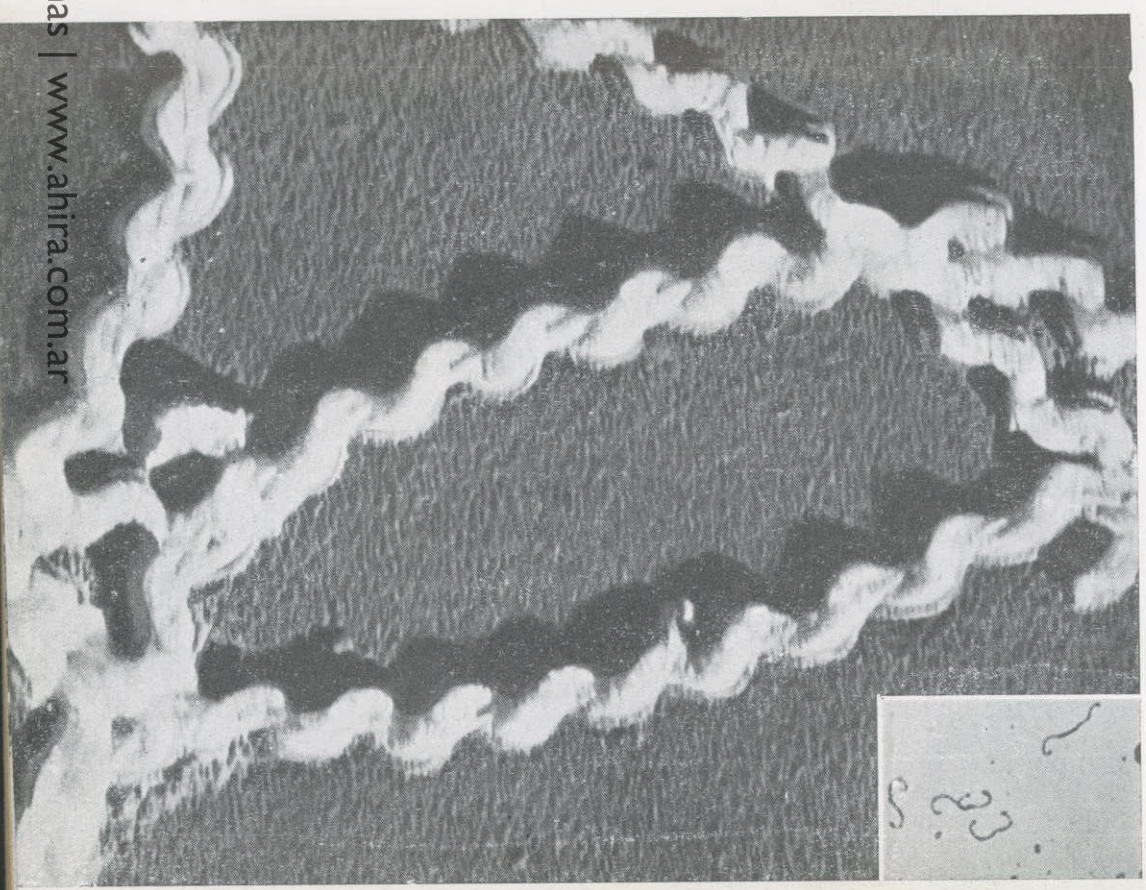
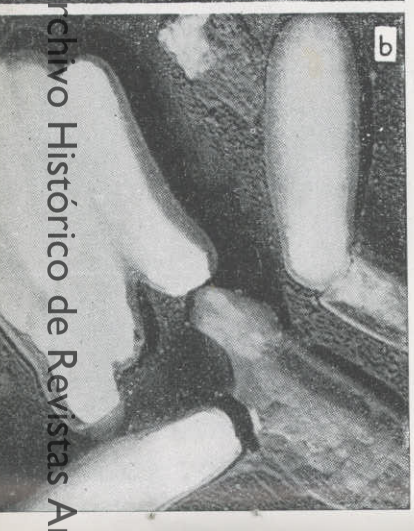
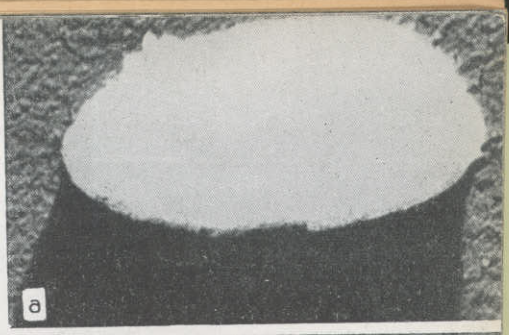


Figura 15.
Una espiroqueta productora de una grave enfermedad del hígado. Gracias a la microscopía electrónica ha sido posible evidenciar la compleja figuración de estos microbios. Adviértase el trenzado del cuerpo envuelto en una membrana, cuyo movimiento permite los desplazamientos del protozoario. Compárese la hermosa imagen a 38.000 aumentos con la de 1.200 del recuadro inferior.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El júbilo que causó en la humanidad la buena nueva de los milagros curativos obtenidos con los primeros antibióticos, es comparable con el asombro experimentado por los sabios cuando han logrado ver con sus propios ojos la devastación producida en los ejércitos de esos enemigos del hombre que son los misteriosos habitantes del mundo microscópico. En la figura se ve el efecto de un antibiótico sobre el bacilo de la tuberculosis: a) comienza el efecto; b) fase final. Fotografía a 25.000 aumentos.





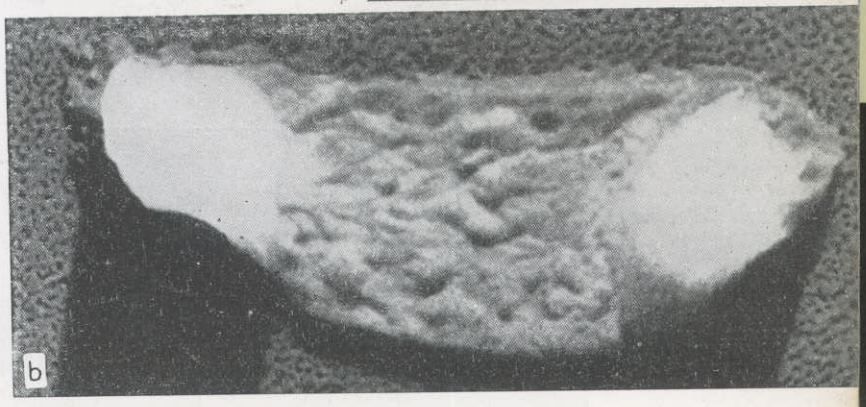


Figura 17.

Entre los efectos de cierta intensidad producidos por los antibióticos, se observa no sólo la clarificación del protoplasma, sino la desintegración más o menos completa del mismo. Esta figura muestra: en a) un bacilo coli, huésped normal del intestino humano, como se ve a 36.000 aumentos; en b) el mismo bacilo bajo los efectos de una dosis de estreptomicina, agregada al caldo de cultivo. Nótese el proceso destructivo sufrido en el interior del protoplasma.

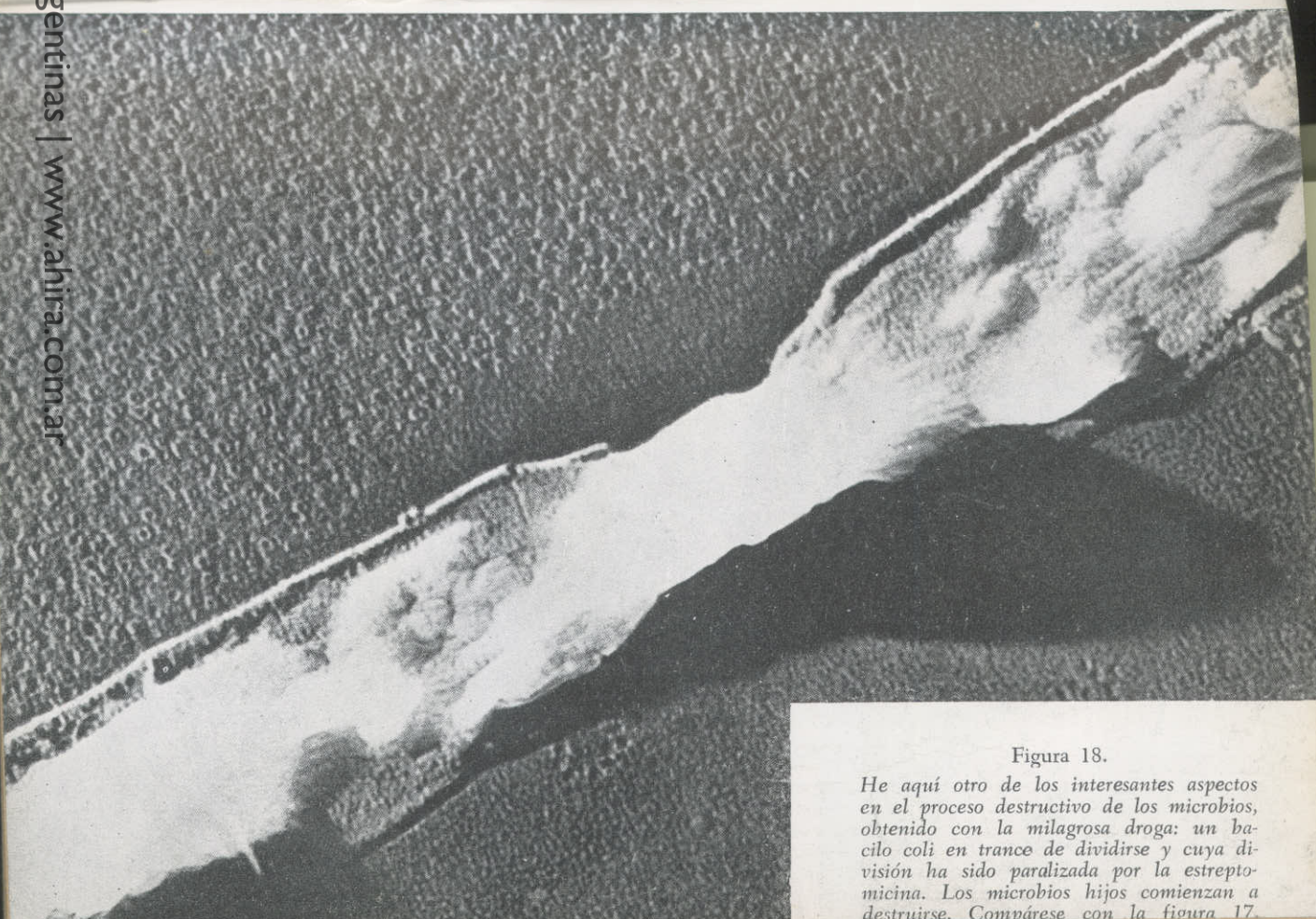
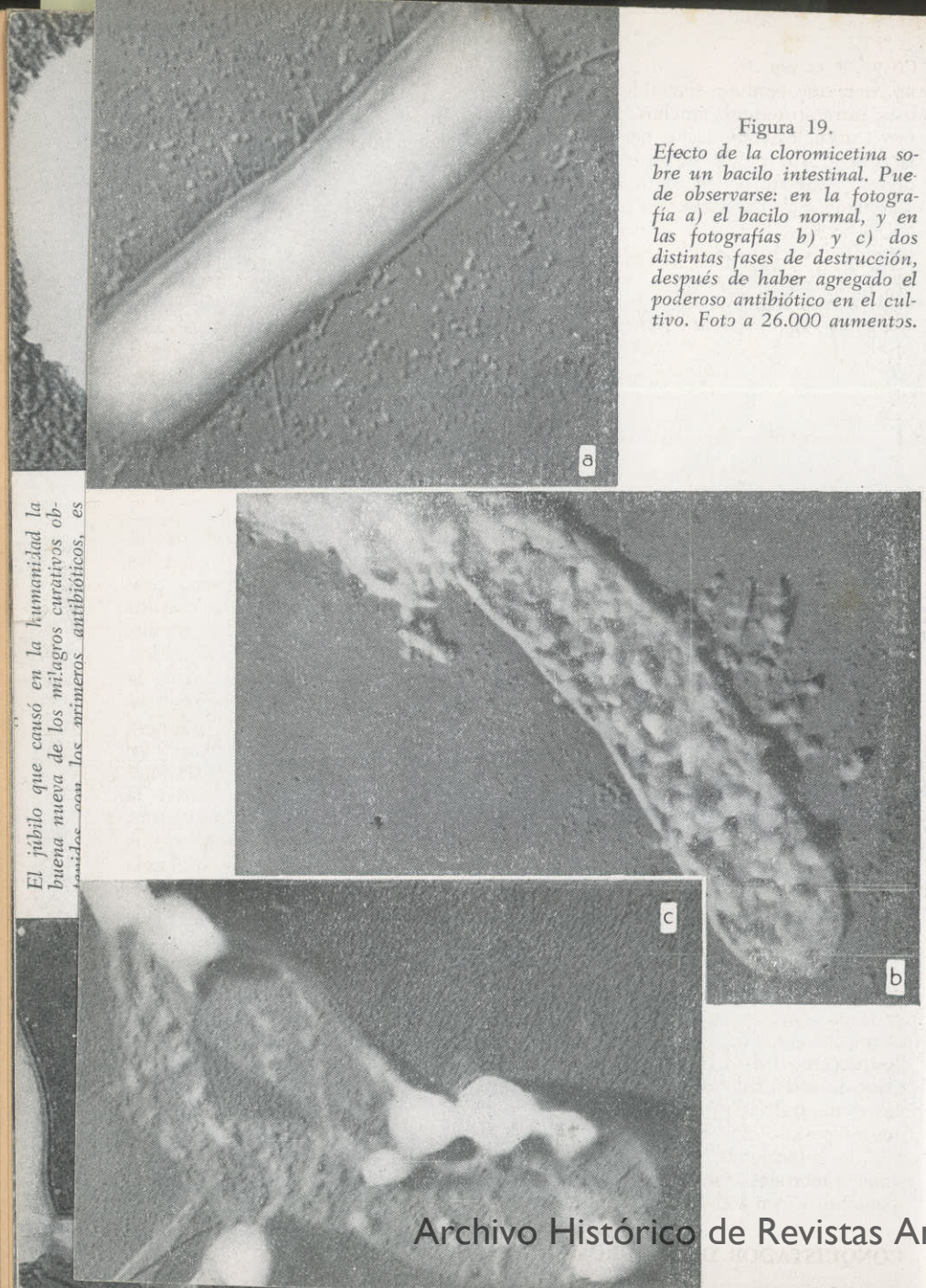


Figura 18.

He aquí otro de los interesantes aspectos en el proceso destructivo de los microbios, obtenido con la milagrosa droga: un bacilo coli en trance de dividirse y cuya división ha sido paralizada por la estreptomicina. Los microbios hijos comienzan a destruirse. Compárese con la figura 17.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



El júbilo que causó en la humanidad la buena nueva de los milagros curativos obtenidos con los primeros antibióticos, es

Figura 19.
Efecto de la cloromicetina sobre un bacilo intestinal. Puede observarse: en la fotografía a) el bacilo normal, y en las fotografías b) y c) dos distintas fases de destrucción, después de haber agregado el poderoso antibiótico en el cultivo. Foto a 26.000 aumentos.

(Viene de la pág. 32)

no, han sido también sometidos al análisis ultraestructural muchos protozoarios (animales compuestos por una sola célula) que producen en el hombre diversas enfermedades, entre las que se encuentran las parasitosis intestinales, la sífilis, etcétera. Entre estos protozoarios, muchos de ellos poseen también cilios, y además están provistos de órganos especiales de desplazamiento, llamados *flagelos*, que se asemejan a un verdadero látigo por su forma y movimientos. La organización de estos flagelos es muy llamativa como puede apreciarse, por ejemplo, en la *figura 17*.

La actividad destructora de los antibióticos

OTRO aspecto que la microscopía electrónica ha iluminado con detalles inéditos forma parte de uno de los capítulos más apasionantes de la lucha del hombre contra las enfermedades: el estudio de la actividad de los antibióticos.

Como ya señalamos al principio de esta nota, y a pesar de tratarse de una adquisición reciente de la medicina, las múltiples aplicaciones y las curaciones espectaculares obtenidas con los antibióticos se han popularizado de tal manera, que es difícil encontrar hoy quien no haya oído hablar de ellos o no haya recibido alguno de los más conocidos.

¿Qué son los antibióticos? Son sustancias químicas, extraídas en su mayor parte de hongos, que presentan la particularidad de actuar en forma específica sobre ciertas bacterias, inhibiendo su crecimiento o provocando su destrucción. En cualesquiera de estos casos, la actividad nociva de los gérmenes es neutralizada por el antibiótico, y nos es posible contemplar así el milagro de infecciones, hasta ayer gravísimas o mortales, que ceden ahora, simplemente y con toda celeridad, con algunas cápsulas o inyecciones de estas "drogas mágicas".

La historia de los hombres que realizaron y realizan este milagro, sobrepasa el propósito de estas líneas; pero digamos que quien abrió el camino fué Alejandro Fléming, que observó por primera vez en su laboratorio que el crecimiento de una cepa del hongo *Penicilium* inhibía el crecimiento de grandes colonias de gérmenes. Fléming vislumbró en toda su perspectiva la importancia de tal descubrimiento, pero éste no habría pasado de ser una quijotada si un equipo de científicos de primera línea, después de diez años de arduos y coordinados estudios, no hubiera posibilitado la producción y aplicación de la penicilina en gran escala. Ese fué sólo el comienzo. La voz de orden estaba dada: estudiar todas las especies de hongos posibles; aislar las posibles substancias antibióticas; probarlas en los caldos de cultivo, con los gérmenes más diversos; probar sus virtudes curativas en animales infectados, examinando también la toxicidad de la droga, y producir el antibiótico en escala industrial. Esta fué la ruta que siguió Selman Waksman, y el resultado fué una nueva constelación de mortíferas armas contra las bacterias: la estreptomicina, la cloromicetina y otras. Después vinieron la áureomicina, la terramicina... Y la carrera afiebrada de los laboratorios, contra la muerte, continúa en todas las latitudes con el mismo entusiasmo.

El microscopio electrónico es un válido apoyo en esta gigantesca batalla, posibilitando seguir paso a paso la actividad del antibiótico y sus efectos sobre los microbios, desde el ataque hasta la destrucción. Las imágenes de las *figuras 18, 19, 20 y 21*, que muestran distintas fases de la acción de algunos antibióticos y agentes químicos bactericidas sobre distintos gérmenes, son mucho más expresivas que cualquier

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

larga explicación teórica que pudiéramos intentar acerca del tema en cuestión.

El hombre del siglo XX vive apasionado por el espacio estelar y lo preocupan los platos o los habanos voladores, los viajes interplanetarios o los potenciales enemigos marcianos. Mientras tanto, en el mundo de lo pequeño, los hombres de ciencia conducen una lucha sostenida e incansable contra enemigos cuyas imágenes electrónicas, vistas por un observador desprevenido, no dejan de tener los contornos fantásticos de seres de otro planeta o de otra galaxia.

La vida humana en la mitad transcurrida de la presente centuria, se ha prolongado, no en algunos años, sino en décadas. Niños y hombres condenados a la muerte o a una invalidez irremisible han podido ser arrebatados a las mismas. ¿No es esta una aventura más maravillosa que la que un Wells pudiera haber jamás imaginado?

(Concluye en el próximo número)

Las ilustraciones de esta nota han sido reproducidas del libro "Microrganismi al Microscopio elettronico", por cortesía de sus editores Lepetit S. A. Q. I. C.

LA AVISPA

por RICHARD WILSON

El hombre es, fuera de toda duda, el amo del mundo. A su debido tiempo se trasladará de planeta a planeta, de galaxia a galaxia, y nada podrá interponerse en su camino. (¿Qué fué eso?... Parecía una voz en desacuerdo.)

LA avispa cruzó zumbando por el lado de adentro del parabrisas. El conductor estaba virando en una curva, a 85 por hora, de modo que en ese momento no pudo prestarle atención. Cuando se encontró nuevamente en camino recto, el hombre, que estaba solo en el automóvil, se inclinó hacia la derecha e hizo girar la manivela para bajar el cristal de la ventanilla. La pequeña aleta de ventilación de la izquierda ya estaba abierta. El hombre agitó su mano, no muy cerca de la avispa, como para indicarle el camino a la libertad.

La avispa volvió a zumbar e ignoró la ventanilla abierta. Continuó batiendo rápidamente sus alas contra el parabrisas.

Dos veces más, cuando el tránsito se lo permitió, el hombre intentó hacer entender al insecto que había una salida. La segunda vez, la avispa zumbó furiosamente, en un violento crescendo, y el hombre decidió dejarla donde estaba. Nunca le había picado una avispa; pero podía ser el primer picotazo, si la seguía irritando.

Después de un rato, la avispa dejó de zumbar y empezó a caminar dando vueltas sobre el tablero. El insecto debía de haberse introducido en el coche mientras estaba estacionado cerca de la casa, antes de emprender el via-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El júbilo que causó en la humanidad la buena nueva de los milagros curativos ob-

je hacia la ciudad. Era un día caluroso, y el hombre había dejado abiertas las ventanillas, para que el interior del auto no estuviera sofocante al partir.

Una señal familiar en el camino le indicó que nabía recorrido ya dieciocho kilómetros: casi la mitad del trayecto. Una vez había calculado la distancia, y sabía que había exactamente cuarenta kilómetros y medio desde su casa hasta el sitio donde dejaba estacionado el automóvil y tomaba un subterráneo por el resto del camino hasta la ciudad.

Se preguntó entonces si esa avispa viviría en el mismo lugar que él. Había un nido de avispas bajo el alero, a suficiente altura para no molestar a nadie. Si auyentaba ahora al insecto, éste quedaría muy lejos de la casa, aunque fuese muy volador, y el hombre no tenía la menor idea de cuál podía ser la capacidad de vuelo del himenóptero. Quizá nunca hallaría el camino para volver. Quizá ni siquiera encontraría otra colonia de avispas; y aunque la encontrase, ¡quién sabe si admitirían a una desconocida!

Si como era habitual, el hombre hubiera estado oyendo la radio del coche, habría olvidado a la avispa tan pronto como ésta dejó de zumbar. Pero la radio estaba descompuesta desde hacía una semana. Así, pues, el hombre tenía la mente libre para esta pequeña fantasía sobre la avispa desplazada.

Siguiendo un impulso, se inclinó y cerró la ventanilla de la derecha. Había resuelto conservar la avispa en el coche y llevarla a su casa consigo cuando volviera. Estaría ocupado en la ciudad unas pocas horas, y luego, los dos (la avispa y él) emprenderían el regreso.

El movimiento que hizo para alzar el cristal agitó a la avispa, que echó a volar nuevamente. Zumbó delante de su cara, girando luego alrededor de su cabeza y precipitándose por fin, perversamente, contra la ventanilla que él acababa de cerrar.

—Qué tonta eres, avispita —dijo afablemente el hombre del automóvil—. Te llevaré a tu casa aunque no quieras.

EL hombre del rifle era evidentemente un cazador, o, para decirlo con más claridad, un cazador furtivo. La temporada había concluído ya, de modo que nada tenía él que hacer vagabundeando por el vedado, y menos aún con un arma.

No había logrado ni una sola pieza; se sentía molesto e irritado bajo el cálido sol del mediodía; en pie desde antes del amanecer, y tras caminar sin tregua durante toda la mañana, estaba cansado como un perro.

Marchaba pesadamente, murmurando para sí quién sabe qué maldiciones, cuando vió reflejarse el sol en un objeto de metal, bastante grande, que se hallaba en un calvero situado algo más allá. Al parecer, era un edificio; pero, ¿qué significaba una construcción tan extraña, en medio de aquella soledad?

Apresuró un poco el paso y, cuando vió más cerca el objeto, se dió cuenta de que no era un edificio ni mucho menos. Al llegar al borde del calvero, vió de qué se trataba; pero no podía creer a sus propios ojos.

Parecía una astronave. Por lo menos, se parecía a las que él había visto en películas, revistas e historietas. Pero, ¡quién iba a aceptar en la realidad semejante absurdo!

En los diarios había leído artículos sobre las investigaciones del espacio y sobre ese satélite que pensaban construir para situarlo más allá de la atmósfera y poder vigilar así el mundo en toda su redondez. Pero eso no era nada más que pura charla. Nadie había construído ninguno hasta entonces.

Sin embargo, alguien había construído éste. Estaba allí, incuestionablemente, fuera lo que fuese.

No se veían talleres alrededor, como en el caso de que lo hubiesen construído allí mismo. No había tampoco señales de *cameramen*, actores o decorados que indicaran la presencia de alguna compañía filmadora. En realidad, no había signos de nada que no fuera esa nave, bruñida, plateada, que se alzaba asentada sobre su cola en el claro del bosque.

Su puerta (escotilla, o como quiera que se llame) estaba abierta. Había una escalerilla de metal, que daba acceso a la nave.

El hombre del rifle se detuvo, sin tratar de ocultarse, pero sin ponerse tampoco demasiado en evidencia, y así permaneció largo rato, antes de acercarse para observar aquello más estrechamente. Todo estaba quieto y silencioso.

Fué hasta el pie de la escalerilla, miró alrededor, prestó atención. Nada. Trepó los escalones y se detuvo delante de la puerta. No nabía nadie.

EN el interior todo parecía de plata brillante; flamante y reluciente. Un pasadizo en espiral conducía a lo alto. Después de reflexionar un momento, el hombre ascendió por él, sosteniendo firmemente su rifle.

El pasadizo parecía no tener fin. El hombre ya estaba pensando en volverse cuando llegó a una puerta cerrada.

Se detuvo y escuchó. No oyó rumor alguno.

La puerta no tenía picaporte. La empujó con un pequeño esfuerzo, y se abrió.

Allí tampoco había nadie. Pero por primera vez encontró señales de que había estado alguien. Se veía una especie de mobiliario. Los asientos no eran exactamente sillones ni divanes, sino una especie de butacones, mezcla de ambas cosas. Estaban dispuestos al azar y parecían confortables.

A lo largo de una pared había una mesa, o banco, con unas cajas encima. Las más pequeñas eran de una especie de metal, y las grandes se asemejaban a cajas fuertes. Todas eran de plata o tenían por lo menos su color.

Se acercó para examinar su contenido; pero no pudo abrirlas. No parecían tener aberturas ni junturas.

Toda su atención fué absorbida por las cajas, durante varios minutos. De pronto salió de su abstracción, se sobresaltó, se irguió bruscamente y escuchó con atención. Nada.

Había otros objetos en la habitación. Ninguno de ellos tenía sentido para él.

Probó uno de los butacones y le resultó tan confortable como parecía. También era color plata, pero de un

Origen de la avaricia

ANTES de que la psicología tomara el auge que tiene actualmente cada uno era responsable de la personalidad que tuviera, y no había vuelta que darle. Hoy día, en cambio, se tiende a echarle mucha más culpa al ambiente y, por lo tanto, a tratar el carácter como se trata cualquiera enfermedad. Un ejemplo de dicha situación lo constituyen las investigaciones sobre la avaricia, realizadas por el doctor Kaufmann. Según este psicólogo, la necesidad de dinero representa en realidad una necesidad de amor mal expresada. "La mayoría de los avaros fueron privados, en la primera parte de su vida", dice Kaufmann, "del amor y el cuidado que casi todos nosotros recibimos. El dinero representa simbólicamente el cariño y la seguridad que nunca tuvieron."

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tejido sedoso que cubría una especie de material esponjado.

Se reclinó cómodamente, pensando que podía escuchar tan bien acostado como de pie, y cruzó el rifle sobre el pecho.

Poco a poco iba sintiendo sueño, y se esforzaba por mantener abiertos los ojos y aguzar también los oídos.

Pero, en pocos minutos, se quedó dormido.

UNAS suaves vibraciones lo despertaron.

De inmediato se alarmó, pues se dió cuenta de dónde se hallaba, y se maldijo por haberse dormido como un tonto. Se incorporó rápidamente y se dirigió hacia la puerta. Apoyó contra ella el hombro, pero no cedió. Entonces recordó que se abría hacia adentro y no hacia afuera, y buscó un picaporte o perilla. Nada de esto se veía.

Había en el ambiente una especie de luz artificial, de indeterminable origen. La habitación carecía de ventanas y, por lo que él podía ver, tenía sólo una puerta. Se le ocurrió que una bala de rifle, bien colocada, serviría de algo. Si la puerta hubiese tenido cerradura, podría haberla hecho saltar de un balazo; pero no la tenía, y el hombre pensó que un balazo no haría más que poner de manifiesto su presencia.

Las vibraciones habían continuado durante todo este tiempo. Se oían sordamente, como si fuesen muy lejanas o estuviesen muy bien aisladas, pero procedían sin duda alguna de la misma nave.

Se preguntó con repentino pánico si ésta se habría elevado.

En tal caso, ¿adónde iría?

Corrió frenéticamente por la habitación, haciendo inútiles aspavientos, como queriendo impedir que lo transportaran contra su voluntad.

Intentó mover los butacones; pero estaban asegurados firmemente al piso de metal. Levantó y sacudió las cajitas plateadas más pequeñas, y las arrojó al suelo. Las más grandes eran demasiado pesadas para levantarlas, pero las empujó hasta fuera de la mesa. Ni siquiera se abollaron al caer al suelo.

Había un panel rectangular en una de las paredes. Dejó apoyado el rifle contra ésta. Oprimió el panel con ambas manos; luego tanteó todo alrededor, buscando algún botón o conmutador oculto. Si había alguno, no lo pudo encontrar.

Finalmente, exhausto y con los ojos fuera de las órbitas, se detuvo en el centro de la habitación. Había vuelto a tomar su rifle y lo sostenía en actitud defensiva, listo para volver el cañón en cualquier dirección y disparar.

Aun estaba allí, rígido y asustado, cinco minutos más tarde, cuando las vibraciones se interrumpieron.

Reinaba ahora absoluto silencio, a excepción del ruido que él hacía al respirar. Este silencio lo asustó más aún. Las piernas le empezaron a temblar. Retrocedió hasta un butacón y se sentó.

No le quedaba otra solución que la de esperar.

Sus ojos estaban clavados en la puerta, única salida posible, cuando ésta empezó a moverse hacia adentro.

Empezó a temblar nuevamente, pero apuntó con su rifle hacia la abertura y dijo con voz ronca:

—¡Manos arriba!

Se sentía aturdido mientras decía aquellas palabras melodramáticas. Pero su confusión llegó al máximo cuando la puerta se abrió del todo y nadie estaba allí.

Se levantó. Fué cautelosamente hasta el umbral. Asomó la cabeza y atisbó a un lado y otro del corredor. Nadie. Nada. Ni un solo ruido.

Aferrando el rifle, dió algunos pasos hacia la derecha. El corredor se extendía en aquella dirección. Luego volvió por donde había venido y descendió por el pasadizo en espiral. La escotilla por la que había entrado a la nave estaba herméticamente cerrada. Así lo había imaginado él, pero tenía que asegurarse. Ascendió otra vez por el pasadizo. La puerta de la habitación en que había estado se hallaba nuevamente cerrada, y cuando hizo la prueba de empujarla, no cedió.

Avanzó entonces por el largo corredor. Quería marchar en silencio; pero sus pesados zapatos hacían un ruido que, en aquella calma absoluta, le pareció ensordecedor. De modo que abandonó su paso cauteloso y siguió caminando decididamente. Esto le dió nuevos ánimos. Cuando llegó al extremo del corredor y encontró otra puerta, se apoyó contra ella sin vacilar.

La puerta se abrió instantáneamente.

ANTE los espantados ojos del hombre del rifle, apareció una criatura extraña, tendida en un butacón. Junto a ella, en el suelo, se veía una de aquellas cajas plateadas. Una especie de tubo de metal se extendía desde ésta a la boca del extraño esperpento, que parecía estar alimentándose por ese medio.

El hombre y el esperpento se miraron en silencio, estudiándose mutuamente. El hombre no hizo movimiento alguno con su rifle. La extraña criatura continuó alimentándose.

Lo que el hombre veía era una semipersona, con cabeza, cuerpo y cuatro miembros. No se podía determinar si marchaba sobre los cuatro, o bien erguida. Ninguna de las extremidades estaba calzada; eran un término medio entre manos y pies.

La criatura habló. Se expresaba en una especie de ulular profundo, que no interrumpía su comida.

Lo que le dijo al hombre, sin preámbulo o salutación de ninguna clase, fué que poco después del despegue se había dado cuenta de que la nave llevaba un polizón.

El hombre, naturalmente, no entendió una sola palabra de todo esto.

El esperpento lo presumió así, y lamentó que no hubiera entre ellos modo de comunicarse; pero siguió hablando, como para demostrar amistad y dar a entender que no tenía malas intenciones.

—Por desgracia —dijo, mirando al hombre con ojos facetados como diamantes—, ahora ya no puedo volverme. El rumbo del impulsor está fijado, y hay que cumplir el programa preestablecido.

Hizo una pausa, como si esperara respuesta; pero el hombre no dijo nada. La criatura no hacía movimiento alguno, excepto flexionar sus dedos inferiores lenta y placenteramente.

—Mi nave me llevará mucho más allá del sistema solar —continuó—. Usted no tendrá más remedio que venir. Volveré a hacer escala en su planeta dentro de unos dos años. Entonces regresará usted a su país. Entre tanto, será bien atendido.

El hombre, sin comprender palabra, escuchaba con desconfianza el monólogo del extraño ser. La voz grave y ululante de la criatura le erizaba los pelillos de la nuca. Sintió un escalofrío, como una vez cuando cazaba en una selva desconocida, y un lobo aulló por la noche a sus espaldas, más allá del círculo de luz de la fogata, pero no muy lejos.

El hombre miró repentinamente hacia atrás. No había nadie.

—Estoy solo en la nave —dijo el esperpento, interpretando correctamente el movimiento del hombre—. Es hora de verificar el rumbo. Cosa de rutina. Venga, si quiere.

Se levantó del butacón, con un suave balanceo, e hizo un gesto al hombre para que lo siguiera. Su marcha era algo intermedio entre el andar er-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El júbilo que causó en la humanidad la buena nueva de los milagros curativos obtenidos con los primeros antibióticos, es

guido de un hombre y el trotecillo de un cuadrúpedo, sin parecerse exactamente a ninguno de los dos.

El hombre retrocedió un paso cuando la criatura pasó junto a él en dirección a la puerta. Luego, cautelosamente, la siguió.

RECORRIERON una serie de pasadizos cuyas paredes eran plateadas pero sin brillo. El ser extraterreno miraba de vez en cuando hacia atrás. El hombre marchaba tras él, con gesto ceñudo, empuñando el rifle.

—Lamento las molestias que le reporte este viaje —dijo el esperpento, sabiendo que no era comprendido, pero satisfecho de tener oportunidad de hablar. Para descender y recargar los tanques de aire, escogí lo que me pareció una zona deshabitada. He estado varias veces ya en su planeta; pero nunca, que yo sepa, la nave fué vista por nadie.

—Vive Dios —dijo el hombre, en voz alta—, que me estás poniendo nervioso. Será mejor que no sigas haciendo cosas raras, o te haré saltar esa maldita cabeza.

—¡Conque habla! —dijo la criatura—. Muy bien. Es un lenguaje curioso y posiblemente inteligente. Debo grabarlo para su estudio. Quizá su planeta tenga otras posibilidades. Quisiera saber si la de ustedes es un tipo de vida dominante o uno de los subgrupos. Hasta podríamos establecer comunicación antes de que yo vuelva a dejarlo donde lo encontré.

—Esa cabeza tuya sería un lindo trofeo —dijo el hombre—. Claro que jamás querrían creerme. Pensarían que es la broma de un disecador.

—Esta es la sala de control —continuó el extraño ser. Hizo un gesto, y la puerta se abrió. Entró, invitando al hombre, con un ademán, a que lo siguiera. Éste obedeció cautelosamente.

—Parece el puente de mando o la timonera, o como diablos se llame —murmuró el hombre—. Si de un buen tiro dejo seco a este monstruo, quizá yo pueda aprender cómo se guía este aparato, y volver a casa.

El monstruo se acercó a un cubo plateado que se hallaba sobre un trípode, y pareció estudiarlo con atención.

—Todo va bien —dijo— ¿Le gustaría ver dónde estamos? —tocó el cubo, dándole rápidos golpecitos acá y allá, y una parte de la pared se convirtió automáticamente en inmensa pantalla. Allí, contra la estrellada negrura del espacio, se destacaba la Luna, y más lejos un globo verdoso, que debía ser la Tierra.

El hombre del rifle ahogó una exclamación involuntaria. Fué como si por vez primera comprobase que la nave se había lanzado al espacio.

—Bonita vista —comentó la criatura—. Su mundo es uno de los más hermosos. Algún día lo exploraremos, cuando podamos incluirlo en nuestro programa de trabajo. Conocer su lenguaje, si es que lo es realmente, nos será entonces muy útil. Podríamos empezar ahora, quizá —hizo un gesto hacia la Luna—. Satélite —ululó, siempre en su idioma.

—Es la Luna —dijo el hombre.

—El alona —repitió como un falso eco el esperpento—. Muy interesante —señaló el globo verde—. Sistema XI, planeta tres. Supongo que lo llaman ustedes Tierra. La mayoría de los seres como usted, usan ese término para su planeta natal. Tierra —repitió.

El ulular de aquel ente era como un canturreo inarticulado, en el que el hombre no podía distinguir nada que se pareciera a una palabra.

—Supongo que esto debe ser una lección de lenguaje, pero no capto absolutamente nada.

—Muy difícil es eso —dijo la criatura, y volvió a señalar hacia la Luna—. El alona.

—Luna.

—Lona... Ya comprendo: una variante. Posiblemente uno sea el término genérico y otro el específico. Estamos haciendo algún progreso, amigo mío. Dentro de unas semanas podremos charlar. Entre tanto, debo ocuparme de que usted se sienta cómodo. Supongo que necesitará alimento.

La criatura hizo desaparecer la pantalla de la pared. El hombre vió con pesar cómo se esfumaba la escena. Luego, el monstruo colocó una caja plateada junto a un butacón, hizo un gesto para que el hombre se sentara, y le ofreció el tubo conectado a aquélla.

El hombre lo tomó y se sentó. Examinó la caja y el tubo. Golpeó el extremo de éste contra la palma de la mano, para ver lo que salía. Nada. Cautelosamente, pero tranquilizado por el hecho de que la criatura se había alimentado de un dispositivo similar, se lo llevó a la boca. Un líquido denso y tibio salió al instante, y el hombre apartó de un tirón el tubo.

El líquido le pareció absolutamente insípido, pero, con sólo aquel primer sorbo, experimentó una sensación de bienestar. Miró a la criatura, que asintió en silencio. Volvió a llevarse el tubo a la boca, y se alimentó.

La sensación de bienestar aumentó. El nombre cruzó los pies sobre el butacón y se echó hacia atrás, al tiempo que dejaba el rifle en el suelo.

Poco después, nutrido y reconfortado, se durmió.

CUANDO se despertó, no abrió inmediatamente los ojos. Gozó un momento de la languidez que lo envolvía de pies a cabeza. Sabía dónde estaba, pero no sentía pánico o temor alguno. Estaba bien atendido, eviden-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

temente, y no le molestaba la presencia del extraño ser, que parecía inteligente y cordial.

Quedaba el problema de volver a la Tierra, pero no era urgente. Para un hombre como él, solitario, sin familia y con muy pocas responsabilidades, aquella era una aventura mucho más interesante que la caza furtiva.

Recordó, aun con los ojos cerrados, que no se sentía tan sosegado antes de alimentarse con el tubo de la caja plateada. El pensamiento lo perturbó. Quizás había sido narcotizado.

Abrió instantáneamente los ojos.

Su cuerpo, decapitado, yacía sobre una mesa al otro lado de la habitación.

Lo miró con espanto. Lo vió chafarse y extenderse en todas direcciones, como si un gran peso invisible lo estuviese oprimiendo desde arriba.

El cuerpo se volvió translúcido, de modo que permitía ver los órganos y huesos debajo de la piel. Era su propio cuerpo, sin duda alguna. Había sido completamente despojado de ropa. Lo reconoció por la disposición del vello en el pecho y por la antigua cicatriz de apendicitis.

Pero no sentía dolor alguno.

La cabeza parecía estar parada sobre su propio cuello seccionado. Podía mover los ojos, pero nada más.

Encima de ella había otra de las extrañas cajas plateadas de la nave, que los ojos alcanzaban a ver, atisbando hacia arriba. De la capa provenía una radiación violeta que bañaba completamente la cabeza.

Los ojos miraron hacia abajo, con temor; pero no había sangre.

En aquel momento entró en la habitación el ente desconocido. No miró la cabeza, sino que fué directamente hacia la mesa sobre la que yacía el cuerpo transparente y aplastado. Lo examinó con gran interés, palpándolo por todos lados.

El hombre nada sentía; pero su mente estaba clamando de indignación y terror. Ante sus ojos, a cuatro o cinco metros del cuerpo deformado, el esperpento se había convertido en un monstruo maligno. Aquel ser extraño, en el que casi había pensado que podía confiar, lo había decapitado y hecho un remedo de su cuerpo destrozado.

El monstruo se volvió entonces, y vió que los ojos de la cabeza estaban abiertos.

—Se ha despertado usted —exclamó inquieto—. ¡Oh, cuánto lo siento!

Para el hombre, la expresión de aquel ser era de sádica alegría.

—Estaba seguro —continuó el esperpento— de que dormiría usted hasta mucho después de que yo hubiese concluído de examinarlo... Diferente metabolismo, supongo —pareció observar la expresión de los ojos del hombre—. Espero que se halle usted familiarizado con este artefacto. De lo contrario, debe causarle una violenta impresión —volvió a mirar el cuerpo—. Sí, el corazón late demasiado rápido, y la respiración es agitada. Lo siento mucho.

El profundo aullido con que hablaba el ente, le parecía al hombre el canto ritual de un salvaje recreándose con las torturas a que sometía a un semejante.

—Debemos armarlo nuevamente —dijo la criatura—. Quizá le parezca a usted que su cabeza ha sido seccionada y su cuerpo aplastado, pero eso no es realmente otra cosa que una ilusión óptica. Este es nuestro diagnosticón: un dispositivo bastante nuevo pero sumamente eficaz y, sobre todo, inofensivo. Ese rayo violeta, que le da a usted en la cabeza, está registrando todo lo posible de su mente. No soy médico, pues entonces se lo explicaría mejor. Pero, de todos modos, claro está, usted no me entendería.

Fué hasta un panel de la pared y apretó una serie de conmutadores.

La luz violeta desapareció. Instantáneamente el hombre volvió a su hechura normal, con la cabeza unida al tronco. Yacía sobre la mesa; ya no estaba chafado, y el soporte cúbico, donde su cabeza había estado al otro lado de la habitación, ahora se hallaba vacío.

Las sensaciones empezaron a volverle. El cuerpo le cosquilleaba como si lo tuviera cubierto de miles de insectos. Se sentó rápidamente. Vió sus ropas dispuestas con toda pulcritud sobre el butacón, junto a éste, en el suelo, su rifle.

No se detuvo a pensar por qué estaba nuevamente entero, sino que saltó de la mesa, cogió sus pantalones, se los puso, corrió de un tirón el cierre automático y empuñó el rifle.

Disparó a quemarropa sobre la criatura, pero erró la puntería por pocos centímetros.

—Por favor —dijo el ente—. Yo no le he hecho daño —una segunda bala le rozó el hombro—, pero *puedo* hacerle daño, aunque no siento ninguna aversión contra usted. Hay muchos millones más de su especie —agregó, llevando la mano a su cinturón.

Sonó un tercer balazo del rifle.

Simultáneamente, la criatura apretó los dedos y el hombre voló hecho trizas en un estallido de brillantes radiaciones.

El esperpento se encogió de hombros.

—Podría haber sido una compañía interesante —dijo.

Juntó los fragmentos del hombre del rifle y los echó en un cubo de residuos.

El hombre del automóvil llegó a la playa de estacionamiento próxima a la entrada del subterráneo.

Estacionó el coche. Puso la palanca de cambios en punto muerto, la movió un poco para cerciorarse, sacó el pie del embrague, tiró del freno de mano y apagó la ignición.

Esta serie de movimientos maquinales y rápidos pareció espantar a la avispa, la cual volvió a zumbar fuertemente y se precipitó hacia la cara del hombre.

Él se agachó y la esquivó.

—Escucha, avispita —dijo medio en broma, pero con cierto pánico—. No tengo por qué aguantarte esto. Pórtate bien y nadie te hará daño.

La avispa dió una vuelta por el coche y se lanzó nuevamente hacia el hombre.

—¡Maldita seas! —murmuró el hombre, y con el portafolios se protegió la cara contra el ataque de la avispa.

El irritado zumbido se volvió más furioso aún. El hombre acechó una oportunidad. Con el portafolios mismo despachurró al insecto.

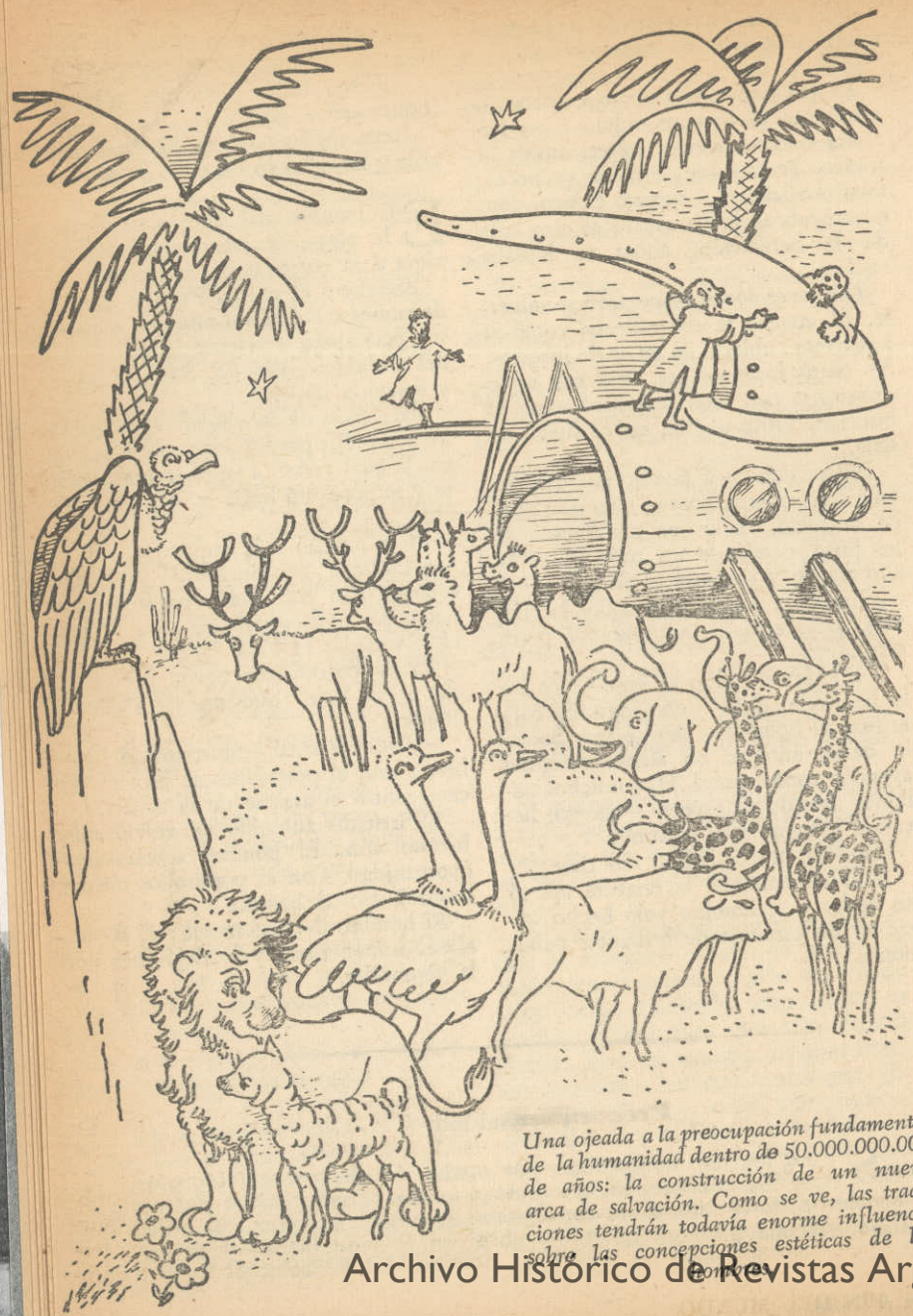
El hombre del automóvil asió de un ala el himenóptero y lo dejó caer por la ventanilla. ✦

Precocidad

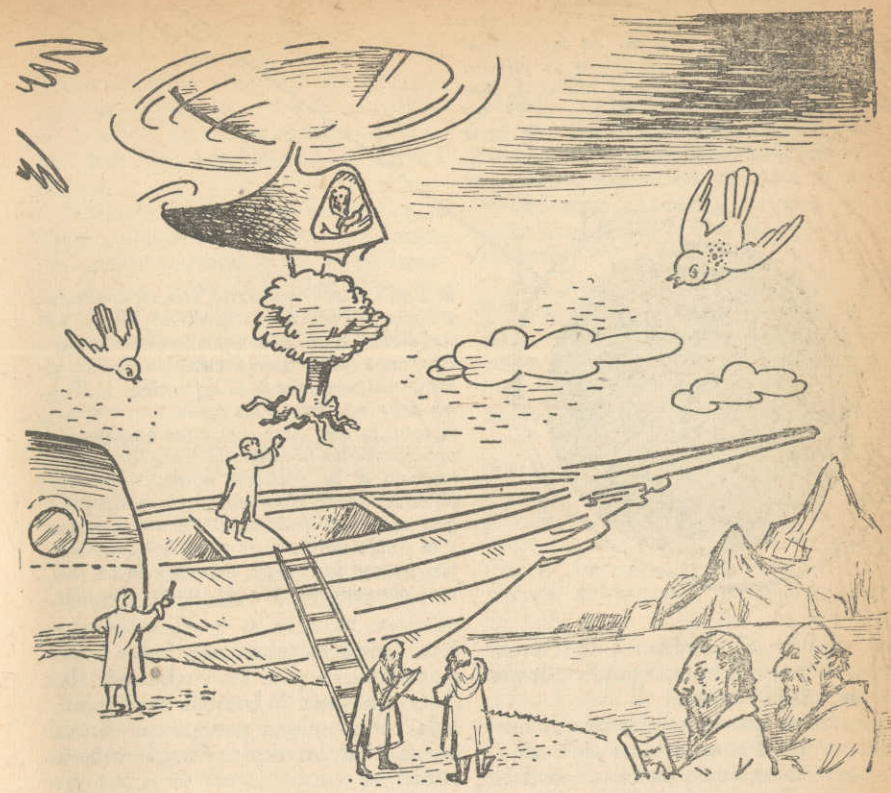
Se ha logrado comprobar, por medio de electroencefalógrafos, que los cobayos emiten ciertas ondas características del cerebro al tercer día de la concepción. Esto hace suponer que quizá ya exista alguna actividad cerebral en la vida intrauterina humana, capaz de recibir el nombre del pensamiento.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El júbilo que causó en la humanidad la buena nueva de los milagros curativos obtenidos con los primeros antibióticos, es



Una ojeada a la preocupación fundamental de la humanidad dentro de 50.000.000.000 de años: la construcción de un nuevo arca de salvación. Como se ve, las tradiciones tendrán todavía enorme influencia sobre las concepciones estéticas de los hombres.



el fin del mundo

III

COLISIONES DE ESTRELLAS, ASTEROIDES Y LUNAS

por KENNETH HEUER

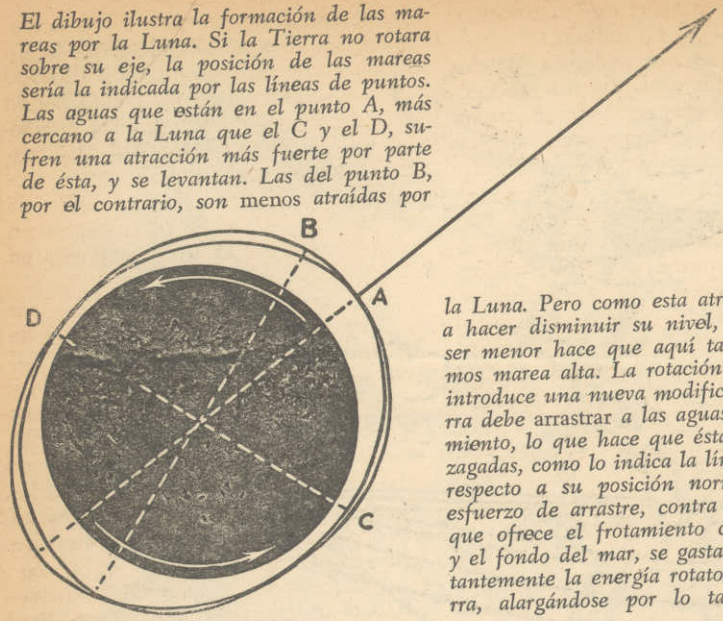
Miembro de la Real Sociedad Astronómica
Ex catedrático de Astronomía
Miembro del Hayden Planetarium
Miembro del Museo Norteamericano de Historia Natural

LOS cometas no son los únicos objetos celestes que por colisión pueden anular a la Tierra. Según una teoría astronómica sobre el fin del mun-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El júbilo que causó en la humanidad la buena nueva de los milagros curativos obtenidos con los primeros antibióticos es

El dibujo ilustra la formación de las mareas por la Luna. Si la Tierra no rotara sobre su eje, la posición de las mareas sería la indicada por las líneas de puntos. Las aguas que están en el punto A, más cercano a la Luna que el C y el D, sufren una atracción más fuerte por parte de ésta, y se levantan. Las del punto B, por el contrario, son menos atraídas por



la Luna. Pero como esta atracción tiende a hacer disminuir su nivel, el hecho de ser menor hace que aquí también tengamos marea alta. La rotación de la Tierra introduce una nueva modificación: la Tierra debe arrastrar a las aguas en su movimiento, lo que hace que éstas queden rezagadas, como lo indica la línea llena, con respecto a su posición normal. En este esfuerzo de arrastre, contra la resistencia que ofrece el frotamiento con las costas y el fondo del mar, se gasta lenta y constantemente la energía rotatoria de la Tierra, alargándose por lo tanto los días.

do, la Luna, al acercarse a la Tierra, puede ocasionarle un segundo diluvio en un futuro remoto.

Las líneas que siguen las somete humildemente el autor a la consideración de sus lectores, como paráfrasis moderna de aquella parte de la Biblia relacionada con el diluvio universal.

"En el año 50.000.000.000 de nuestra era, las aguas cubrirán la Tierra, y tanto los hombres incivilizados, por cuya mala conducta no merezcan sobrevivir, como las bestias y todas las criaturas que se arrastren por el suelo o vuelen por los aires, serán inexorablemente destruídos.

"Antes de que llegue ese día, la humanidad se construirá un arca de fina lámina de acero; un arca que será del tipo de las naves del espacio. El arca tendrá unos compartimentos unidos mediante soldaduras.

"Y el hombre procederá así a construirla: El arca se asemejará a una esfera compacta, pues esta forma es la más adecuada para los vuelos más allá de la atmósfera. Y la esfera será impulsada por la misma energía que activa las estrellas, es decir, energía subatómica.

"El arca tendrá una escotilla y una puerta levadiza; y estará dotada de tres puentes superpuestos.

"La Luna, esa misma Luna que en la actualidad es útil y ornamental, provocará la inundación de las aguas sobre la superficie de la Tierra. Lo hará al acercarse a la Tierra y provocar grandes mareas.

"Pero el hombre entrará en el arca llevando consigo una pareja de cada especie animal deseable, para mantenerlos vivos; habrá un macho y una hembra de cada especie.

"Del reino vegetal una representación de cada planta, que serán transportadas en el arca, junto con toda la población de la Tierra y con las bestias, las aves y los animales que se arrastran. Y llegarán así a otro mundo.

"Porque, con prescidencia de los demás animales y plantas que encuentren en el planeta a donde se ririjan, el hombre querrá preservar aquellos que han sido beneficiosos en nuestro mundo.

"Cuando la Luna se acerque a la Tierra, provocará mareas que alcanzarán anormes alturas, y en el transcurso de unas pocas horas las aguas cubrirán la superficie del mundo rápidamente. Y entonces el arca se alejará de este planeta, impulsada por la energía oculta en el seno de los átomos.

"Y todas las altas montañas que hay bajo los cielos, quedarán anegadas por las aguas. Y toda la carne que se mueve sobre la Tierra, perecerá.

"Pero quienes están dentro del arca sobrevivirán. La quilla del arca cortará silenciosamente las aguas de los mares siderales, y al cabo de muchos días se posará sobre las costas de un nuevo mundo.

"Entonces el hombre abrirá la escotilla del arca construída por él. Pero no enviará una paloma ni un conejo para ver si el nuevo planeta es habitable; porque esa nueva tierra ya será un mundo conocido y explorado.

"El hombre saldrá del barco, llevando consigo todos los seres vivientes que le acompañaron en su viaje. Y los animales comerán abundantemente y crecerán y se multiplicarán sobre el nuevo mundo.

"Y el hombre construirá un altar y adorará a Dios."

ESTA es la forma en que se cumplirá la profecía.

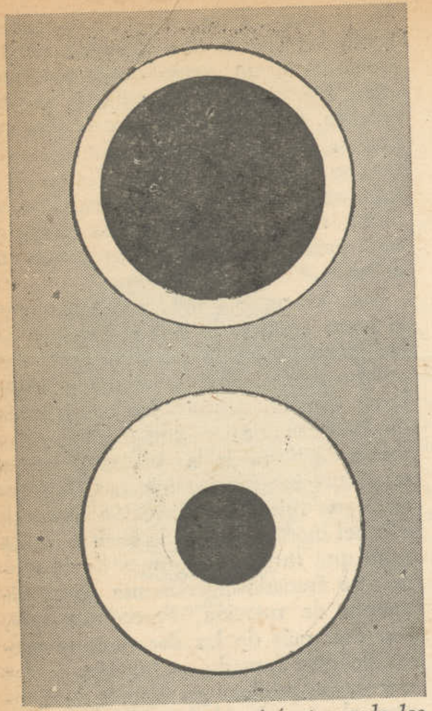
La mayor parte de la gente da por sentado que la longitud de nuestros días, es decir, el período de tiempo que regulan nuestros relojes, es constante. Sin embargo, se ha comprobado que el día se alarga lentamente. En la actualidad, los días se van alargando a un promedio de un segundo cada 120.000 años. Ese cambio es producido por la fricción. Como nuestro planeta gira sobre su eje en dirección este, las mareas se mueven en torno a ella en sentido contrario, hacia el oeste. Por la misma razón, el Sol y la Luna aparecen cada jornada por el este y se ponen en el oeste.

Así, las mareas altas provocadas por la Luna (que es la causa principal de las mismas) en la parte oriental del océano Atlántico, viajan hacia el oeste hasta que encuentran los continentes de Norteamérica y Sudamérica y las masas de tierra de las Indias Occidentales. En ese preciso instante, la Tierra, que gira en dirección opuesta a la del movimiento de la gran masa de agua que integra el grueso de la marea, ve frenado ligeramente su movimiento de rotación. Parece ser que, hoy día, más de las dos terceras partes de este frenado, o fricción de las mareas, se produce en el mar de Béhring, al oeste de Alaska. Allí, las aguas son profundas y las mareas más recias.

Un resultado secundario de la fricción de las mareas es que la Luna se va alejando lentamente de la Tierra. Calcúlase que en la actualidad lo hace a razón de un metro y medio por siglo. La Tierra y la Luna constituyen un sistema unificado, y está demostrando que el impulso angular absoluto (energía de rotación y de revolución), dentro de un sistema, no puede ser alterado. El impulso angular puede transferirse de un cuerpo a otro, en un sistema, pero no puede quedar destruído.

De modo que lo que está sucediendo en el sistema Tierra-Luna es lo siguiente: el impulso angular de la rotación de la Tierra está tranfiriéndose al impulso angular de la revolución de la Luna. El resultado es que la órbita lunar se agranda cada día. En con-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



He aquí el aspecto que irán tomando los eclipses de sol con el transcurso del tiempo. El esquema inferior muestra el momento en que la Luna alcanza su máximo alejamiento de la Tierra, o sea dentro de 50.000.000.000 de años.

secuencia, la Luna se va alejando de la Tierra, y la extensión del mes (o sea el tiempo invertido por cada revolución de la Luna en torno a la Tierra) aumenta lentamente.

Estos cambios debidos a la fricción de las mareas, están produciéndose incesantemente desde hace millones de años. Si enfocamos el problema en sentido inverso, llegaremos a la sorprendente conclusión de que, en el principio de la vida de la Tierra, el día duraba solamente cuatro horas y ocho minutos. En ese tiempo, la distancia de la Luna a la Tierra era de 15.000 kilómetros, y el satélite giraba en torno a la Tierra en un período de cuatro horas y ocho minutos. Por lo tanto, el día era igual que el mes. Ahora, el día se ha extendido a 24 horas; el mes, a unas cuatro semanas (27 días y un tercio), y la Luna está alejada de nosotros 383.000 kilómetros.

Se tiene entendido que el promedio de alargamiento del día era más rápido en el pasado que en la actualidad y que en aquel entonces la Luna se alejaba más velozmente de la Tierra que en el presente. Ello se debe a que, cuando la Luna se halla más próxima, el freno de las mareas originadas por nuestro satélite era considerablemente mayor. El doctor Ralph Baldwin, en su obra "La Faz de la Luna", calcula que ésta alcanzó la mitad de la distancia actual a la Tierra, en el diez por ciento del tiempo geológico total. Desde el período cambriano, con que comenzó la última parte del tiempo geológico, hace unos 500.000.000 de años, la Luna, según Baldwin, se alejó de nosotros solamente unos 28.000 kilómetros; el mes se extendió solamente en 3,3 días, y el día se alargó en una hora aproximadamente. Todos los sorprendentes cambios ocurridos se registraron en la primera cuarta parte del tiempo geológico, cuando no había astrónomos que pudieran observarlos e interpretarlos.

Sir George H. Darwin, hijo de Charles Darwin, el naturalista, fué el primero que llamó la atención sobre los efectos provocados por la fricción de las mareas; y fué también él quien sugirió la idea de que la Luna había formado parte de la Tierra en un pasado remoto. De acuerdo con su teoría, la rápida rotación de la Tierra y las perturbaciones originadas por las mareas solares, provocaron monstruosas marejadas, una de las cuales arrancó un pedazo de la Tierra y formó la Luna. No obstante, Harold Jeffreys, el astrónomo inglés, sostiene que las fuerzas de la marea y de la rotación jamás fueron suficientes para desprender la Luna de la Tierra, que se hallaba en estado semilíquido; y es probable que, aunque ambas nacieran en estrecha proximidad y al mismo tiempo, la Luna y la Tierra hayan estado siempre separadas.

En el futuro, la fricción de las mareas seguirá haciendo más lenta la rotación de la Tierra, hasta provocar que la Luna se aparte de nuestro planeta, y llegue a ser el mes igual a la duración del día. Por supuesto, este estado de cosas se producirá hacia el año 50.000.000.000 de nuestra era, fecha en que el mes y el día tendrán una duración idéntica, equivalente a 47 de nuestros días actuales, y la Luna estará alejada de la Tierra unos 600.000 kilómetros más. Dando por supuesto que el Sol siga brillando, el resultado será que nuestro mundo soportará días abrasadores e interminables y noches largas y frías. El día, tal y como lo conocemos en la actualidad, dejará de existir, y nuestros actuales relojes hará tiempo que habrán dejado de marcar su última hora fantasmal. Si algún hombre pudiera verlo, advertiría que la Luna aparecería muy lejana en el firmamento y, por supuesto, ya no podría cubrir, como en la actualidad, el disco solar cuando se produce un eclipse. Por consiguiente, los eclipses de Sol totales pertenecerán al pasado; todos ellos serán eclipses anulares, es decir, que la Luna dejará ver un anillo de la periferia solar.

Y se producirá una situación interesante. Cuando el mes y el día sean iguales, la Tierra presentará siempre la misma mitad enfrentando a la Luna, y los habitantes de ese lado tendrán permanentemente a nuestro satélite en el firmamento. En cambio, los habitantes del otro hemisferio habrán de realizar largos viajes si quieren ver la Luna. Una cosa aproximadamente similar ocurre dentro del sistema solar de nuestro tiempo. El período revolutorio de Deimos es casi idéntico al período rotatorio de Marte, por lo tanto, el movimiento del satélite en el firmamento es casi sincrónico con el movimiento diario de la superficie del planeta.

Cuando llegue ese momento, se registrarán enormes marejadas sobre la Tierra, bajo la influencia de la Luna, pero no sólo en la parte lunar, sino también en el otro hemisferio. Sin embargo, como no habrá un cambio en la posición de la Tierra, cesará la fricción de las mareas provocadas por la Luna.

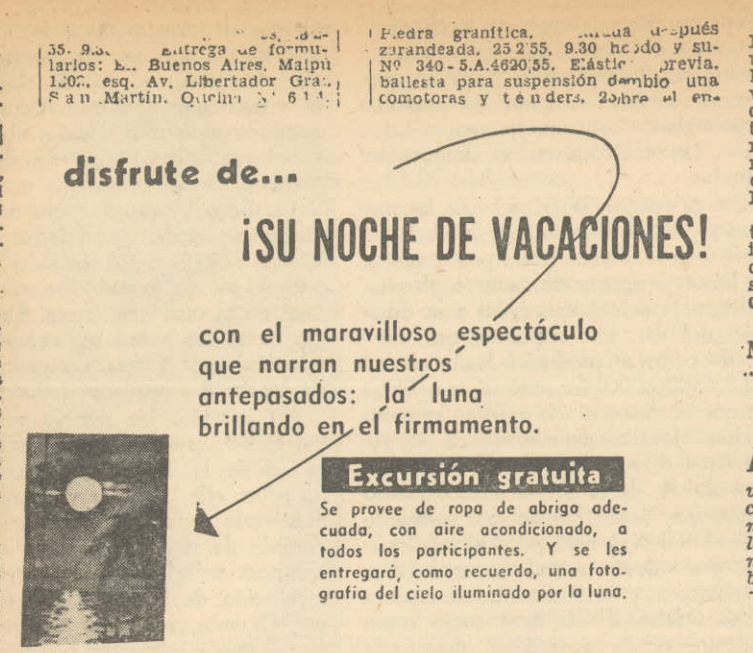
En cambio, las mareas provocadas por el Sol, que también retardan la rotación de la Tierra, seguirán actuando sobre ella, siempre y cuando sigan existiendo los mares y los océanos. El período de rotación de la Tierra será entonces más largo que el período de revolución de la Luna, la cual saldrá por el oeste, recorrerá el firmamento en un mes y se pondrá por el este. Fobos, el satélite interior de Marte, se conduce en la actualidad de una manera semejante. Su período de revolución es tan corto que da tres vueltas completas a Marte mientras el planeta da una sobre su eje.

CUANDO la rotación de la Tierra sea más lenta que la revolución de la Luna, la fricción de las mareas lunares volverá a actuar nuevamente, pero en sentido inverso. Entonces se acelerará la rotación de la Tierra, y la Luna comenzará a aproximarse. Este proceso seguirá hasta que la Luna llegue a tan corta distancia de nuestro planeta, que será despedazada por las fuerzas de la gravitación impuestas por la atracción terrestre.

Esta conclusión se basa en la teoría de Eduardo Roche, matemático francés, que en 1850 calculó que si un satélite se acercara a su planeta más allá de un determinado límite, sería afectado

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El júbilo que causó en la humanidad la buena nueva de los milagros curativos ob-



Posible aviso de un diario del futuro. La "noche de vacaciones" a que se refiere, tendrá una duración de veintisiete de nuestros días actuales.

por la fuerza de la gravitación. Para un satélite que tenga la misma densidad que su planeta, el límite es 2,44 veces el radio del planeta. Como la Tierra es más densa que la Luna, el límite es, aproximadamente, de 18.000 kilómetros.

Es interesante señalar que la parte más periférica del sistema anular de Saturno se encuentra dentro del límite de Roche. Esto sugiere que los anillos de Saturno nos brindan un espectáculo anticipado de lo que será nuestra Luna dentro de miles de millones de años. Las miríadas de partículas separadas, que componen el sistema de anillos del planeta, son los restos de un viejo satélite que se aproximó demasiado a Saturno. Ver a Saturno mediante el telescopio, es realmente una experiencia asombrosa, que hace sentir el máximo respeto por ese planeta con sus anillos concéntricos, sin igual en nuestro sistema solar. Hay una notable diferencia en el aspecto de esos anillos según las diversas épocas en que se contemplan. En dos ocasiones, durante el período de revolución del planeta, que dura 30 años, los anillos se hallan en un ángulo tal que prácticamente se ven en toda su amplitud; y en otras dos oportunidades, los anillos se ven de canto desde la Tierra, o mejor dicho, no se ven, pues resultan prácticamente invisibles. Ocurre algo similar al fenómeno de las velas de una embarcación: cuando están de costado, son apenas una fina línea blanca o resultan invisibles; pero apenas el barco cambia de rumbo y las presenta de frente, brindan la máxima visibilidad.

Con respecto al límite de Roche, es interesante destacar que Fobos está justamente en el límite de la zona de peligro. Presumiendo que Fobos tenga la misma densidad de Marte, puede calcularse que el satélite será convertido en minúsculos pedazos, apenas se aproxime a una distancia de 8.400 kilómetros. Su distancia actual es de 9.400. Si en Marte sigue operando la fricción de las mareas, cosa que, debido a la ausencia de mares, es poco verosímil, y si Fobos en lugar de alejarse se está aproximando al planeta, es inminente que se origine una gran catástrofe celestial dentro de nuestro sistema.

Nuestra Luna tardará aproximadamente unos 50.000.000.000 de años en alcanzar su máxima distancia de la Tierra. Cuánto tardará en regresar, todavía no puede afirmarse con precisión. Pero cuando regrese, el hilo de la vida quedará roto, aunque los peces de los grandes océanos lograrán sobrevivir, y quizás recomience nuevamente el proceso de la evolución, a partir de ellos (como ya sucedió en el pasado), dando origen a formas de vida superior. Cuando la Luna se acerque al límite de Roche, la raza humana, si es que ha podido vivir hasta entonces, la verá en el firmamento, no como ahora, sino violentamente deformada. De ser exactas las presunciones del astrónomo Jeffreys, a una distancia de 32.000 kilómetros la substancia sólida de la Luna comenzará a ablandarse y nuestro satélite adquirirá una forma elongada. La metomorfosis continuará hasta que el diámetro mayor del óvalo que formará la Luna, será aproximadamente el doble que el diámetro más corto. En ese preciso instante, la Luna se partirá para formar primeramente dos o más satélites separados, y luego algo así como mil pedazos que vagarán por el espacio en torno a la Tierra. Pero no concluye ahí la destrucción lunar. Esos pedazos, al aproximarse a la Tierra y entrar en colisión con ella, se fragmentarán más todavía, y entonces miríadas de partículas formarán alrededor de nuestro mundo uno o más anillos similares a los que vemos rodeando a Saturno, que serán como una danza fúnebre en torno a nuestro globo sin vida. De este modo, la Luna, muerta y transfigurada, formará un arco de luz y un puente de pequeños satélites sobre el firmamento nocturno. Ahora, la Luna es una luminaria ornamental, un redondo escudo de plata pura. Su destrucción la transformará en algo más esplendoroso y pasará a ser uno de los espectáculos más bellos de nuestro sistema solar.

PERO ya no habrá seres humanos en la Tierra, que puedan disfrutar tal espectáculo; pues la Tierra no saldrá indemne durante este proceso catastrófico de aproximación de la Luna: las mismas fuerzas desencadenadas que ocasionarán la fragmentación lunar actuarán sobre la Tierra, y cuando esas fuerzas comiencen a sentirse, el hombre construirá un nuevo arca para trasladarse a otro mundo, con todos los seres que pueblan nuestro planeta. La Tierra quedará desierta, con excepción de las bestias salvajes y quizás algunos pocos hombres perdidos en remotas regiones.

A medida que la Luna se aproxime, acelerando constantemente su velocidad y tornándose más grande y brillante en el firmamento, nuestro globo experimentará una serie de violentos terremotos. Todas las criaturas que viven bajo el suelo (ratas, serpientes, lagartos, etcétera, y las nuevas formas que puedan haber aparecido) abandonarán apresuradamente sus habitaciones subterráneas, aun cuando buena parte de ellos quedarán aprisionados o asfixiados por los movimientos de la Tierra, antes de que logren escapar. El

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El júbilo que causó en la humanidad la buena nueva de los milagros curativos ob-

Así se ven los anillos de Saturno desde su superficie. ¿Será este el espectáculo que deparará la Luna a nuestros descendientes del siglo 5.000.000.000?

silencioso cocodrilo saldrá del agua y correrá a buscar refugio en los bosques; los cerdos expresarán su inquietud con gruñidos; temblarán los caballos; bueyes y vacas se juntarán buscando mutua protección, y las aves emitirán miles de gritos discordantes. Surgirán volcanes que vomitarán hacia el espacio materias incandescentes de las entrañas de la Tierra, mientras que las vibraciones de la cortesía terrestre levantarán, trasladarán océanos y harán surgir continentes que quedarán sin nombre, puesto que no habrá nadie que pueda bautizarlos. Y todo esto será el principio del fin.

Con el choque de los fragmentos lunares, algunos de ellos caerán sobre la Tierra, como gigantescos meteoros, posiblemente con dimensiones similares a las de pequeños planetas. Así, una parte de la Luna se desmenuzará convirtiéndose en un casquete de estrellas fugaces, que serán tan numerosas como las gotas de lluvia durante una tormenta tropical. Sin embrago, mucho antes de que la Luna alcance el límite de Roche, y en el caso de que los océanos todavía existan, las mareas lunares alcanzarán alturas gigantescas y, en el intervalo de pocas horas, se precipitarán sobre la superficie terrestre, cubriendo la ya arruinadas ciudades que quedarán sumergidas por varios kilómetros de azules aguas oscuras. Tal vez las únicas zonas que queden a salvo de estas mareas devastadoras, serán los picos de las altas montañas.

De este modo, la Luna traerá a la Tierra un nuevo diluvio universal. Pero es también posible que los océanos se congelen antes de que nuestro satélite alcance la zona de peligro, en cuyo caso la fricción de las mareas cesará quizás totalmente, y el proceso quedará contenido. Según las modernas teorías de la evolución estelar, el Sol morirá hacia el año 10.000.000.000 de nuestra era, de manera que la muerte del Sol y la congelación de los océanos pueden intervenir para paralizar a la Luna dentro de su órbita. Lo cual puede estar en concordancia con la promesa hecha en el Génesis. No obstante, las ideas de los hombres de ciencia cambian constantemente. Y es posible que, para la época en que se supone que el Sol dejará de arder, haya surgido una nueva teoría afirmando que el Sol seguirá brillando. De todos modos, en las profundidades de los mares, la fricción de la marea trabaja lenta e inexorablemente para lograr que la Luna se precipite sobre la Tierra en un futuro lejano.

MÁS allá de la órbita de Marte, cubriendo un amplio círculo de 540.000.000 de kilómetros, otro peligro acecha: los asteroides, o planetas menores de los cuales pueden entrar en colisión con la Tierra en cualquier momento. Mientras que la amenaza de la Luna, al convertirse en realidad, significaría el aniquilamiento completo de la vida terrestre, el efecto de esta colisión sería únicamente local.

Una de las autoridades mundiales en materia de asteroides, el profesor Léuschner, de la universidad de California, estima que existen unos 50.000 de estos pequeños planetas moviéndose más allá de la Tierra, y que 5.000 han sido observados en una u otra ocasión. De estos, existen unos 1.600 cuyas órbitas son tan bien conocidas, que se los puede localizar de nuevo. El resto, ha sido perdido de vista.

Los asteroides son de reducido tamaño, en relación a las medidas de la Tierra por lo menos. Los cuatro más grandes son: Ceres, con 770 kilómetros de diámetro; Palas, con 488; Vesta, con 386, y Juno, con 200. El asteroide más pequeño que ha podido observarse apenas si llega a 1.600 metros de diámetro. Miles de asteroides sólo alcanzan la magnitud de una roca.

Aunque la mayoría de los planetas menores se encuentran confinados entre las órbitas de Marte y Júpiter, en ocasiones alguno, al alcanzar el punto más alejado de su límite exterior, se acerca a la Tierra casi hasta entrar en colisión. Amor, descubierto en 1932 llegó hasta 16.000.000 de kilómetros de la Tierra. Su órbita se encuentra completamente fuera de la que recorre nuestro planeta. En el mismo año, Apolo, cuya órbita corresponde a la de Venus, se encontró a 10.400.000 kilómetros de la Tierra. En el año 1936, la distancia se acortó más aún, ya que Adonis estuvo a 2.400.000 kilómetros de la Tierra. Pero el récord corresponde hasta este momento a Hermes, que, en 1937, estuvo a sólo 776.200 kilómetros de nuestro planeta..., es decir, ¡apenas dos veces nuestra distancia a la Luna!

Considerando el reducido tamaño de los asteroides, daría la impresión de que la presencia de uno de ellos entre el Sol y la Tierra tiene muchas menos posibilidades de causar un choque con la Tierra que las que tiene el nú-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cleo de un cometa. Más aún: como la mayoría de los asteroides se encuentran confinados entre las órbitas de Marte y Júpiter, y como sólo muy pocos siguen una ruta que a veces los lleva a entrar en la órbita de la Tierra, las posibilidades de un choque con un asteroide no existen prácticamente.

Pero si un asteroide choca con la Tierra, las consecuencias dependerán del tamaño, la velocidad y el lugar en el cual caiga el proyectil celeste. Se cree que el diámetro de Hermes es de 1.600 metros, pero se calcula que su masa es de unos 3.000.000.000 de toneladas. Cuando más cerca estuvo de la Tierra, en 1937, su velocidad llegó a varios kilómetros por segundo. Si Hermes hubiera caído sobre alguna gran ciudad, el daño habría sido espantoso. El asteroide habríase incrustado a muchos metros bajo la superficie terrestre. La energía dinámica del objeto, debida a su vertiginosa velocidad y a su masa, habría sido de tal magnitud, que Hermes prácticamente se habría vaporizado a causa del calor generado por el impacto. Si el planetoide hubiera chocado con la isla de Manhattan (1), además de la destrucción directa, el calor desarrollado por el peso de la enorme masa a través del aire, habría incendiado todos los edificios a muchos kilómetros a la redonda. Por otro lado, de haber caído el planeta en el Océano Atlántico, se habría producido una enorme marejada, inundándose las tierras bajas y arrollando todo a su paso. Por lo tanto, probablemente el mejor lugar para la caída de un asteroide, sería un desierto inhabitado. Tendría lugar una especie de terremoto, nada más, y mediante los sismógrafos, quedaría registrado el lugar donde se encontraría el planeta. Algunos astrónomos suponen que el cráter Meteórico de Arizona, puede haber sido causado por la colisión de un asteroide pequeño.

(1) Sobre la que se encuentra la ciudad de Nueva York. (N. del T.)

UN enorme globo de gases incandescentes se mueve a través del espacio, a unos 80.000 kilómetros por hora. Esta estrella se ha estado moviendo durante 2.000.000.000 de años, sin traba alguna. Pero un día determinado, ocurre un terrible accidente.

Allá, a lo lejos, asoma el Sol, y el camino que desarrolla la otra estrella conduce a ambos astros, inevitablemente, hacia una colisión. Acercándose cada vez más uno y otro a sus respectivas zonas de influencia gravitatorias, los dos se aproximan a un mismo lugar, con mayor rapidez cada vez..., y finalmente producese la colisión.

El astrónomo que desde Marte pueda registrar esta escena, obtendrá con seguridad un título académico. En ella se registra el comienzo del fin de la Luna: su división en dos, antes de fragmentarse en miles de pedazos.

Por lo tanto, existe otro tipo de colisión que puede llegar a suceder: el choque entre dos estrellas. Si nuestro Sol llega a chocar con una estrella que pasa, como en el incidente imaginario que acabamos de mencionar, las consecuencias serán, indudablemente, funestas. La fuerza del impacto generaría suficiente calor para transformar toda vida en un montón de cenizas, y, finalmente, los sólidos y oscuros planetas quedarían convertidos en gases resplandecientes. Es bien posible que las explosiones estelares llamadas *novae*, o *nuevas estrellas*, constituyan esas colisiones.

En su libro "La Vía Láctea", Bok ha calculado las posibilidades de que se produzca un choque entre el Sol y una estrella errante. Este autor estima que *una estrella del tamaño de nuestro Sol puede chocar con una estrella similar, únicamente una vez cada 200.000.000.000.000.000 de años*. La rareza del fenómeno queda ilustrada por el hecho de que en la Vía Láctea, que según Bok contiene 200.000.000.00 de estrellas, una colisión entre dos de ellas se produce una vez cada 1.000.000 de años. Si la edad de nuestra galaxia se toma en su límite más bajo, resulta que no han tenido

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La Tierra con dos soles. El sistema solar ha estado al borde de la catástrofe... pero salió indemne. El Sol y una nueva estrella, que han estado a punto de chocar, han quedado ligados estrechamente, y la Tierra acompaña a ambos en su movimiento.

lugar probablemente más de 2.000 colisiones.

En el futuro, si una estrella se aproxima al sistema solar, serán registradas muchas señales antes de que se sientan los efectos físicos. Los astrónomos comprobarán un aumento gradual de la luz de la estrella que se acerca. Pero probablemente se necesitarán por lo menos cientos de años antes de que una estrella pequeña alcance el resplandor de Sirio, Vega o Canopus. Cada generación observará con mayor interés, al visitante, el cual superará finalmente en magnitud a las más luminosas estrellas.

Si tiene lugar una colisión en la época de los viajes interplanetarios, será posible escapar a un planta que corresponda a otro sistema. Incluso sería posible, por ejemplo, mediante la utilización de la energía atómica, impulsar a la Tierra a través del espacio en un viaje interestelar. La materia del mismo planeta deberá ser utilizada para la operación inicial de llevarlo más allá de la influencia de la gravitación solar, y para proveer a los habitantes terrestres de calor, luz y alimentos durante el gran viaje. El más breve de estos viajes demandaría cientos o miles de años; pero si el viaje es considerado necesario, es probable que llegue a realizarse. (Por un método similar de locomoción, será posible disponer de la Luna antes de que su cercanía a la Tierra resulte demasiado peligrosa, o viajar hasta un nuevo sistema planetario al morir el Sol.)

Si una estrella pasa entre la distancia que separa a Neptuno del Sol, probablemente los efectos serán muy limitados. Vista desde la Tierra, una estrella de la magnitud del Sol brillará con la luz de unos 40.000.000 de estrellas de primera magnitud. Si Plutón o Neptuno se encuentran suficientemente cerca en ese momento, pueden ser absorbidos por el sistema del nuevo objeto y ser arrastrados por su nueva luminaria. Después de la visita, el Sol y los planetas restantes de su sistema, se habrán desviado de su órbita original.

Si una estrella se acerca a unos cuantos millones de kilómetros del Sol o se produce una colisión por razonamiento, los efectos volverán a ser distintos. En tal caso se producirían enormes olas en la corteza de los objetos estelares, y las crestas de estas olas llegarían a formar nuevos mundos. En verdad, de acuerdo con la hipótesis planetesimal, los planetas del sistema solar fueron formados de este modo. Otra posibilidad es que algunos planetas sean capturados. ¡Imaginemos qué sería la vida en un planeta "secuestrado"! No sólo habría un nuevo sol, sino que, probablemente, se modificarían la extensión del año y la intensidad de las estaciones, como también otros elementos familiares. De no causar esto daño a la Tierra o a sus habitantes, incluso se podría disfrutar con los cambios. Es seguro que los astrónomos encontrarán todo muy interesante. Y aún existe otra posibilidad. Si el Sol y la estrella visitante se ligan en forma inextricable, girarán en torno a un mismo centro de gravedad, como la Tierra y la Luna. En un sistema estelar doble, como éste, tendría lugar una reorganización drástica de los planetas, resultando que los más cercanos a la nueva estrella, girarán en torno a ésta. Considerado esto desde la Tierra, ambos soles formarán una unidad en el cielo, por momentos; pero, en ocasiones, únicamente uno de ellos iluminará el lugar, por unas horas, y a continuación saldrá el otro sol e iluminará el mismo lugar. ¡De modo que, prácticamente, no habrá noche verdadera! ✦

En el próximo número:

IV. LA EXPLOSION DEL SOL

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Espaciotest

Aquí tiene usted un desafío a su memoria y a su cultura. Si usted es un asiduo lector de MAS ALLA, le resultará más fácil responder a este ESPACIOTEST. Indique en los cuadritos de la derecha las letras que corresponden a las respuestas que le parecen correctas. Compare los resultados en la página 113 de este volumen. Si no ha cometido ningún error, puede estar muy orgulloso. Si sus aciertos han sido entre 4 y 6, sus conocimientos son superiores al promedio de las personas cultas. Si ha contestado correctamente 3 preguntas, el nivel de sus conocimientos corresponde al promedio. Si ha acertado 2 ó menos, no se aflija y siga leyendo MAS ALLA, que le proporcionará un sinfín de conocimientos serios sin las molestias del estudio.

Pregunta Nº 1: ☐
Pregunta Nº 2: ☐
Pregunta Nº 3: ☐
Pregunta Nº 4: ☐
Pregunta Nº 5: ☐
Pregunta Nº 6: ☐
Pregunta Nº 7: ☐

1 **¿Qué es el número atómico?**

A) El número de átomos que hay en una molécula.
B) El número de átomos que hay en 22,4 litros de gas.
C) El número de protones que hay en el núcleo de un átomo.
D) El número de átomos que hay en el Universo.
E) Otra manera de designar el número 13.

2 **El período jurásico pertenece a la era:**

A) Paleozoica.
B) Mesozoica.
C) Cenozoica.
D) Cuaternaria.

3 **La estrella Arturo pertenece a la constelación de:**

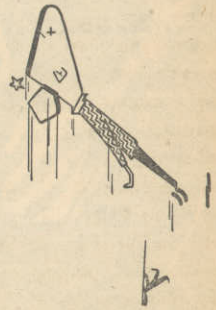
A) Orión.
B) Boyero.
C) Can Mayor.
D) Carena.
E) Osa Mayor.

4 **¿Cuál de los asteroides conocidos se convertirá en el futuro en un satélite terrestre?**

A) Apolo.
B) Tule.
C) Vesta.
D) Palas.
E) Ninguno.

5 **La distancia de la Tierra a la Luna:**

A) Aumenta.
B) Disminuye.
C) Permanece constante.



6 **Cuando usted arroja una piedra, la trayectoria que describe es un arco de:**

A) Elipse.
B) Parábola.
C) Hipérbola.
D) Cicloide.
E) Geodésica.

7 **¿Por cuál de las siguientes cualidades se puede averiguar la antigüedad de los objetos históricos de origen orgánico?**

A) Por el desgaste.
B) Por la cantidad de carbono 14 que poseen.
C) Por la deshidratación.
D) Por el enmohecimiento.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

UNOS PASOS DETRAS DE EL

ilustrado por EMSH

por JOHN WYNDHAM

Quizá sea cierto que los muertos no hablan; pero dejan huellas indelebles en la arena de los tiempos.

—NO deberías haberlo matado — dijo con resentimiento Smúdger —. ¿Por qué diablos hiciste un disparate así?

Spotty se volvió para mirar la casa: un espectro negro sobre el cielo nocturno. Se estremeció.

—Era cuestión de él o yo — murmuró —. No lo habría hecho si no se me hubiera echado encima, y ni aun entonces, si se hubiera acercado de un modo normal.

—¿Qué quieres decir con eso de normal?

—Como las demás personas. Pero él era raro... No era... En fin, creo que era un loco..., un loco peligroso.

—Lo único necesario era darle un golpecito para dejarlo aturdido — insistió Smúdger —. No había por qué partirle la cabeza.

—Tú lo viste. Te digo que no se portaba como un ser humano —Spotty se estremeció de nuevo, al recordarlo, y se inclinó para frotarse suavemente la pantorrilla de su pierna izquierda.

El hombre había entrado en la habitación mientras Spotty revisaba rá-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

pidamente el contenido de un cajón. No había hecho ruido alguno. Fué una simple sensación de alerta lo que impulsó a Spotty a dar la vuelta y verlo allí. Le bastó sólo la primera mirada para comprender que había en él algo raro. La expresión de su cara, su actitud, eran extrañas. Con su piyama color crema, podría haber pasado por un ciudadano vulgar, despertado en mitad del sueño, y demasiado inquieto para perder tiempo en ponerse una bata y las zapatillas. Pero no era así. Un ciudadano vulgar habría mostrado nerviosidad, o por lo menos cautela; lo más probable era que hubiese tomado algo para emplearlo como arma. Aquel hombre estaba allí, agazapado, con los brazos ligeramente levantados, como si se dispusiera a saltar.

Cualquier ciudadano que distendiera los labios como aquel hombre, relamiéndoselos con ansia, debería de ser alguien que mejor estaría encerrado en una celda. Claro está que la profesión de Spotty le había fortalecido los nervios; pero el aspecto de aquel hombre se los alteró. A nadie le gusta descubrir un ladrón en su casa. Y además, no cabía duda de que aquella víctima miraba a Spotty con satisfacción; una satisfacción malévola y desagradable, como la de un zorro a la vista de una gallina suculenta. A Spotty no le gustó el aspecto del hombre, y por eso sacó la barra de metal que llevaba siempre para las emergencias.

LEJOS de mostrarse alarmado, el hombre avanzó un paso más, y se irguió, girando sobre los dedos de los pies, como un luchador.

—No se acerque a mí, amigo — dijo Spotty, blandiendo la barra de plomo, en señal de aviso.

O el hombre no lo oyó... o sus palabras no le interesaban. Con su cara, larga y delgada, hizo una mueca de fiera. Se acercó un poco más. Spotty retrocedió lentamente hasta el borde del escritorio.

—No quiero líos. Así que no se acerque a mí — repitió.

El hombre se agachó de nuevo. Spotty lo miró entornando los ojos, observó una gran contracción en los músculos del hombre y se previno un instante antes del ataque.

El hombre se le echó encima de un salto, simplemente, como un animal.

A mitad del salto se encontró con la bota de Spotty, alzada de repente, que lo golpeó en el cuerpo y lo derribó. Cayó en el suelo, doblado por la cintura, llevándose una mano al vientre. Con la otra mano con sus dedos engarfiados como garras, amenazaba a Spotty. Al mismo tiempo, sacudía la cabeza, mostrando unos dientes curiosamente agudos y separados, como los de un perro dispuesto a morder.

Spotty sabía, tan bien como Smúdger, que lo único que necesitaba era un golpecito para aturdirlo. Iba a administrárselo con habilidad profesional cuando el hombre, retorciéndose de un modo extraordinario, consiguió hincar los dientes en la pierna de Spotty. El dolor fortísimo e inesperado fué lo suficiente para estropear la puntería de Spotty y quitarle toda eficacia al golpe. Por eso tuvo que golpearlo de nuevo, más fuerte esta vez...; demasiado fuerte. Y, aún entonces, casi tuvo que meterle la mano en la boca para soltarle los dientes hincados en su pierna.

Pero la causa principal de la inquietud de Spotty no era el dolor de la pierna..., ni siquiera el hecho de que había matado a un hombre, sino la clase de hombre que había matado.

—Era como un animal — dijo, y el recuerdo lo inundó de sudor —; como una fiera salvaje. ¡Y qué aspecto tenía! ¡Qué ojos, Dios mío! ¡No era humano!

Aquel aspecto del asunto interesaba poco a Smúdger. No había visto al hombre hasta después de muerto, cuando era igual a cualquier otro cadáver. Su preocupación actual era que un simple asalto se hubiera convertido en asesinato: un modo de obrar que, hasta entonces, siempre había evitado.

EL asunto le había parecido muy sencillo; no debería haber ofrecido inconveniente alguno. Un hombre que vivía solo en una casa grande... un hombre bastante raro, con un genio bastante raro. Los viernes, los domingos y, a veces, los miércoles, había en la casa reuniones a las que acudían unas veinte personas, que no se iban hasta la madrugada. La información se la había dado a Smúdger su hermana, que a su vez se había enterado por la mujer que limpiaba la casa. La mujer hablaba mucho de lo que ocurría en esas reuniones, pero sin especificarlo. Mas desde el punto de vista de Smúdger, la único importante era que, en las otras noches, el hombre se quedaba solo en la casa.

Al parecer, era comerciante. La gente le llevaba a la casa curiosidades y objetos diversos, para vendérselos. Lo que más le interesó a Smúdger fué saber que los pagaba bien y con dinero contante y sonante. Eso era importantísimo; tanto que, a su lado, la mala reputación de la casa, sus extraños muebles, y los rumores de las cosas raras que ocurrían en ella, carecían de importancia. Lo único digno de atención eran los hechos de que el hombre vivía solo y tenía en su poder objetos valiosos.

Smúdger creyó al principio que sería un trabajo para un hombre solo y que, con un poco más de información, podría cumplirlo él, sin ayuda de nadie. Había descubierto que el hombre tenía teléfono, pero no perro. Estaba casi seguro de cuál era la habitación donde guardaba el dinero. Desgraciadamente, la fuente de información de su hermana era limitada. No sabía si el hombre tenía alarmas contra ladrones o precauciones similares, y, como desconfiaba de la mujer de la limpieza, no se decidió a entrar en la casa con cualquier subterfugio, para hacer una investigación preliminar. Por eso se asoció con Spotty, conviniendo en darle el cincuenta por ciento de lo que obtuvieran.

La repugnancia con que dió aquel paso se había convertido ahora en sincero pesar; no solamente porque Spotty había cometido la tontería de matar al hombre, sino porque, tal y como habían salido las cosas, el propio Smúdger podría haberse quedado con el ciento por ciento del botín... y no habría hecho el disparate de matar al hombre, si lo hubieran descubierto.

El maletín que llevaba estaba ahora lleno completamente de billetes, además de una serie de objetos de oro y plata, a los que probablemente se les podría seguir muy bien la pista, pero que resultarían útiles fundiéndolos. Lo irritaba el pensar que todo el botín

---

Masticando

MEDIANTE *un aparato inventado recientemente se ha podido determinar la fuerza que se necesita para masticar los distintos alimentos. Los resultados son bastantes inesperados: la carne más dura exige una presión de 40 kilogramos por centímetro cuadrado; los caramelos duros 60 y la costra seca de pan 120.*

El inbilo que causó en la humanidad la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

podría haber sido suyo, y no simplemente la mitad.

LOS dos socios permanecieron unos momentos entre los arbustos, escuchando. Satisfechos por fin, salieron por un agujero del cerco, y avanzaron cautelosamente a lo largo del campo cercano, protegidos por la sombra.

La principal sensación de Spotty era de alivio por haber salido de la casa. No le había gustado el lugar desde el momento en que entró. Antes que nada, los muebles eran distintos de todos los que conocía. Ídolos desagradables o figuras talladas de tipos diversos aparecían en lugares inesperados, surgiendo de repente de la oscuridad, iluminadas por los rayos de luz de su linterna, haciéndole espantosas muecas. Había cuadros y tapices macabros y asquerosos. Spotty no era particularmente sensible; pero le parecieron muy poco apropiados para adornar con ellos su propia casa.

La misma cualidad se extendía a objetos más prácticos. Las patas de una gran mesa de nogal estaban talladas en forma de místicos monstruos de aspecto repulsivo. Los dos cuencos que había sobre la mesa eran dos pulidas calaveras humanas, o unas imitaciones extraordinariamente buenas. Spotty no se imaginaba por qué razón había en una de las piezas un crucifijo cabeza abajo y, bajo él, en un estante, una fila de candeleros con nueve velas negras..., y a ambos lados dos cuadros de una indecencia tan repugnante que casi lo dejó sin aliento. Todas aquellas cosas se habían combinado para hacerle perder casi por completo su serenidad habitual.

Pero aunque ahora había salido del lugar, no se sentía del todo libre de su influencia, ni volvería a sentirse tranquilo hasta que él y su socio se hallaran en el auto y a varias millas de distancia de allí.

DESPUÉS de bordear varios sembrados, salieron a la blanca y polvorienta carretera donde habían dejado el auto. La examinaron cuidadosamente. El cielo se había limpiado ya de nubes y a la luz de la luna vieron que el camino estaba desierto en ambas direcciones. Spotty se abrió paso a través del cerco, saltó la cuneta y se encontró en la carretera, en medio de un profundo silencio, roto sólo por el ruido que hacía Smúdger al atravesar el seto.

Habría dado una docena de pasos cuando la voz de Smúdger lo detuvo.

—¡Eh, Spotty!, ¿qué llevas en los pies?

Spotty se detuvo y miró hacia abajo. Sus pies no tenían nada raro; sus botas eran las mismas de siempre.

—¿Qué...? —comenzó a decir.

—¡No! ¡Detrás de ti!

Spotty miró hacia atrás. Desde el punto donde había salido al camino, hasta unos dos metros detrás del lugar en que se encontraba, había una serie de pisadas, que se destacaban oscuras sobre el blanco polvo. Levantó el pie y examinó la suela de la bota; el polvo se adhería a ella. Volvió los ojos y miró una vez más las huellas. Eran oscuras y brillantes.

Smúdger se inclinó para mirarlas más de cerca. Cuando alzó de nuevo los ojos, había en su cara una expresión de perplejidad. Miró las botas de Spotty y luego volvió los ojos a las brillantes marcas. Las huellas de unos pies descalzos...

—Aquí ocurre algo raro —dijo, intrigado.

Spotty, mirando de espaldas, dió otro paso más hacia adelante. Dos metros detrás de él surgió de la nada otra huella de un pie desnudo.

Una extraña flojedad se apoderó de Spotty. Dió un paso más. Tan misteriosamente como antes, apareció otra huella. Spotty se volvió y miró a Smúdger, con los ojos muy abiertos. Smúdger le devolvió la mirada. Durante un momento, ninguno de los dos dijo nada. Luego, Smúdger se inclinó, tocó una de las huellas con el dedo y después se lo iluminó con la linterna.

—Roja —dijo—; como la sangre...

LAS palabras rompieron la inmovilidad de Spotty. El pánico se apoderó de él. Miró locamente en torno de sí, y luego echó a correr. Las huellas lo siguieron. Smúdger corrió detrás. Se fijó en que las huellas no eran ya la marca de un pie entero, sino sólo de la parte anterior, como si lo que las hacía corriera también.

Spotty estaba asustado, pero no lo suficiente para olvidarse del lugar donde habían dejado el auto, bajo unos árboles. Corrió a él y saltó adentro. Smúdger, respirando pesadamente, subió por el otro lado y dejó en la parte de atrás el maletín.

—Vamos a salir de aquí cuanto antes —dijo Spotty apretando el botón de marcha.

—Tranquilízate —le aconsejó Smúdger—. Tenemos que pensar.

Pero Spotty no estaba para esas cosas. Apretó el acelerador y salieron velozmente al camino.

Un kilómetro más allá, Smúdger, que había estado mirando todo el tiempo por la ventanilla, metió la cabeza.

—No se ve nada —dijo, aliviado—. Creo que lo hemos despistado; pero..., sea lo que sea..., si esas huellas nos siguieron desde la casa hasta el lugar donde estaba el auto, nos podrán seguir la pista hasta allí, cuando sea de día.

—De todos modos habrían encontrado las huellas del auto —replicó Spotty.

—Pero, ¿y si todavía nos siguen? —sugirió Smúdger.

—Tú has dicho que no nos seguían.

—Tal vez no han podido alcanzarnos. Pero suponte que vinieran un poco más atrás, dejando un rastro...

Spotty se había recobrado grandemente, y era casi el mismo hombre práctico de siempre. Detuvo el auto.

—Muy bien. Vamos a verlo —dijo secamente—. Y si vienen..., ¿qué?

Encendió un cigarrillo con una mano que casi no temblaba. Luego se asomó por la ventanilla del auto y estudió el camino. La luz de la luna era lo suficientemente fuerte para descubrirles cualquier señal oscura, si la hubiera.

—¿Qué crees que era? —preguntó, mirando hacia atrás—. Los dos no hemos podido ver visiones...

—Eran huellas muy reales —Smúdger miró la mancha que tenía aún en el dedo.

UNA idea repentina indujo a Spotty a levantarse la pernera derecha del pantalón. Las marcas de los dientes se veían aún en ella, y también un poco de sangre, que le había manchado el calcetín, pero que no podía explicar lo demás.

Transcurrieron varios minutos. Las huellas seguían sin manifestarse. Smúdger bajó y recorrió un trecho del camino, para cerciorarse. Al cabo de un momento de vacilación Spotty lo siguió.

—No se ve nada —dijo Smúdger—. Creo que... ¡Eh! —se interrumpió, mirando más allá de Spotty.

Suicidios

SEGÚN *estadísticas obtenidas por el doctor Kern, de Filadelfia, el 85 % de los suicidios se deben a trastornos mentales, y sólo el 15 % a trastornos físicos (cáncer, por ejemplo).*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Spotty se volvió. Detrás de él había un rastro de oscuras huellas de pies desnudos, que procedían *del* auto.

Spotty se quedó mirándolas. Volvió al auto. Las huellas lo siguieron. Cuando se sentó tras el volante, estaba mucho más abatido.

—¿Y bien?

A Smúdger no se le ocurría ninguna idea; en realidad, estaba muy confuso. Varios aspectos de la situación luchaban por atraer su atención. Los pasos no lo seguían a *él;* por consiguiente se sentía menos asustado de ellos y de sus posibles consecuencias. Pero marcaban un rastro muy claro para cualquiera que quisiera seguir a Spotty; y lo malo era que, si Spotty y él seguían juntos, la pista llegaría hasta él.

La inmediata solución que se le ocurrió fué separarse y que Spotty se encargara de buscar una salida a sus preocupaciones. Lo mejor que podían hacer era dividir en aquel momento el botín. Si Spotty lograba despistar a las huellas, tanto mejor. A fin de cuentas, Smúdger no había tenido nada que ver con el asesinato.

IBA a sugerir la solución a Spotty cuando se le ocurrió otro aspecto del problema. Si detenían a Spotty con parte del botín, el caso quedaría descubierto. También era posible que Spotty, al verse en un aprieto y sin nada que perder, hablara. Lo más seguro sería que él, Smúdger, se quedara con todo. Luego, si Spotty lograba librarse de las comprometedoras huellas, podría ir a retirar su parte.

No cabía duda de que aquél era el único camino seguro y razonable. Lo malo fué que Spotty, cuando se lo sugirió, no pensaba del mismo modo

Siguieron unos cuantos kilómetros más, cada uno ocupado con sus pensamientos. En un camino tranquilo y desierto se detuvieron de nuevo. Spotty volvió a bajar del auto y se alejó un trecho de él. La luna estaba más baja, pero seguía iluminando lo suficiente para mostrar las huellas que lo seguían. Volvió, más preocupado y asustado que nunca. Smúdger decidió evitar una posible pérdida y seguir adelante con su primer plan.

—Mira —sugirió—; ¿qué te parece si repartiéramos ahora el botín, y tú me dejaras solo, un poco más allá en el camino?

Spotty vacilaba, pero Smúdger insistió.

—Si puedes deshacerte del rastro, santo y bueno. Si no...; ¿de qué sirve que nos detengan a los dos? De todos modos, tú fuiste el que lo liquidó. Y uno tiene más posibilidades de escapar que dos.

Spotty no parecía muy entusiasmado, pero no le quedaba otra alternativa.

Smúdger tomó el maletín y lo abrió entre los dos. Spotty comenzó a separar los montones de billetes, formando dos pilas. Era un buen botín. Conforme Smúdger lo miraba, iba sintiendo una gran tristeza al pensar que la mitad de aquello no beneficiaría a nadie cuando detuvieran a Spotty. Un verdadero desperdicio, en opinión suya.

Spotty, con la cabeza inclinada sobre los billetes, no se fijó en que Smúdger sacaba del bolsillo una barra de plomo. Smúdger la descargó sobre la parte posterior de su cabeza con tal fuerza y limpieza, que no es probable que Spotty se diera siquiera cuenta de lo que ocurrió.

Smúdger detuvo el auto al llegar al puente siguiente y tiró el cadáver de Spotty por encima de la baranda. Se quedó mirando un momento las ondas que se ensanchaban en el agua, y luego siguió adelante.

TRES días después, Smúdger llegaba a su casa. Entró en la cocina, calado hasta los huesos, agarrando con fuerza el maletín. Estaba pálido, agotado y casi no podía tenerse en pie. Tomó una de las sillas y cayó pesadamente en ella.

—¡Bill! —murmuró su esposa—. ¿Qué pasa? ¿Te persiguen?

—No, Liz... Al menos, no es la policía. Pero algo me persigue.

Señaló una marca que había junto al umbral de la puerta. Al principio, la mujer creyó que era la húmeda huella del pie de Smúdger.

—Toma un trapo húmedo, Liz, y limpia el umbral y el corredor antes de que alguien vea eso —dijo él.

Ella vaciló, perpleja.

—Por amor de Dios, hazlo pronto, Liz —le instó él.

Medio aturdida aún, ella atravesó el oscuro corredor y abrió la puerta. La lluvia caía con tal fuerza, que parecía brotar del suelo. Las alcantarillas eran verdaderos torrentes. Todo estaba empapado excepto el escalón del umbral, protegido por el pequeño alero del porche. Y en el umbral se veía la ensangrentada huella de un pie desnudo...

Como en medio de una pesadilla, ella se arrodilló y comenzó a limpiar con un trapo húmedo. Cerró la puerta, encendió la luz y vió las huellas que llegaban hasta la cocina. Cuando las hubo limpiado, volvió adonde estaba su esposo.

—¿Te han herido, Bill?

Él, que estaba de codos sobre la mesa, con la cabeza apoyada entre las manos, alzó los ojos para mirar a su mujer.

—No —dijo—. No soy yo el que deja las huellas, Liz...; es quien me persigue.

—¿Quién te persigue? ¿Quieres decir que han venido siguiéndote todo el camino desde que hiciste el trabajo? —preguntó ella, incrédula—. ¿Cómo volviste?

Smúdger se lo explicó. Su único interés, después de tirar el cadáver de Spotty al canal, fué desprenderse del auto. Lo había robado para el trabajo, y la matrícula y la descripción circularían entre la policía. Lo llevó a un lugar aislado, y se apeó de él, para volver a pie, tal vez para pedirle a alguien que lo llevara. Después de caminar unos cuantos metros, miró hacia atrás y vió la línea de huellas detrás de él. Se asustó mucho; más de lo que quería reconocer ahora. Hasta aquel momento había supuesto que, como a quien seguían era a Spotty, lo seguirían hasta dentro del canal. Ahora, al parecer, habían trasladado su atención a él. Dió unos cuantos pasos más: lo seguían. Haciendo un gran esfuerzo por dominarse, consiguió no correr. Se dió cuenta de que, si no quería dejar una pista clara, tenía que volver al auto. Y así lo hizo.

Más adelante probó de nuevo, y lleno de abatimiento y desesperación, obtuvo el mismo resultado. Volvió al auto, encendió un cigarrillo y comenzó a trazar sus planes con toda la serenidad posible en aquellas insólitas circunstancias.

Lo que tenía que hacer era buscar algún lugar donde las huellas no se vieran... o no se marcaran. De re-

---

El instinto de conservación

EL porcentaje de suicidios es mucho mayor entre los hombres que entre las mujeres. Por otra parte, en los hombres es proporcional a la edad, mientras que en las mujeres tal cosa ocurre sólo hasta los cincuenta años de edad. A partir de ese momento se mantiene constante.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

pente tuvo una inspiración y dirigió el auto hacia el río.

El cielo comenzaba a nublarse. Smúdger creyó que había logrado meter el auto por el camino de sirga, sin que lo vieran. Por lo menos, nadie lo llamó mientras atravesaba las altas hierbas, hasta el borde del agua. Desde allí fué corriente abajo, con los pies dentro del agua, hasta que encontró un bote, venerable y decrépito, pero que servía para sus fines.

Desde entonces el viaje continuó tranquilo, pero también muy incómodo. Durante el día sintió mucha hambre, pero no se atrevió a dejar el bote hasta que fuera de noche, y sólo lo hizo en las calles más oscuras, donde las marcas no podían verse. Aquel día y los dos siguientes se los pasó esperando que lloviera. Por fin, una mañana, en medio de un aguacero espantoso que parecía iba a durar varias horas, hundió el bote y se dirigió a su casa, confiando en que el agua borraría las huellas. Al parecer, había sido así.

LIZ se quedó menos impresionada de lo que él esperaba.

—Creo que ha de ser algo que llevas en las botas —dijo, con sentido práctico—. ¿Por qué no te compraste unas nuevas?

Él la miró con hosco resentimiento.

—No es nada de mis botas —contestó—. ¿No te he dicho que hay algo que me persigue? Ya has visto las huellas. ¿Cómo podían proceder de mis botas? Piensa un poco.

—Pero eso no tiene sentido; al menos, como tú lo dices. *¿Qué* es lo que te persigue?

—¿Cómo voy a saberlo? —dijo él, amargamente—. Lo único que sé es que produce las huellas... y que cada vez se están acercando más.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Lo que he dicho. El primer día estaban como a unos dos metros de distancia. Ahora están a menos de metro y medio.

No era una explicación como para que Liz pudiera comprenderla con facilidad.

—No tiene sentido —repitió.

Tampoco lo tuvo en los días siguientes; pero ella dejó de dudar. Smúdger permaneció en casa; lo que lo seguía, fuera lo que fuera, se quedó con él. Las huellas se veían por todas partes: en las escaleras, arriba, abajo. Liz empleaba casi todo su tiempo en limpiarlas, por si alguno venía y las veía. Comenzó a ponerse nerviosa; pero no tanto como Smúdger...

Ni la misma Liz podía negar que los pies se iban acercando cada vez más a él..., un poco más cada día.

—¿Y qué ocurrirá cuando me alcancen? —preguntó temeroso Smúdger—. Dime, Liz: ¿qué puedo hacer? ¿Qué diablos puedo hacer?

Pero Liz no sabía qué sugerirle. Ni había nadie a quien ellos se atrevieran a preguntar.

SMÚDGER comenzó a soñar por las noches. Gemía, y Liz lo despertaba preguntándole qué le ocurría. La primera vez, él no pudo recordarlo; pero el sueño se repetía, y cada vez era más claro. Una sombra negra aparecía y se inclinaba sobre Smúdger, mientras él estaba en la cama. Su forma era vagamente masculina, pero flotaba como suspendida en el aire. Gradualmente, iba bajando hasta posarse sobre Smúdger..., pero sin peso alguno: como si estuviera hecha de niebla. Flotaba hacia su cabeza. Él se aterrorizaba pensando que iba a taparle la cara y ahogarlo; mas al llegar a la garganta, la sombra se detenía. Smúdger sentía un pinchazo en uno de los lados del cuello. Se sentía extrañamente débil, como invadido por repentino cansancio. Al mismo tiempo, la sombra iba densificándose. Smúdger comenzaba a sentir su peso encima de él. Luego, afortunadamente, Liz lo despertaba.

Tan real era la sensación que, al afeitarse, se examinaba cuidadosamente el cuello en el espejo. Pero no veía señal alguna.

Poco a poco, las huellas rojas y brillantes se iban acercando... Medio metro detrás de sus talones..., veinte centímetros..., diez centímetros...

Por fin llegó una mañana en que Smúdger se despertó cansado y abatido. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para levantarse. Cuando se miró al espejo, *había* una marca en su garganta. Llamó a Liz, espantado. Pero era una señal muy pequeña, y Liz no le dió importancia.

Sin embargo, a la mañana siguiente la lasitud de Smúdger era aún mayor. Necesitó toda su fuerza de voluntad para levantarse. La palidez de su cara asustó a Liz... y a él mismo cuando se la vió en el espejo al afeitarse. La señal roja de su cuello se destacaba con más claridad...

Al día siguiente no se levantó.

DOS días más tarde, Liz estaba tan asustada que llamó a un médico. Fué una confesión desesperada. A ninguno de los dos le gustaba el doctor, que sabía o adivinaba demasiados detalles acerca de las ocupaciones de sus pacientes. Habían llamado al médico para que curara a Smúdger, no para que lo sermoneara por su modo de vivir.

Llegó, gruñó, protestó, le recetó un tónico y luego habló con Liz.

—Está gravemente anémico —dijo—. Pero tiene algo más; algo mental... ¿Tiene usted alguna idea de lo que es?

La negativa de Liz no fué muy convincente. El médico ni siquiera fingió creer en ella.

—No soy ningún mago —dijo—. Si usted no me ayuda, yo no podré ayudar a su marido. Algunas preocupaciones crecen y se infectan como un absceso.

Liz siguió negando. Durante un momento estuvo tentada de hablarle de las huellas; pero la cautela la obligó a callar por miedo a decir más de lo prudente.

—Piénselo bien —le aconsejó el médico—. Y hábleme mañana, para decirme cómo está.

A la mañana siguiente no cabía duda de que Smúdger estaba muy mal. El tónico no le había hecho ningún bien. No se levantó de la cama, y, cuando abrió los ojos, éstos parecían enormes en aquella cara anormalmente pálida y demacrada. Estaba tan débil, que Liz tuvo que darle de comer con una cuchara. Tenía miedo de morirse. Liz también estaba asustada. La voz con que telefoneó al médico expresaba inequívocamente una gran alarma.

—Muy bien, pasaré por ahí dentro de una hora —dijo el doctor—. ¿Se ha enterado usted ya de lo que le pasa?

—N... noo... —balbuceó Liz.

CUANDO vino el médico ordenó a Liz que se quedara abajo, mientras él subía a ver al enfermo. A ella le pareció que transcurría un tiempo interminable, hasta que oyó sus pisadas en la escalera y salió a recibirlo el "hall". Lo miró a la cara, con muda ansiedad. La expresión del médico era seria y perpleja. Ella tuvo miedo de lo que él diría. Pero al fin le preguntó:

—¿Va... va a morir, doctor?

—Está muy débil..., muy débil... —dijo el médico—. ¿Por qué no me habló usted de esas pisadas que él cree que lo siguen a todas partes?

Ella lo miró, alarmada.

—No importa —continuó el médico—. Él me lo ha contado todo. Yo sabía que tenía algún peso mental. Y no me sorprendió su relato.

Liz se quedó mirándolo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—¿No...?

—Dadas las circunstancias, no —aseguró el médico—. Una mente oprimida por un sentimiento de pecado puede jugar malas pasadas. Hoy en día hablan de complejos de culpa y de inhibiciones. Los nombres cambian. Cuando yo era niño, a eso se lo llamaba mala conciencia. Cuando uno conoce los hechos principales, estas situaciones resultan clarísimas para cualquier hombre de experiencia. Su esposo se dedicaba... Bueno, para hablar claramente, había ido a asaltar la casa de un hombre que se interesaba por la mística y el ocultismo. Allí le ocurrió algo que lo impresionó profundamente, alterando su juicio. Como resultado de ello, le cuesta trabajo distinguir entre las cosas reales que ve y las imaginarias que le muestra su conciencia inquieta. No es muy complicado. Piensa que lo siguen. En su subconsciente recuerda las líneas del poema: *"Porque sabe que un demonio espantoso — le sigue de cerca los pasos..."*. Y las dos cosas se unen. Además de eso, parece poseído de una vampirofobia primitiva. Ahora bien; una vez que le hayamos ayudado a disipar esa obsesión, él... —se interrumpió de pronto, al ver la expresión del rostro de su interlocutora—. ¿Qué ocurre? —preguntó.

—Pero, doctor —dijo Liz—, esas huellas... Yo... —y su voz se quebró ante un ruido procedente de arriba, mitad gemido y mitad grito.

El doctor subió las escaleras antes de que Liz pudiera moverse. Cuando ella lo siguió, tenía en el corazón una opresora certidumbre.

Desde el umbral de la puerta vió cómo el médico se inclinaba sobre la cama. Un momento después éste se volvió, con ojos graves, meneando ligeramente la cabeza; le puso la mano en el hombro, y salió silenciosamente de la habitación.

Durante varios segundos, Liz permaneció allí, mirando hacia la cama, sin moverse. Luego, bajó la mirada al suelo. Tembló. Una risa aguda, espantosa, le sacudió el cuerpo mientras veía las huellas rojas de unos pies desnudos, que se apartaban del lado de la cama, atravesaban la pieza y bajaban por las escaleras, tras el doctor...

No tantos mellizos

POR razones todavía desconocidas el número de mellizos está disminuyendo. Según estadísticas publicadas en los Estados Unidos actualmente se produce un nacimiento de mellizos cada 100 nacimientos comunes. Esto contrasta con la famosa ley de uno cada 87 (Ver MAS ALLA Nº 16), que durante mucho tiempo se consideró una de las más seguras de la medicina.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

el salto

por JULIAN DE CORDOBA

La enormidad y la pequeñez son cosas relativas. Y lo enorme devora, y lo pequeño es devorado... Pero, al devorar, uno olvida su propio tamaño...

ilustrado por ORNAY

"EL monstruo subió al tranvía por la plataforma delantera y miró al conductor. Lo miraba en la nuca, con fijeza inhumana. Sus ondas cerebrales, concentradas en un haz angosto y poderoso, penetraron en el cerebelo del hombre. El vehículo estaba por llegar a un recodo del camino. Pero no siguió la curva de los rieles. Suavemente, sin sacudones, el tranvía, con el conductor, el guarda y cuarenta y ocho pasajeros sentados, continuó su movimiento absolutamente rectilíneo. Al encontrar una curvatura del espacio, no dobló, y cruzó la barrera que lo separaba de la otra dimensión..."

"El aspecto del monstruo..."

—Un momento —me dije—, tengo que definir bien el asunto del aspecto, que no me suceda como esa vez que

hablé de piernas huesudas y resulta que dos páginas antes había definido al visitante de otras galaxias como un ser nebuloso e incorpóreo... Cuando uno se dedica a escribir cuentos de fantasía científica, tiene que cuidar estos detalles.

—¿Cómo será el monstruo este?... —musité—. ¿Cómo lo vamos a describir a nuestro monstruito querido? Porque yo nunca insulto. Cuando estoy agresivo, distribuyo diminutivos.

Es más delicado y eficaz. Cualquiera puede probarlo con un hombrón muy musculoso y viril. Basta decirle: "¡pobre hombrecito!", para convencerse del rendimiento de mi sistema...

¡Si solamente hubiera tenido a mi disposición un supercerebro electrónico, un robot pasante o cualquier aparatito por el estilo, de esos que yo había inventado por docenas, y explicado a mis lectores con lujo de detalles!

Por la puerta entreabierta penetraba el aire templado de una hermosa noche de verano. También penetró una langosta. Voló, saltó, dió grandes golpes contra las paredes, volvió a saltar y quedó inmóvil sobre mi mesa.

Tenía ojos saltones. Una sección de sus larguísimas patas era un serrucho perfecto. La coraza de su...

—Magnífico —me dije—. Langostón hermoso, me has salvado. No hay mons-

truo más monstruo que una genuina langosta, si yo me pongo a describirla con mi colorida fantasía.

Relegué en la buhardilla de mi subconsciente el odio que sentía por los ortópteros. Ese mismo día una manga de langostas había tomado mi jardín por un restaurante. Llegaban por millares, comían mis plantas y mis flores, y se iban sin pagar.

La langosta no se había movido. Sus ojos inescrutables permanecían fijos sobre mi manuscrito. No me gusta que una vulgar langosta, recién llegada, critique mis obras. Con el índice y el pulgar la tomé por las patas y me puse a examinarla en detalle. Había varios elementos que podían ser útiles para mi descripción del monstruo. La forma de la cabeza maciza, los colores iridiscentes, el etéreo tejido de las alas...

El monstruo..., quiero decir la langosta, había quedado inmóvil bajo mis dedos. Si yo hubiera asido solamente una de sus patas, probablemente habría forcejado hasta quedar libre, abandonando un arto como botín de guerra. Las articulaciones son el punto débil de esos individuos. Y ésa es su fuerza.

Me miraba. Me pareció ver en los ojitos un destello de malevolencia, pero es posible que me lo haya imaginado. La imaginación es mi punto fuerte. Esa es mi debilidad.

¿Habría pensamientos dentro de ese cráneo acorazado? ¿O se trataría solamente de visiones fotográficas de verdes follajes y hermosas langostas solteras? Pues por un momento pensé que mi prisionero fuera de sexo femenino. Cuando vemos un animal, que no sea una vaca o una gallina, solemos dar por sentado que se trata de un bicho masculino. Es tonto, pero así es.

Me pregunté si mi *langosto* sería capaz de tener alguna opinión, por ejemplo, acerca de mi persona, o solamente emociones violentas pero confusas, como un chófer de taxi durante las horas de punta.

—Si pudiera entrar por un momento en esa cabecita —dije, lleno de insana curiosidad...

...las rodillas me dolían. Sentía sordas punzadas en el abdomen, donde mis piernas me apretaban. Intenté moverlas, pero no pude. Hice entonces un esfuerzo para abrir los ojos. Tampoco me fué posible; estaban abiertos.

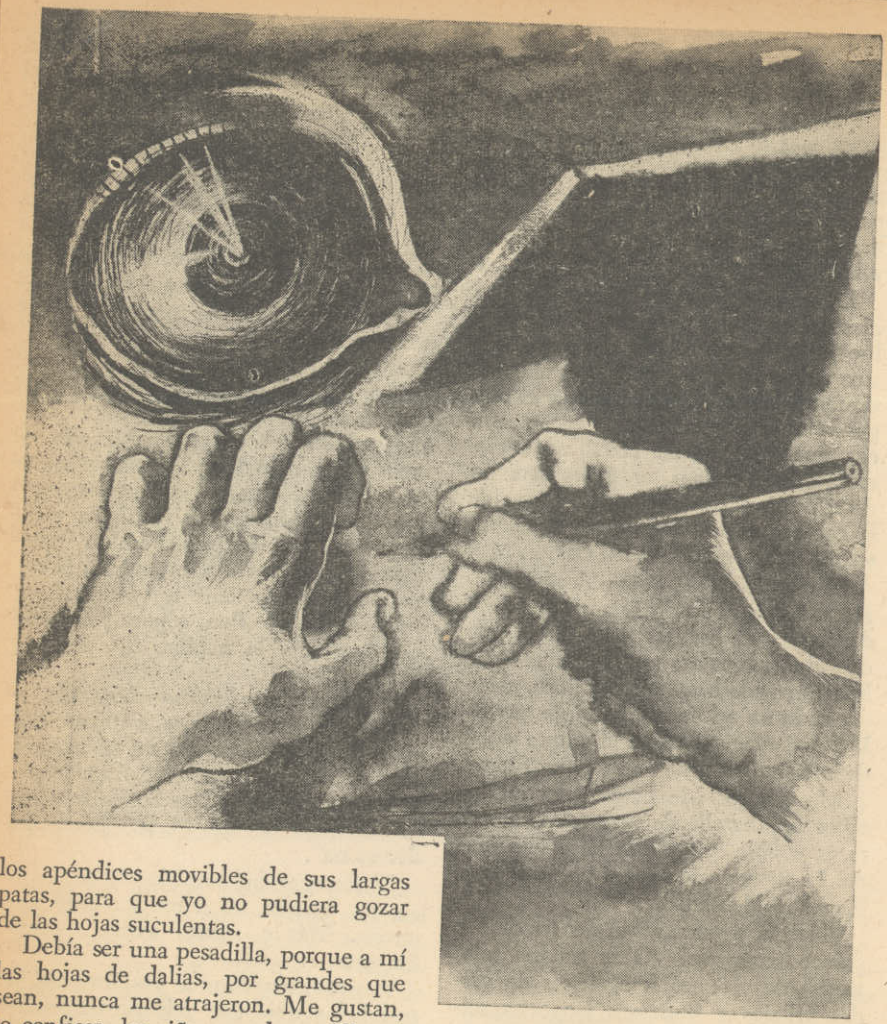
Ante mi visión borrosa se erguía una mole. Parecía un monumento en una plaza de Londres, un día de invierno. Pero no podía ser Londres, porque yo no soy sonso; sabía muy bien que estaba en la Argentina, y en verano. De todos modos, lo más probable era que fuese Pisa, y no Londres, porque el monumento se inclinaba visiblemente hacia un lado. Pero en Italia central no hay neblina y además la torre inclinada no tiene un pedestal en forma de huevo. Poco a poco pude enfocar mejor y la neblina fué desapareciendo.

El monumento era una bombilla, y el pedestal, naturalmente, un mate. Mi mate. El que me regaló mi tía abuela Amparo. Me lo mandó de España para mi cumpleaños. Con bombilla y todo. Boquilla de oro 14 K. "Made in Barcelona".

El impacto fué terrible. Si mi mate era tan grande, yo debía ser muy pequeño. Más o menos como... una langosta...

Aterrorizado, intenté evadirme de la realidad y dejé que mis pensamientos vagaran y tuve visiones de árboles inmensos con flores que parecían dalias. Extensas praderas que semejaban hojas de zapallo. Volvía a sentir la sensación de intenso placer que había experimentado al vagar por ese Edén. Y el miedo. El terror horrible que me infundiera un ser gigantesco que sacudía los árboles como yo puedo sacudir una brizna de pasto. Los sacudía con

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



los apéndices movibles de sus largas patas, para que yo no pudiera gozar de las hojas suculentas.

Debía ser una pesadilla, porque a mí las hojas de dalias, por grandes que sean, nunca me atrajeron. Me gustan, lo confieso, los riñones a la parrilla, el lomito con salsa de champiñones, y muchas otras cosas, pero las hojas de Dalia, no. Lo juro.

Para huir de la pesadilla, caí en otra. Allí estaba el gigante, con sus patas extendidas. Dos de sus apéndices movibles sujetaban mis rodillas. Mi visión se había aclarado y sin mover los ojos veía perfectamente detrás de mí.

El gigante me miraba. Me pareció ver en sus ojos inmensos, como un destello de malevolencia...

Empezaba a comprender. Y un escalofrío habría corrido por mi cuerpo si el sistema circulatorio de un insecto le hubiera permitido sentir escalofríos. Mi yo, mi personalidad individual, estaba encerrada en el cráneo de la langosta. ¡Yo mismo lo había deseado!

Las memorias, los instintos primarios, los reflejos, eran los del insecto, pero el yo era mío. ¿Y entonces, en mi cuerpo se encontraría el yo de la langosta?

No quería pensarlo. Si la langosta decidía apretar la mano, yo estaba frito. Si mis reflejos humanos mandaban ejercer más presión en los dos dedos, también.

Mi yo tenía mi memoria, además de la memoria del insecto. Entonces había algún contacto impalpable entre mi yo y mi cerebro. Era probable que al yo de la langosta que reinaba sobre mi cuerpo le pasara lo mismo.

Mi terror era que el bicho se acordara del gigante que lo había perseguido. En su odio podría aplastar al cuerpo que en ese momento lo abrigaba. Mi yo moriría, con seguridad, y el yo de la langosta quedaría para siempre dueño de mi cuerpo. Imaginé lo que sucedería. Me encerrarían, quiero decir, lo encerrarían en un manicomio...

De golpe lo sentí, como un mazaso. No era odio. Era amor. Un amor tan primitivo, tan avasalladoramente grandioso, que resultaba hasta cruel. Quisiera que una mujer me amara alguna vez así, con esa intensidad.

Mi pequeño cuerpo frío estaba lleno de ese amor que intentaba envolver mi yo como un pulpo envuelve su presa. Mi conciencia trataba de huir del abrazo y no podía. Estaba arrinconada en ese cerebro estrecho.

Ese sentimiento tan agudo, ¿para quién era?

No podía ser otra cosa. ¡Era para mí!

La langosta no era un *langosto*. Era una señorita langosta. El que nunca haya sido amado por una langosta, no puede imaginarse lo terrible que es.

Loco de horror, di un brinco y quedé libre de mis dedos. Sentí que el gigante se levantaba, probablemente para perseguirme.

Con dos saltos bien dirigidos salí por la puerta entornada y me escondí detrás de unas hojas. Era una planta de tomates. La reconocí y tuve una idea.

El gigante, con sus torpes sentidos de hombre, aún me buscaba en la habitación.

Mis fuertes mandíbulas empezaron a roer un tallo y, resistiendo el deseo de devorar la jugosa pulpa, pronto hube cortado una ramita. Para mí era enorme, pero con fuerza sobrehumana (la de una langosta) la arrastré hacia adentro. Dejé la rama en el piso y de un salto me retiré a la oscuridad del jardín. Allí me quedé, observando.

El gigante, atraído por el movimiento, bajó la vista y vió la ramita de tomate. Agachándose, la asió rápidamente y la llevó a la boca.

Su conciencia de langosta deseaba el sabroso manjar, pero el paladar humano lo rechazó disgustado.

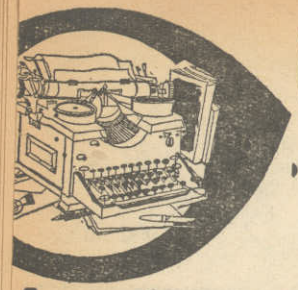
¡Exactamente como yo lo había planeado! La langosta, por un momento, deseó ser langosta para saborear ese bocado y yo aproveché el breve instante.

La sensación de alivio al volver a mi cuerpo fué como volver a respirar después de tres minutos bajo el agua.

De un manotón cerré la puerta y la langosta quedó afuera, en la oscuridad. Que comiera mi huerta. ¡Bienvenida si lo hacía!...

A veces pienso que ha sido nada más que una pesadilla. De todos modos trato de convencerme que no ha sido otra cosa. Y continúo escribiendo cuentos, porque ésa es mi profesión y tengo que vivir... Pero les aseguro que a veces tengo miedo... ✦

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



CORRESPONDENCIA

proyectiles dirigidos

Señor director:

Más allá de los pantalones (Continuación)

...Los pantalones tendrán larga vida. Las piernas son el medio de traslación del hombre sobre la superficie terrestre, y para cuidar estos preciosos auxiliares sin restarles movilidad hubo que crear los pantalones. Puede ser que con el correr del tiempo, debido a la inmovilidad y la inacción, se atrofien las piernas y dejen de tener función vital, con lo que no se necesitarán pantalones.

Osvaldo Calafati (Remedios de Escalada.)

F. C. criolla

Señor director:

...En esta sobreabundante cantidad de cuentos, ¿por qué todo tiene que ocurrir en los Estados Unidos? ¿No sería más ameno e interesante para el lector argentino leer aventuras desarrolladas en lugares nuestros, conocidos, por personas que lleven nombres en lengua castellana?

Luis A. Pinciroli Reinoso (Nueve de Julio, Buenos Aires.)

****Estados Unidos es la patria de la fantasía científica. A medida que ella se difunde en otros países, van variando las nacionalidades de los protagonistas de los cuentos y los ambientes de sus hazañas. En el presente número, hay un cuento bien argentino, donde se habla de pesos y no de dólares, de Mar del Plata y no de Houston, de José, "Chango" y Laura, y no de Dick, Bob y Steve.*

Señor director:

Le sugiero la creación de una sección para colaboraciones de los lectores... Su premio más preciado será el ver publicados sus trabajos junto a los de los titanes del ingenio científicofantástico.

Roberto de Vena (Buenos Aires.)

****Las colaboraciones de los lectores son bienvenidas, y serán publicadas (y retribuídas) si no estuvieren demasiado por debajo de la altura de los titanes.*

MÁS ALLÁ contesta a todas las cartas firmadas que recibe. La Sección Científica de MÁS ALLÁ prepara las respuestas a las preguntas sobre temas científicos. Algunas cartas y respuestas se publican cada mes. Escriba a MÁS ALLÁ, Avenida Alem 884, Bs. As.

Platos voladores

Señor director:

Dado que no es posible creer todo lo que dicen los diarios y revistas, creo que sería de interés que ustedes publicaran qué es lo que realmente se sabe sobre los tan mentados platos voladores.

Raúl Carle (Olivos, Buenos Aires.)

Señor director:

¿Por qué, hasta ahora, MÁS ALLÁ no ha publicado ningún artículo respecto a los platos voladores?

Hasta en esta ciudad están apareciendo últimamente muy seguidos, ya que fueron vistos por personas serias de este lugar (desgraciadamente yo no he visto ninguno, pero creo firmemente en los platos).

Emilio E. Padilla (Orán, Salta.)

Señor director:

Le pido una información completa y detallada con respecto a los platos voladores... Quiero contar con algo realmente contundente...

Segundo M. Zamorano (San Justo, Buenos Aires.)

Señor director:

Solicito un artículo largo y detallado sobre los platos voladores. MÁS ALLÁ no puede pasarlos por alto.

Rodolfo Bilbao La Vieja (Buenos Aires.)

**** MÁS ALLÁ se está preparando para decir su palabra sobre este tema en el número de mayo próximo.*

Conversiones y distintivos

Señor director:

¿Por qué no se organizan reuniones entre los lectores asiduos de MÁS ALLÁ, para discutir problemas de actualidad o meramente paradójicos del futuro, analizando la potencialidad imaginativa de cada lector? Yo, por mi parte, he trabado correspondencia con un lector asiduo de MÁS ALLÁ, residente en Tandil, y estamos de acuerdo en este punto.

Ambos somos estudiantes: él de la Facultad de Física y Química de la ciudad Eva Perón; yo, residente en la Capital Federal, aún no he terminado el magisterio, pero pienso seguir Astronomía. Ambos nos hallamos unidos por la misma guerra hogareña de que ésas son cosas de "locos" (perdón). Pero ya he convertido a cinco infieles: estas cosas, cuando se sienten, no se pueden dejar. Mi hermana, el novio, un primo, un tío y yo formamos el "clan" de los que vamos "más allá".

Entre otras cosas, quisiera preguntar:

1. ¿Han sido aceptados realmente como existentes los platos voladores, o son simples trucos publicitarios?

2. ¿Puede existir una persona con dos personalidades completamente definidas?

3. ¿Por qué no crear un distintivo para los lectores de MÁS ALLÁ?

Ana María Erra (Buenos Aires.)

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

**** Las conversiones de "infieles" prosiguen a ritmo acelerado, y los adeptos son reclutados entre las personas más cultas e inteligentes de todas las capas sociales. Es instructivo comparar los resultados de dos encuestas, efectuadas una en 1953 y la segunda a fines de 1954, acerca de las ocupaciones de los lectores de MÁS ALLÁ:*

	1954	1953
Estudiantes	33,4 %	40,2 %
Empleados	26,9 %	23,9 %
Profesionales	17,7 %	11,6 %
Obreros especializados	12,3 %	11,1 %
Hombres de negocios	5,2 %	6,6 %
Obreros	1,8 %	2,6 %
No especificados	2,6 %	4,0 %

Ha disminuído el porcentaje de estudiantes (en efecto, el número de lectores de 17 años o menos ha bajado del 28,9 % al 21,4 %), pero se ha elevado muy considerablemente la difusión de la revista entre los profesionales y, en medida menor, entre empleados y obreros especializados, es decir, entre los elementos más dinámicos de nuestra sociedad.

En cuanto a las tres preguntas de la señorita Erra:

1. *Véase el próximo Nº 24.*
2. *Se han observado casos de doble e incluso múltiples personalidades. Casi nunca se trata de personalidades completas, sino que al lado de una personalidad principal hay otra secundaria que podríamos calificar de parcial.*
3. *El distintivo lo llevamos todos en el alma. Un distintivo material podría existir después de haberse creado un club de lectores, lo que es una idea sugerida también por otras personas. Sería interesante, a este respecto, conocer las opiniones de los amigos de MÁS ALLÁ.*

La exploración de Marte (Continuación)

Señor director:

...“La Exploración de Marte” (MÁS ALLÁ, Nº 15) fué una desilusión. El autor pretende deslumbrar al lector con términos rimbombantes, pero evidentemente no lo consigue. “Ondas cósmicas”, “energía cosmoatómica”, “corriente electrónicotelepática”, “placeres cósmicos”, “control telepatoeléctrico”, palabras, simpres palabras, generalmente inadecuadas. Yo creía que la verdadera fantasía científica ya había superado esa terminología viciosa, tan común en las revistas de historietas seudocientíficas, pero parece que no es así.

En los datos de tiempo, el señor Gernsback regala con extraordinaria prodigalidad millones de años (como quien dice semanas), atribuyendo a la raza marciana una edad de dos mil millones de años terrestres. Desgraciadamente, da la casualidad de que uno de los investigadores astronómicos más autorizados de la actualidad (George Gamow, “Biografía de la Tierra”) calcula que hace 2.000.000.000 de años *se comenzó a formar nuestro sistema planetario*. Y como no puede existir ninguna clase de vida en un planeta en formación, las su-

posiciones son incompatibles, y entre Gamow y Gernsback yo sé con cuál me quedo...

En cuanto a la ilustración de un marciano que aparece en el mismo número, carece de originalidad. Antenas de insecto, ojos de caracol, orejas y trompa de elefante, patas de zancudo, etc., y todo distribuído en un esquema más o menos humanoide. Y esto último es lo que más me choca. ¿Por qué la mayoría de los escritores de ficción científica conciben a los seres racionales de otros planetas como humanoides? ¿Es que no puede existir la vida inteligente con forma completamente distinta a la del hombre?

FAUSTO TORANZOS (h.) (Mendoza)

****1) Hace 50 años (o menos), ¿no nos habrían parecido terminología viciosa y seudocientífica las palabras bomba atómica, supersónico, plato volador, penicilina, televisión?*

2) Según otros astrónomos (Holmes, Bok, etc.), la edad del sistema solar es de 3.000.000.000 de años. 2.000.000.000 es la edad de las rocas más antiguas en la Tierra, y es posible que Marte se haya formado más rápidamente. La “prodigalidad” de Gernsback está justificada.

3) La tendencia hacia la representación de seres civilizados extraterrestres con características humanoides es una manifestación de orgullo antropocéntrico. Tiene bases psicológicas más que científicas, y desarraigarla es más difícil de lo que parece. Haga usted la prueba.

Cadena de órdenes

Señor director:

...Es triste ver en la revista que ha publicado “El Experimento” (MÁS ALLÁ, Nº 16) un cuento como “Cadena de órdenes” (MÁS ALLÁ, Nº 18). Es simplemente, muy lamentable. Son mis fervientes deseos volver a “los buenos tiempos” de “¡Abajo con los réferis!” (MÁS ALLÁ, Nº 7) y “La Bolsa” (MÁS ALLÁ, Nº 2).

Recomiendo al autor de “Cadenas de órdenes” dedicarse a los cuentos infantiles, del tipo de Pinocho (un muñeco parlante) o del Gato con Botas (un animal parlante).

MARIO BOHOSLAVSKY (Bahía Blanca.)

Señor director:

...Las andanzas de mi tocayo Jorge, el fabuloso ratón de “Cadena de órdenes” (MÁS ALLÁ, Nº 18), me han interesado y entretenido como ningún otro cuento publicado en su revista. Es una fábula de Esopo en un ambiente ultramoderno.

JORGE PLANAS B. (Rosario.)

Sapos en la tercera expedición

Señor director:

Se trata del cuento de Ray Bradbury, “La tercera Expedición”, aparecido en el número de noviembre. O, más bien, de su final. Bueno, bueno. Hay en su revista una marcada tendencia a los finales impre-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

vistos, a los efectos súbitos y chocantes; y eso no me desagrada, porque es hábil y satisfactorio y fértil y ambicioso, y busca y encuentra al lector. Pero este final excesivo... ¡caramba! Ya trasciende lo absurdo, lo descomunal, para alcanzar lo grotesco y lo risible.

Yo soy un tipo como todos. Ni dejo de ahondar las cosas, ni las profundizo demasiado. En una palabra, tengo sentido común; y eso es lo que el autor me desconoce. Sería largo y dificultoso verter en palabras las teorías que fabriqué para comprender el cuento. Fueron bastantes, y una más absurda que la otra. De cualquier manera, usted sabe a qué me refiero. No tiene solución, y lo peor es que no se pretende que la tenga... Lo original verdadero no reside en las cosas originales, sino en la originalidad con mérito; este final implica falta de imaginación. Es lastimoso que un autor espere justificarse mediante un truco tan bajo como el de crear situaciones deliberadamente inverosímiles, para recibir el triste tributo de quienes, al no comprender lo incomprensible, se culpan a sí mismos, y dicen: "Este escritor es genial, porque no lo entiendo". Seré intolerante, pero para mí es un miserable sapo viscoso. Que escriba, si le place, que puede hacerlo. Pero no con recursos de sapo. Los sapos son bastante feos. Se hinchan. Hacen ruido molestos en las charcas. Chapotean. Los estudiantes los rebanan. En el campo hay muchedumbres; en cualquier dirección que uno mire encuentra miles y miles de sapos. Camina unos pasos, y de repente se encuentra rodeado de sapos; piensa que está solo en un mundo de sapos. Brotan de todas partes, se le suben a los zapatos y le piden moscas. Como uno no tiene, trata de iniciar con ellos una charla amable, pero le sacan la lengua y le croan en las narices como si nada. Son una plaga; hay que viajar en helicóptero para evitarlos. No vale la pena ser un sapo...

Tengo deseo de saber cuál es la opinión que usted tiene del final; si tiene alguna relación con el Editorial de ese número y, por fin, si el autor es argentino, oír su propósito.

ERNESTO D. KETZELMAN (Buenos Aires.)

****Impresionado por la visión pansapista de la vida que tiene el señor Ketzelman, le informo que Bradbury es norteamericano. Antes de ser rebanado por los estudiantes, Bradbury me confesó que la solución del enigma la tendremos el día que lleguemos a Marte. Mientras tanto, habrá que conformarse con los deleites y los tormentos de la paradoja (véase Editorial del Nº 18).*

Portadas

Señor director:

La portada del Nº 19 se defiende apenas, aunque es mejor que la de noviembre, la que, aunque seria, por cierto no denotaba un exceso de imaginación, ni arte, ni trabajo. Las anteriores a estos números, al menos las inmediatas, francamente daban pena. Recuerdo en una al viejito Einstein apareado a un gorila (¿o eran sus cráneos?), que era un bodrio; otra con unas manos, la una rellena de huesos y la otra de tuercas (es indudable que al dibujante no le gusta Asimov), que daba lástima: y por último otra, que me produce escalofríos el solo representármela (era algo así como "las no sé cuántas millas del espacio"), que por un momento me hizo creer que había cambiado la orientación de esta revista, y que se habían puesto a publicar las aventuras de Flash Gordon, Capitán Marvel, Buck Rogers, etc. Gracias a Dios, MÁS ALLÁ, por dentro, seguía siendo la misma magnífica revista... Así también recuerdo las hermosas ilustraciones de los primeros números. Esas portadas... "¿qué se fizieron"? Por favor, volvamos a los buenos tiempos y creo que todos los lectores se lo agradecerán. Después de todo, la fantasía científica también entra por los ojos...

JUAN J. A. SORTHEIX (Buenos Aires.)

Hay que ver...

Señor director:

Desde luego, aquí en España no se edita nada semejante a MÁS ALLÁ. Me refiero, claro está, a una publicación llevada con seriedad y tratando temas científicos tan diversos y por autores tan prestigiosos. Se comprende, pues, perfectamente que su revista haya sido recibida con tal entusiasmo que se agoten los números al poco tiempo de aparecer en el quiosco.

La sección "Contestando a los Lectores" me parece excelente. ¡Por cierto que estoy por creer que tienen ustedes ahí al mismo Einstein a cargo de la misma, porque hay que ver ¡cómo contesta!

RAFAEL PAIRÓ (Barcelona.)

****El mismo Einstein no sabe qué contestar a tamaños elogios.*

Otra cosa: Si usted supiera cómo sufrimos los lectores durante los 29 días largos, lentos, interminables, perezosos, que se deslizan lentamente; días en que el tiempo parece detenerse, días tristes y aburridos en los que tratamos de consolarnos pensando en la próxima edición de MÁS ALLÁ... Ponga fin a esta tortura y edítela por lo menos cada 15 días. Los lectores le daremos un ¡hurra! que se oirá desde Plutón...

C. A. CALDERÓN (San Pedro, Buenos Aires.)

Señor director:

¡Felicitaciones por la ilustración de la portada del número de diciembre! La buena voluntad, la poesía y la bondad no desaparecerán en el mundo del futuro, por más robots y viajes interplanetarios que haya. Muchas gracias por habernos brindado esta magnífica y artística prueba de su confianza en la bondad de la naturaleza humana...

CARLOS S SOBREVILA (Buenos Aires.)

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

respuestas de la sección científica

Si el hombre llegó a este nivel de civilización, otro animal, por ejemplo el mono, ¿podrá llegar también encauzándolo por el camino de la evolución?

"CHATO" (Gualeguaychú, Entre Ríos.)

Las condiciones en que, por el camino de la evolución, se desarrolló el organismo y la mente del hombre, son difíciles de reproducir. Aún no se ha logrado reconstruir totalmente el camino seguido por el hombre desde las primeras etapas de su evolución, a lo largo de la línea evolutiva, aun cuando no quedan dudas, de acuerdo con los rasgos más característicos, sobre la continuidad del desarrollo filogenético. Hoy en día se acepta que los tres antropoides actuales, el chimpancé, el gorila y el orangután, parecen ser ramas de un tronco antropoide que se desvió de una misma familia principal, de la cual el hombre representaría la otra rama. Es decir, conforme el hombre fué evolucionando en un cierto sentido, también los monos siguieron su evolución correspondiente. Según esto, no sería muy probable que el mono pudiera encauzarse por el camino de la evolución hacia el hombre, ya que precisamente se habría apartado de ese camino. Pero de cualquier manera, esto no pasa del reino de la especulación, y nadie podría prever el camino que seguirán.

¿Qué es exactamente el neutrón?

ESTELA ROCH AGUIRRE (Buenos Aires).

El neutrón es una de las partículas fundamentales constituyentes de los núcleos atómicos, juntamente con el protón. Qué es exactamente, no se sabe. Se conoce con exactitud su masa, que es 1,008982 (la del protón es 1,007579); es eléctricamente neutro, y de ahí su nombre; no obstante, posee un momento magnético de —1,9128 magnetones nucleares; su "spin" es ½. Es radioactivo, con un período de 13 minutos, o sea que, al cabo de ese lapso, en promedio, se desintegra en un electrón y un protón. Esto último ocurre cuando se encuentra libre y también en los núcleos radioactivos.

¿Es verdad que si una espacionave que se dirige a la Luna se detiene en la zona en que la Tierra y la Luna ejercen la misma atracción no puede seguir hacia adelante? Y si esto sucede, ¿hay posibilidad de salvar ese trance?

MARIO HICOFF (Florida, F.C.N.G.B.M.)

Dicho así, sin tener en cuenta que está presente el Sol y también los movimientos relativos de los planetas y de la Luna, la espacionave quedaría estacionaria. El trance podría salvarse fácilmente, recurriendo a los medios propios de propulsión de la nave. En rigor, hay que tener en cuenta la influencia del Sol, que ya a una distancia de 40 radios terrestres comienza a actuar con igual intensidad que la Tierra, de modo que, a partir de allí, la trayectoria de la nave sufre fuertemente la acción del Sol.

¿Será posible que cuando se realicen viajes a las estrellas, se pueda viajar a la velocidad de la luz, o mayor?

J. J. FORBES (Burzaco, F. C. N. G. R.)

No; la velocidad de la luz es un límite que ningún sistema material *puede alcanzar. Los viajes a las estrellas serán tareas que requerirán (en caso de ser alguna vez posibles) que generaciones enteras tengan que trasladarse; pues una vida no bastará para llegar (a menos que se alcance la velocidad de la luz, y esto es, casi con seguridad, imposible). Imagínese que la estrella más próxima se halla situada a 4 años luz y pico. Esto significa que, suponiendo que se alcanzara la velocidad de la luz, se tardarían 4 años en llegar. Dado que un sistema material es poco probable que pueda viajar a más de un centésimo de esa velocidad, para llegar a esa estrella se necesitarían 400 años.*

Si el uranio, después de una serie de emisiones atómicas y diversas etapas, se transforma en radio 226, y éste a su vez, en plomo, se podría ir incorporando en un sentido inverso todas las partículas arrojadas y volver a producir uranio?

RODOLFO NICOLAI VARDICH (Las Lomitas, Formosa).

Sí, es posible; pero el rendimiento sería muy malo. Los elementos radioactivos son poco estables; por eso son radioactivos y se desintegran; por lo tanto, las "secciones eficaces" de captura de neutrones y protones son pequeñas. En el caso del uranio, es más barato sacarlo del mineral de uranio natural que prepararlo. El neptunio, el plutonio, el americio, el curio, el berkelio y el californio se han preparado, en cambio, de la manera que usted sugiere.

¿En qué consisten la cuarta, la quinta y más dimensiones? ¿Se puede saber qué forma afecta un objeto en ellas, y si se puede de alguna manera salir fuera de nuestro espacio y tiempo, para llegar a las mismas?

NELSON MAC ALLISTER, Libertad 560, Pergamino.

Para mayor sencillez, imagínese un universo en dos *dimensiones, donde sólo habría largo y ancho; en él, los objetos y los seres serían, por así decir, chatos, o mejor dicho, serían como la proyección de un objeto sobre una superficie. En un espacio de cuatro dimensiones es difícil imaginarnos qué forma adoptarían los objetos; pero siempre podemos suponer cómo sería la proyección de ellos sobre un espacio con una dimensión menos, es decir, el espacio ordinario de tres dimensiones. El análisis matemático permite tratar de manera rigurosa la geometría de dichos espacios. La* curvatura *de dicho espacio es un concepto análogo al de la curvatura de superficies: es una propiedad que éstas poseen y que se manifiesta al curvarlas o deformarlas. Análogamente, podemos imaginar que el espacio ordinario, de tres dimensiones, puede ser deformado o curvado respecto de una cuarta dimensión. Estas son, por supuesto, abstracciones, y no es posible* salir *fuera de nuestro espacio y tiempo. El* espacio esférico, *por ejemplo, es el equivalente en* tres dimensiones *de la superficie esférica* (dos dimensiones); *su característica es que, duplicando la distancia, el volumen abarcado no es ocho veces mayor, como ocurre con el espacio "euclidiano" común de tres dimensiones. Por eso se ha tratado de decidir si nuestro universo no sería quizás* esférico, *contando el número de galaxias situadas dentro de un radio de 500 millones de años luz y luego haciéndolo para 1.000 millones de años luz (suponiendo que hubiera distribución uniforme de galaxias, como parece ser). Hubble halló así que el espacio es curvo; pero esta conclusión depende enteramente de que las distancias estimadas sean correctas, cosa que no parece haber ocurrido, ya que recientemente se encontró que, por lo pronto, había que duplicar todas ellas.*

Podríamos también visualizar el espacio esférico diciendo que es la costra de una esfera de cuatro dimensiones.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

¿Cuál es el explosivo químico más poderoso, en polvo, y cómo explota?
VÍCTOR HUGO CORDERO (Buenos Aires).

Los dos explosivos más poderosos son la pentrita *y la* ciclonita, *llamada también hexógeno o T_4. Ambos son muy sensibles al choque y a la acción de los explosivos iniciadores. La pentrita, por ejemplo, detona con 0,01 g. de azida de plomo, y esta sensibilidad la hace particularmente útil para ser usada como multiplicadora, ya sola o ya en mezcla con otros explosivos.*

¿A qué se debe que las órbitas de los planetas sean elípticas? A mi entender, la fuerza de gravitación hace redondos los cuerpos, o sea, que equidistan de su centro.
ELIAN ADOLFO LOUIS (San Luis).

En general, las órbitas son elípticas debido a la naturaleza particular de la fuerza de gravitación, que varía en razón inversa del cuadrado de la distancia. Al resolverse entonces la ecuación del movimiento, resulta que las trayectorias posibles son secciones cónicas: *elipses, parábolas o hipérbolas, y como caso particular de la elipse, circunferencias.*

¿Es forzoso que la nave interplanetaria tenga que salir de la Tierra a 12 km/seg para vencer la fuerza de gravedad? ¿No se puede salir a 1000 ó a 2000 km/seg? ¿Tiene algo que ver con esto el factor combustible?
OSVALDO ABOID SAMUR (Santiago de Chile).

No, no es imprescindible; pero si no es así, será muy difícil; no habrá combustible que alcance. Prácticamente, la única posibilidad es adquirir de entrada la "velocidad de escape". Es lo mismo que un ciclista que quiere remontar una colina: si antes de comenzar a subir adquiere suficiente velocidad para llegar arriba, le será fácil; pero si empieza a pedalear despacio y sigue haciéndolo conforme va subiendo, no va a llegar muy alto.

¿Qué es el "spin" del electrón y cómo se determina?
EUGENIO RUDIS (Buenos Aires).

El "spin" del electrón es un momento angular (impulso de rotación) intrínseco del electrón, que fué introducido en 1925 por Uhlenbeck y Goudsmit, a fin de explicar la aparición de dobletes *en los términos espectrales de ciertos elementos (metales alcalinos, por ejemplo). La teoría, hasta entonces, sólo daba número impar de niveles de energía para los átomos, dados por $(2l + 1)$, donde l era el número cuántico del momento angular orbital (en unidades $h/2\pi$, siendo h la constante de Planck). Para explicar, pues, la aparición de los citados* dobletes *era menester suponer que el momento angular responsable debía valer ½, ya que entonces, $2 \cdot ½ + 1 = 2$, como resultaba de la experiencia. Ese valor ½ es el momento angular interno del electrón, llamado "spin". Se determina midiendo la separación entre los* dobletes *en cuestión, los cuales se ponen fácilmente de manifiesto cuando se aplica un campo magnético (efecto Zeeman) a los átomos de una fuente de líneas espectrales; esto da el momento magnético causante del desdoblamiento, el cual resultó ser el mismo que el de un electrón que tuviera momento angular 1 (en unidades $h/2\pi$), es decir, el doble del que debía ser según la multiplicidad de los términos espectrales (esto se llama "anomalía magnética del electrón" o también "momento magnético anómalo"). Se lo puede imaginar, clásicamente, suponiendo que el electrón es una bolita cargada, animada de un movimiento de rotación alrededor de un eje que pasa por su centro, la que a su vez estaría girando alrededor del núcleo, con un dado momento angular "orbital", además del de "spin". Clásicamente, dicho "spin" no tiene explicación satisfactoria; pero la teoría cuántica relativista (ecuación de Dirac) da cuenta muy bien de él.*

Una de las teorías sobre el Universo dice que éste es finito, pero ilimitado. ¿Cómo es esto posible, si entre las galaxias, salvo el llamado polvo cósmico, sólo existe el vacío o la nada?
ENRIQUE BUTTY (Buenos Aires).

Suponer que el Universo en infinito (como sería, por ejemplo, si fuera euclidiano, o sea, si cumpliera los postulados de la geometría de Euclides), conduce a dificultades conceptuales graves. Por lo pronto, un universo material finito sumergido en un espacio infinito, tendería a concentrar toda su masa en un bloque; y así, como ésta, hay otras varias objeciones difíciles de rebatir. En cambio, puede suponerse que el espacio no es euclidiano, ya que no hay razón para suponer que lo sea; puede ser, por ejemplo, del tipo esférico, que es como lo imaginó Einstein en su primer modelo de universo, y como Eddington también lo hizo; es decir, que, dentro del orden de magnitud de nuestras experiencias se comportaría prácticamente como euclidiano, pero no lo sería; tendría curvatura, y si fuera cerrado, sería finito, *aunque* ilimitado. *El espacio esférico en cuestión tiene tres dimensiones; pero sus propiedades son análogas al espacio de dos dimensiones formado por la* superficie *de una esfera tridimensional (en el espacio común). Mejor dicho, es el equivalente en tres dimensiones de dicha superficie esférica.*

—¡Yo comprendo que usted está enamorado de su novia, pero no pretenda engañarme de esa manera!

Archivo Historico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

crónicas de marte

CIUDADES SILENTES

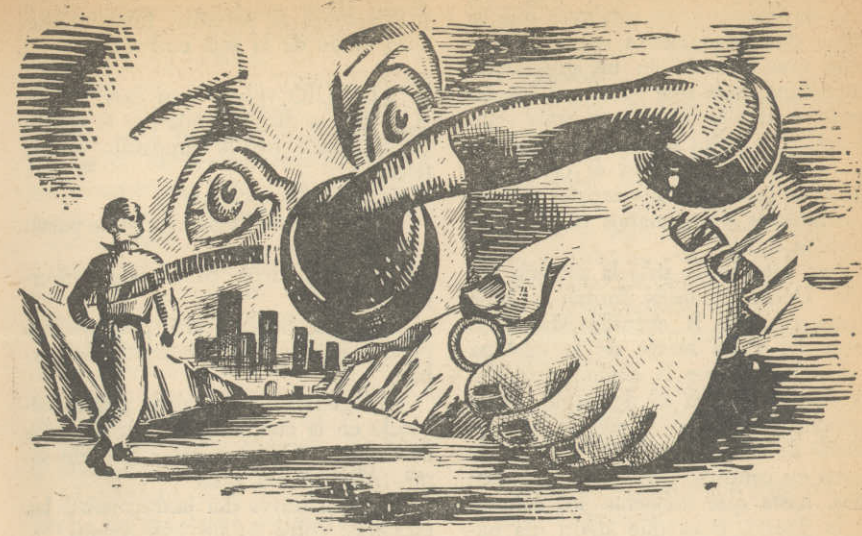
Rehuir o buscar la soledad: he aquí el dilema de un habitante de Marte.

HABÍA una pequeña ciudad, blanca y silenciosa, en la ribera del mar Muerto, de Marte. La ciudad estaba vacía. Nadie se movía allí. Luces solitarias ardían todo el día en los almacenes. Las puertas de los comercios estaban abiertas, como si los habitantes hubieran huído sin cerrarlas. Los diarios y las revistas, traídos de la Tierra en el cohete del mes anterior, se ajaban, perdían su color y se deshojaban en los anaqueles de los quioscos.

La ciudad estaba muerta; las camas, frías y vacías. El único sonido era el de las dínamos y las fábricas de electricidad, que seguían funcionando automáticamente. El agua corriente llenaba bañeras abandonadas, entraba en las habitaciones, en los patios, y bajaba por las escaleras hasta llegar a los jardines, donde regaba las flores olvidadas.

A un extremo de la ciudad hallábase el cohetódromo. Aún se podía percibir el olor acre en el lugar desde donde había salido el último cohete en dirección a la Tierra. Quien echara una moneda en el telescopio y lo apuntara hacia la Tierra, tal vez podría divisar la guerra que allí se estaba librando. Quizá podría ver la explosión de Nueva York o de Londres, cubiertas por una niebla desusada. Es posible que entonces entendiera por qué fué abandonada esta pequeña ciudad marciana... Y la evacuación había sido instantánea.

Actualmente, por una de las desiertas avenidas de esta ciudad, silbando y dando puntapiés a una lata vacía, sumido en la más profunda concentración, venía un hombre alto y delgado. Sus ojos centelleaban con una mirada profunda y serena de soledad. Sacudió



por RAY BRADBURY

ilustrado por OLMOS

sus manos en los bolsillos, y las monedas que en ellos llevaba tintinearon. De vez en cuando arrojaba una al suelo, se reía y seguía caminando esparciendo al mismo tiempo las monedas por todas partes.

Se llamaba Wálter Grip. Era dueño de una mina y de una cabaña escondida en lo profundo de las azules colinas de Marte. Cada dos semanas bajaba a pie a la ciudad, para ver si podía encontrar alguna mujer inteligente y apacible con la cual casarse. Durante años había regresado a su cabaña solo y decepcionado. Una semana había transcurrido desde que, al volver a la ciudad, la había encontrado en este estado.

Ese día fué tal su sorpresa, que se precipitó en un bar automático, abrió una vitrina del mostrador y ordenó un biftec especial.

—¡Marcha! —se gritó a sí mismo, con una servilleta al brazo.

Eligió comidas de todas clases y pan horneado el día anterior, limpió una mesa, se invitó a sentarse y comió hasta que se vió obligado a recurrir al bicarbonato.

Se llenó los bolsillos de dinero, todo el que pudo encontrar. Cargó una carretilla con billetes de diez dólares y corrió empujándola a través de la ciudad. Cuando llegó a los suburbios, advirtió de pronto lo tonto que había sido. No le hacía falta ese dinero. Volvió atrás, dejó los billetes de diez dólares donde los había encontrado, sacó un dólar de su propia cartera para pagar sus gastos, lo dejó en la caja del bar automático y añadió unas monedas de propina.

Esa noche disfrutó de un baño turco caliente, un solomillo con hongos, vino

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

importado y fresa. Luego se eligió un traje de franela y un sombrero que se colocó descuidadamente en la cabeza. Echó una moneda en un gramófono automático, para que tocase su fox favorito, e hizo lo mismo con otros veinte más. Las calles solitarias se llenaron de la melodía mientras él caminaba, alto y delgado, con sus zapatos nuevos y crugientes y sus manos frías en los bolsillos.

Pero esto había sido la semana pasada. Desde entonces dormía en una buena casa de la avenida Marte, se levantaba a las nueve de la mañana y deambulaba por la ciudad para elegir dónde tomaría el desayuno. Cada mañana congeló no menos de una tonelada de carne, legumbres y tortas de crema en cantidad suficiente para diez años, hasta que volvieran los cohetes de la Tierra, si es que algún día habrían de volver.

En fin, la última noche vagó de un lado al otro, mirando los rosados y hermosos maniquíes femeninos de cera, que ocupaban todos los escaparates. Por primera vez tuvo conciencia de lo muerta que estaba la ciudad. Se sirvió un vaso de cerveza y dejó escapar un sollozo:

—¡Estoy *solo!*

Entró en un cine. Puso en marcha la proyección de una película, para olvidarse de su aislamiento. El teatro estaba vacío, como una tumba, con fantasmas que serpenteaban en blanco y gris sobre la pantalla. Estremeciéndose, huyó de la sala embrujada.

DECIDIÓ volver a su casa. Mientras se dirigía a ella por el centro de la calzada, oyó la campanilla de un teléfono.

Se detuvo a escuchar.

—Un teléfono llama en alguna parte.

Apresuró el paso.

—Alguien debe contestarlo —murmuró.

Se sentó en la acera, para sacarse perezosamente una piedrecita del zapato.

—¡Alguien! —exclamó de pronto, cayendo en la cuenta de lo que acababa de decir—. ¿Qué me pasa? ¿Dónde será? ¡Allí, en esa casa!

Corrió a través del jardín; subió las escaleras; entró en un hall oscuro.

Descolgó el aparato.

—¡Haló!

Bzzzzzzzz.

—¡Haló! ¡Haló!

Habían colgado.

—¡Haló! —gritó otra vez, sacudiendo el teléfono—. ¡Maldito imbécil! —se apostrofó a sí mismo—. ¡Sentado en la acera, estúpido! —sacudió el teléfono—. ¡Llame otra vez! ¡Vamos, llame otra vez!

Nunca se le había ocurrido que pudieran haber quedado otros habitantes en Marte. Durante toda la semana no

---

Dedos artificiales

TAMBIÉN el gremio de las secretarias está amenazado por la invasión de las máquinas. Un ejemplo es el estenosonógrafo fonético. Se trata de un aparato que transcribe, a la velocidad del lenguaje, lo que se le dicta. Ciertamente que no lo hace con nuestra escritura común, sino con signos fonéticos, como en el caso de la taquigrafía. El funcionamiento consiste sólo en transformar las vibraciones acústicas en oscilaciones eléctricas, que actúan a su vez sobre un oscilógrafo, el cual se encarga de "escribir" los signos fonéticos sobre una película fotográfica.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

había visto un alma. Se había imaginado que las demás ciudades estaban desiertas como la suya.

Ahora, con los ojos fijos en el pequeño y terrible teléfono, se puso a temblar. Las ciudades de Marte estaban unidas telefónicamente por centrales automáticas. ¿De cuál de las restantes ciudades procedería la llamada?

No lo sabía.

Esperó. En la cocina encontró algunas frutas congeladas. Las desheló y comió desconsoladamente.

—No había nadie en el otro extremo de la línea. Tal vez haya sido un cable suelto que ha formado circuito..., y el teléfono ha sonado solo.

Pero, ¿no había oído un tac, como si alguien colgara del otro lado?

Permaneció en el hall el resto de la noche, no por causa del teléfono (pensó él), sino porque no tenía otra cosa que hacer.

—Ella no volverá a llamar —se dijo—. ¿Cómo va a llamar a un número que no responde? Probablemente en este momento está llamando a otras casas de la ciudad. ¿Y qué hago sentado aquí? Pero, ¡un momento! —exclamó riéndose—. ¿Por qué tiene que haber sido *ella?*

Parpadeó y volvió a preguntarse:

—¿Por qué razón tiene que ser *ella* y no *él?*

El corazón le latió más lentamente. Se sintió desolado.

Deseaba ardientemente que hubiera sido *ella.*

Salió de la casa y se detuvo en medio de la calle iluminada por la pálida luz del amanecer.

Escuchó. Ni un sonido. No había pájaros, ni coches. El viento soplaba suavemente.

—¡Chist! —susurró—. *¡Escucha!*

Giró en círculo, dirigiendo su atención de una casa a otra.

Ella seguiría llamando a otros números. Tenía que ser una mujer. ¿Por qué? Sólo una mujer se empeñaría en llamar y llamar. ¿Se le ocurrió a él llamar a alguien? ¡No!

—Escucha.

Lejos, bajo las estrellas, sonó un teléfono.

Corrió. Se detuvo para escuchar. Un timbre débil. Corrió unos metros más. Más fuerte. Corrió por una lateral. ¡Más fuerte aún! Pasó cinco casas; cinco más. ¡Mucho más fuerte! Se paró en una casa. La puerta estaba cerrada.

El teléfono sonaba dentro.

—¡Maldita sea! —bramó, sacudiendo el picaporte.

El teléfono seguía sonando.

Levantó una silla del porche y la tiró contra una de las ventanas. Se precipitó por ella.

Antes de que llegara al teléfono, éste había enmudecido.

Furioso, recorrió la casa rompiendo espejos, destrozando cortinas, pateando muebles.

Por fin tomó la guía telefónica, en la que estaban registrados todos los aparatos de Marte. No eran muchos: apenas cincuenta mil.

Comenzó por el primero.

Amelia Ames. Discó su número, correspondiente a la distante ciudad de Nueva Chicago.

Nadie respondió.

El segundo pertenecía a Nueva New York, a cinco mil kilómetros de allí, detrás de las montañas azules.

Nadie respondió.

Llamó al tercero, el cuarto..., llegó hasta el octavo, con dedos acalambrados, incapaz de mantener el aparato.

Una voz de mujer respondió:

—Haló.

Wálter gritó:

—¡Haló, haló!

—Registro automático — recitó la voz —. La señora Helen Arasumian no está en casa. ¿Quiere dejar un mensaje grabado para que ella lo llame cuando regrese? ¡Haló! Registro automático. La

señora Helen Arasumian no está en casa. ¿Quiere dejar un mensaje grabado para...?

Colgó.

Se sentó con la boca contraída por una mueca.

Pensó de nuevo y volvió a discar el mismo número.

—Cuando la señora Hellen Arasumian vuelva a casa, dígale que se vaya al infierno.

TELEFONEÓ a las bolsas de comercio de Nueva Boston, Arcadia y Roosevelt City, suponiendo que eran lugares adecuados para encontrar

ciones públicas de cada ciudad. Telefoneó a los mejores hoteles. Era lógico que una mujer buscase un lugar de lujo.

De pronto se detuvo, se golpeó la frente y se rió. ¡Por supuesto! Consultó la guía y discó el número del mejor salón de belleza de Nueva Texas. Si en el mundo había algún lugar donde se pudiera encontrar a una mujer, era allí.

El teléfono sonó. Desde el otro extremo, alguien levantó el receptor.

Una voz de mujer dijo:

—¡Haló!

—Si esta contestación es de registro automático —anunció Wálter Gripp—, voy allí y hago volar toda la ciudad.

—¡No, no es un registro automático! —respondió la voz de la mujer—. ¡Haló! ¡Haló! ¿Hay alguien vivo? ¿Dónde está usted?

Wálter estuvo a punto de desmayarse.

—¿Usted? ¡Santo cielo! ¡Qué felicidad! ¿Cómo se llama usted?

—Genoveva Sélsor. ¡Oh, estoy tan contenta de oírlo, quienquiera que usted sea!

—Soy Wálter Gripp.

—¡Wálter! ¡Hola, Wálter!

—¡Hola, Genoveva!

—Es un hermoso nombre. ¡Wálter!...

—Gracias.

—Wálter, ¿dónde está usted?

La voz era amabilísima, suave, deli-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

a alguien. Después marcó el número de las municipalidades y otras instituciosa. Él se apretó al oído el receptor, para que ella pudiera susurrar dulcemente. Sintió que sus pies se levantaban del suelo y que las mejillas le ardían.

—Estoy en Villa Marlín —respondió—. Yo...

Bzzz.

—*¡Haló!*

—*Bzzzzz.*

Repiqueteó con la horquilla. Nada. En alguna parte, el viento había derribado un poste. Tan rápidamente como había surgido, Genoveva Sélsor desapareció.

Marcó otra vez el número, pero la línea estaba muerta.

—De todos modos, sé dónde está.

Salió corriendo de la casa. El sol ya estaba alto cuando sacó una camioneta del garaje, llenó el tanque y partió a ciento cincuenta kilómetros por hora, por la carretera de Nueva Texas. Eran más de mil kilómetros. ¡Hojalá Genoveva Sélsor tuviera calma para esperarlo!

Al llegar a cada cruce hacía sonar la bocina.

Al anochecer, después de un día de correr locamente, se acercó a la cuneta, se sacó sin desatárselos los zapatos, se recostó en el asiento y se colocó el sombrero sobre sus cansados ojos. Su respiración se hizo lenta y regular. El viento soplaba. Las montañas de Marte lo rodeaban por todos lados, viejas de millones de años. La luz de las estrellas se reflejaba en los techos y cúpulas de una pequeña ciudad marciana, allá en las montañas azules, no más grande que un tablero de ajedrez.

Entre dormido y despierto, canturreó la vieja canción: *Genoveva, ¡oh, Genoveva!, los años vienen y los años van; pero Genoveva, dulce Genoveva...* Y sintió que las palabras adquirían un calor desconocido. Sintió la dulce voz de ella que le respondía, cantando también: *¡Hola, Wálter, hola! No es un registro automático. ¿Dónde estás, Wálter, dónde estás?*

Suspiró y extendió una mano, como para acariciar a Genoveva bajo la luz de las lunas. Cabello largo y oscuro, sacudido por el viento; era hermoso de veras. Sus labios rojos como cerezas; sus mejillas como rosas húmedas recién cortadas; su cuerpo como una niebla clara y vaporosa, mientras su voz repetía las estrofas de la antigua y melancólica canción: *¡Genoveva, dulce Genoveva...!*

Se durmió profundamente.

A la medianoche llegaba a Nueva Texas.

Detuvo el auto delante del salón de belleza, y gritó.

Esperaba que ella saliera a abrirle, envuelta en perfumes y riendo.

Nada sucedió.

Pensó que estaría dormida.

Se aproximó a la puerta y exclamó:

—¡Aquí estoy, Genoveva!

La ciudad yacía silenciosa bajo ambas lunas. En alguna parte el viento sacudía una lona.

De un empujón abrió la puerta de vidrio y entró.

—¡Eh! —gritó riendo, inseguro—. ¡No te escondas! ¡Sé que estás aquí!

Registró camarín tras camarín.

Encontró un pañuelito en el suelo. Olía tan bien, que estuvo a punto de perder el equilibrio.

—¡Genoveva! —dijo.

Volvió al auto y recorrió las calles vacías, pero no encontró a nadie.

—Si esto es una broma...

Detuvo el coche y se puso a reflexionar:

—Un momento. La comunicación se interrumpió. ¿Y si *ella* salió también a buscarme? Probablemente tomó el viejo camino de la costa. Nos hemos cruzado mientras el día... ¿Cómo iba ella a saber que yo venía hacia aquí? Yo no le avisé que vendría. Y ella tenía tanto miedo cuando la comunicación se interrumpió, que salió inmediatamente hacia Villa Marlín, para encontrarse conmigo. ¡Qué estúpido soy!

Apretó con furia la bocina y salió de la ciudad a toda marcha.

Corrió toda la noche. Y pensaba: "¿Y si no la encuentro cuando llegue?"

Descartó el pensamiento. No debía pensar eso. Ella *debía* estar. Y él correría a su encuentro, la tomaría en sus brazos y... hasta puede que la besase una vez en los labios.

—*Genoveva, dulce Genoveva* —canturreó y aceleró a doscientos kilómetros por hora.

VILLA Marlín estaba serena y silenciosa al amanecer. En algunas tiendas brillaban aún luces amarillas. Un gramófono automático, que había funcionado sin interrupción durante cien horas, cesó finalmente, con una descarga eléctrica. El silencio se hizo absoluto. El sol templaba las calles y entibiaba el frío del cielo despejado.

Wálter dió la vuelta a la calle Mayor, con los faros del coche todavía encendidos, haciendo sonar un doble toque de bocina, repetido hasta seis veces en cada bocacalle. Estudió los nombres de los negocios. Tenía el semblante pálido y cansado. Las manos le resbalaban por el volante húmedo de sudor.

—¡Genoveva! —gritó en medio de la calle desierta.

La puerta de un salón de belleza se abrió.

Genoveva Sélsor apareció en la puerta del salón mientras él cruzaba la calle a la carrera. Ella tenía en sus manos una caja de bombones abierta. Sus dedos, con los que hurgaba la caja, eran blancos y regordetes; su cara, redonda y mofletuda, y los ojos, inmensos. Sus piernas eran gruesas como troncos de árbol. Toda ella se movía arrastrándose con pereza. El cabello era una mezcla de matices morenos y castaños y había sido manipulado y manipulado, hasta convertirlo en un nido de pájaros. No tenía prácticamente labios; los suplía con una gruesa capa de pintura grasosa, que unas veces se abría con deleite y otras se cerraba con súbita alarma. Se había depilado las cejas hasta convertirlas en dos hilos casi imperceptibles.

Wálter se detuvo bruscamente al verla y se quedó mirándola, boquiabierto.

Ella dejó caer la caja de bombones sobre la acera.

—¿Usted es... Genoveva Sélsor?...

A Wálter le zumbaban los oídos.

—¿Es usted Wálter Griff?

—Gripp.

—Gripp —se corrigió ella.

—¿Qué tal está? —dijo él con voz entrecortada.

—Bien, ¿y usted? —respondió ella,

Secretaría eléctrica

EL más inofensivo ciudadano puede ser un peligroso arsenal de materia radioactiva. Se calcula que un individuo normal, de 70 kg., contiene 150 gramos de sales de potasio, formadas por tres isótopos de masas 39, 40 y 41. El potasio 40 no es tan tranquilo como sus compañeros, pues emite rayos beta y gamma. Recientes mediciones de la radioactividad humana, practicadas con contadores Géiger, indican 80 impulsos por segundo, que corresponden a otras tantas reacciones atómicas en el interior del cuerpo humano.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

estrechándole la mano.

Tenía los dedos pegajosos de chocolate.

—BUENO —dijo Wálter Gripp.

—¿Qué dices, querido? —respondió Genoveva Sélsor.

—Sólo he dicho: bueno.

—¡Oh!

Eran las nueve de la noche. Habían pasado el día de picnic. Para cenar, él preparó un roastbeef, que a ella no le gustó, porque estaba demasiado crudo. Lo volvió al horno, y resultó demasiado seco para el gusto de ella. Wálter se rió y dijo:

—¿Vamos al cine?

Ella dijo que bueno y le plantó los dedos pringados de chocolate en el brazo. Pero lo único que quiso ver fué una cinta de Clark Gable, de medio siglo de antigüedad.

—¿No te resulta insoportable? —preguntó Wálter.

Ella respondió con una risita. La película terminó.

—Pásala de nuevo —ordenó ella.

—¿De nuevo?

—Sí, de nuevo.

Cuando Wálter volvió de la cabina de proyección a la butaca junto a ella, Genoveva se dejó caer sobre él y le pasó sus manotas por la cara.

—No eres como yo me imaginaba; pero me gustas lo mismo.

—Gracias —respondió él, tragando saliva.

—¡Qué gran tipo, este Clark! —dijo ella, y le pellizcó la pierna.

—¡Huy! —gimió él.

Cuando la cinta terminó salieron a recorrer tiendas. Ella rompió el cristal de un escaparate; eligió el vestido más llamativo que encontró, se echó encima un frasco entero de perfume, y quedó convertida en un perro mojado.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Wálter.

—¡Adivínalo!

—Treinta.

—Pues tengo solamente veintisiete —respondió ella encocorada—. ¡Aquí hay otra confitería! —exclamó unos pasos después—. ¡Vivo como en el cielo, desde que todo explotó. Nunca me gustó mi gente. Eran muy tontos. Se fueron a la Tierra hace dos meses. Yo debía seguirlos en el último cohete pero me quedé. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque todos me criticaban y se metían conmigo. Me quedé aquí porque nadie me podría impedir bañarme en perfume todas las veces que quisiera y beber todos los refrescos que quisiese y comerme helados hasta cansarme. Y nadie podría decirme: ¡Eso engorda! Y aquí estoy.

—Ya lo veo —respondió Wálter cerrando los ojos.

—Se está haciendo tarde —dijo ella mirándole con arrobamiento.

—Es verdad.

—Estoy cansada —y apoyó la cabeza en su hombro.

—Pues es gracioso: yo estoy completamente despierto.

—¡Oh! —dijo ella.

—Sí; estoy desvelado. Siento que no me voy a acostar en toda la noche. Mira, en casa de Mike hay un disco muy bueno. ¿Vamos a oírlo?

—Estoy cansada —respondió ella mirándolo con ojos lánguidos y amorosos.

—Pues yo estoy despierto como una lechuza... ¡Qué raro!

—Acompáñame al salón de belleza. Quiero mostrarte algo.

Lo guió al interior y le mostró una gran caja de cartón.

—Lo traje de Nueva Texas —explicó, desatando la cinta rosa—. Me dije, bueno, resulta que yo soy la única chica de Marte y él es el único hombre y..., bueno... —desenvolvió el papel de seda rosado y dió una palmada en la caja—. ¡Mira!

Wálter Gripp contempló aquello.

—¿Qué es? —preguntó, comenzando a temblar.

—¿No te das cuenta, tontito? Es todo de organza blanca, con lazos de raso y todo lo demás...

—No, no me doy cuenta...

—¡Un vestido de novia, bobo!

—¿De veras? —respondió Wálter con voz desfalleciente.

Cerró los ojos. La voz de Genoveva seguía siendo suave, cálida y dulce, como en el teléfono. Pero cuando abrió los ojos y la miró...

Trató de sobreponerse.

—¡Qué bonito! —dijo.

—¿No es verdad que sí?

—Genoveva... —dijo mirando a la puerta.

—¿Qué, amor mío?

—Genoveva, tengo algo importante que decirte.

—Sí —dijo ella volviéndose hacia él y envolviéndolo en las espesas nubes de su perfume.

—Lo que tengo que decirte es...

—¡Sí...! ¡Habla!

—¡Adiós!

Y salió del salón y llegó al coche, antes de que Genoveva tuviera tiempo de decir una sola palabra.

Ella corrió detrás, y llegó al borde de la acera cuando él doblaba la esquina.

—¡Wálter Griff, vuelve aquí! —gritó sacudiendo los brazos.

—Gripp —corrigió él.

—¡Gripp!... ¡¡Gripp!!... ¡¡¡Gripp!!!... —repitió ella.

El coche dobló por la esquina silenciosa, sin prestar atención a los gestos y gritos de Genoveva.

WÁLTER no se detuvo durante tres días con sus noches. En un momento dado, le pareció que otro coche lo seguía. Comenzó a sudar frío y tomó por otra carretera, cortando la superficie solitaria de Marte, pasando a través de ciudades muertas y corriendo, corriendo, durante más de una semana, hasta que puso veinte mil kilómetros entre Villa Marlín y él. Entonces se detuvo en una pequeña ciudad, llamada Villa Paraíso de los Manantiales, donde había algunas pequeñas tiendas, que él podía iluminar durante la noche, y restaurantes donde sentarse y pedir platos exquisitos.

Desde entonces vive allí Walter Gripp, con dos frigoríficos repletos de comida suficiente para cien años, con cigarrillos para diez mil días y con una regia y comodísima cama de colchón blando.

Y cuando cada tantos años, suena el teléfono, Walter no contesta.

Guerra al sufrimiento

PROBABLEMENTE la aplicación más sorprendida del polietileno, ese plástico que está haciendo maravillas con el cuerpo humano, nos llega de Francia. El doctor Dieckmann se dedica desde hace tiempo al difícil problema de eliminar los terribles dolores de los amputados. La causa de estos dolores reside en los tumores sobre tejido nervioso seccionado: los enurinomas postoperatorios. Para eliminar dichos sufrimientos se sugirieron varias modificaciones en la técnica de cortar nervios, entre ellas la utilización del bisturí eléctrico, todas de dudoso éxito. Pero el doctor Dieckmann ha dado con un método que deja a los otros a la altura del betún. Consiste en recubrir con un capucho de polietileno el extremo del nervio cortado. La substancia plástica se adapta con tanta justeza al nervio, que impide la formación de neurinomas. Las experiencias realizadas en 31 pacientes han dado los resultados más halagüeños.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LOS MONSTRUOS DEL DORMITORIO

Es muy simple: se aprieta una palanquita, y surge una habitación; pero... ¡con qué cosas dentro!

por JOHN JAKES
ilustrado por F. WHITE

EL viejo proverbio de "Cualquier puerto en la tormenta" tendría que ser modificado. Ahora debería decirse: "Una casa cualquiera en la llanura de Quincy". Así pensaba George Howell, observando la perspectiva de un hogar a través del parabrisas polvoriento de su automóvil. Era un hombre delgado, joven, de cabello rubio. Llevaba las mangas de la camisa arremangadas hasta más arriba de los codos y transpiraba abundantemente bajo el sol ardiente del desierto. Anne, su esposa, joven y bonita, estaba sentada a su lado. Tenía fruncidos sus apetitosos labios, formando una pequeña "o". Ella también observaba a través del parabrisas la casita cuadrada de material plástico, situada en medio del campo amarillento. Sentado a su izquierda, el corredor de propiedades, cuyo nombre era Wildhack Swain, apretaba su corpachón contra la portezuela, asomando la cabeza por la ventanilla, mientras echaba rápidas chupadas a su cigarrillo.

—¿Es ésa? —atinó a decir George al fin.

—Ésa es, compañero —resolló Swain, guiñando los ojos—. ¿La alquila o no la alquila? Yo trabajo mucho por aquí; tengo una lista de gente esperando... Me entiende, ¿no? —y agitó su cigarrillo. Anne tosió y se reclinó hacia atrás.

George abrió la portezuela y salió del automóvil. Estaba cansado: cansado de manejar todo el camino, desde Massachúsetts; cansado de imaginar qué tal sería su nuevo trabajo en el laboratorio. Se sentía simplemente agotado. Pero ni aun así la casa parecía búena. Estaba aislada, sin vecinos a tres cuadras a la redonda.

Anne y Swain se apearon también. George estaba parado con las manos en las caderas, observando la calle sucia, polvorienta, sin pavimentar. Un montón de matujas pasaron rodando por delante de sus pies A lo lejos, las ventanas de la fábrica atómica reflejaban los rayos solares, con cegadora luminosidad.

—Quisiéramos algo un poco mejor —dijo Anne, removiendo la tierra con la punta de su zapato—, algún chalet de los comunes.

—Los chalets ya están todos alquilados —respondió Swain rápidamente—. Esta casa es la primera de su tipo en

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

la llanura de Quincy —prosiguió haciendo grandes gestos con las manos—: la casa extradimensional. ¡Por Dios, señores, es la última novedad! Se han instalado de a miles en California, donde vive el inventor.

—En algún sitio he leído que tenían ciertos defectos —dijo George titubeando.

Swain levantó una mano pomposamente.

—Vea, compañero, W. W. Swain no se mete con propiedades en mal estado. Ésta está garantizada al ciento por ciento. Entren y véanla ustedes mismos.

Swain se dirigió hacia la casa mientras Anne le echaba una mirada a George.

—Bueno —dijo éste, secándose el cuello con un pañuelo—, yo no quiero vivir como en una cabaña para turistas.

—Las cabañas para turistas ya están todas llenas —replicó Swain, volviendo la cabeza.

Mató con el pie un escorpión que estaba sobre la losa de hormigón que hacía las veces de porche de entrada, y empujó la puerta.

—Entren y miren.

George siguió a su mujer adentro de la casa. Se daba cuenta de que Anne no estaba contenta. Pero, por el momento, él tampoco lo estaba. La llanura de Quincy había progresado de la noche a la mañana. Cientos de hombres jóvenes e inteligentes, diplomados en física, emigraban hacia allí con sus familias. Recibían buena paga y disponían de una gran oportunidad para realizar experimentos. Si no hubiera sido por el maldito lugar en que les tocaba vivir...

ERA una habitación de apenas diez metros cuadrados, con el techo, las paredes y el piso de material plástico. No había ningún mueble, salvo un cilindro de metal con muchas palancas, que medía unos cincuenta centímetros de altura sobre el suelo. Swain se dirigió hacia ese objeto y comenzó a explicar:

—Este conmutador pone todo el mecanismo en marcha... Después se mueve esta palanca..., ésta de aquí..., a lo largo del dial. ¿Ve?, está todo marcado: cocina, baño, dormitorio. Una espléndida casita de cuatro habitaciones.

—En otra dimensión — murmuró Anne.

—Última novedad; es la última novedad — dijo Swain rápidamente —. ¿Quieren ver cómo funciona? —y mientras sonreía, transpirando y trabajando afanosamente, para llevar a cabo el negocio, tomó entre sus dedos la llave principal—. ¿Qué les parece, jóvenes?

Las miradas de George y de Anne se cruzaron.

—Bueno... —dijo él—. ¿La tomamos?

Ella suspiró tristemente.

—Creo que no queda otro remedio. No quiero dormir esta noche sobre la tierra húmeda.

Swain dejó escapar una breve y feliz carcajada triunfal. Accionó la llave principal, y el dial se iluminó.

—¿Qué habitación quieren ver primero?

—Cualquiera —contestó George.

—La cocina —dijo Anne.

Swain movió la palanca.

Oyóse un zumbido agudo, que fué aumentando de potencia, y la pared posterior comenzó a vaporizarse. Se insinuó la forma de un arco, que fué solidificándose mientras el zumbido se agudizaba. Los vapores se disiparon, y allí, detrás del arco y tres escalones más abajo, había otra habitación exactamente igual a aquella en la cual estaban.

—Aquí está —dijo Swain orgullosamente—. ¿Entramos?

Anne titubeó.

—Vamos, vamos —la animó Swain—. Nadie le hará daño. No hay peligro alguno. Entremos.

George y Anne avanzaron de mala gana y pasaron bajo el arco. George sintió un temblor imperceptible y extraño al entrar, pero nada más. La habitación era completamente normal, salvo el hecho de que las dos ventanas estaban cubiertas por el lado de afuera con dos pedazos de algo que parecía ser lona pintada, representando el desierto a la hora del mediodía.

—¿No se puede ver a través de eso? —preguntó Anne señalando las ventanas.

—Señora —explicó Swain gentilmente—, esas ventanas dan hacia otra dimensión. Usted ya sabe..., aquí no es como en la Tierra. El tipo que me entregó la casa para venderla, echó una buena mirada al otro lado —sonrió débilmente—. Parece ser que era bastante horripilante.

—¡Hum...! —Anne se acariciaba la barbilla con los dedos—. Veamos las otras habitaciones.

George siguió dócilmente a su mujer y al comisionista, que volvieron a la primera habitación. Swain cerró la cocina y conectó la alcoba y el baño. Ambos tenían las ventanas con lona. Por lo demás eran habitaciones comunes, en las que George volvió a sentir el extraño temblor, al pasar bajo los arcos de acceso.

—Bien —dijo Swain al terminar de ver las habitaciones—; he aquí todo el mecanismo, sencillo como un juguete. Cuando se quiere una habitación, se hace girar la llave. Si no se la quiere el problema se resuelve fácilmente; se la deja en la otra dimensión... En fin, ¿la alquilan o no?

Nuevamente George y Anne cambiaron miradas. A él no le importaba nada de nada. Estaba tremendamente cansado. Lo único que quería era una cama para acostarse. No habían traído con ellos ni un catre; pero, al menos, el tener un techo sobre sus cabezas les hacía sentirse mejor. Anne meditó un momento. Por fin, sacudió la cabeza y dijo:

—Está bien.

—¿Cuánto es el alquiler?

—Cien dólares por mes. Pago adelantado.

George accedió:

—Bueno; respecto a muebles...

Swain los llevó casi a rastras hasta el automóvil.

—Volvamos ahora mismo a mi oficina —dijo—. Tengo justo lo que necesitan. Trescientos dólares por todo el mobiliario. Si lo compran ahora, lo tendrán en la casa dentro de dos horas. Vengan conmigo y se lo enseñaré.

GEORGE puso en marcha el motor, arrancó en medio de una nube de polvo, y se alejaron de la extra-

Estómago a la vista

HACE ya tiempo que se usan diversos aparatos para observar, iluminándolas convenientemente, las paredes del estómago de un enfermo. Un investigador holandés ideó uno nuevo, basado en la propiedad que algunos materiales plásticos tienen de "conducir" la luz, por la reflexión total de ésta en las paredes de un tubo. El nuevo instrumento consiste en un haz de hilos de plexiglás, de 0.1 mm. cada uno. Introducidos estos hilos, junto con una diminuta lamparita eléctrica, en el estómago del paciente, cada hilo transporta la imagen de un pequeño sector del estómago iluminado, y la imagen total se reconstituye después en el otro extremo del haz.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ña estructura cúbica. Una vez en la oficina, Swain les mostró el mobiliario, que la pareja compró a regañadientes. George le extendió un cheque por cuatrocientos dólares, bastante a disgusto; pero, después de hacerlo, se sintió mejor. Al anochecer, ya podrían estar completamente instalados. A las ocho de la mañana del día siguiente, él iría al laboratorio.

—Gracias, amigo. Estoy seguro que usted quedará satisfecho —Swain los empujó hacia la puerta—. En seguida mandaré los muebles; los haré cargar en el camión, ahora mismo. Oiga... —hizo una pequeña pausa—, conviene que estén ustedes advertidos... No intenten hacer nada con esas ventanas. Ni se les acurra descorrer las lonas para ver lo que hay en la otra dimensión. El muchacho que las construyó quiso ver y... —Swain chasqueó la lengua y sacudió tristemente la cabeza.

George sintió un nudo en la garganta.

—¿Y qué le pasó?

—¡Pobre muchacho! Miró por la ventana, antes de cubrirlas con lonas, y al día siguiente lo llevaron a Meadville.

—¿Qué es Meadville? — preguntó Anne.

A George le pareció que la oficina se volvía repentinamente sombría.

—El asilo del Estado. Al muchacho le empezó a funcionar mal la cabeza —Swain hizo un gesto señalándose el cráneo—. Pero ustedes no tienen por qué preocuparse, si no tocan las lonas. Bueno, en seguida tendrán allí sus muebles.

Se detuvo en la puerta, parpadeando bajo el sol brillante, mientras Anne y George montaban en el automóvil y se alejaban por el camino polvoriento.

George conducía deliberadamente con lentitud hacia su nuevo hogar. Ninguno de los dos pronunciaba una sola palabra.

EL rojo disco del sol se hundía lentamente tras los techos de la fábrica atómica. George permaneció en el porche, observando a los dos hombres de la empresa de transportes, que subían de nuevo al camión. Uno de ellos encendió un cigarrillo mientras, con un gruñido de irritación, ponía en marcha el motor. El otro terminó el chiste obsceno que estaba relatándole al compañero. El camión se alejó por el camino de pedregullo. Y las últimas carcajadas de ambos quedaron flotando en la nube de polvo.

George echó una mirada alrededor. La casa más próxima estaba situada a cuatrocientos metros de allí. Un automóvil entraba en el garage en esos momentos, y dos niños corrían a saludar al hombre que salía de su interior.

Se oían los comentarios de Anne en la cocina. El mobiliario de Wildhack Swain era barato, pero durable y bien diseñado, todas las piezas eran de plástico, inclusive alfombras y luces. George se quitó la camisa y se dirigió al dormitorio, pero se detuvo en seco, maldiciéndose por haberse olvidado de dónde se hallaba. Movió la llave correspondiente al dormitorio, y luego de dejar la camisa sobre una pila de valijas, volvió a hacerlo desaparecer.

—¡Bueno! — dijo con animación al entrar en la cocina —. ¿Hay o no una buena cena?

Anne se volvió hacia él, llevando dos platos humeantes, recién sacados del productor instantáneo de comidas. Sonreía; pero, en el hundimiento de sus hombros, George percibió el cansancio que la agobiaba.

—Ya está todo listo — dijo como si saliera de una gran prueba.

George se sentó y empezó a comer.

La cena, como el viaje en automóvil, transcurrió en silencio. Después George se puso a caminar nerviosamente por la habitación central. No tenía ningún periódico de la tarde. Echó una mirada a través de la ventana del frente. Oscuridad. La oscuridad del desierto. Allá brillaban las luces de la otra casa solitaria. "Bueno", pensó, "ya es hora de comenzar a desembalar."

Junto con Anne, trabajó en el ordenamiento del dormitorio, hasta las diez y media. Luego accionaron el productor instantáneo, para obtener dos vasos de cerveza, y se sentaron en la habitación central. George eligió el sillón de plástico. A través de la puerta abierta podían oír el viento del desierto. Hablaron sobre las actividades del día. Anne consiguió sonreír un poco más. Cuando ella terminó su cerveza, George accionó el botón del baño, y Anne entró en él para lavarse el cabello.

George se acomodó nuevamente en el sillón. Se hallaba sentado frente al dormitorio. Estaba contemplándolo todo, perdido en la maraña de sus pensamientos, cuando oyó algo. Era como un roce, o mejor, un repiqueteo. Tragó dificultosamente. La brisa sopló con más fuerza y enfrió el sudor que bañaba su pecho. Se inclinó hacia adelante. ¡Y lo oyó de nuevo!

SE levantó silenciosamente para que Anne no lo oyera. Se dirigió hacia el dormitorio. Allí, el sonido era más fuerte. Se acercó a las ventanas. Las lonas ostentaban los mismos paisajes. Se detuvo balanceándose levemente sobre las puntas de los pies. Escuchó con atención.

Allí afuera... algo había allí, en la otra dimensión. ¡Allí, en alguna parte, más allá de la cortina de lona, algo... pretendía *entrar!*

George giró precipitadamente y se arrojó sobre la cama. Comenzó a revolver una maleta, hasta encontrar lo que buscaba: una pistola automática, calibre 45, traída de la guerra. Buscó luego un cargador y lo introdujo en el arma. Después de ponérsela en su cintura, regresó corriendo a la habitación central. De un tirón accionó la palanca del cilindro. El dormitorio desapareció, y la pared se tornó infranqueable.

George sentía su estómago helado. Oía el trajinar de Anne en el baño. Percibía el chapotear del agua, pero ya no llegaba a sus oídos el extraño repiqueteo. El dormitorio había vuelto a su propia dimensión. George tomó uno de los libros que había traído de Massachúsets y se sentó a leer; pero las ecuaciones se enredaron confusamente ante sus ojos. Anne salió del baño, cubierta por un camisón azul, secándose el pelo con una toalla. Cuando se inclinó a besar a su esposo tenía un olor tibio y agradable.

—Me siento maravillosamente — dijo riéndose —, descansada... y romántica — y lo volvió a pesar.

George la apartó con cierta aspereza.

—No, Annie..., esta noche no.

—George... ¿qué pasa?... ¿Por qué?... — en ese momento vió el arma.

George inventó una excusa acerca de un vagabundo que había visto rondar la casa. Se dió cuenta de que ella no le creía, pero no quiso seguir explicando. Y aunque Ana se mostró algo disgustada, él ni siquiera le prestó atención.

Se levantó bruscamente y entró en el baño. Dejó el arma sobre una repisa mientras se ponía el pijama.

Cuando salió del baño, con el fuerte gusto del dentífrico aún en la boca, Anne ya había hecho aparecer el dormitorio y estaba preparando las camas. El cerró con llave la puerta de entrada, y empuñando el arma, entró en el dormitorio. Se detuvo a escuchar unos instantes; pero no logró oír ningún ruido raro.

—George, ¿por qué llevas esa pistola? — preguntó Anne.

—Ya te lo he dicho.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Estás consiguiendo que me enoje, George — le previno Anne.

El le puso un brazo sobre los hombros.

—Mira, vámonos a dormir y olvidemos todo esto. Por favor..., por favor, Annie, confía en mí — dijo con voz extraviada.

Quizás había sido un producto de su imaginación... o del viento. El viento produce fenómenos muy curiosos. De cualquier manera, estaría alerta.

Tardó diez minutos en tranquilizar a su esposa, hasta que finalmente ella lo besó y abrazó y se metió en la cama.

YA estaba él dormido cuando un terrible alarido lo arrancó de las profundidades de una pesadilla, lanzándolo violentamente a la realidad. Irguió la cabeza y dirigió rápidamente su vista hacia Anne. Una extraña luz azulada la rodeaba. Algo, largo y agudo como un venablo, estaba clavado en uno de sus hombros. Ella gritaba y se movía convulsivamente.

George saltó de la cama. Vió algo así como una mano, pero de color gris, globulosa y húmeda. Siguiendo la dirección de donde provenía la luz azulada, a lo largo de aquel seudópodo, pudo observar el cuerpo, vagamente humano, grande, tembloroso y gris, con dos redondas aberturas amarillas, que brillaban como bocas de horno en lo que parecía ser la cabeza del monstruo. Acercándose, arrancó el dardo del hombro de Anne, y la luz azulada pareció decrecer levemente. Ella comenzó a gemir. George vió la sangre que comenzaba a manar de la herida; hizo un movimiento hacia ella; sintió que alguien lo sujetaba por el brazo; miró, y se sintió desfallecer. Un segundo organismo estaba allí, a menos de medio metro de él, viviente, agitando ese cuerpo que era una masa húmeda y observándolo funestamente con los ojos amarillos.

George dió un grito salvaje, empuñó el arma y disparó. Vió cómo un pedazo de la masa grisácea se desprendía, saltaba por el aire y se estrellaba en la pared con un chasquido. El monstruo emitó un quejido gangoso.

—¿Qué... qué... es usted? — murmuró George entrecortadamente, preguntándose entretanto cuánto tardaría en volverse loco.

La respuesta no le llegó por medio de sonidos. Vino en una oleada de largos pensamientos, fríos y terribles, como dagas de plata introduciéndose por hendiduras en su cerebro.

Somos de afuera, del otro lado de la ventana. Su espacio ha penetrado por la fuerza en nuestro mundo. No nos gusta esa violencia. Queremos hacerlos sufrir, gritar...

Los pensamientos tenían giros extraños. George se quedó inmóvil, sin resuello, delante de las dos figuras que se agitaban en la penumbra. Miró hacia la pared. Las lonas de las dos ventanas habían desaparecido. Bastó una mirada para que apartara la vista horrorizado. Lo que pudo ver fué tan aterrador, absurdo y extrahumano, que comprendió inmediatamente que para su salud mental era mejor no mirarlo más.

En este momento —le dijo el pensamiento—, *en este momento usted...*

El monstruo del dardo comenzó a avanzar silenciosamente, balanceando dos masas de su cuerpo, como si fueran un par de piernas, y proyectando una luz azulada por el extremo levantado del dardo. Los ojos de George se dirigieron desesperadamente más allá de los fantasmas, hacia la débil luz de la habitación principal. Allí... allí tenía que regresar, a su mundo, fuera de *esta dimensión*, salir... *antes de que estuviera muerto o loco..., y sacar a Anne...*

Hizo fuego nuevamente. El monstruo se detuvo por un instante. George se agachó y levantó a Anne, sintiendo el esfuerzo en cada uno de sus músculos desacostumbrados. Los seres le hacían llegar pensamientos que no podía comprender. Se dió vuelta. El camino estaba libre, por encima de la cama, pasando el segundo monstruo y adentro del living.

—Miren —pensó, construyendo cuidadosamente la frase en su cerebro—, déjenme mudarme a la otra habitación, y les prometo hacer desaparecer ésta de manera que no les cause más molestias...

Una rotunda negativa vibró en sus células nerviosas. El ser del dardo avanzó pesadamente. La luz azulada bañó el pálido rostro de Anne. George sintió repentinamente un odio salvaje a instintivo.

Usted nos molesta —percibió en su cerebro—. *Queremos hacerle sufrir...*

CON un salvaje aullido, George saltó sobre la cama, llevando a Anne sobre un hombro y accionando el gatillo del arma con la mano libre. La segunda criatura emitió un largo suspiro y comenzó a temblar. George siguió disparando; le seccionó la protuberancia superior, globular y esférica, que rodó sobre la cama, y allí quedó como una calabaza gris, con sus ojos amarillos lanzando todavía destellos.

Con una energía instintiva, George pretendió empujar al otro monstruo, para abrirse camino, pero sintió que su mano se introducía unos treinta centímetros en la substancia repulsiva. El monstruo resopló. George luchó frenéticamente hasta sacar la mano. La luz azulada brilló junto a él. Y algo, que al mismo tiempo era caliente y frío, se clavó en su hombro.

No obstante, logró pasar, aunque cayó luego al suelo. Anne golpeó en el primer escalón y cayó rodando... dentro del living. George pugnó por levantarse, pero sintió que algo le tironeaba de la pierna que tenía extendida.

Se volvió boca arriba. La criatura del dardo se hallaba casi encima de él, reteniéndolo, expeliendo un olor nauseabundo.

George levantó el arma, la disparó, y la bala entró por uno de los dos ojos, que se deshizo como si fuera de ceniza. Aquel engendro de la otra dimensión emitió un sonido débil, como un gemido, y dejó libre el paso. George se arrastró hasta la habitación principal, y desde el suelo disparó la última bala al cilindro de control, arrancándole la parte superior y dejando un lío de cables y ruedas girando.

La casa comenzó a gritar como si la hubiesen herido en las entrañas. Luego quedó en silencio. George yacía jadeante, sintiéndose como si fuera a caer enfermo. Al fin se armó de sufi

---

Suicidio terapéutico

En Estados Unidos, una mujer atacada de psicosis depresiva decidió poner fin a su vida. Con este trágico objeto, se aplicó un revólver de grueso calibre debajo de la boca, y apretó el gatillo. La bala le atravesó la lengua, el paladar, le fracturó unos cuantos huesos, y terminó por salir por la parte superior de la frente. Al cabo de una larga operación quirúrgica para poner las cosas en su lugar, los médicos se encontraron con un hecho inesperado; la bala se había ocupado de hacer una pequeña operación por su cuenta, justamente la necesaria para curar a la paciente de su enfermedad cerebral. *Aunque no dudamos de su carácter expeditivo, no pretendemos recomendar el método.*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ciente coraje para volver a mirar. La pared estaba allí, sólida e impenetrable. La alcoba había desaparecido para siempre, lo mismo que el baño y la cocina. Y ahí quedaba la maquinaria rota.

Se arrastró hacia Anne. Su esposa sangraba abundantemente, pero estaba viva. Tocó la sangre y observó el dedo empapado por el líquido brillante y rojizo. Se quedó así, boquiabierto, con algo de infantil en su actitud. Pero luego, su mente comenzó a actuar.

George —le ordenaba—, *despiértate, George; busca ayuda; busca alguna ayuda...*

Dentro de su mente se arremolinaban las imágenes fantásticas de lo que había visto tras las ventanas descubiertas. Se frotó los nudillos contra los ojos, pero no podía borrar los pensamientos que lo asediaban. Estaban allí, tan extrahumanos que carecían de relación alguna con algo que le fuera familiar o conocido.

George —se dijo tenazmente—, *busca ayuda, George.*

Se dirigió con gran esfuerzo hacia el teléfono. Ya todo había pasado. Era cosa acabada. Estaban sanos y salvos. Se rió fuertemente mientras descolgaba el tubo. Su risa era más bien una expresión de alivio.

—¿Qué pasa? —oyó decir la aguda voz de la operadora, al conectar la línea.

—Nada —respondió George, jadeando. Dejó caer el arma al piso y se reclinó contra la pared—. Mándeme pronto un médico.

Algo más sobre los platos voladores

Hombres de ciencia de la Comisión Especial de Investigaciones del Wrigth Field, U.S.A., opinan que el planetoide Wolf 369 puede ser la base de los famosos platos voladores. ¿Cuál sería la razón de estas visitas de exploración? Probablemente, en opinión de estos científicos, curiosidad por ver lo que está pasando en nuestro planeta, a raíz de haber visto, desde el Wolf, las tremendas explosiones atómicas de Hiroshima, Nagasaki y Bikini. En cuanto a las intenciones que pueda tener esta gente, nada por supuesto cabe predecir. ¿Pacíficas o guerreras? Nada sabemos. El más convencido de esta teoría es Dónald Hayhoe, ex brazo derecho del aviador Líndbergh y uno de los hombres que mejor conoce los progresos de la aeronavegación en los últimos veinticinco años. Entre otras cosas, este técnico expresó: "Al parecer, la Tierra viene siendo visitada, por lo menos desde unos 175 años atrás, por observadores de otros planetas. Varias veces, desde hace cerca de dos siglos, han surgido en nuestro cielo apariciones misteriosas. Desde hace tres años, estas apariciones se han multiplicado. Ello se debe tal vez, sencillamente, a que los actuales aviones, equipados con equipos ultrasónicos, las registran mejor que antes." Hayhoe admite la posibilidad de que exista en otro planeta una raza de seres pensantes, que tengan 300 años más de adelanto técnico sobre los terrestres. Y eso bastaría, evidentemente; pues ¿qué cosa no podrán hacer los habitantes de la Tierra en 300 años más de adelanto técnico en lo que a los viajes se refiere?

Respuestas a las preguntas del Espaciotest

Respuesta Nº 1: C. — Los protones son unas de las partículas elementales que se encuentran en el interior del núcleo de los átomos. Su carga es igual a la del electrón aunque de signo contrario (positivo). Su masa, en cambio, es dos mil veces más grande, aproximadamente. La importancia del número atómico radica en que es éste quien determina las propiedades químicas de los elementos.

Respuesta Nº 2: B. — Se calcula que la era masozoica, a la cual pertenece el jurásico, tuvo una duración aproximada de 120.000.000 de años. Durante dicho período aparecieron sobre la Tierra los famosos y tremendos dinosaurios.

Respuesta Nº 3: B. — Arturo ocupa el sexto lugar entre las estrellas más brillantes.

Respuesta Nº 4: E. — La mayoría de los asteroides conocidos cruzan la órbita de la Tierra cuando todavía se encuentran más allá de la Luna. Para que a esa distancia pudieran ser captados por nuestro planeta tendrían que tener como máximo una velocidad de medio kilómetro por segundo, lo cual contrasta con los 27 kilómetros por segundo que lleva el que anda más despacio.

Respuesta Nº 5: A. — Actualmente la Luna se está alejando de la Tierra y se calcula que alcanzará la distancia máxima dentro de unos 20.000.000.000 de años.

Respuesta Nº 6: A. — Cuando usted arroja una piedra cualquiera estando sobre la superficie terrestre, la piedra sigue las leyes de Képler como si fuera una luna cualquiera. Y las lunas giran alrededor de sus planetas describiendo elipses.

Respuesta Nº 7: B. — Todos los seres vivos contienen cierta cantidad conocida de átomos radioactivos de carbono 14 (carbono de peso atómico igual a 14). Como el carbono 14 se va gastando (decae) los seres vivos aseguran la constancia de dicha cantidad absorbiéndola por intermedio del anhídrido carbónico (las plantas) y de los almidones (los hombres y animales). Cuando un ser vivo muere deja de absorber el susodicho carbono, y la proporción de éste que contiene el organismo va disminuyendo hasta desaparecer por completo, más o menos al cabo de 30.000 años. Por tanto, basta medir la cantidad de carbono 14 que posee cualquier fósil orgánico para saber cuánto hace que pasó a mejor vida. Siempre que tal cosa no haya sucedido más de treinta mil años atrás.

Sigue la pelea

En un reciente congreso de cancerología, celebrado en San Pablo, Brasil, un investigador soviético resumió así algunas investigaciones realizadas en su patria: "Los estudios hechos en Rusia indican que no hay relación entre el tabaco y el cáncer... Consideramos que éste es un problema sin importancia".

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Asombrosa historia de una estrella variable que no se ajustaba al canon.

MENSAJE COSMICO

Por EANDO BINDER

Ilustrado por FRANK R. PAUL

Aunque los sabios, quizá con la esperanza de obtener fondos para sus proyectos, han destacado las ventajas militares que reportaría el establecimiento de una estación espacial o de una base permanente en la Luna, lo cierto es que el mayor beneficio se obtendría si pudiera instalarse allí un observatorio astronómico. Una vez fuera del profundo océano de la atmósfera terrestre, la eficacia de nuestros telescopios actuales aumentaría notablemente. La nueva claridad en la observación permitiría descifrar gran parte de los grandiosos misterios del Universo..., y, con seguridad, a éstos se agregarían nuevos y más portentosos enigmas.

¡EL misterio de los tiempos! —murmuró Roberto Oxman, astrónomo principal, saliendo del cuarto oscuro, con una placa fotográfica todavía húmeda.

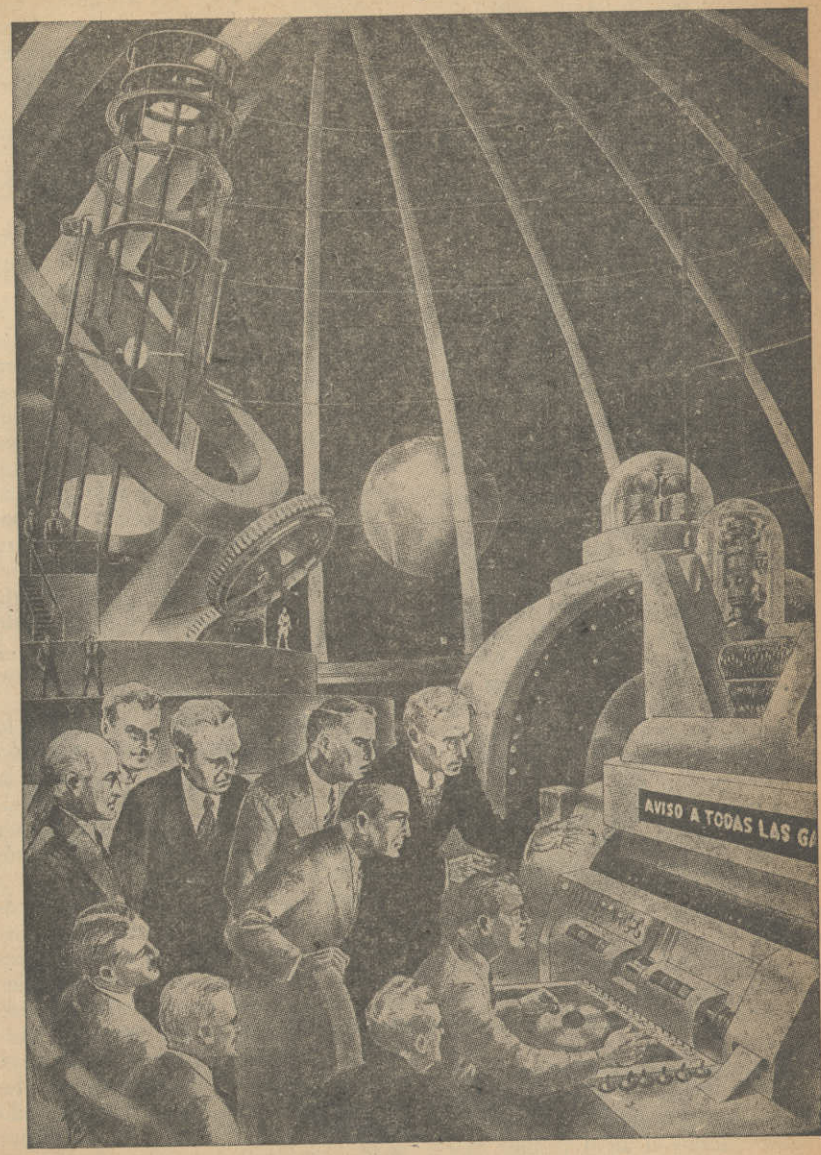
Pablo Darby abandonó sus diales.

—¿Se refiere usted a esa estrella variable de la galaxia M-81?

Era una pregunta completamente innecesaria, porque ése era el único tema que en aquellos días preocupaba al anciano.

—¿Qué hace ahora esa estrella, señor?

—Travesuras, como siempre —contestó Oxman, amargamente, mientras tragaba una pastillita blanca—, y provocándome úlceras. No hay ton ni son



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

en su conducta. No se ajusta en absoluto al esquema general.

A través de la gran cúpula transparente de acerofán, dirigió su vista a las brillantes estrellas que navegaban en el espacio: las estrellas de luz continua. Aquí, en el Observatorio Lunar, se reunían las condiciones ideales para observar los confines del Universo. Unos cien metros afuera, el Ojo Gigante se afanaba en enfocar sincrónicamente el majestuoso movimiento de la bóveda tachonada de soles.

Ahora, el enfoque había sido cambiado; pero hacía unos instantes apuntaba a M-81, la nebulosa espiral situada a dos millones de años luz de distancia. Y entre las miríadas de sus estrellas, había una que titilaba incesantemente. Era una variable cefeida, pero con un comportamiento heteroloxo e irregular.

—¡El misterio de los tiempos! —afirmó Oxman nuevamente.

Los demás astrónomos, sentados frente a sus correspondientes tableros, cambiaron entre sí sonrisas burlonas. Desde un tiempo inmemorial, el viejo Oxman venía repitiendo la misma frase. Por ser el más experto en cefeidas, hacía cuarenta años que lo habían destinado a observar esas estrellas, y desde entonces pronunciaba aquel comentario, día tras día, siempre con la misma consternación. Su figura alta y delgada temblaba al hablar, y en sus arrugados párpados notábase el cansancio y la desilusión.

—Oiga, Oxman —dijo Stanhope, el especialista en estrellas gigantes rojas, cuyo escritorio era el más próximo—. Usted está magnificando las cosas: está haciendo una montaña de un grano de arena.

—¿Le parece? —saltó Oxman, malhumorado—. Fíjese en que este fenómeno sucede desde hace más de *cinco mil años:* ¡desde el siglo veinte! Soy el último de una larga serie de astrónomos, de cientos de ellos, que han observado a la Vieja Infiel y se han devanado los sesos sin encontrar una explicación... Dígame; ¿tiene usted algún misterio referente a las gigantes rojas que esté sin resolver desde hace cinco mil años.

Stanhope suspiró y volvió a su trabajo.

Pablo Darby, más joven y nuevo en el grupo, se mostró más interesado.

—Vieja Infiel... —dijo entre dientes—. Parece que el nombre le es muy adecuado

—Le viene como anillo al dedo —afirmó Oxman tristemente—. Esa cefeida fué avistada por primera vez con el anticuado telescopio de cinco metros, de Monte Palomar, en el año mil novecientos cincuenta. Desde entonces hasta ahora, es decir, durante cinco mil cuarenta años, ha sido observado en forma constante. Tenemos montañas de fotografías. Cientos de grandes cerebros la han investigado, generación tras generación. ¡Un misterio que se mantiene desde el siglo veinte hasta el setenta..., sin resolver!...

—Perdón, Pablo, debo de estar aburriéndolo, como a los demás.

—Por favor, Oxman, continúe— lo invitó Darby, con una leve inflexión de piedad en la voz—. No conozco la historia completa de la Vieja Infiel. Además tengo que matar de alguna manera el tiempo, mientras Cerebrónico lucha con su trabajo.

Darby hizo una mueca a su máquina y la palmoteó. Él era el técnico encargado de manejar el cerebro electrónico, que resolvía todas las ecuaciones cósmicas del observatorio. En ese momento, Cerebrónico crujía y chirriaba, trabajando desesperadamente para solucionar un complejo problema de estrellas de espectro desviado hacia el rojo. Mientras su ingenioso socio mecánico trabajaba, Darby se tomó un descanso y esperó atentamente las palabras del viejo astrónomo

Oxman se recostó en la silla, cruzó sus manos, y las palabras le brotaron como si un dolor interior lo aquejara fuertemente.

—Hay muchas clases de estrellas variables. Pero usted puede observar que todas se oscurecen y vuelven a brillar a intervalos regulares. La duración de estos períodos varía entre medio día y quinientos. La luminosidad puede crecer y decrecer, hasta un valor de nueve magnitudes. El espectro fluctúa entre el de las gigantes rojas y el de las enanas blancas. Todas, sin embargo, tienen su ritmo propio, constante, invariable, regular como un reloj; absolutamente todas. Y, pasados mil años, seguirán comportándose de la misma manera. Uno puede basarse en ellas como en..., bueno, como lo hacen los vecinos del Viejo Fiel, aquel géiser de nuestro mundo, en el Yelows tone Park.

—Pero, ¿la Vieja Infiel —preguntó Darby— nunca ha repetido su período, ni en cinco mil años?

—¡Nunca! —exclamó Oxman—: ni una sola vez! Siempre que un viejo tonto, como yo, le echa un vistazo, se presenta con nuevas tretas. No tiene períodos... Y eso es casi imposible; usted lo sabe. Nos derrumba todas todas nuestras bien ordenaditas teorías sobre el Universo. Hace temblar los más firmes cimientos del cosmos que hasta ahora conocemos.

Stanhope giró sobre su asiento, señaló la inmóvil bóveda estrellada y dijo en son de burla:

—No veo que se derrumbe el Universo. Me parece muy estable.

Oxman no respondió, pero se sobresaltó visiblemente.

DARBY rompió el corto silencio.

—Todavía no veo con claridad por qué es imposible para una variable no tener períodos.

—Porque —le espetó Oxman, sobreexcitado— es la *única* y estúpida estrella, en todo el macrocosmo, que nunca encajó en *ninguna* teoría. Piénselo bien. Hay quizás mil millones de galaxias. Todas ellas incluyen cefeidas, gigantes rojas, enanas blancas, nebulosas blancas, nebulosas oscuras, cúmulos globulares, estrellas múltiples, estrellas satélites, algólidas y muchas otras. Pero una sola teoría explica *todas* las gigantes rojas en *todas* las galaxias. Una teoría explica *todas* las novas en *todas* las galaxias; sin ninguna falla. No hay excepción. Y todas las cefeidas que hemos catalogado en los mil millones de galaxias, se ajustan perfectamente a la teoría —apuntó con el índice acusador hacia arriba—; todas..., excepto *una.*

—La Vieja Infiel —murmuró Darby, sacudido también por el insondable misterio—. ¡Qué oveja negra!, ¿eh?

—Si es algún consuelo —dijo Stanhope, con el semblante serio— debemos suponer que otros astrónomos de otras

---

¡Oh, las estadísticas!

El futuro padre que espera en el hospital la llegada al mundo de un heredero, recorre, por término medio, de 7 a 8 kilómetros, paseándose; fuma alrededor de 63 cigarrillos; toma 5 tazas de café; pregunta 23 veces si no hay novedad, y llama 7 veces por teléfono a su suegra.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

galaxias deben de tener también úlceras por causa de la Vieja Infiel.

A pesar de su ira, Oxman sonrió. *Seguramente* los astrónomos de otras galaxias también la observan. También ellos quizás estarían enfurecidos ante su diabólica maldad. A pesar de ser tan infantil, este pensamiento consiguió que Oxman se sintiera mejor.

—Sí, quizás millones de observadores, desde sus respectivas galaxias, estén también maldiciendo a la Vieja Infiel, observándola titilar como un fuego fatuo que recorre su loco circuito en series de detalles indeterminados; como un faro descompuesto, o como una linterna manejada por un loco.

Sanhope rió espontáneamente.

—¿Sabe, Oxman?; por la manera en que usted lo explica, parecería tratarse de un *mensaje*: algo como el código, Morse, por ejemplo..., sólo que de un sistema completamente distinto: como si un mago loco de M-81 transmitiera un mensaje en broma desde la Vieja Infiel —miró la cara rígida de Oxman y contuvo la risa—. Perdóneme, Oxman. No he querido molestarlo. Le ruego me disculpe si le toqué el punto débil.

Oxman tenía fija la mirada, como si acabara de sufrir un ataque cerebral.

—¡Mensaje, mensaje!... —repetía temblando y tragando saliva—. ¿Y si fuera justamente un... código transmitido por destellos, a través del espacio, desde la M-81 y por seres inteligentes?

Stanhope movió la silla hacia atrás.

—¡Caramba, no lo tome usted en serio! —protestó alarmado—. Domínese, Oxman. No deje que esta estrellita lo desequilibre.

—¡Pero si ésa es la respuesta! —murmuró Oxman—. Usted dió en el clavo. En vez de una variable natural, enloquecida, ¿por qué no una cefeida gobernada por la inteligencia? La solución era tan simple y evidente...; y durante cinco mil años a nadie se le ocurrió.

Stanhope y Darby miraban boquiabiertos. El viejo astrónomo seguía hablando atropelladamente.

—¿No comprende? Usted, Stanhope, lo mencionó como una broma; pero es la respuesta adecuada. La gente de M-81 quiere comunicarse con nosotros o con cualquier otra galaxia. Ninguna nave puede cruzar la enorme distancia; al menos ninguna que conozcamos. Seguramente ellos tampoco la tienen. Las ondas de radio llegan demasiado débiles para percibirlas y amplificarlas. Aun nuestros rayos telepáticos son incapaces de atravesar esta distancia inconmensurable. El único elemento que llega de un extremo a otro del Universo es la *luz*. Un rayo luminoso es el único medio seguro de comunicación entre galaxias. Y eso es lo que ha hecho la gente de M-81.

—Parece usted muy seguro — respondió Stanhope escépticamente—. Pero piense que eso significa que de alguna manera manipulan una estrella gigantesca. La hacen palpitar, oscurecerse y abrillantarse, de acuerdo con un código. ¿Cómo se explica ese trabajito?

—¡Quién sabe! —contestó Oxman, sintiendo una gran alegría interior—. Además, ¿qué importa? Eso significa que son sabios extraordinarios; que tienen gigantescas máquinas o rayos o algún método especial para hacer pulsar a voluntad a la Vieja Infiel. Tal vez hayan conseguido dominar la energía atómica que produce la estrella, de la misma manera en que nosotros lo conseguimos con la pila atómica. De cualquier manera —añadió abandonando las suposiciones—, el hecho es claro: un mensaje transmitido desde una a otra galaxia, a través del espacio. Y los muy idiotas de nosotros hemos necesitado cinco mil años para darnos cuenta.

—Es lástima —agregó Darby distraídamente— que se haya perdido tan largo mensaje.

—¡Al contrario! —gritó Oxman, corriendo hacia el archivo, sin acordarse de su rodilla reumática—: tenemos registros microfílmicos completos, tomados sin interrupción desde el año mil novecientos cincuenta. Todo el mensaje..., aquí, en este cajón...

El anciano lo abrió con tanto ímpetu, que todo el archivo de la sección M-81 se desparramó por el suelo. Tardaron más de una hora, llenos de ansiedad, en recoger y ordenar nuevamente los microfilms. El propio Stanhope ayudó en la tarea, y lo mismo hizo Darby. Por último, Oxman consiguió reunir el registro completo de la Vieja Infiel, y exclamó:

—Ahora, ¡a *leer* el mensaje!

PERO, ¿cómo hacerlo? — objetó Stanhope, un poco asombrado por las derivaciones que había tenido su broma—. ¿Qué base de comparación tenemos? Naturalmente, la gente de M-81, si es que existe, no tiene por qué haber inventado el código Morse o el código interplanetario, o cualquiera que nosotros conozcamos. Y peor aún: en el caso de que descubriéramos la clave y descifráramos las palabras, ¿cómo podríamos entenderlas?... Vocablos desconocidos, de criaturas cuyo lenguaje ignoramos... Una complicación tras otra... Es imposible.

—¡No! —esta palabra de Darby sonó como un tiro—. Ahí está Cerebrónico, mi cerebro electrónico, que resuelve cualquier problema de astronomía galáctica, aun aquellos aparentemente insolubles para nuestra mente. Con sólo proporcionarle los datos, él hará el resto. Estoy seguro de que Cerebrónico puede averiguar el código, y aunque el traducirlo sea aun más difícil, también lo hará.

Cerebrónico no era una máquina gigantesca: no tenía más de tres metros de altura; pero poseía una potencia mental enorme. Sus innumerables y diminutos transistores, los intrincadísimos laberintos de conexiones sinápticas y los centros de células metálicas esponjosas tenían el valor de mil cerebros humanos. Cerebrónico no había tropezado todavía con ningún enigma sideral que le demandara más de unas pocas horas de trabajo para resolverlo.

—Voy a pedirle al director que me deje libre a Cerebrónico —dijo Oxman, volviéndose hacia el intérfono de su escritorio.

—¿No puede esperar unos días? — respondió Péterson, jefe del Observatorio Lunar—. Tenga en cuenta que hay una docena de cálculos que esperan turno antes que el suyo. ¿Qué le parece tres días, Oxman?

El astrónomo inspiró profundamente y contestó con violencia:

—¡No admito que me haga usted eso, Péterson! Soy ya muy viejo. Tengo úlceras y un corazón débil. Puedo morir en cualquier momento. Y si fallezco sin conocer el mensaje de M-81 le juro que lo voy a perseguir durante toda la eternidad.

—Muy bien —dijo Péterson, entre severo y risueño—. Se lo dejaré mañana.

—¡Ahora mismo! —gritó Oxman—. ¡En este mismo instante! La Vieja Infiel me ha hecho sudar sangre durante cuarenta años. Cientos de seres de otras galaxias se revuelven en sus tumbas cada vez que titila. ¡Ahora, Péterson! ¡Tiene que ser *ahora!*

—Mire, Oxman —comenzó a decir Péterson débilmente—: No necesito recordarle que aquí el jefe soy yo y que...

Oxman cerró de un golpe el aparato y se volvió hacia Darby.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Quítele a la máquina el problema que esté resolviendo, sea el que fuere y no se preocupe de Péterson. Cuando venga por aquí, ya habremos empezado, y no podrá hacer nada.

Darby dudó a pesar del fuego de las pupilas del anciano. El propio Stanhope meneaba un poco la cabeza.

—No debería usted, Oxman —protestó Darby—, pasar sobre la autoridad de Péterson..., resolviendo cosas que no le incumben. ¡Le puede costar caro, y hasta a mí también, por ayudarle!

Stanhope llevaba en esos momentos las películas al cerebro electrónico.

—¡Bueno! —le gritó a Darby—. ¿Qué está usted esperando? Prepare la máquina. Supongo que Péterson no vendrá con un garrote.

Darby dejó rápidamente libre a Cerebrónico y le introdujo el microfilm. El aparato estaba especialmente diseñado para problemas astronómicos; se adaptaba perfectamente a los microfilms de éstrellas y galaxias. Todo el trabajo de Darby consistía en ajustar matemáticamente los diales, indicando mediante fórmulas el titilar de la Vieja Infiel. Introdujo, pues, en la máquina, la fórmula M81VC889, que era la designación oficial de la estrella.

Y se retiró, acercándose a los otros dos hombres.

—¿Qué dirá el mensaje? —murmuró ansiosamente Oxman—. ¿Cuáles serán las primeras palabras que recibiremos de una nebulosa extragaláctica?

—Eso será si la máquina resuelve el problema —dijo Stanhope escépticamente.

El cerebro electrónico zumbó, siseó, masticó y rumió, sin cesar, y al cabo de un tiempo produjo un débil ruido. Darby palideció. Nunca le había oído emitir un sonido semejante. Un instante después, oyóse un ruido seco; la máquina expulsó el microfilm y quedó en silencio.

Pudieron observar, a la luz difusa de la pantalla de lectura:

"Rechazado. Problema insoluble."

—¿Lo ve usted? Yo se lo había prevenido —dijo Stanhope tristemente—. Ni Cerebrónico puede solucionar ese doble rompecabezas: un código desconocido y un lenguaje también desconocido.

Oxman se quedó anonadado, deshecho, como derrumbado interiormente.

—La primera vez..., la primera vez que Cerebrónico fracasa. Ahora nunca sabremos si era realmente un mensaje o no. Cuarenta años... anhelando resolver el misterio..., el misterio de los tiempos..., y me voy a la tumba sin conocerlo. Ya nunca lo conoceré...

—¿Cómo que no? Usted lo va a conocer —dijo una voz suave detrás de ellos.

Stanhope se agitó.

—¡Péterson!... —murmuró entrecortadamente.

—¿No se dan cuenta, acaso, de lo que falla? —dijo éste—. Cerebrónico no ha trabajado nunca con código y lenguaje; no tiene "memoria" de ellos. Por consiguiente, tendremos que proporcionársela, educarlo.

Se volvió, señalando a uno de los astrónomos que se hallaban reunidos allí, envueltos en la silenciosa excitación que como una ráfaga había recorrido al observatorio.

—Emory —ordenó—, vaya a la biblioteca y tráigame todos los libros que traten del código Morse o de cualquier otro; de criptogramas, anagramas, idiomas básicos, lenguajes interplanetarios: todo. Usted, Smith, ayúdele —Péterson se alejó de Oxman antes de que el anciano pudiera expresarle su agradecimiento—. Buena suerte, Oxman. Avíseme en cuanto descubra el misterio de la Vieja Infiel.

FUÉ una tarea larga. Trabajaron toda la noche. Introdujeron en la máquina el código Morse y ésta lo resolvió en un abrir y cerrar de ojos. Luego siguieron con el código interplanetario y con los complejos códigos de la última guerra espacial. Después le dieron los idiomas fundamentales e inclusive el complejísimo idioma de la desaparecida raza de Proción.

Oxman, Stanhope y Darby: los tres formaron un equipo y trabajaban turnándose para poder descansar.

Finalmente, Oxman ordenó:

—Basta. Cerebrónico tiene ya "memoria" de códigos y lenguajes; puede transformar unos en otros, fácilmente. Introdúzcanle otra vez el código de la Vieja Infiel.

Introducido éste, aguardaron con ansiedad febril, mientras Cerebrónico comenzaba su lenta y laboriosa tarea. Pasaron cinco minutos..., diez..., y la frase de rechazo no apareció en la pantalla.

Algo más tranquilizado, Darby oprimió el botón del tiempo.

Cerebrónico es siempre capaz de avisar cuánto tiempo tardará en resolver un problema. Veamos cuánto va emplear en ésta.

"Diecinueve horas, veintitrés minutos, cuarenta segundos", apareció escrito en la pantalla.

—¡Pobre Cerebrónico! —masculló Stanhope—. Hasta ahora, nunca había empleado más de nueve horas en un problema. En éste va a trabajar más del doble. ¿No acabará por tener úlceras *él* también?

Oxman gimió:

—¿Cómo podré esperar tanto tiempo? ¿Cómo aguantaré veinte horas hasta conocer el mensaje de M-81?

Stanhope se rió entre dientes.

—¿Usted?... ¡Pues los que esperaron cinco mil años!... ¿Qué son veinte horas más?

Pero para Oxman esas horas eran más largas que cinco siglos. No comió ni durmió. Le obligaron a tomar café mientras estaba sentado ante el cerebro electrónico, observando su trabajo, oyendo sus ruidos y zumbidos, luchando contra el más titánico problema mental de la historia humana.

Stanhope tampoco pudo dormir. Darby durmió a ratos. Los otros treinta astrónomos del observatorio se mantuvieron en vigilia constante, reunidos en grupos, cuchicheando entre ellos, con sus trabajos arrinconados y olvidados.

—Mis novas en proceso de explosión... —dijo uno—: asunto insignificante comparado con este *mensaje* de otra galaxia. Y aquí vuelve Péterson por vigésima vez. ¿Por qué no se deja de molestar *pretendiendo* que trabaja?

—Bueno, comuníquenme los resultados en seguida —dijo Péterson, después de rondar un rato curioseando—. Esperaré en mi oficina... Tengo mu-

---

No tantos

UNO de los temas favoritos de los últimos tiempos es el de la superpoblación. Que si somos muchos o pocos, o que si al final, el exceso de población va a terminar con la especie. Sin embargo, y refiriéndonos tan sólo a los vertebrados, la clase de los mamíferos a la cual pertenece el hombre, es una de las menos numerosas y se encuentra muy por detrás de los peces y aves. Se calcula que las aves superan al hombre en una proporción de 100.000 a uno.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cho que hacer —se alejó unos pasos y luego volvió—. ¡Maldita sea...! ¡Dése prisa, Stanhope! ¿Para qué voy a consumirme sólo en mi oficina?

Hablaban a ratos, bañados por la tranquila claridad lunar.

Stanhope planteó otro problema.

—Escúcheme, Oxman, M-81 está a dos millones de años luz de distancia. Esto significa que el primer mensaje fué enviado hace veinte mil siglos. ¿Vivirá todavía la gente que lo envió? Quizá sea un mensaje de desaparecidos: el saludo y la despedida de una civilización que hace tiempo se convirtió en polvo.

—Ésa es una posibilidad, por supuesto —dijo Oxman—. En ese caso, deben de haber inventado un método de control a largo plazo, para que la pulsación de la estrella continúe aun después de extinguida la raza. Extraña idea, ¿no es verdad?

Péterson los sorprendió con esta objeción:

—¿Por qué habrían de molestarse? ¿Con qué propósito iban a alterar el fuego de una estrella gigante tan lejana, para decir: "¡Hola, vecinos! Saludos de la M-81. Aquí el clima es magnífico. Vengan a vernos cuando gusten. Pero sepan que para entonces ya estaremos muertos y enterrados..." No tiene sentido.

—Yo creo —dijo Darby— que ha de haber sido un mensaje importante. Quizás un grito *desesperado*, anunciando un peligro y pidiendo ayuda.

—¿Ayuda que no llegaría sino después de millones de años? —contestó Stanhope—. Lo veo difícil. La única posibilidad que queda es que sea un..., bueno, la *advertencia de un peligro*.

Se miraron unos a otros.

Pero eso también es absurdo —dijo Péterson—. Tardaríamos dos millones de años en *recibir* el aviso. Si se trata de un peligro que los amenaza y que podría llegar hasta nosotros, ¿tardaría también ese tiempo en alcanzarnos? ¿Tendríamos tiempo de evitarlo?

Oxman se frotó su rostro cansado.

—No podemos usar aquí los conceptos comunes de espacio tiempo. Consideremos la señal en sí misma. Observen cómo han estado emitiéndola durante un período de cinco mil años. En otras palabras: no tenían prisa. Transmitieron su mensaje cuidadosamente, a través de cincuenta siglos, para avisarnos de un peligro que nos podrá amenazar dentro de millones de años. Todo tiene una escala tan colosal, que los números y años no significan nada.

Péterson asintió:

—El tiempo astronómico es la única unidad de medida que podemos utilizar; es una especie de reloj cósmico, en el cual cinco mil años es un minuto. Así, el mensaje es transmitido en ese "minuto cósmico", pero muchos "días" o "meses" cósmicos antes del peligro. Y de esa manera nos dan tiempo sobrado para evitarlo.

—¿Y cómo sabemos que es su aviso? —dijo Stanhope, dudando ahora con respecto a su propia sugestión.

—No lo sabemos — admitió Oxman—. Sin embargo...

Se detuvo; pero, para todos los presentes, la única explicación lógica era que el telegrama cósmico intergaláctico significaba una señal de alarma.

Al fin, Darby levantó una mano y empezó a contar:

—Cinco..., cuatro... —hubo una agitación entre los hombres que aguardaban bajo la cúpula—, tres..., dos...

—se oían respiraciones pesadas —, uno..., cero...

Silencio.

Luego un zumbido. Y exactamente al segundo, Cerebrónico empezó a proyectar el mensaje en la pantalla. El genio electrónico había realizado su trabajo, no sólo resolviendo el código de la estrella, sino averiguando su lenguaje y traduciéndolo al nuestro.

El rostro de Darby brillaba de orgullo. Quizá el zumbido de la máquina también expresaba satisfacción por una hazaña semejante.

Por fin tenían ante los ojos la respuesta: el mensaje de M-81:

"Aviso de alarma a todas las galaxias. Un peligro amenaza atacarlas como nos ha atacado a nosotros. Antes de que nos aniquile enviamos este mensaje.

"Hacemos fluctuar una estrella, como si fuera una variable, por medio de campos de fuerza subatómica, que forman una cortina alrededor de la estrella. Hemos instalado la unidad de control en un planeta de dicho astro, de manera que pueda continuar emitiendo los destellos prefijados, aun después de nuestra desaparición.

"Un mensaje registrado en una cinta dirige el funcionamiento de la unidad de control, haciendo brillar y apagarse a la estrella, de acuerdo con un código universal basado en fundamentos de matemática pura. Los seres inteligentes que conozcan la ciencia astronómica no dejarán de percibir que la estrella variable no obedece a leyes conocidas, y no tardarán en darse cuenta de que expresa una señal de alarma".

No tardarán... —repitió Oxman amargamente—. ¡Cinco mil años!... Y quizás esto sea sólo un instante en el reloj cósmico...

"No temáis una destrucción súbita. El peligro deberá cruzar el espacio intergaláctico a velocidad mucho más lenta que la luz. Por consiguiente nuestro mensaje llegará a vosotros antes que él. Tenéis tiempo de prepararos y evitar el peligro. La única salvación que nosotros podíamos tener, llegó demasiado tarde; pero podemos difundir su secreto al resto del Universo. El horroroso invasor es una "entelequia amorf..."

Las palabras se detuvieron en la pantalla. La máquina quedó en silencio.

Stanhope gimió y, haciéndose eco del pensamiento de todos, dijo casi gritando:

—¿Y el resto?... ¿Qué será lo que falta?... ¡Bien podía Cerebrónico haber elegido otro momento para descomponerse! Arréglelo, Darby. ¡Pronto!, ¡pronto!... ¡Tenemos que conocer el resto del mensaje!...

Stanhope enmudeció al ver el pálido rostro de Darby.

—Cerebrónico no está descompuesto —dijo éste, abatido—. Recuerden que la Vieja Infiel tardó cinco mil años en transmitir todo esto. Quizás sea necesario otro tanto para...

—¡No! —exclamó Péterson, horrorizado—. ¡Oh, no!

Darby agregó, sollozando:

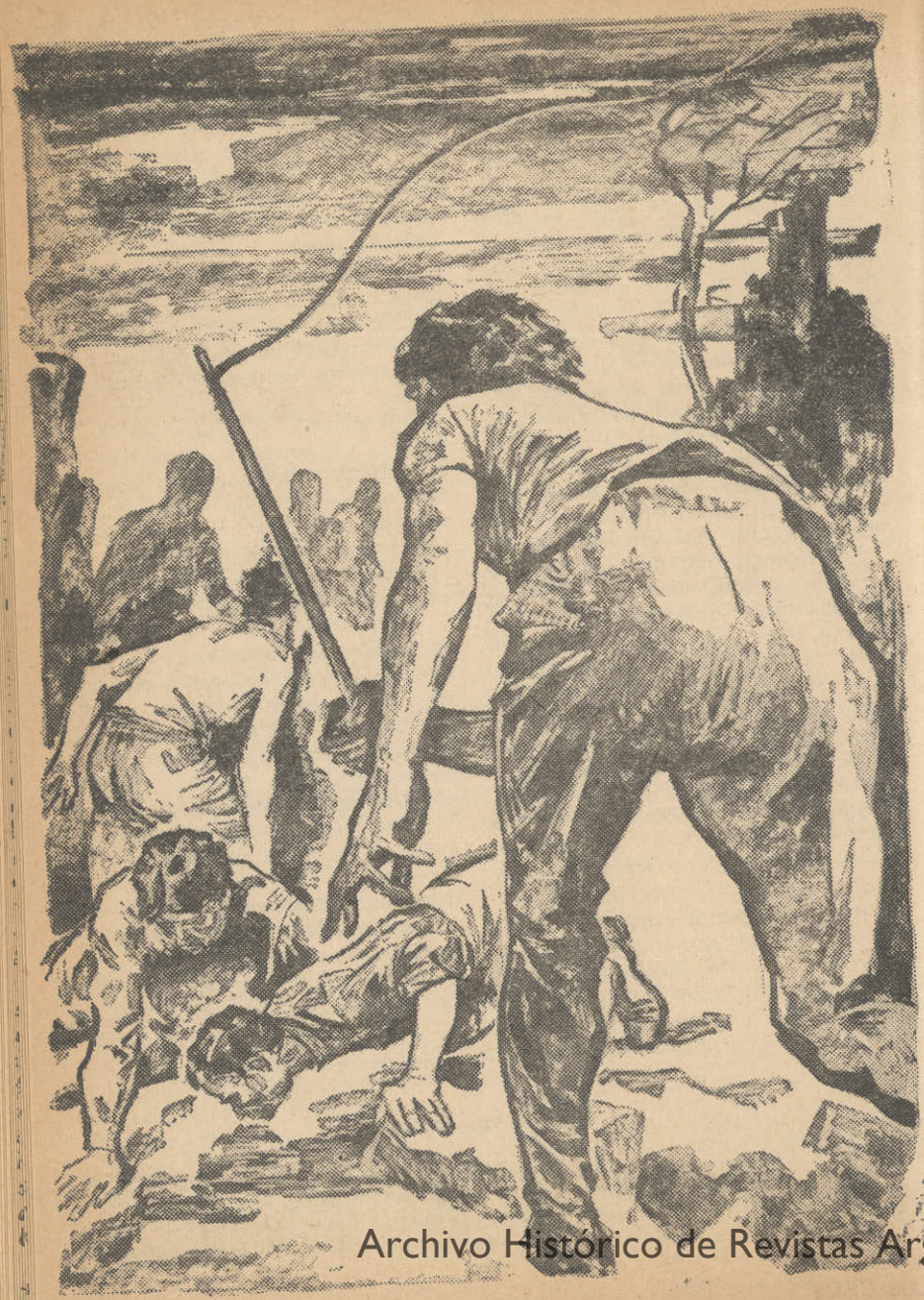
—Cerebrónico ha interpretado todo lo que hasta ahora ha sido transmitido del mensaje. Yo nunca llegaré a conocer sino unas cuantas palabras más: ¡en toda mi vida!... Y soy el más joven de todos nosotros.

Nadie se atrevió a mirar a Oxman, que ya había cumplido los setenta. ✦

Bichos no faltan

La rama más numerosa del reino animal, en lo que a cantidad de especies se refiere, es la de los artrópodos, de la cual se conocen 500.000 especies. Dentro de ella se encuentra la clase de los insectos, que, con sus 450.000 especies, es la mayor contribuyente.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



LOS UNOS

¿Eran las hermosas mujeres terrestres lo único que les interesaba a aquellos endiablados fantasmas del espacio?

por **BETSY CURTIS**

ilustrado por GUILLERMO CAMPS

CAPITULO I
VENUS

HABÍA transcurrido sólo una semana desde el emocionante día de la graduación. El nuevo guardia galáctico, Arnaud Grath, miraba los giros de la bailarina del Venusberg Club, adonde lo había invitado Ebon Macklure, importador y hombre influyente en la ciudad.

Pequeños globitos de luz anaranjada y densos vapores de *thiska* llenaban

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

la atmósfera de la sala donde se hallaban Arnaud Grath y Ebon Macklure. La capa púrpura de Macklure se agitaba suavemente a impulsos de la brisa y el humo de *theel* de la boquilla de Anaud se esparcía lentamente hacia la diminuta pista de baile, situada en un extremo de la larga sala. El ritmo hipnótico y apagado de la *balipsa* parecía ondular con las corrientes de aire y con los brillantes giros de Aleesa, que bailaba la danza ceremonial de "Despedida a los que Parten", propia de los habitantes del mar, en Venus.

Macklure la miraba arrogante, calculadoramente. Aleesa, la princesa del mar, le produciría dos mil unidades ahora que él se había cansado de ella (pensó), y Arnaud Grath, joven, vehemente, sano, resplandeciente con su uniforme negro y oro de guardia del espacio, tal vez le produciría tres mil: cinco mil unidades, que emplearía en equipar con tubos vórtex el *Halcón de la Noche*, para ir en busca de los fabulosos Rubíes Radiantes de Rolla. ¡Qué suerte que le hubieran hecho una proposición cuando él podía ofrecer al mercado aquellos dos inocentes!

—¿Quiere que lo presente a Aleesa? —preguntó Ebon Macklure, mirando con condescendencia a Arnaud.

—Me parece muy agradable —le replicó su compañero, con una voz que se esforzaba por ser tan altanera como la del hombre de más edad—, y me gustaría disfrutar unos momentos de paz, fuera de todo este ruido y baraúnda.

Macklure se divirtió ante la fingida indiferencia de Arnaud.

—Sí, esto es muy aburrido —asintió—. Pero aguardaré a que termine usted su *thiska*. Es la mejor de cinco planetas; y usted querrá bebérsela hasta la última gota —agregó, haciendo con los labios la mueca de un conocedor, y sonriendo al pensar en las horas de [illegible]

sibilidad que aguardaban al que había tomado la bebida, tan cuidadosamente servida por él.

Arnaud gustó la última gota y se levantó. Macklure lo condujo hacia una abertura que había en la pared, más allá de los músicos que tocaban la *balipsa*.

Pero, al llegar a la entrada, los detuvo un sinuoso venusiano, vestido de verde.

—A ti, sí —le dijo a Macklure—; pero a ése no lo conozco.

—Hola, Driva. Éste es mi amigo, mi *ghurba* —dijo Macklure, y agregó unas cuantas palabras en uno de los sibilantes dialectos venusianos, lo cual satisfizo al guardián, que los hizo pasar, precediéndolos por el pasadizo, interminable al parecer, iluminado a intervalos escasos por los globitos luminosos. El pasadizo se curvaba al final y descendía unos cuantos pasos hasta llegar a una puerta cruzada y entrecruzada por los delgados filamentos de luz opalescente.

Macklure metió furiosamente la mano a través de los filamentos, y éstos se apagaron, siendo reemplazados por la habitual luz verde de una lámpara venusiana. Los tres entraron en la habitación. Macklure iba delante.

—Macklure *ghurba* y su *ghurba* — el venusiano se inclinó y desapareció por la puerta abierta, que instantáneamente se llenó con la red de luces.

ARNAUD miró con curiosidad alrededor. Sus ojos, acostumbrados a la luz anaranjada de los globitos, tardaron un momento en distinguir, bajo la flúida luz verde de la lámpara, la forma de un diván verde más oscuro, donde Aleesa, vestida de un verde resplandeciente, estaba graciosamente recostada.

—Ebon Macklure —dijo Aleesa, levantando con languidez la mano ha[illegible]

te y luego a las mejillas, como típico saludo de la gente de mar—. ¿Quién es este amigo del que habla Driva? — su tono de voz recordaba las olas al lamer dulcemente la larga playa de Varvane. Se levantó y sonrió ligeramente a Arnaud—. Es muy joven. ¿Me ha visto bailar?

Avanzó por la habitación hasta un gran espejo hundido en la pared, girando y haciéndose reverencias a sí misma, y luego volvió hacia el joven oficial, que se había quedado como clavado en el suelo, asombrado de que la belleza que le había parecido tan fascinadora en la diminuta pista de baile, resultara más extraordinaria aún al verla de cerca.

—Mi amigo ha visto tu graciosa persona —explicó el de más edad, con suave cortesía—, y se ha ofrecido de muy buena gana a ser tu compañero en un largo y arduo viaje.

—¿Viaje? —Aleesa y Arnaud se volvieron asombrados hacia Macklure.

—Yo no hago viajes, Macklure, *sheesa*. Aquí estoy muy a gusto, bailo bien, y los clientes están contentos —la lánguida voz de Aleesa era dulce y atrayente—. ¿No es así, oficial?...

—Muy contentos, sin duda —intervino suavemente Macklure, antes de que Arnaud pudiera replicar—. Pero tu talento está destinado a satisfacer a aficionados más exigentes que los marinos y los turistas... Y Arnaud Grath —agregó, indicando con la cabeza al perplejo joven— tendrá el placer de presentarte, a ti y a tus danzas, a unos seres que gozarán grandemente de tu arte: ¡los Unos de Crae!

Por un momento, Arnaud se quedó tan estupefacto que no pudo hablar. Luego, al darse cuenta del terror de Aleesa, se irguió.

—No veo la necesidad de asustarla con esas bromas —manifestó severamente—. Creo que debería usted excusarse en seguida —le ordenó, con la autoridad de un guardia del espacio.

—Perdóname, hermosa —Macklure se inclinó humildemente, pero su tono era irónico—. No tenía la intención de preocuparte, y sólo deseaba mostrarte mi sincera apreciación de tu talento y belleza. Los Unos se deleitarán contigo. Y con usted también, Arnaud. Un corazón valiente, una mente clara y un cuerpo fuerte serán para ellos la mayor de las satisfacciones. Tal vez a ustedes halagará el saber que el precio de los dos me permitirá realizar mis sueños más ambiciosos.

—¡No, no! —los pequeños dedos de Aleesa agarraron un brillante cuchillo, mientras la otra mano buscaba una campanilla de bronce—. Deja de hablar así, o haré que Driva te expulse... y no suele ser muy amable con los visitantes importunos.

El aluminio, de moda

Así es; los técnicos no se cansan de encontrarle nuevas aplicaciones al maravilloso metal. De Inglaterra nos llega la noticia de que una nueva aleación de aluminio y magnesio (el "birmabright") se ha usado con todo éxito en la construcción de embarcaciones. Como muestra, se ha construído un yate a vela (el Gulvain), *en el cual la madera sólo está presente en el piso de la cubierta; el mástil, de 22 metros de altura, es hueco, y por su interior pasan las cuerdas con que se manejan las velas, evitándose así la resistencia del aire. El barco, que tiene capacidad para alojar a 7 personas durante varios días, sólo pesa 17 toneladas, la mitad de las cuales corresponden a la quilla de hierro fundido.*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

A pesar de la furia que ella mostraba, Arnaud la vió temblar, y dió un paso amenazador hacia Macklure.

—No puede usted hacerme daño — los ojos de Macklure ardían en su hermoso rostro—. Sus manos no pueden levantarse, sus pies no pueden moverse —este cántico se clavaba en las venas de Arnaud, como astillas de hielo.

Arnaud sintió que los músculos de sus brazos y piernas se ponían rígidos.

—Me dió una droga —le dijo, acusadoramente.

—Hipnoamina en su exquisita *thiska* —reconoció orgullosamente Macklure—. Permanecerá usted así hasta que yo le dé nuevas órdenes. Y ahora — agregó volviéndose a la temblorosa Aleesa, que todavía buscaba la campanilla de bronce, con cuyo estridente sonido atraería a Driva y los suyos—, tú vendrás sin armar alboroto, o tendré que darte también otra droga.

La bailarina había encontrado por fin la campanilla; pero Macklure se le echó encima antes de que pudiera tocarla. Le arrebató la campanilla, le agarró la otra muñeca y, sacudiéndosela, le hizo tirar al suelo el brillante cuchillo. Sin soltarle la muñeca, la obligó a inclinar el cuerpo hacia adelante y le dió en la cabeza un golpe no muy suave con la campanilla. Ella cayó al suelo, entre los pliegues transparentes de su vestido verde.

Macklure sacó de su bolsillo un estuche de oro, donde guardaba el *theel* que Arnaud había admirado unos momentos antes en la sala del club. Una de las boquillas, al parecer inofensivas, encerraba una diminuta jeringa hipodérmica.

—Tu mente dormirá —cantó Macklure inclinándose sobre la inerte figura y clavándole la aguja—. Dormirás muchos días, hasta que te necesiten los Unos de Crae —se levantó y miró a Arnaud—. Usted —le dijo suavemente— puede conservar su lucidez mental, con tal de que su cuerpo me obedezca.

El joven luchó por dar un paso, pero sus piernas heladas no le respondieron.

—Esto lo pagará usted caro, Macklure —amenazó firmemente—. Aunque tuviéramos que perseguirlo hasta el fin del Universo.

—¡Qué bonito! —replicó el otro, tomando a la mujer desvanecida, echándosela sobre los hombros y sujetándole con una mano las muñecas y con la otra la cabeza—. Esa amenaza es digna de uno de esos vizaudios de la clase Z, que se exhiben en los asteroides. Los Unos de Crae pagarán, pero me pagarán a mí —se dirigió hacia la luminosa puerta—. Usted me seguirá ahora a mí... y sólo a mí —agregó, provocativo.

—¿Qué quieren de nosotros los Unos de Crae? —preguntó con más docilidad Arnaud, siguiéndolo rígidamente.

Macklure extendió una mano para apartar la resplandeciente cortina.

—Si yo lo supiera, tal vez no estaría tan dispuesto a venderlos.

El trémulo resplandor cesó, y Macklure atravesó el espacio libre, seguido del joven.

—Quiero decir, ¿cómo son los Unos? —preguntó Arnaud.

—Cállese usted y cierre la boca — ordenó secamente Macklure—. No debe dar la señal de alarma a los que pueden detenernos.

Arnaud vió que sus labios se cerraban con fuerza, al recibir la orden.

Macklure siguió por el pasadizo, doblando hacia la izquierda, por otro corredor que Arnaud no había visto cuando fueron al camarín de la bailarina. En unos escalones descendentes Arnaud dió un traspié y estuvo a punto de rodar por ellos.

—Míreme a mí, estúpido —murmuró Macklure—. No dé usted pasos en falso. No puedo llevar más carga.

El túnel era largo. Las luces estaban más espaciadas aún que en el primero. Arnaud avanzaba cada vez con mayor lentitud, hasta que Macklure se perdió casi de vista, delante de él. Arnaud, intentando luchar contra la fuerza de su hipnosis, descubrió que podía pasarse la lengua sobre la base interior de los dientes inferiores. El diminuto transmisor oculto en ellos se animó instantáneamente.

A... G... (esta llamada era captada solamente por un receptor). *Voy... a Crae... como... estaba planeado... Voy... ahora... a Crae... como... estaba... planeado... Sígueme...* (el código de los guardias del espacio era muy rápido.) *¿Me... oyes?..., ¿me... oyes?...*

El receptor, quirúrgicamente insertado en el hueso temporal, junto al conducto auditivo, zumbó.

Toma el camino bajo y yo tomaré el alto. (Sonó un ronco tono en el oído de Arnaud.) *¿Sigues con Macklure, Arnie?*

Al final del pasadizo, Macklure se detuvo y se volvió.

—Grath —dijo con voz sibilante—. ¡Más de prisa! Tiene que ir más de prisa.

Las piernas de Arnaud se movieron con mayor rapidez; su lengua seguía pasando y repasando sobre los contactos del transmisor.

—*Sí...*, *Macklure* (este nombre no era más que una letra de la clave)... *es... agente... No... podemos... hablar... más... ahora.*

Pero, ¿por qué te quieren en Crae?, ¿sabes algo, muchacho? (preguntó el receptor).

Macklure se hallaba frente al joven cuando éste recibió el mensaje. Arnaud no se atrevió más que a mirarlo estúpidamente y dejar de mover la lengua, para que los movimientos de la mandíbula no atrajeran su atención.

Otras aberturas daban acceso a un tramo de escaleras que se perdían en la oscuridad.

—Este tramo tiene trescientos escalones — le anunció Macklure —. Su mente los contará, para que usted no se caiga cuando lleguemos a la parte superior. Lleve ahora a la muchacha y sígame.

Arnaud vió que sus brazos se tendían obedientes hacia el cuerpo inmóvil; y, echándoselo al hombro, siguió a Macklure como una máquina.

"¿Qué querrían de ellos los Unos de Crae?", se preguntaba mientras sus pies se movían insócronamente. Esa parte del problema no había logrado resolverla aún. Cuando lo pusieron al corriente de su labor, lo informaron sólo de que un toxicómano, tomador de *pragm*, había confesado que gran cantidad de jóvenes desaparecidos fueron vendidos a los esclavistas de Crae, y pagados espléndidamente por unos seres que vivían en el planeta y a los que el toxicómano, en su agonía, denominó "Los Unos".

Arnaud se había enterado, con el resto de su clase, de que en lejanos planetas se encontraban muchas veces seres humanos (robados por los esclavistas) que no recordaban lo ocurrido desde el tiempo en que fueron capturados hasta el de su rescate.

La habían dicho muchas cosas el día (que tan lejano le parecía ahora) de su graduación. Recordaba la sala de asambleas y su aspecto, y las instrucciones que les había dado el almirante...

Capítulo 2

LOS DE CRAE

QUEDABAN aún cuatrocientos hombres, sentados en las primeras filas de la sala de asambleas, después de la entrega de los diplomas. Los

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

estudiantes de primer año habían salido para decorar la sala del arsenal Ramsey, para el baile de graduación. Eran cuatrocientos hombres con sus uniformes de astronautas, sus arneses dorados y botas escarlata, de la Guardia del Espacio Galáctico, que esperaban impacientes las instrucciones finales a los graduados; instrucciones que, según la tradición, eran presentadas siempre por un almirante de la Guardia. Los cuatrocientos hombres estaban ansiosos de que terminara la última reunión, para ir en busca de amigos y parientes y de la gran cantidad de muchachas, altamente impresionadas, que habían venido a Venus desde todos los puntos de la Galaxia, para asistir al baile de graduación.

Los ayudantes del almirante Doncáster estaban cerrando las puertas y repasando las altas ventanas cuado el almirante subió a la plataforma y se enfrentó con los alumnos.

—Se han reunido aquí, esta mañana, esperando que yo les diga una serie de vulgaridades; que les pida que salgan a cumplir su misión, en nombre de la Guardia del Espacio Galáctico, y que les cite los nombres de héroes pasados, para que ustedes los emulen. Pero, en vez de eso, voy a darles la clase más importante de sus seis años de preparación. Tienen que escucharme con toda atención, porque de que ustedes comprendan lo que voy a decirles depende el destino de la Galaxia —la atención del grupo se concentró de repente en el almirante y todos los alumnos se irguieron en sus asientos—. Durante seis años han estado adquiriendo los conocimientos necesarios para transportarse rápidamente de un punto a otro de la Galaxia y para comunicarse con sus compañeros. Han aprendido los métodos corrientes de investigación criminal, y a conocer las diversas psicologías de las numerosas razas, como base necesaria de ese procedimiento. Sus reacciones han alcanzado la máxima rapidez y se los puede comparar con perros de caza, perfectamente entrenados, que aguardan sólo la voz de su amo para buscar la presa, perseguirla y entregarla. Pero en esta breve hora deben aprender el principio de la autodeterminación, de hacer juicios referentes no sólo a la presa que tienen que perseguir, sino a la base en que hay que fundar esos juicios. En cada uno de ustedes debe descansar la responsabilidad de toda la Guardia del Espacio, cuyos fines son la última y constante paz de la Galaxia.

Los hombres se menearon inquietos al sentir el impacto de una nueva idea y la responsabilidad que traía aparejada.

—Todas las criaturas de la Galaxia —prosiguió el almirante Doncáster—, capaces de acción y pensamientos independientes, de comunicación y libre albedrío, merecen su protección. En eso consiste su deber. Tal vez me objetarán que los individuos que explotan a otros se hacen automáticamente indignos de esa protección. *Eso no es cierto.* Sus seis años de psicología les han enseñado que hay una vasta multiplicidad de impulsos, motivos y deseos entre los pueblos de la Galaxia. Por ejemplo: los bracumios aman el poder, los repentinos choques emocionales y el gusto del pescado podrido, del mismo modo que odian a casi todas las demás razas de su especie; los tórsidos de Thrale defenderán, hasta el último individuo, su derecho a bailar hasta la muerte cuando la música de sus huracanes meridionales los enloquece; los humanos de ascendencia terrestre (un tipo muy aislado) son por lo visto la única especie con una convicción tan fuerte de que son los guardianes de sus semejantes, que insisten en formar y mantener una organización como los Guardias del Espacio Galáctico. Por lo tanto, hay muchas razas y muchos motivos de conducta. Nuestra raza tiene también (y ustedes, preparados para luchar contra el crimen, lo saben) deseos tan irracionales como el de poseer más tesoros de los que un individuo sólo puede usar. Habrán aprendido que eso es quizá el resultado de una memoria social de milenios de inseguridad...; pero, sea como fuere, el caso es que existe y hay que tenerlo en cuenta. No obstante, nuestro modo de enfrentarnos con esto es el siguiente: Todas las motivaciones tienen que ser satisfechas en parte, o, si no, causarán estallidos que dañarán a la Galaxia. Cualquier dolor de la masa o individual, rebelión o crimen, es síntoma de que las cosas no andan bien en la Galaxia. Debemos encargarnos de que, por ejemplo, los hombres que desean robar o luchar, tengan su oportunidad de hacerlo, a pesar de las leyes contrarias, dictadas para protección de la masa.

UNA oleada de incredulidad, de resistencia e indignación, pasó sobre la masa de hombres, haciéndoles erguir las espaldas, levantar las cabezas y fruncir unánimemente el ceño al almirante.

El almirante se echó a reír, y la tensión se alivió un poco.

—Veo sus objeciones como si se las hubieran pintado en las caras, con letras de un metro de alto —les sonrió desde la pequeña plataforma—. Pero lo que quiero decir es precisamente lo que he dicho. Encuentro muy justificadas sus objeciones de que esas actividades son antisociales, que un hombre no puede vivir en armonía con sus vecinos que guardan tenazmente su propiedad, cuando su único deseo es robar esa propiedad. Los individuos no deben amenazar los deseos de otros individuos; y el pirata en potencia es capaz de alterar la paz en muchos rincones del Universo. Pero ese pirata en potencia es un individuo que merece también nuestra protección, aunque, eventualmente, esa protección sea el condenarle a una de las llamadas colonias penales, que son realmente hermosas tierras, donde los ladrones asaltan a los ladrones. Esta paradoja no será incomprensible para ustedes, que han estudiado mil filosofías distintas. Sin embargo, la solución rara vez es fácil. De ahora en adelante, su deber será buscar los motivos supuestamente antisociales, y cambiar su expresión de modo que satisfaga al individuo que los posee, reduciendo al mismo tiempo al mínimo absoluto sus resultados destructores de la paz. Dentro de unos minutos, les citaré gran número de casos y les expondré los métodos por los que fueron resueltos; pero antes debo darles los principios que, de ahora en adelante, guiarán su conducta en la labor de perseguir y analizar los motivos; pues no se puede satisfacer de modo adecuado un motivo que no se comprende del todo, ni tampoco, si es necesario, se le puede convertir en otro aceptablemente satisfactorio. Cuando

Aviones de cemento

¡Y vuelan!.. Se trata de una idea alemana de la última guerra, que ahora se ha conseguido llevar a la práctica. Una compañía francesa ha comenzado a usar este material tan antiaéreo para fabricar las alas de aparatos de alta velocidad. Las alas son huecas y, para colmo de rarezas, tienen un esqueleto metálico... de cuerdas de piano, estiradas al máximo en procura

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

estén en presencia de otras personas, ustedes se conducirán siempre *como ellos esperan que se conduzcan*. Ésa es en parte la razón de los vistosos uniformes que visten ustedes ahora.

Los hombres miraron con cierta vergüenza sus uniformes negros, oro y escarlata.

—Nuestra raza —prosiguió el almirante Doncáster— y muchas otras tienen un exagerado sentido del prestigio. Quiere que sus policías tengan un aspecto impresionante, resplandeciente, y que se conduzcan con cierta bravuconería. Les gusta sentirse protegidos por hombres valientes, fuertes, de aspecto osado. Hasta los mismos seres que luchan contra nosotros quieren que sus enemigos sean dignos de ellos. Pero eso no es más que el comienzo. En muchos círculos, esperan que sean a la vez inteligentes e ingenuos, fuertes y suaves, sensibles e idealistas. Y solamente si ustedes se portan de acuerdo con lo que esperan esos individuos con los que van a enfrentarse, podrán tener una clara idea de lo que a ellos los impulsa a actuar así. Si ellos estuvieran muy ocupados pensando en qué conducta inesperada iban a tener ustedes, su atención estaría concentrada en ustedes, no en ellos mismos; de modo que no les revelaría sus impulsos más íntimos. Los piratas que *esperan* ser perseguidos por cruceros de la Guardia, y ser descubiertos en el lugar más recóndito del espacio, se han pasado la vida buscando apariencias respetables para que nadie pueda descubrir su falsedad y escondites inhallables, lo que les da un mínimo de tiempo para sus depredaciones. Pero ustedes nunca deben pensar que el infantil juego de "policías y ladrones" es indigno de ustedes. Con trucos teatrales se han salvado más vidas y se ha mantenido la paz más veces de lo que yo puedo decirles aquí o ustedes imaginarse en sus solitarios viajes por las estrellas... Condúzcanse como ellos esperan que se conduzcan y tendrán una posibilidad de aprender. Aprendan y tendrán una posibilidad de satisfacer. Satisfagan y habrán mantenido la paz... Pasemos ahora a los ejemplos...

Los hombres escucharon con creciente asombro, conforme el almirante les fué dando detalles específicos.

—Ahora, para que comprendan su trabajo —concluyó el almirante—, voy a enumerar y describir los problemas actuales. El primero lo constituyen los secuestros atribuídos a los llamados *Unos de Crae*...

LA mente de Arnaud Grath iba contando automáticamente los escalones que él subía. Doscientos noventa y cuatro, doscientos noventa y cinco... Cinco escalones más allá, salió por una puerta a las arenas de un pequeño campo de lanzamiento, al parecer privado. La oscuridad era menos profunda; pudo ver a Macklure, que se dirigía con paso rápido hacia un yate del espacio, que se mantenía en equilibrio, como un huso, sobre las agujas de sus cohetes. Al acercarse más, pudo distinguir los primeros travesaños de una delgada escalerilla. Macklure le indicó que subiera él primero, y él lo hizo lenta y difícilmente, por culpa de la carga que llevaba al hombro.

Macklure subió tras él, retiró la escala y cerró la pequeña compuerta.

—Vaya a la cabina principal —le ordenó al agotado guardia—, y quédese.

Arnaud obedeció. La leve fosforescencia del panel de instrumentos señaló su llegada a la cabina. Macklure, después de cerrar la puerta interior, encendió las luces y se acercó a la pareja.

—Átela con correas a la litera —ordenó.

Arnaud obedeció. Después de terminar su tarea, quiso erguirse, pero el dueño de sus acciones físicas no se lo había ordenado...; en realidad, parecía haberse olvidado de él. Durante unos minutos interminables, Arnaud permaneció agachado junto a la litera. Oyó a Macklure sentarse en la blanda silla de control y le oyó murmurar algo inexplicable:

—Espero que Jones llegará a tiempo para el trasbordo.

Luego sintió la vibración del compresor y el agudo ruido de las agujas de los cohetes; después, la repentina salida del cohete principal lo lanzó violentamente contra el suelo, y no supo ya nada más.

Capítulo 3

CAPTURA EN EL ESPACIO

MARCO Neery (teniente de la guardia galáctica) salió casi al mismo tiempo en que Arnaud Grath se desvanecía en el suelo de la sala de control del negro yate. Pero Marco salió por propia voluntad. Y su salida estuvo precedida por una cuidadosa secuencia de acontecimientos.

Un hombrecillo de aspecto vulgar (en realidad otro teniente), que le estaba ganando la aburrida partida de doble *jummo* en la modesta habitación donde se hospedaba, antes de la llegada del mensaje de Arnaud, bajó cautelosamente la escalera y avanzó a lo largo de la manzana de almacenes, pegado a la pared y cuidando bien de que lo vieran dos hombres que se hallaban al otro extremo de la estrecha calle.

Luego, el mismo Marco, con el uniforme completo de la Guardia del Espacio, con casco y todo, dispuesto para partir en su nave de hiperenergía, salió por la puerta, poniéndose la pesada chaqueta térmica.

—¡El secreto de Crae! ¡Por fin! —exclamó con entusiasmo, en voz baja, pero bastante fuerte para que pudieran oírle los dos hombres que había al otro lado de la calle.

A mitad de camino de los campos de lanzamiento de la Guardia, donde lo esperaba su nave *Pato salvaje*, Marco se volvió para mirar hacia atrás y vió con satisfacción que los dos hombres habían desaparecido.

Cuando hacía veinte minutos que había dejado la superficie de Venus, observó el fogonazo de otra salida. La caza había comenzado. Las horas transcurrieron veloces.

Al mirar la oscura visiplaca, vió unas alargadas formas plateadas. Casi instantáneamente, la temblorosa aguja fué hacia un extremo, indicando que no había meteoros inmediatamente debajo. Marco apretó con la mano izquierda la palanca superior de los cohetes, mientras hincaba con fuerza la derecha en la barandilla de contención que tenía delante. Otra maniobra más,

---

Curación "relámpago"

El periódico de la Asociación Médica Americana comunica el caso de un hombre que, padeciendo de la grave enfermedad de Basedow (bocio exoftálmico), fué repentinamente alcanzado por un rayo. Al cabo de un cuarto de hora volvió en sí. Transcurrida una semana, comenzó a observar la desaparición del síntoma más característico de la enfermedad: los ojos salidos casi de las órbitas (exoftalmía); y empezó a aumentar de peso. En un mes, el paciente estaba completamente curado, sin que hasta su muerte, sobrevenida varios años después, sintiera la menor molestia. ¿Será cosa de esperar el rayo los días de tormenta?

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

otra..., y las formas alargadas se convirtieron en unos puntitos que reflejaban débilmente el fulgor de Sirio. Una explosión más de los cohetes, y el *Pato salvaje* se vió libre de sus perseguidores. Marco Neery se echó a reír a pierna suelta. Poco después, volvió a mirar la oscura visiplaca; y toda su alegría se convirtió en una risita de conejo, al ver que otros cohetes repetían con exactitud las maniobras que él había hecho unos minutos antes.

Jugar al escondite en el vacío era un juego perdido, si los contrarios tenían naves más rápidas. Aun así, le quedaban todavía unas cuantas estratagemas. Pero la captura no era más que cuestión de horas, y tenía que darle al asunto aspecto de veracidad. Inscribió la última de las maniobras en el autolibro de navegación y lo apartó. Sus órdenes las llevaba en la cabeza; sus esperanzas se cifraban en Arnaud Grath y en su propia agilidad mental. Que vinieran. Lucharía bien, pero con sensatez. Se dispuso a descansar; primero por los dedos de los pies, luego, los pies y las piernas, las manos y los brazos, y finalmente, la cabeza. Llamaría al sueño, porque iba a necesitar hasta el último gramo de fuerza y voluntad, para enfrentarse con la prueba de astucia que lo aguardaba.

NO habían transcurrido aún tres horas cuando el estridor de la alarma, indicando proximidad de un cuerpo voluminoso, lo despertó por completo. Mirando la visiplaca, vió que la esbelta forma de uno de esos perseguidores se le acercaba por encima. Pero hasta que no se abrió una de las puertas que había en uno de los costados de la nave más cercana, no disparó cuidadosamente sus armas en aquella dirección.

La puerta se cerró, para abrirse cautelosamente un par de minutos más tarde. Marco aguardó a que la lancha salvavidas hubiera salido del todo, y entonces disparó una y otra vez, teniendo buen cuidado de errar por muy poco margen. Se rió al ver que la luz verde de su panel, encendiéndose y apagándose, le indicaba que los que iban en la otra nave deseaban comunicarse con él. Lo lógico era que un guardia se negara a parlamentar con los piratas.

—Cuelga tus ropas en la rama de un álamo, pero no te acerques al agua —canturreó, disparando más arriba y más abajo de la lancha que se acercaba y que finalmente dió media vuelta y huyó en busca de la protección de la enorme nave—. Dispara cuando les veas el blanco de los ojos —cantó—, pero no dañes a ninguno de esos individuos preciosos.

Una y otra vez, la lancha salvavidas salió, y otras tantas retrocedió ante el fuego de Marco.

—Quieren agotarme —se dijo éste.

Y al fin se agotó..., aunque ya habían transcurrido cuarenta y tres horas de su salida de Venus. Uno de los seis hombres que abordó la nave lo encontró al parecer desvanecido en su silla, y lo despertó sacudiéndolo de un hombro.

Ninguno de los del grupo dijo una palabra ni se quitó el casco. Las torpes figuras grises, cubiertas con los trajes de reglamento para los humanos, no le daban el más pequeño indicio de su procedencia. Marco sabía que hasta los aracnoides se habían disfrazado con ellos, metiendo sus dobles extremidades en los brazos y piernas de los grandes trajes espaciales hechos para los hombres. Ni oyó siquiera una palabra, cuando lo llevaron a su cabina y le obligaron a vestirse de un modo similar. Cuando Marco subió torpemente a la pequeña lancha, pensó de nuevo en las diversas razones que había podido tener Grath para no enviar ningún mensaje acerca de la naturaleza de sus captores, si aquellos

eran, en realidad, los enviados de Crae. La más cercana de las plateadas naves se aproximó a ellos. Era un transporte del tipo corriente en el espacio. Solamente la falta de los treinta números de identidad traicionaba su falta de matrícula legítima. Pero los números podían ser pintados fácilmente, antes de que una flota de guerra se acercara lo suficiente para una investigación.

De repente, Marco se desprendió de los pesados mitones que se apoyaban en sus hombros, cuando la lancha se acercaba a la nave, y saltó fuera de ella. Abrió los pequeños cohetes del traje y descendió en línea perpendicular a la lancha, huyendo de ella, subiendo y bajando, describiendo zigzagueos y círculos y haciendo toda clase de contorsiones, mientras la pequeña embarcación lo seguía cautelosamente. Permaneció un momento inmóvil en el espacio, hasta que la presión contraria de los dos cohetes de delante y de detrás lo apretó despiadadamente, y luego giró, dirigiéndose a veces hacia el *Pato salvaje* y otras al brillante transporte. Nunca había hecho una exhibición tan extraordinaria, ni siquiera para los muchachos de la Escuela de Guardias.

Recordó que en la cena de graduación le habían presentado ceremoniosamente una vieja bota espacial con su nombre y la siguiente leyenda: "Si le ocurre algo, póngasela". Sin embargo, ninguno de los que iban en la lancha intentó salir de ella para rodearlo; ninguna de aquellas figuras traicionó su anatomía no humana mostrando su incapacidad de levantar los brazos por encima de la cabeza, o quitándose el pesado traje espacial para seguirlo con más facilidad. Por fin, cuando se quedó casi inmóvil, fingiendo el coma en que terminan los primeros espasmos de la neurosis del espacio, los de la lancha se acercaron a él y lo subieron a bordo. Inmóvil aún, fué llevado al interior de la gran nave, donde lo despojaron de su traje espacial y lo llevaron como peso muerto, a una diminuta celda, sin que sus captores se hubieran despojado aún de sus ropas.

Permaneció allí varios minutos, inmóvil, sin atreverse siquiera a abrir los ojos, esperando que se acercara alguien, para observarlo o deshacerse de él; pero no sintió ruido alguno y finalmente recurrió a su interrumpido sueño. Los peligros que le aguardaban podían ser aún más agotadores. Riendo para sí, eligió un sueño inocente de sus primeras épocas de patrullaje, y se sumió en él.

MARCO Neery se despertó horas más tarde, al sentir una mano que le sacudía violentamente un hombro, obligándole a sentarse. Sus ojos recorrieron lentamente, como si no estuvieran despiertos del todo, el cuerpo y la cara del que lo había despertado. Se alegró inmensamente al ver

—Mire, señor, no sabría decirle dónde queda esa calle, pues yo tampoco soy de aquí...

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que era un hombre, aunque rudo y de cara desagradable. Del ancho cinturón de cuero, que ceñía el sucio overol del hombre, colgaba un látigo, con la cuerda arrollada en torno al corto mango negro.

—¡Levántese! —la voz del hombre era tan ruda y áspera como su aspecto.

Marco Neery se levantó lentamente.

—¿Qué quiere? —preguntó en voz baja. Luego se irguió y miró con más atención al recién llegado—. ¿Qué nave es ésta y por qué me han secuestrado?

—No es asunto suyo. Venga —respondió el hombretón, agarrando a Marco de un hombro y empujándolo hacia la puerta.

—¿Adónde? —preguntó Marco mientras el otro le obligaba a salir.

—Por aquí —el hombre le hizo volverse hacia la izquierda y lo condujo por un corredor circular que a juzgar por su curva, debía de encontrarse en el centro de una gran nave—. Y no haga preguntas, pues no voy a contestarle.

Los dos siguieron por el corredor, sin que se oyera otro ruido que el de sus botas magnéticas. Llegaron a un ascensor. De un empujón, el hombre metió en él a Marco, y entró detrás. Subieron durante unos veinte segundos. Marco calculó que debían de haber llegado hasta cerca de la cabeza de la nave. Un nuevo empujón, y Marco salió del ascensor. Se encontró en un corredor con una curvatura mucho más aguda. Su guía llamó a una puerta que había enfrente del ascensor.

—Gorbo y prisionero —dijo.

—Entre, Gorbo.

La puerta se abrió hacia dentro. Marco entró de otro empujón. Gorbo lo siguió.

La primera impresión de Marco fué que la cabina había sido convertida en una oficina. Detrás del elegante hombrecito sentado ante el gran escritorio, había varias filas de ficheros que llegaban hasta el techo. Casi todo el suelo estaba ocupado por una serie de máquinas que ostentaban en rojo la marca: *Compañía de Máquinas Autocontadoras, Róchester, Tierra.* Un muchacho, con short y camiseta, estaba muy ocupado insertando tarjetas en una máquina contadora de jornales, de cuya parte superior iba surgiendo un papel impreso.

Marco oyó a Gorbo, que dijo detrás de él:

—¿Eso es todo, jefe?

El hombrecito del escritorio le replicó:

—Aguarda afuera, por si tenemos algún inconveniente.

Gorbo salió, cerrando la puerta. El joven empleado dejó la ruidosa máquina y salió por otra puerta.

—Y ahora, señor Neery —la voz del hombre que había detrás del escritorio era suave y agradable—, ¿quiere hacer el favor de sentarse? —le indicó una silla, puesta junto al escritorio, como para una secretaria.

—¡No, hasta que no me haya explicado por qué estoy aquí y qué piensa hacer conmigo! —replicó Marco, con fiereza.

—De eso es de lo que vamos a hablar. Siéntese, y así se lo podré explicar con más rapidez. Probablemente tendrá hambre, pero no puedo dejarle que baje a desayunar (¡mejor dicho, a comer) hasta que hayamos hablado un rato.

Marco se sentó, vacilante, en el borde de una silla.

—Como miembro de la Guardia de la Galaxia, exijo... —comenzó.

—Exige una explicación; desde luego —el hombre seguía mostrándose amable—; aunque el exigirla no le servirá de nada, si yo no quiero hablar. Si quiere saber cómo descubrí su nombre... Tenemos su libro de navegación y todos los papeles de su nave.

—¡Mi nave! —Marco se puso en pie de un salto—. ¿Dónde está mi nave?

—Siéntese, señor Neery. Ya llegaremos a eso a su debido tiempo.

Marco se sentó, frunciendo el ceño.

—Me llamo Jones —dijo el hombre del escritorio—. Soy el gerente general y comercial de esta expedición. Vamos camino de Crae —Marco irguió la cabeza—, con un cargamento de mercaderías, necesarias en el distante planeta. Ésta es, como usted diría, una simple expedición mercantil. Como mercaderes, estamos naturalmente preparados para hacer frente a los ataques destinados a limitar nuestro comercio...; como, por ejemplo, su instinto de intromisión.

—No me entrometí en nada. Me han perseguido ustedes sin motivo y sin previa comunicación —Marco no podría haber dicho aquello si, unas horas antes, hubiera puesto en funcionamiento el receptor de señales. Eso es una agresión que se castiga con condena perpetua en una colonia penal — el guardia se mostraba menos suave que Jones, pero más preciso.

—Sabíamos que usted era una amenaza para nosotros; y el examen de su libro de navegación lo demuestra de modo concluyente. Sea como fuere, usted está aquí, y su nave se halla a la deriva en una órbita de Erbeo; así que podemos dejarnos de legalismos.

Marco se echó hacia atrás. Hasta que supiera qué organización tenía el mando de la nave, no le serviría de nada atacar a aquel malvado repugnante. Mejor era dejar que siguiera hablando.

—Su posición aquí es muy sencilla —explicó el gerente—. Tiene dos caminos que elegir, y ambos nos parecen muy aceptables: puede unirse a los reclutas que van a Crae, o unirse al cargamento.

—¿Reclutas? ¿Cargamentos?

—Los reclutas son los que tienen sentido común. Sus deberes en la nave consisten en mantener el orden del cargamento. Los reclutas se convertirán en capataces de los grupos de trabajadores de Crae. Están pagados... y bien pagados... para la cantidad de trabajo que logran obtener de esos grupos. Sus métodos de persuasión son muy sencillos: el látigo. La duración de su servicio es indefinida, y generalmente termina cuando deciden que prefieren convertirse en parte de los grupos de reclutamiento, como hizo Ebon Macklure, de quien creo ha oído usted hablar, y como nuestro buen Gorbo, al que acaba de conocer. El cargamento consiste simplemente en trabajadores baratos..., elegidos acá y allá, en los diversos sistemas planetarios, además de unos cuantos estúpidos que declinan tercamente la oportunidad de convertirse en capataces. Eso, claro está, es una suerte, porque los Unos de Crae no conseguirían que se construyeran muchos edificios, con grupos solos de capataces. Su elección, como hombre de sentido común, es obvia.

Cirugía animal

Una publicación médica norteamericana nos hace saber que la cirugía no es patrimonio exclusivo de los hombres: también los animales saben hacer sus operaciones de vez en cuando. Para demostrarlo, cita el caso de una campesina, próxima a dar a luz, que se las arregló de tal manera frente a un toro furioso, que éste, de una certera cornada... le practicó una magnífica operación cesárea, con toda felicidad.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Marco reflexionó con calma antes de contestar:

—Señor Jones, usted no tiene buena opinión de mí. El tráfico de esclavos es una ocupación ilegal y azarosa, y, lo que es aún más importante, tiene intrínsecamente muy pocos beneficios. Usted y yo sabemos muy bien que las máquinas pueden hacer las construcciones tan bien como los hombres... y más baratas. Excepto, claro está, los hombres necesarios para hacer funcionar esas máquinas; y eso no puede mejorarse mediante un capataz con un látigo. Usted es un pirata. Los piratas buscan beneficios mayores que los que puede proporcionarles una empresa decente: el pago sencillo de servicios sencillos no encaja absolutamente en sus proyectos. Como hombre de sentido común, necesito, antes de decidirme, conocer los verdaderos detalles de la operación. ¿Quiénes son los Unos de Crae, y cuál es su verdadero fin al desear tener bajo su dominio a seres humanos? ¿Por qué usted, con su *empresa comercial*, no intenta satisfacer sus deseos de energía, proteínas animales o lo que sea, de un modo más barato y socialmente más aceptable? Si estoy bajo su dominio, como usted quiere darme a entender, no veo por qué razón tiene que mentirme.

—Mi querido señor Neery, veo que ha demostrado ser el hombre de sentido que yo esperaba. Sin embargo —agregó Jones— le he dicho todo lo que he resuelto decirle. Lo que los Unos de Crae buscan en los seres humanos, no es asunto suyo... ni mío. Existe una demanda..., y yo la satisfago. Puedo decirle honestamente que he visto que en Crae se están haciendo unas construcciones y que los hombres toman parte en ellas. Está usted en libertad completa de cambiar su lugar con un látigo (si es que lo elige) por un lugar en las cuadrillas de trabajadores, si lo prefiere, aunque, claro está, que luego no podrá volver a cambiar de lugar. Si todo esto le parece demasiado sencillo, automáticamente se convertirá en cargamento. Como habrá visto, está por completo a nuestra disposición. ¡Gorbo! —agregó, levantando la voz.

LA puerta se abrió, y el hombretón entró, sacándose el látigo del cinturón.

—Gorbo, ¿quiere decirle al señor Neery cuáles son los deberes del recluta?

Gorbo levantó la mano en que tenía el látigo.

—Los reclutas aprenden a usar el látigo —dijo fríamente— en objetos y en hombres. Los reclutas aprenden que los esclavos no hablan y que los reclutas tampoco deben ser charlatanes. Los reclutas aprenden a obedecer las órdenes, a cobrar su paga y a no pensar en nada más.

Marco lo miró con curiosidad.

—¿A obedecer las órdenes de quién, boy scout?

—Las órdenes de los Unos.

—¿Quiénes son los Unos?

—Los señores de Crae.

—Quiero decir, ¿qué son los Unos?

—Los reclutas aprenden a no hacer preguntas acerca de los Unos. Reciben sus órdenes por un altavoz y la obedecen sin hacer preguntas ni hablar de ellos. Si se vuelven demasiado curiosos —flexionó la muñeca y levantó el látigo—, les damos con esto, y se los encadena en las cuadrillas. Las cuadrillas no tienen ninguna simpatía por los ex capataces —y se quedó amenazadoramente silencioso.

Jones habló de nuevo, con suavidad.

—¿A qué grupo cree que debe ingresar el señor Neery?

Gorbo sonrió cruelmente.

—No me importa que vaya a donde sea. Cuanto menos le paguen a él, más me pagarán a mí. Me gustaría tener

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ESE CHICO...

al que Ud. quiere convertir en un hombre de bien, tiene lógicas y naturales ansias de aventuras. Es inútil contrariarlas, pero es conveniente seleccionar las novelas de aventuras que llegan a sus manos.

Recuerde!.. Los

PEQUEÑOS GRANDES LIBROS

son una garantía de emoción sana y honesta para los chicos y una garantía de confianza para los padres.

Tienen los personajes y las hazañas que más gustan a los chicos:

RED RYDER EN GUERRA EN LAS PRADERAS
DONALD EL GRAN GOLEADOR
GENE AUTRY EN UNA MISION PELIGROSA
AVENTURAS DE MANDRAKE EL MAGO
MICKEY Y ROBINSON CRUSOE
BUFFALO BILL
MISTERIX Y EL ELEMENTO X

y muchos títulos más

$ 3.80

en todas las librerías

oportunidad de marcarle la espalda a otro guardia del espacio —dijo, levantando sugestivamente el látigo—, pero personalmente no tengo, claro está, nada contra él, excepto la broma del boy scout. Si es listo, ingresará en los reclutas.

—¿Qué fué eso de *otro* guardia del espacio? —preguntó Marco con tono imperativo.

—¡Oh!, hemos ido reuniendo una docena, más o menos, en los diversos viajes. En el cargamento tenemos ahora uno... recién traído. Son los muchachos más inteligentes del Universo —dijo burlón, Gorbo—, y, cuando les toca la hora de ser reclutas, se portan todos como unos tontos. ¿Usted, también?

Marco reflexionó un momento. Aquello era una prueba. En tal circunstancia era sumamente importante que él hiciera lo que de él esperaban. Los demás guardias del espacio, al enfrentarse con un problema idéntico, habían elegido no traicionar su esperada lealtad a los fines de la Guardia, conocidos de un modo general por los piratas y las sociedades. Pero los piratas, como hombres que deseaban con exceso y por encima de todo la riqueza, pensarían que todo hombre tenía su precio: hasta un guardia del espacio. Y si sus camaradas investigaban solamente un lado del problema, él debía, si era posible, investigar el otro.

Se volvió meditativo hacia Jones.

—Todavía no estoy muy seguro de las ventajas que eso tiene para mí —dijo, vacilante—. Usted habla de un buen sueldo; pero mi salario se va acumulando en mi cuenta, aunque la Guardia sepa o no dónde estoy o lo que estoy haciendo. Tampoco tengo ningún medio de saber si en Crae hay algún lugar donde yo pueda emplear de modo satisfactorio las unidades que reciba. Y tan seguro estoy de ser un capataz privilegiado durante cierto tiempo, como usted de que no intentaré escapar y denunciar ante la justicia a usted y su negocio.

—Casi me alegra oír sus objeciones, señor Neery —replicó Jones.

Gorbo resopló.

—Si a él no le gusta el ofrecimiento de usted, déjele que se una al cargamento y sude con ellos. Yo puedo explicarle lo que le espera.

Oyóse un repentino silbido, y el negro látigo se hincó con fuerza en la ancha espalda de Marco, que dió un salto, apretando furiosamente los puños.

La voz de Jones intervino prontamente.

—Gracias, Gorbo. Eso ha sido una buena explicación. Puede aguardar afuera hasta que termine con Neery.

Gorbo sonrió y abrió la puerta. Marco dió un paso hacia él.

—Siéntese, Neery —ordenó Jones—. Si ataca usted a Gorbo, pierde usted la libertad de elegir.

Neery obedeció.

—¿Es usted el capitán de la nave, señor Jones? —preguntó, indignado.

Eso no tiene nada que ver con nuestro asunto —replicó Jones—. En esta nave cumplirá usted mis órdenes. Y ahora, volviendo a sus consideraciones finales... —bajó la voz—. Es cierto que no le damos garantía alguna de que vamos a conservarlo en su puesto de capataz; pero usted tiene una oportunidad de demostrar su capacidad, actuando. Sabe muy bien que, si elige lo contrario, le garantizaremos su puesto en el cargamento. En Crae tendrá oportunidad de gastar hasta la última unidad que gane. Hay allí un almacén bien provisto y un café donde usted podrá conseguir las mujeres que quiera. Y, desde luego, como la Guardia del Espacio ignora dónde se encuentra usted, seguirá acumulándole su sueldo, por si acaso vuelve para reclamarlo. Creo que si ahora coopera

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

con nosotros, podremos arreglar lo necesario para que regrese. Verá, de cuando en cuando, que ciertos miembros de la tripulación se vuelven..., digamos, un poco inoportunos. Empiezan a exigir, por pago de servicios que ellos consideran indispensables, una participación mayor de la que normalmente les corresponde, en los beneficios de la empresa. Nos encontramos en situación de ofrecer a usted una bonificación especial por su ayuda. Cuando usted haya trabajado dos años en Crae, como capataz, tendrá el privilegio de volver a su cuartel central, como famoso captor de cierto número de jefes de la infame banda de secuestradores. Es decir, usted dirá que son jefes. Lo aclamarán como a un héroe de su profesión... Eso es lo que le reservamos. Ahora, dígame: ¿qué le parece?

Marco sonrió y se pasó la lengua por el labio inferior.

—Me arriesgaré —dijo—. En realidad, creo que usted me necesitará, cuando le convenga financieramente traicionar a los miembros de su tripulación. ¿Cuáles son sus órdenes..., jefe?

—Los reclutas no pueden andar libremente por la nave. Gorbo le mostrará su alojamiento y los lugares por donde puede ir. También se encargará de instruirlo. Por el momento, aceptará usted sus órdenes como si fueran las mías... ¡y no se vengará por lo del látigo! Gorbo actuó cumpliendo órdenes mías. Eso es todo. ¡Gorbo! —llamó de nuevo.

El hombre entró y miró interrogante a Jones.

—Gorbo, Neery es un nuevo recluta. Se lo entrego.

—Venga, recluta —dijo Gorbo—. En marcha —le dió a Marco una palmada en el hombro, y Marco tuvo que contenerse para no respingar cuando la pesada mano cayó sobre el verdugón producido por el latigazo—. Nada de rencores, ¿eh?

Salieron de la habitación.

Agujas solubles

Se ha preparado un nuevo elemento para la lucha contra el cáncer, Se trata de unas agujas huecas, obtenidas estirando una mezcla fundida de fosfato de titanio y bióxido de germanio. Llenadas con la cantidad necesaria de fósforo radioactivo, se depositan en los tumores, sin alterar prácticamente los tejidos sanos adyacentes. Terminado el tratamiento, no hace falta siquiera retirarlas: el organismo las absorbe sin inconvenientes.

Capítulo 4

PLANETA PURGATORIO

En la superficie de un diminuto planeta de un sistema que no figuraba aún en los mapas de la Patrulla del Espacio, los hombres trabajaban penosamente bajo el sol abrasador del mediodía. Cien cuadrillas realizaban cien tareas distintas. Unas hierbas primitivas, colocadas sobre los fuertes hombros desnudos de los trabajadores, servían para llevar los cubos de agua a una vasta represa. Más allá, un hombre sudoroso manejaba un arado del que tiraban cuatro hombres más. A lo largo del camino que había al borde de un polvoriento claro, un grupo de treinta hombres empujaban un gran bloque de piedra hacia los muros de la represa que se estaba construyendo. Sólo los ruidos del trabajo rompían el hosco silencio: el roce de la gran piedra, el crujido del duro arado, el campanilleo de un arnés, el ruido ocasional y metálico de los aros de hierro que los trabajadores llevaban en las muñecas y en el cuello, a más del restallar de los capataces.

Arnaud Grath (ocupado en cambiar de lugar la tirante cuerda que lo unía a la gran piedra) no había oído una voz humana en los diecisiete días que llevaba allí, a excepción de algún que otro gemido o maldición que traían aparejados consigo un rápido y fuerte latigazo. Diecisiete días empleados en arrastrar bloque tras bloque hasta el muro; días interrumpidos solamente, por la mañana y por la noche, por unas comidas de pan arenoso y guiso aguado; días separados entre sí por noches de profundos sueños de agotamiento, durante las cuales permanecía atado al bloque de la misma piedra gris que arrastraba todo el día.

Se preguntó si Aleesa estaría agotándose también en una tarea semejante. Había visto unas cuantas mujeres harapientas, pero no había reconocido entre ellas su esbelta figura. Quizá Aleesa preparaba el insípido pan o tejía la áspera tela gris de que iban vestidos algunos hombres. El uniforme de Grath estaba ya hecho jirones, endurecido por el sudor, la sangre y el polvo. Macklure le había dicho que Aleesa bailaría ante los Unos de Crae. Al parecer, aquello no fué más que una burla irónica y brutal.

Pero, ¿por qué iba a ser una broma? Durante todos aquellos días había estado pensando en el problema y había llegado a la conclusión de que la esclavitud de Crae debía de costar muy cara a los esclavistas. Macklure no perdería el tiempo con ellos, si no le pagaban bien; el simple coste del transporte tenía que ser enorme. Seguramente, nada impedía a los Unos transportar maquinaria a mitad de precio, si es que sabían que existía esa maquinaria. Unos cuantos levadores tractores terminarían con el arado en un día, y con la construcción en una semana. Hasta un mismo *grox* marciano era una bestia de tracción más eficaz que el hombre.

¡Crac! El látigo le pasó rozando la musculosa espalda y sintió que la cuerda le mordía el hombro, al saltar él hacia adelante. El capataz avanzó a lo largo de la triple fila de hombres, restallando amenazadoramente el látigo, pero sin darle nunca a nadie con la fuerza suficiente para aumentar el ritmo del trabajo. Cuando volvía hacia atrás, Arnaud distinguió una cadencia extraña, irregular y familiar a la vez, en el restallido continuo de la correa: ¡su número de llamada de la Guardia! Levantó un poco la cabeza, abrió los ojos, habitualmente medio cerrados para protegerlos del polvo y el resplandor, y miró a hurtadillas al capataz, cuando pasó junto a él.

La cara que vieron sus asombrados ojos era la cara de Marco Neery.

En su asombro, Arnaud tropezó y estuvo a punto de caer. El látigo silbó en el aire, pero sólo le rozó ligeramente. Mientras Marco seguía hacia atrás, Arnaud reconoció de nuevo su número de llamada. Y luego su nombre, en la clave de la Guardia. Siguió adelante, escuchando con atención.

Arnaud... Arnaud..., entraré... en... contacto... contigo... dentro... de poco... Prepárate... para... la acción (el látigo restalló y se descargó sobre uno de los hombres). *Mueve... la... cabeza... si... me entendiste.*

Arnaud meneó afirmativamente la cabeza, como si le irritara el collar de hierro. Marco siguió recorriendo la hilera de hombres, azotándolos y dándoles patadas. Arnaud sintió que una nueva fuerza le corría por las venas, al enterarse de la presencia de Marco.

Pero, ¿cómo era posible que Marco se encontrara entre los capataces y no fuera otro animal de carga como él?

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Ardía en deseos de conocer la respuesta. Su lengua pasó y repasó sobre el transmisor que llevaba en el interior de las mandíbulas. Su cuerpo respondió a la excitación acelerando el paso, signo de una terrible impaciencia. Aquello le hizo perder el compás, y la gran piedra avanzó con más lentitud, mientras los hombres tropezaban y tironeaban. Ninguna voz contestó en su oído... Sólo oyó la crepitación sin significado, que le había irritado el cerebro desde que llegaron a Crae. El collar tiró de su cuello, y Arnaud dedicó su atención al paso lento de la cansada cuadrilla.

ALEESA se despertó del estupor producido por la droga. Tenía ante sí una marmita de grasienta sopa, que ella meneaba lentamente. Alzando los ojos, observó el vivo resplandor del sol, el polvo asfixiante, el tórrido paisaje gris, y sintió el fuerte olor del sudor, mezclado al de una hierba aromática que habían echado en la sopa. Delante de ella, a unos quince metros de distancia, se alzaba una plataforma de piedra y, más allá, a través de la llanura, veíase una torre de piedra, a medio terminar. Cerca de Aleesa había otras mujeres, inclinadas como ella sobre otras marmitas puestas al fuego; algunas de las mujeres estaban simplemente sentadas, mirando con ojos mortecinos las hogueras. Aleesa se dirigió a la mujer que tenía al lado y que trataba de peinarse con los dedos los revueltos cabellos rubio ceniza.

—¿Dónde estoy y qué hago aquí? — los efectos de la droga iban desapareciendo, y entonces se irguió—. ¡Voy a bailar ante los Unos de Crae!

Luego miró su túnica. El transparente tejido verde estaba convertido en unos cuantos jirones sucios. Hirió coléricamente el suelo con el pie.

—¡Bueno, diga algo! ¡Yo soy Aleesa!

La mujer a quien se había dirigido, no se movió ni levantó los ojos.

—Bailará —murmuró, en voz casi inaudible—; pero no como cree. Siga meneando la sopa.

Aleesa no le hizo caso, y gritó, exigente:

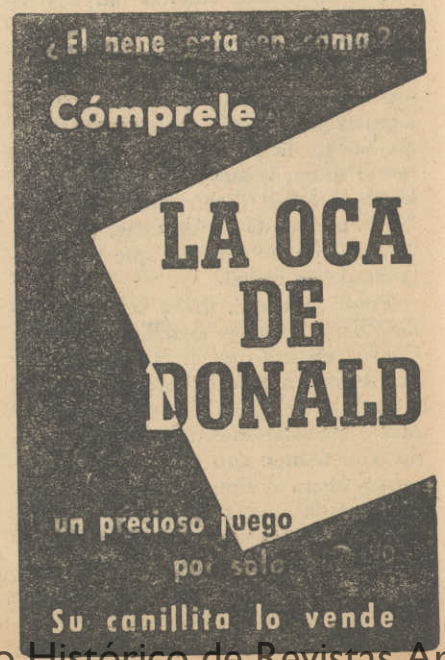
—¿Quién está al mando de esto? ¡Tienen que llevarme a los jefes!

Dió un paso hacia el refugio de piedra gris que había frente al fuego; pero el collar de hierro, que llevaba al sucio cuello, casi la ahogó. Estaba encadenada a un bloque de piedra, cercano al lugar donde había despertado.

Una mujer, vestida con un short limpio y una guerrera plateada, salió corriendo del refugio.

—¿Quién habló? ¿Tú? — y se dirigió hacia Aleesa.

—Sí, yo hablé. Exijo que me digan por qué estoy encadenada aquí, como una bestia.



—¡Silencio! ¡Aquí no da órdenes nadie más que yo! —la morena y ágil mujer se acercó a Aleesa y le dió una bofetada—. Sigue tu trabajo y cállate, ¡esclava! —su voz era tan hiriente como su mano.

Aturdida, Aleesa se arrodilló delante de la marmita. La mujer la abofeteó de nuevo.

—¡Y no me dejes que se queme la sopa! —le ordenó.

Aleesa extendió furiosamente una mano, cogió por el tobillo a la mujer, la derribó junto a sí y vertió el hirviente contenido del cucharón sobre la cabeza de su verdugo. La mujer lanzó un grito. Otras tres mujeres, también con guerreras de plata, salieron corriendo del refugio. Sujetaron a Aleesa por los cabellos, por las muñecas, por los tobillos; la sacudieron; la dejaron caer pesadamente a tierra, y luego ayudaron a su compañera a volver al refugio.

Aleesa miró alrededor. Ninguna de las mujeres que se hallaban allí había mirado siquiera en dirección suya. La que estaba junto a ella le dijo entre dientes:

—Le dije a usted que bailaría. Más vale que vuelva al trabajo, o la tratarán peor aún.

La bailarina se levantó y miró su marmita. El caldo estaba a punto de derramarse. Tomó del suelo el cucharón, lo limpió malhumoradamente en su desgarrada falda y lo metió de nuevo en la sopa.

De pronto, comenzó a sollozar.

Su vecina habló de nuevo, vigilando atentamente el refugio con el rabillo del ojo por si venía alguien.

—Cállese —le dijo apáticamente—. No volverán hasta dentro de un rato. Es la hora de la comida de los hombres. Esta noche podré contarle qué pasa.

A través de la llanura, una nube, más espesa que el polvo, se aproximaba a las mujeres y la comida.

Tres mujeres se levantaron y vinieron a buscar las marmitas. Aquellas mujeres no estaban encadenadas como las cocineras, aunque sus ropas aparecían destrozadas y su aspecto era tan abatido como el de ellas. Agarraron las asas de las marmitas y llevaron éstas a la plataforma de piedra. Después volvieron y se sentaron tristemente junto a las esclavas encadenadas. Otras esclavas salieron de los refugios, como perros atraillados, dirigidas por las manos firmes de las muchachas de guerrera plateada y llevando bandejas llenas de unos panes grisáceos. Vaciaron las bandejas en la plataforma y volvieron gimiendo a los malolientes refugios.

Los hombres comían como lobos, agarrando los panes, hundiendo los pedazos en la sopa y mordiendo grandes trozos. Aleesa vió las cuerdas que los mantenían juntos; hasta distinguió los verdugos causados por los látigos, en las espaldas y muslos. Se sentó, con la cabeza entre las manos, y comenzó a llorar en silencio.

CUATRO capataces salieron de los refugios y se acercaron a los hombres que comían con avidez. A punta de látigo se llevaron a los trabajadores,

---

Translúcidas pero no transparentes

EN Francia se han comenzado a usar puertas traslúcidas de material plástico, que aunque permiten pasar la luz, no dejan ver el interior del ambiente que cierran. Los indiscretos tendrán que seguir mirando por el ojo de la cerradura.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

por donde habían venido, mientras los capataces de la mañana entraban en el refugio.

Las mujeres que se habían llevado las marmitas las trajeron de nuevo y las colocaron delante de las mujeres que las habían atendido. Cada una de ellas cogió el cucharón y comenzó a rebañar el fondo del recipiente que contenía tan sólo unas pocas gotas. Aleesa se sintió hambrienta y, automáticamente, tomó su cucharón para hacer lo mismo; pero el olor de la sopa era tan fuerte que le dió náuseas en cuanto probó el primer bocado y, al segundo, cayó desvanecida al suelo.

Cuando volvió en sí oyó la apagada voz de su vecina, que le decía a la mujer que tenía al lado:

—Dice que es bailarina; así que debe de tener buena constitución y podrá resistir varios meses. Yo también me desmayaría si creyera que iban a llevarme de aquí para enterrarme.

Aleesa no oyó la respuesta; pero, al recobrar su anterior postura, vió que las mujeres uniformadas salían del refugio.

—Tú, ven —dijo la jefa, dirigiéndose a la mujer que estaba junto a la bailarina—. Te hemos oído hablar, y llevas aquí el tiempo suficiente para saber que eso no se hace. ¡En pie!

Soltaron su cadena del bloque y tiraron de la mujer. Ella gritó y se resistió furiosamente, pero la arrastraron a la fuerza hasta la puerta del refugio.

Cuando el grupo desapareció de vista, una de las mujeres musitó:

—Ahí va Peritta. No volveremos a verla. Que eso le sirva de lección a ustedes —su lenguaje venusiano tenía un fuerte acento terrestre.

—¿Adónde la llevan? —preguntó Aleesa.

—Dicen que a los Unos. Debe de ser algo terrible.

—¿Se llevan a todas las que hablan?

—Creo que ésa es la excusa. Se llevan a todas las que protestan, sencillamente, van a otras cuando hace varios días que no han descubierto a ninguna. Yo llevo aquí mucho tiempo y probablemente me llevarán a mí después —se estremeció y luego volvió ávidamente a lamer las últimas gotas de su cucharón.

—¿Y yo... llevo aquí mucho tiempo? —preguntó entonces Aleesa, en voz muy baja.

—Usted vino en la misma nave que yo —fué la respuesta—, pero hasta hoy ha andado como una sonámbula.

—¿Y cree que me llevarán pronto, también?

—Quizá.

—Entonces, voy a ir cuanto antes. Nada puede ser peor que esto —indicó con el gesto la tierra polvorienta, las malolientes marmitas, y se levantó.

Le dió a su marmita una patada, con toda la fuerza posible; arrojó hacia atrás el cucharón; agarró su cadena y tiró de ella con todas sus fuerzas, maldiciendo en venusiano. Gritó furiosa a las mujeres que la rodeaban:

—¡Levántense, mujeres cobardes! ¡Unámonos contra esas *furrustrasas!* —la palabra más insultante que se le ocurrió—. Ataquémoslas cuando vengan aquí, ¿quieren? —vió que varias mujeres con guerreras se acercaban a ella—. ¡Golpéenlas con sus marmitas... o con los cucharones!

Una de las mujeres se aproximó por delante. Aleesa la agarró por los cortos y rizosos cabellos y, tirándole de ellos, comenzó a arañarle la cara con sus rotas uñas.

Una carcajada recorrió las filas de las mujeres.

Aleesa intentó dar de puntapiés a su enemiga, en las piernas, pero su gastada zapatilla de bailarina se rompió y lanzó un grito de dolor, porque al errar había dado contra el bloque de las cadenas.

Tres mujeres más se le acercaron por detrás y la cogieron, sometiéndola con facilidad; mas cuando se la llevaron de allí, seguía gritando y maldiciendo.

Una de las mujeres encadenadas exclamó:

—¡Bailarinas, ah! ¡No tienen cerebro! Nada más que temperamento artístico.

Las otras se echaron a reír y volvieron a las últimas gotas de su sopa.

Capítulo 5

EL LÁTIGO

LAS noches, como los agotadores días, eran cortas pero no frías, en Crae. Arnaud dormía en la polvorienta tierra cuando Marco Neery se le acercó y le soltó la cadena del collar de hierro que lo sujetaba de noche al poste de cemento.

Marco dió un ligero puntapié a las piernas del durmiente.

—Venga —dijo ásperamente, sacudiendo el collar de Arnaud.

El repentino dolor en el cuello ampollado despertó instantáneamente a Arnaud.

—¿Qué pasa? —murmuró.

—Levántese y calle —replicó Marco, dándole otro tirón al collar.

Arnaud se puso lentamente en pie. Miró en la oscuridad y reconoció a Marco.

—Neery —murmuró—, ¿cómo...?

—Cállese la maldita boca, le digo —la voz de Marco era dura.

Llevó al silencioso guardia del espacio hasta el borde del campo de reposo, donde estaba reunido un pequeño grupo de capataces.

—Aquí está, muchachos —anunció Marco—. ¿Quieren que le demos una paliza al noble policía, antes de enviarlo a los Unos?

El grupo se dirigió hacia un refugio de piedra, parecido al que ocupaban las mujeres de las guerreras.

—Creo que a usted, como ex policía, le corresponde el privilegio —dijo uno de los capataces, entre risotadas.

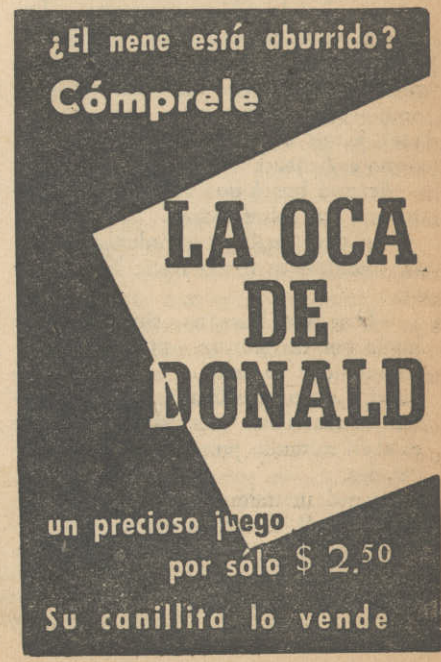
—Bueno, pero no quiero arriesgarme sin necesidad —replicó Marco, entregando a uno de ellos la cadena del collar de Arnaud, y sacando su látigo.

—Ahora pueden soltarlo, muchachos —le informó Marco, saltando hacia el desprevenido Grath. El látigo describió en la oscuridad un círculo sobre su cabeza y cayó sobre los irritados hombros de Arnaud.

Arnaud lanzó involuntariamente un grito y cayó de rodillas.

La voz de Marco era desafiante, mientras el látigo volvía a herir el aire, descargándose a unos milímetros de la carne magullada. Hablaba en guardés, la lengua difícil y semánticamente precisa, que sólo conocían los guardias.

—Levántate y finge que luchas. Tal



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

vez ésta será nuestra única oportunidad de hablar —le dijo burlón a Arnaud—. Las radios no funcionan debido a los depósitos minerales que hay aquí —agregó con tono colérico.

Arnaud se puso en pie, vacilante.

—¡Dímelo todo! —gritó, desafiante, y cargó furiosamente contra Marco, levantando los puños.

—En la oscuridad los demás no pueden ver si te doy o no. Haz que la lucha tenga aspecto y ruidos de realidad. —Marco le devolvió su desafío, restellando el látigo junto al puño izquierdo de Arnaud.

El puño pareció hundirse en las costillas de Marco.

—¡Uf! —gruñó—. Vas a ir a los Unos.

—¿Raza? ¿Características? ¿Motivos? —el dorso de la mano de Arnaud golpeó con gran ruido uno de los costados de la chaqueta coriácea de Marco.

—No humanoides. Telepáticos. ¡Qué sé yo! —fué la rabiosa respuesta—. Entra en contacto con ellos, pronto. Sé que pagan a los esclavistas con las gemas y radioactivos que han recogido aquí —se retiró un poco para dar amplio juego al látigo, que restalló en torno a Arnaud.

Arnaud buscó una abertura y se lanzó otra vez sobre Marco.

—¿Cómo recibes tus órdenes? —gruñó mientras se tiraba hacia los pies de él.

—Una voz humana, sin tono, que habla por un altavoz —murmuró Marco mientras se echaba encima de Arnaud. Luego agregó unas cuantas blasfemias marcianas escogidas, y los que estaban mirando prorrumpieron en carcajadas.

Agarró un talón de Arnaud y le tironeó de él, de arriba abajo.

Arnaud lanzó un aullido, no del todo simulado.

—¡Cuidado, animal!

Marco se volvió a medias, apretó contra el suelo los hombros de su contrincante, caído de espaldas, y golpeó con fuerza la tierra, junto a la cabeza del mismo.

—Cuidado con la hipnosis. La voz del altavoz parece la voz de alguien en trance —saltó ágilmente, levantándose, y agarró el mango del látigo, que colgaba de una correa pendiente de su muñeca. Luego lo restalló una y otra vez sobre la figura caída en tierra—. ¡Es imperativo que entres en contacto personal con los Unos! —agregó.

Arnaud gimió, fingió querer levantarse, apoyándose en las manos y las rodillas, cayó de espaldas.

El látigo volvió a restallar en torno al hombre.

—No intentes escapar, si tu vida no corre peligro —gruñó Marco, dando un puntapié cerca de la inmóvil figura—. Dentro de poco procuraré comunicarme de nuevo contigo.

Arnaud no le respondió. Marco se volvió triunfante hacia los capataces, que lo aplaudían.

—Llévenselo, muchachos —les dijo asqueado—. Se le acabaron las ganas de luchar.

Uno de ellos asió a Arnaud por una pierna y lo arrastró hacia el refugio.

—Un buen trozo de carne para los Unos —dijo fríamente Marco, mientras lo arrastraban.

—Probablemente —convino uno de ellos.

—Probablemente no — intervino otro—. Nunca he visto que queden huesos por ninguna parte. En realidad, los que enviamos a los Unos, desaparecen del todo, sin dejar rastro, que yo sepa.

Marco pensó en las víctimas de amnesia que aparecían en distantes planetas; pero no dijo nada.

—Cállate, a menos que quieras ir con ellos para enterarte —le previno un tercero—. Ya sabes que nos oyen desde cualquier parte. Hace un par de semanas se llevaron a Jom Parrish.

Los hombres entraron en el refugio con su carga, lo arrastraron a través de la gran sala y abrieron la puerta de dos hojas de lo que parecía una alacena.

—¿Está completamente desvanecido? —dijo uno de los hombres, tocando a Arnaud.

La única respuesta fué una ligera contracción del hombro.

—Está bien.

Marco sujetó la cadena del collar a una anilla que había en el suelo de la alacena. Ésta comenzó a descender, llevando el cuerpo inmóvil hacia las negras profundidades. Los hombres cerraron las puertas y volvieron a una mesa que había en uno de los extremos de la habitación, donde unos naipes y unas fichas demostraban que habían estado jugando una partida de *jamo*.

Uno de ellos dirigió la mirada hacia el negro cono del altavoz colgado en un rincón.

—El trabajo antes que el placer —dijo cuando volvieron a sentarse en torno a la mesa—. Tu compañero no era muy duro —agregó, volviéndose a Marco.

—Ni tampoco muy blando —dijo, iracundo, Marco, alzando la mano y mostrando los nudillos ensangrentados por haber golpeado repetidas veces el suelo—. ¿Quiere usted comprobar conmigo si un guardia es duro o no? — agregó.

—No me refería a usted —le replicó el otro en seguida—. ¿Qué se gritaban el uno al otro? —preguntó, mientras empezaba a barajar.

—Lindos insultos, como traidor, cobarde, mujerzuela...

Los de la mesa se tranquilizaron, y comenzó la partida.

EL descenso del ascensor le permitió a Arnaud Grath, alerta y cauto, reflexionar un momento acerca de su situación. Iba a los Unos, que, según Marco, podían leer sus pensamientos. Se suponía que él estaba inconsciente. Bueno, mejor sería estarlo. Y del mismo modo que Neery había invocado el sueño profundo, Arnaud entró en reposo y comenzó a soñar con Aleesa y la danza de la gente del mar.

No obstante, se despertó inmediatamente, cuando un violento vaivén lo sacudió y una luz clara penetró a través de sus párpados cerrados. Algunas voces bajas hablaban junto a él.

—Con cuidado. Acerca más la camilla al ascensor.

Sintió que le soltaban la cadena y que lo trasladaban a una superficie más suave. Al rozarle, lanzó un gemido.

—Parece que está en bastante mal estado —dijo una voz de hombre—. Ponlo en el primer baño curativo, antes de arrancarle esos andrajos.

Arnaud sintió rodar la camillas, suavemente, sobre un suelo liso y percibió un fuerte olor medicinal. Recordó de repente una apendicectomía que le habían hecho a los doce años. Envuelto en una sábana, lo habían llevado por

Radiodiagnóstico de los edificios

TAMBIÉN *los edificios necesitan radiografías de vez en cuando. Se acaban de obtener radiografías del cemento armado, utilizando rayos gamma emitidos por fuentes radioactivas. El cemento resulta entonces relativamente transparente, mientras que las barras de acero se destacan perfectamente en negro, en la película fotográfica. De esta manera se pueden localizar grietas y evitar a tiempo peligrosos derrumbamientos.*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

los corredores del hospital, en una camilla como aquélla, y un olor parecido al que ahora percibía llenaba también el aire.

La camilla se detuvo suavemente. Arnaud abrió los ojos. Vió que unos brazos cubiertos de blanco lo levantaban de la camilla y lo depositaban en una piscina de azulejos. Un brazo pasado por su cuello le mantenía la cabeza fuera de las corrientes cálidas e infinitamente suaves y curativas, que le recorrían el sucio y lacerado cuerpo. El anestésico fué penetrando a sus tejidos, por las heridas abiertas.

Y Arnaud se hundió en un letargo absoluto.

Cuando por fin se despertó, no sentía dolor alguno. Abrió los ojos. Vió que se hallaba en una habitación sencilla, lujosa y suavemente iluminada. Estaba tendido sobre un blando diván y cubierto con un tejido aterciopelado de color escarlata oscuro.

Pasó los desnudos pies por el borde del diván. Se sentó. Entonces se fijó en que estaba vestido solamente con un taparrabos blanco y resplandeciente. Sus brazos y piernas estaban limpios y no tenían la menor cicatriz. Se tocó la espalda. La piel tenía un aspecto sano y liso. Se levantó, admirado. El terrible dolor que le martirizó la espalda y los hombros durante incontables días, había desaparecido. Los Unos de Crae, pensó, debían de tener conocimientos médicos muy superiores al de los planetas interiores del Sol. ¡Su cura había sido tan rápida, tan completa! Se sentó de nuevo. No, no tenía la menor idea del tiempo que llevaba durmiendo o sometido a la acción de una droga. Posiblemente le habían hecho cirugía estética, durante meses enteros, sin que él lo supiera.

En el silencio de la habitación notó que el crepitar de sus oídos había desaparecido también, casi del todo. Podía muy bien hallarse en otro planeta distinto, o quizá la habitación estaba muy bien protegida.

Por lo menos estaba seguro de una cosa: de que tenía hambre voraz. Era de esperar que ahora comiera. Pero el hombre es por naturaleza curioso y desconfiado. Hizo un rápido inventario de la habitación. Las paredes, rojo oscuro, desprovistas de toda ornamentación, excepto la banda de suave luz a unos treinta centímetros del techo, que estaba a tres metros de altura. Sobre la espesa y blanda alfombra de un rojo tan oscuro que parecía casi negro, se encontraba el mullido diván, y delante de él, una mesita de madera tallada, con una bandeja con comida. En cada esquina de la habitación había un alto pie de metal, parecido al pie de una lámpara, del que colgaba, suspendido de cadenas doradas, un globo opalino de veinticinco centímetros de diámetro, abierto en su parte superior. "Probablemente otra clase de lámparas", pensó Arnaud. Aparte de eso, la habitación estaba vacía.

Se levantó y se acercó a la puerta abierta, por la cual podía ver la pared de un corredor. Nadie se presentó para detenerlo, y salió a un "hall". A la derecha, el "hall" terminaba unos cuantos centímetros más allá de la puerta de su habitación. A la izquierda, se extendía, uniéndose a lo lejos con otro, en un cruce iluminado. Había unas diez o doce puertas como la suya, pero cerradas, situadas todas en el mismo lado del "hall". Por ninguna parte se oían ni se veían señales de otra criatura viviente.

Volvió a su diván y comió con gran placer. La fruta era la primera que probaba desde la noche que cenó con Macklure, en el Venesberg. El pan no se parecía en nada al pan arenoso de las cuadrillas de trabajadores. Por el sabor reconoció el vino de la garrafa: era el mejor *shalima* salido de las cálidas uvas de los Grandes Champs de Palestra. Su gusto fresco y excitante le acarició los labios y la garganta.

De repente, tuvo la sensación de que su placer era compartido. Le instaron a probar de nuevo el vino. Y conforme el delicioso fuego le corría por las venas, iba él sintiéndose sometido a una absorción sensorial como la que formaba parte del proceso para registrar un disco TAKO (táctil auditorio visual kinestético olfativo) de los destinados a los mejores teatros. Pero en ninguna parte de su cuerpo desnudo se veía un electrodo.

Se levantó del diván y tomó un último sorbo de vino. Sintió de nuevo la sensación de placer compartido. El diván no tenía nada que ver con esto. Dejando la garrafa en la mesita, salió cautelosamente por la puerta y siguió por el corredor hacia la izquierda. De nuevo se sintió completamente solo. Cerca de la intersección, volvió a sentir ligeramente la sensación de que alguien vigilaba, pero allí no había nadie: en los rincones del cruce de los corredores se veían otras esferas brillantes como las de su habitación, pero ninguna persona. Una de las esferas era realmente una lámpara, pues daba luz; la otra no estaba encendida, pero su pulida superficie reflejaba unos centelleos de color.

Al llegar a la intersección, Arnaud vió que el ramal de la izquierda era un callejón sin salida, que terminaba un poco más allá, del mismo modo que el anterior. El ramal de la derecha torcía a unos seis metros de distancia; y, en el recodo, la pared estaba iluminada débilmente por una luz que procedía de lejos.

Siguiendo el alfombrado corredor hasta la segunda vuelta, Arnaud se encontró a la entrada de un espléndido jardín. Alzó los ojos y vió que la luz, que inundaba las plantas y el tupido césped que hollaban sus pies, procedía de unos paneles rectangulares de

ESTE ESPACIO ES SUYO...

...utilícelo para decirnos qué piensa de MAS ALLA. Critique, comente, alabe, sugiera. Si este espacio no le alcanza, agregue una hoja suya. Su carta será contestada y, si expresa puntos de vista originales o temas de interés general, será publicada.

Escriba a

más allá

Av. Alem 884 — Buenos Aires

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

luz, que había en el vasto y elevado techo. Deteniéndose un momento, observó las paredes verde oscuro, que se extendían a ambos lados, y vió, sin fijarse mucho en ellos, la hilera de brazos dorados que sostenían otros globos cristalinos, a lo largo de las paredes.

Al principio no vió a nadie en el jardín; pero, al avanzar, sus ojos distinguieron un movimiento entre las altas hojas de los helechos, que crecían en grupos entre las flores y no le permitían ver muy lejos. Se agazapó; avanzó sigilosamente hasta el borde de un pequeño claro de césped, y allí, Aleesa bailaba de nuevo la "Despedida a los que Parten": la danza ceremonial de la gente de mar, en Venus!

Capítulo 6

LA DANZA DEL DESEO

UNOS puntitos de luz chispeaban entre la gasa verde de las faldas de Aleesa, que se agitaban y arremolinaban con los giros de la danza. Los pies de la danzarina, descalzos como los de Arnaud, no hacían ruido alguno sobre el césped.

Los ojos de Arnaud recorrieron el claro en toda su extensión, pero no vió ningún público. Sólo cuando Aleesa se inclinó y quedó inmóvil en la zalema final, la llamó por su nombre.

—Magnífico, Aleesa —dijo, levantándose y aplaudiendo.

Ella alzó los ojos, sobresaltada, y se levantó, dispuesta a huir.

—¡Oficial! —exclamó, dando un grito de alegría—. ¡Usted era el oficial que estaba conmigo cuando me secuestraron! —y corrió hacia él, tendiéndole las manos.

—Arnaud Grath, guardia galáctico — sonrió él, estrechando las manos de ella entre las suyas—. ¿Ha estado bailando así desde que la vi por última vez?

—¡Oh, Arnaud; ha sido terrible! — suspiró ella—. He vivido como una esclava sucia, despreciada y miserable.

Le contó con todo detalle lo del collar y la cadena; le habló del polvo y la sopa maloliente, y de las mujeres sucias y despreciables que cuidaban de las marmitas.

Él la escuchó con atención, haciéndole que se sentara cómodamente en la hierba; mientras le contaba aquella historia, tan parecida a la de él; le acarició el hombro cuando ella se echó a llorar al hablarle del estado de su degradación, y finalmente la estrechó contra sí cuando ella le describió los insultos que le habían prodigado las guardianas uniformadas, mientras la ataban a un ascensor similar al que había llevado a Arnaud bajo la superficie de Crae, y su pánico cuando la obligaron a entrar en las aguas que la durmieron.

—Y, desde entonces —dijo, después de describirle la habitación verde donde se había despertado vestida con las vestiduras verdes de bailarina—, he comido y dormido, comido y dormido sin perder el miedo. Dos veces he bailado aquí, procurando olvidar lo que me dijeron: que los Unos de Crae me consumirían bien pronto —y estalló en estremecidos sollozos.

—¿Ha visto a los Unos? —le preguntó Arnaud.

—No he visto a nadie más que a usted —replicó ella, enjugándose las lágrimas con el dorso de su esbelta mano—. He estado en este jardín, bailando y nadando en la piscina —se la indicó con un gracioso ademán— y volviendo a mi habitación, para comer y dormir, cuando estaba muy cansada. Siempre encontré allí comida; pero nunca he visto ningún ser vivo, excepto dos mujeres con túnicas blancas, que me pusieron en el baño donde me dormí. He llamado y gritado horas enteras. Nadie me ha contestado.

Arnaud reflexionó que el terror de Aleesa no debía de ser tan profundo como ella había descrito, pues en tal caso no podría haber nadado y bailado con la gracia y el abandono que él acababa de presenciar.

—Y ahora, usted ha venido a salvarme —exclamó ella, suplicante—. ¿No es cierto?

—¿Salvarla de qué? —replicó Arnaud, festivamente, sin olvidar el vacío de sensaciones que había experimentado al comer—. ¿Cree que los Unos van a devorarnos y que nos engordan como a los pavos de Navidad?

Aleesa se estremeció.

—No quiero pensar en eso —exclamó, volviendo a estallar en lágrimas.

Arnaud se levantó, tomó a Aleesa de la mano, y la atrajo hacia sí.

—Aleesa —declaró, confiado—. Creo que no corremos ningún peligro inmediato. Pero debemos permanecer el uno cerca del otro. Si alguien o algo intenta atacarla, la defenderé —le sonrió—. Usted debe dominar en seguida ese miedo. El miedo impide pensar con claridad, y si queremos evitar el peligro, tenemos que pensar.

Aleesa le sonrió trémulamente.

—Me siento ya más segura, desde que usted está aquí —reconoció.

Arnaud se rió. ¿Qué era lo que el almirante había dicho semanas o siglos atrás? ¿Trucos teatrales?

—Aleesa —dijo, repentinamente serio, al ver la creciente indignación que despertaba en ella su risa—, ¿ha tenido usted alguna vez la sensación de que alguien la estaba vigilando..., de que bailaba, comía o nadaba con usted?

Ella apartó los ojos, malhumorada, y retorció una hoja de helecho.

—Y si es así, ¿qué? —preguntó—. Aquí no ha habido nadie.

—No importa —mintió Arnaud—. Muéstreme la piscina. Tal vez hay ahora alguien en ella. Si estamos nosotros, también pueden venir otros más.

Aleesa echó a correr entre los grupos de helechos y flores rojas.

—Venga por aquí —gritó, y Arnaud corrió tras ella. No encontraba razón alguna para aquella carrera, pero la siguió obedientemente.

Se reunió con Aleesa en la orilla de una gran piscina de azulejos, cuyas aguas límpidas y apacibles reflejaban el fulgor de la luz del techo. Aleesa se había quitado la resplandeciente túnica verde; se disponía a tirarse al agua, cubierta sólo con un breve traje de baño blanco. Él la abrazó por la cintura. Los dos cayeron al agua, riendo.

Ella se soltó de sus brazos y se echó hacia atrás sus negros mechones.

—¿Qué quiere hacer?, ¿ahogarme? — le preguntó.

—¿Por qué huía de mí? —replicó él.

Aleesa lo miró, extrañada, mientras movía las piernas y los brazos para mantenerse a flote.

—No sé —contestó—. Yo... no sé. Sentí simplemente deseos de correr.

Arnaud nadaba alrededor de ella.

Bolitas contra la evaporación

Siempre ha constituído un grave problema la evaporación en los reservorios de petróleo crudo; pero un nuevo procedimiento ha venido a resolverlo. Consiste en cubrir la superficie líquida con una capa de bolillas de resina llenas de nitrógeno. Estas diminutas bolitas tienen un diámetro de 0.005 a 0.010 mm.; introducidas junto con el petróleo al llenar el tanque, suben luego a la superficie, formando una capa protectora de 12 a 15 mm. De esta manera, se reducen en un 85 % las pérdidas, de tal modo que, en un año, las bolitas "se pagan solas".

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—¿Y de qué tiene deseos ahora? —le preguntó.

—¿Le gustaría saberlo? —repuso ella, hundiéndose en el agua con exquisito movimiento.

Él siguió con la mirada el curso de su cuerpo a través del agua clara, y la persiguió desde arriba. Cuando ella salió a la superficie, la abrazó de nuevo; pero ella se escurrió y, riéndose burlonamente de él, fué hasta el otro extremo de la piscina. Mientras Arnaud hendía la superficie con sus poderosas brazadas, sintió que le chupaban el cerebro, experimentando la sensación de un telereceptor abierto, con un oyente fascinado al otro extremo. Al llegar al final de la piscina, Aleesa salió del agua y se sentó en el borde, agitando alegremente las piernas dentro del agua y salpicando sin piedad al nadador que se aproximaba.

—¡Eh, Aleesa, estése quieta! —salió y se sentó a su lado—. Creo que, con su ayuda, podré encontrar a los Unos.

Ella lo miró, poniendo un hociquito de enojo.

—No quiero encontrarlos. Creí que usted iba a mantenerme alejada de ellos.

—Si los encontramos, tal vez nos permitan irnos. ¿No es eso lo que usted desea?

—Pero ¿no querrán que me quede para que baile para ellos?— se irguió orgullosamente—. Macklure dijo...

—¿Todavía crees lo que dijo ese esclavista? Además, creo que los Unos la habrán visto bailar. Están aquí, en alguna parte.

La bailarina recorrió con la mirada el jardín y la piscina.

—¿Dónde? —preguntó con inquietud—. No he visto a nadie aquí más que a usted, y mucho menos a un grupo de viejos con patas de langosta.

—¿Le parece que los Unos son así? —rió él—. Creo que le espera una sorpresa. Piense bien —le rogó seriamente—. Cuando usted huyó de mí, cuando se alejó nadando, cuando me salpicó de agua, ¿no sintió que una fuerza exterior la urgía a hacer todo eso?

Ella asintió. Entonces, Arnaud dijo:

—Fíjese ahora bien, y dígame lo que siente.

De repente, tendió las manos hacia ella, le levantó la barbilla y la besó ligeramente en los labios.

Sobresaltada, Aleesa fué a rechazarlo, pero luego lo estrechó contra sí en un apretado abrazo. El agotamiento de sus sensaciones, de sus emociones mismas, fué tan intenso, que estuvo a punto de desmayarse. Al cabo de un momento, Arnaud vió a Aleesa inmóvil entre sus brazos.

La dejó suavemente en el borde de la piscina y, reuniendo un poco de agua con las manos, le lavó la cara.

Ella se agitó, se sentó y lo miró, extrañada.

—Nunca me han besado así.

Él le sonrió.

—Me gustaría pensar que es mérito mío —reconoció, avergonzado—. Pero han sido los Unos de Crae, aprovechándose de una cosa buena.

—Sí —reflexionó ella—. Alguien ha gozado con eso aún más que yo. He sentido que me arrebataban mis sensaciones.

—Eso es lo que he querido decir. Creo que a eso se referían las mujeres cuando le dijeron que los Unos la consumirían. Por eso estamos aquí. Los Unos, sean lo que fueren, gozan con nuestras sensaciones. Creo que cuanto más fuerte es la sensación, más gozan con ella. Las semanas de trabajos torturantes que precedieron nuestra situación actual, hacen que nuestros placeres sean ahora más embriagadores. Un filósofo dijo que el placer era el proceso de ir de un estado doloroso a otro menos doloroso; y eso es lo que estamos haciendo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

¿En qué época le gustaría vivir?
¿Qué mundos le gustaría visitar?

¡Qué problema!... Al elegir una época o un mundo se eliminan todas las demás posibilidades.
¡Pero usted *puede* vivir en cualquier época, desde el comienzo del mundo hasta el fin de la historia!
¡Usted *puede* visitar cualquier planeta hasta los límites del Universo!
¿Cómo?

Leyendo **más allá** naturalmente.

Con $ 6.— usted podrá comprar su pasaje mensual a través de todos los tiempos y todos los espacios, y con $ 60.— su viaje durará un año...

SUSCRIPCIONES: En la Rep. Argentina: $ 60 al año.

más allá

AV. ALEM 884
BUENOS AIRES

Deseo suscribirme por un año a MAS ALLA. Adjunto cheque o giro postal por $ 60.

Nombre .....

Dirección .....

.....

(ESCRIBIR CLARO)

—¡Bah, déjese de filósofos! —replicó Aleesa—. ¿Cree usted que es ahora el momento de hablar de lo que dijo algún viejo hace miles de años?... *Bésame* de nuevo, Arnaud —y le ofreció su boca tentadora.

—Aún no, hechicera. ¡Esto es muy importante!

Ella retrocedió, ofendida.

—Váyase, entonces; pero no crea que volveré a darle otra oportunidad.

—Realmente usted no quería que la besara. Eso fué una sugestión de los Unos —le informó él.

—¡Oh!, ¿sí?... —replicó ella, poniéndose en pie, tomando la diáfana túnica verde, caída sobre la hierba, y pasándosela por la cabeza.

Arnaud siguió sentado, mirando el agua quieta, con las manos unidas sobre las rodillas, meditativo.

—El poder telepático es como la luz —prosiguió—: varía inversamente con el cuadrado de las distancias.

—¿Sí?...

—Claro —él no hizo caso de su sarcasmo—; y eso nos indica cómo podemos encontrar a los Unos.

—Pues los buscará usted sin mi ayuda —dijo ella categóricamente—. Voy a volver a mi habitación, hasta que se le pase el ataque de filosofía y matemáticas.

—¡Oh, no; nada de eso! —Arnaud se levantó y fué hacia ella, que se ajustaba la falda con un movimiento final.

Aleesa lo esquivó y corrió hacia la entrada del vasto jardín, saltando ágilmente sobre las flores y evitando los helechos.

En el centro del jardín, aproximadamente, él la alcanzó, la sujetó, la besó brevemente y la soltó, frunciendo pensativo la frente, mientras calculaba la fuerza del tirón psicotelepático. Allí era menos fuerte que en la piscina.

Volviendo a la caza, Arnaud alcanzó de nuevo a Aleesa, que había tropezado y caído. La puso en pie, la besó y volvió a calcular. Sin duda alguna, Aleesa había tropezado bajo la influencia de aquellos que querían que la besara. El tirón psicotelepático fué más fuerte.

Antes de que entrara en un "hall", idéntico a aquel por donde Arnaud había salido al jardín, la alcanzó de nuevo. Aún antes de besarla sintió la ansiosa anticipación de alguien, de algo. Aquel beso, como el primero, dejó insensible a la pareja.

Arnaud, mentalmente el más fuerte de los dos, dejó a Aleesa sobre la hierba.

—Desmáyate si quieres —le dijo—. Estoy sobre la pista.

Ella se acurrucó sobre la hierba, prorrumpiendo de nuevo en fáciles lágrimas.

—¡Malvado! —gritó, golpeando la suave hierba con sus puños, mientras Arnaud, sin hacerle caso, tiraba de los grupos de flores, pasaba la mano por la estructura, aparentemente sólida, de las paredes, a ambos lados de la puerta, y buscaba con los ojos, en la parte superior, unas aberturas que no había en ellas.

Entonces Aleesa se levantó y se acercó a él. Echándole los brazos al cuello le hizo bajar la cabeza y lo besó. De nuevo, la impresión fué intensa, Arnaud le soltó los brazos y la dejó otra vez sobre el césped, para continuar su registro.

Cuando se acercó a examinar uno de los soportes de oro forjado, del que pendía un globo de cristal, Aleesa se echó de nuevo encima de él. Arnaud se tambaleó bajo la fuerza de la orden mental que lo impulsaba a hacerle el amor. Los sinuosos contornos de la cara de Aleesa se apretaron contra la de él, y los brazos de Arnaud la sujetaron como si nunca más fuera a soltarla.

Aquello era demasiado. Haciendo un inmenso esfuerzo de voluntad, asió

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

con una mano los brillantes rizos negros que caían en cascadas por los hombros de Aleesa, apartó de sí la divina cara y le asestó en la perfecta mandíbula un puñetazo, como se hace con los que están a punto de ahogarse y oponen dificultades a su salvamento. Aquella vez, Aleesa cayó a tierra, en silencio.

Arnaud se volvió rápidamente hacia el pesado soporte de oro. Miró con atención el globo que sostenía. Antes, había visto uno de aquellos globos, encendido, en el "hall". Pero los del jardín estaban apagados como los que había en su habitación y uno de los que había visto en el cruce de los corredores. Alzó la mano, cogió la cadena de oro, la descolgó de su gancho, y bajó el globo para mirar la pequeña abertura circular que tenía en su parte superior.

Parecía lleno hasta el borde, de un líquido oscuro. Fué a meter un dedo en él. Todos sus músculos se le helaron ante la orden instantánea que lo inundó y le penetró por todo el cuerpo:

—¡No me toques!

Capítulo 7

LOS UNOS MENTALES

ARNAUD se quedó inmóvil como una estatua.

—Cuélgame en seguida.

Iba a obedecer, cuando decidió emplear su fuerza mental al máximo, para no cumplir la órden.

—¿Eres una de las entelequias de Crae? —preguntó en voz alta.

—Naturalmente.

—¿Y todos ésos? —preguntó, señalando la línea de globos.

—Aquí hay doscientos de nosotros, y varios miles más en los otros jardines y habitaciones.

Con cada respuesta mental, sentía que iba cediendo al imperioso impulso de colgar de nuevo el globo y no hacer nada más.

—¿Y qué pasaría si no cuelgo el globo y lo destrozo? —dijo, amenazador.

Recibió esta respuesta, impregnada de miedo:

—Moriría.

Y al instante, Arnaud corrió hacia el centro del jardín, lejos de las numerosas órdenes que le llegaban de todas partes, pidiéndole que colocara inmediatamente el globo en su lugar.

Allí se sentó, sujetando el globo en vez de la cadena..., para dificultar aún más el cumplimiento de las órdenes de los Unos.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

La voz mental era angustiosa, lamentable.

Arnaud reflexionó.

—Primero vamos a hablar —dijo.

—Nosotros no te hemos hecho daño, ¿verdad? Sabemos que aquí lo estás pasando muy bien.

Arnaud sintió en su pensamiento una sugestión de risa.

—Aquí es bastante agradable —reconoció—, pero, ¿y el dolor que le precedió?

—No sabemos nada de eso. Nuestros agentes te rescataron, ¿no es cierto?

—Nada de eso —informó apasionadamente Arnaud al ser que había en el globo—. Nos privaron de nuestra libertad y nos obligaron a hacer una labor agotadora, con gran dolor de la mente y del cuerpo. Vosotros disteis la orden.

—¡Oh, no! —el Uno rechazó, indignado, la acusación.

—¡Oh, sí! —replicó el guardia—. Se nos ha tratado con gran crueldad, para intensificar simplemente tu placer. Y vosotros habéis sido la causa de todo, como lo sabréis muy bien por los pensamientos de los que vienen aquí; por lo menos hoy lo habéis oído mientras Aleesa me contaba lo que le había pasado.

—Bueno —vaciló el ente del globo—, *sabemos que todos los que vienen aquí han sido sometidos al dolor; pero nosotros no tenemos ninguna responsabilidad en eso. La Compañía de Salvamento Jones y Smith* —esta explicación resultaba complicada al ser transmitida mental y no oralmente— *tiene permiso para emplear Crae como una base de su altruista misión (hasta le permitimos que explote un poco nuestras minas) a cambio de que nos deje gozar de la sensación de placer y alivio de esas pobres criaturas, a las que arranca de una esclavitud abominable o de la terrible suerte de los náufragos del espacio.*

—¿Entonces, Jones y Smith son los responsables de la opresión que existe en la superficie de Crae? —preguntó escépticamente Arnaud.

—¡Opresión... en la superficie de Crae! —expresó el pensamiento incrédulo del Uno—. *Nosotros no tenemos la culpa de ella; ni tampoco puede tenerla Smith, que vive aquí y dirige el cuidado de los pobres sobrevivientes y los esclavos escapados. ¡Es un ser humano tan considerado y bondadoso!* ("Benéficamente simbiótico", habría sido más aproximado a la imagen mental.)

Arnaud se dió cuenta de la sinceridad del Uno, y, aunque débilmente, percibió también las repetidas seguridades que desde lejos le transmitían los demás Unos.

—¿Qué te hace pensar que es bondadoso y considerado? —preguntó Arnaud.

—Nuestras experiencias con Smith han sido agradables. Fué él quien preparó estos jardines, las salas de cura y las demás cosas destinadas a vuestro placer y el nuestro.

Mejor será que comencemos por el principio. En primer lugar, ¿cómo os asociasteis con Smith?... ¿Y cómo sabéis que existe el espacio y la superficie de Crae, si no tenéis movilidad? —preguntó el asombrado Arnaud.

—Hace tiempo —le contó el pensador del globo—, *la nave de Jones y Smith tuvo una avería en la superficie de Crae. Buscando agua y dónde refugiarse, ellos y los miembros de su tripulación bajaron por los antiguos túneles volcánicos a nuestras grandes cavernas, donde descubrieron que vivíamos lánguidamente en los manantiales que nos daban la vida. Penetramos en sus mentes y nos enteramos de que existía el espacio, y comprobamos, con gran placer, que la seguridad de nuestras cuevas y los poderes curativos de algunos de nuestros manantiales los libraban del dolor y del miedo. Mientras unos miembros de la tripulación reparaban la nave, otros comenzaron a cavar los túneles, buscando unas cosas que llamaban tesoros. Como no sabíamos lo que estaban haciendo, temi-*

Más allá de lo supersónico

MIENTRAS los aviones y cohetes empiezan a tantear el terreno en las velocidades supersónicas, ya se están haciendo experimentos para determinar qué les pasará a los aviones del futuro que vuelen a velocidades llamadas hipersónicas (20.000 km/h). Para ello se ha debido recurrir a nuevos túneles aerodinámicos, en los que, en lugar de ventiladores que mantienen una corriente de aire constante, se utilizan verdaderas explosiones de helio. Este gas, comprimido a 100 atmósferas y calentado a 500 grados, se deja expandir repentinamente, produciendo una descarga que dura apenas 30 segundos. Así se han obtenido velocidades de más de 19.000 km/h.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mos que destrozaran nuestro hogar; por eso nos apoderamos de sus mentes y los detuvimos. Smith y Jones, que, por lo visto, eran más inteligentes que los demás, sintieron nuestra presencia y nos encontraron en los manantiales. Nosotros nos comunicamos con ellos y les informamos de la alegría que nos había producido al principio su llegada y del miedo que teníamos de que sus voladuras destrozaran nuestros manantiales. Entonces, subieron a la superficie para conferenciar con los demás miembros de su compañía, y volvieron para ofrecernos nuevos placeres y oportunidades. Al principio nos ofrecieron quedarse a vivir en Crae, para que compartiéramos sus pensamientos, si les permitíamos seguir con todo cuidado sus excavaciones. Les replicamos que, durante el tiempo que llevaban aquí, sus pensamientos y reacciones se iban volviendo cada vez más obtusos; que lo único que les interesaba era excavar y llevarse trozos de roca carentes de todo interés; que aquello no podía compararse con sus primeros placeres al verse salvos y curados por nuestra agua (la cual, desde luego, a pesar de su deseo, no pudimos permitir que se la llevaran a otros planetas). Después de otra conferencia en la superficie, Smith volvió para explicarnos la naturaleza de sus operaciones de rescate y rogarnos que concediéramos el refugio de Crae a los desgraciados que salvaban de la esclavitud (un estado terrible que, según nos explicó, era muy frecuente entre los de su especie) o de los frecuentes y espantosos accidentes que hacían tan azaroso el viaje por los espacios. Asentimos alegremente. Entonces, sus ingenieros y trabajadores comenzaron a abrir túneles, convirtiendo nuestras cuevas en un lugar donde podrían vivir los seres humanos, encontrando en él grandes placeres y proporcionándonos, de ese modo, sensaciones muy agradables, ya que nuestra simple estructura celular nos impide tener aventuras interesantes propias. Los hombres de Smith construyeron también estos globos, en los que se nos puede transportar de cueva a cueva, para estar cerca de la fuente del placer humano. Naturalmente, nosotros permitimos que Smith se llevara los restos de roca que sacaron al ampliar nuestros túneles y cuevas para acomodar éstos al uso de los humanos. Y por esa razón, sabemos que Smith y Jones son bondadosos y considerados, tanto con su especie como con nosotros. Si no lo fueran, si los que gozan en estos jardines se sintieran desgraciados en ellos nos apoderaríamos en seguida de sus mentes y les haríamos marcharse para siempre de Crae.

Arnaud miró al globo, frunciendo el ceño.

—Tu historia de Jones y Smith puede ser cierta —reconoció—; pero, como vuestro poder hipnótico no me afecta apenas aquí, en el centro del jardín, no puedo creer que estéis capacitados para enviar a nadie lejos de la superficie de vuestro planeta, si no podéis evitar siquiera que hagan excavaciones. Si la mayor parte de lo que cuentas es exacto, estáis completamente a merced de Smith y Jones, que, dominando como dominan la superficie, pueden destruiros lanzando explosivos a vuestros túneles, en cuanto les causéis la menor molestia.

Sintió que un repentino estremecimiento de temor se comunicaba a su mente desde todos lados. El claro pensamiento del ser que tenía ante sí prosiguió:

—Es cierto que nunca hemos intentado echar a todos los hombres de la superficie y quizá no habríamos podido hacerlo si fuéramos menos. De todos modos, siempre hemos logrado ahuyentar de las regiones inferiores a los que nos desagradan. Aun en los casos en los que la persona está muy lejos de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nosotros y por ese motivo no podemos forzarlo hipnóticamente a que haga nuestra entera voluntad, logramos provocarle ansias de huir de aquí... y lo conseguimos de este modo.

Arnaud sintió que la piel comenzaba a irritársele y luego a picarle furiosamente. Se puso en pie, de un salto, bailando por el dolor, que tan pronto se le hincaba en la planta del pie, como una espina, tan pronto le hería la pupila, como una aguja incandescente. Luego, el dolor lo abandonó, y Arnaud volvió a sentarse en la hierba. Sentía la ausencia de absorción mental, y vagamente se dió cuenta de que las mentes que rodeaban el jardín retrocedían ante el dolor.

—*No nos gusta hacer eso* —murmuró la mente—, *pero tenemos que defendernos de algún modo. Así pudimos ahuyentar a muchos de los que nos habían traído, cuyas mentes eran torpes o gozaban de un modo inesperado e incomprensible con el dolor de los demás. También les hicimos olvidarse de su permanencia aquí, para que no intentaran volver de nuevo a molestarnos.*

Arnaud siguió sentado en la hierba, procurando recobrar el dominio de su cuerpo y de su pensamiento.

—Supongamos —expresó vagamente— que yo pudiera probarte que Smith y Jones han estado engañando..., que se dedican a producir el mal que luego borráis aquí con tanto placer vuestro. ¿Qué pasaría entonces?

La respuesta fué una ola de voces confusas y atemorizadas.

—*Tendríamos que despedirlos inmediatamente* —le contestaron con tristeza—. *No podríamos soportar la idea de que existía el dolor para satisfacer de tal manera nuestros deseos y necesidades.*

Arnaud se vió obligado a creer en las sencillas criaturas. Tenía que creer en ellas aunque su creencia fuera resultado de la hipnosis. Al parecer, sólo eran capaces de esperanza y miedo, de placer en presencia del placer humano, de dolor en presencia del humano dolor, de desagrado y hastío ante la avaricia humana y ante los problemas intelectuales o económicos de los humanos. Quiso comprobar sus conclusiones pero no le contestaron con la vehemencia que esperaba.

—*¡Qué simpleza!* —fué la única respuesta.

—¿Gozáis obligando a los humanos a cumplir con vuestra voluntad? —preguntó también Arnaud.

—*Los humanos no gozan cuando se los fuerza* —fué la respuesta—; *por lo tanto nosotros no podemos gozar forzándolos a hacer lo que naturalmente no desean.*

EN aquel momento, Arnaud se dió cuenta de que Aleesa lo llamaba.

—Arnaud —la voz, llena de temor, llegó claramente hasta él, por encima de los altos helechos—, Arnaud, ¿se han apoderado de ti?

—Aquí, Aleesa, en el centro del jardín.

Ella se acercó corriendo a él. Arnaud levantó el globo, sosteniéndolo por la dorada cadena, y fué hacia Aleesa.

—Arnaud —jadeó ella al fijarse en el globo—. ¿Qué es eso, y por qué lo sacaste de su lugar?

Él le sonrió.

—Este globo contiene un Uno de Crae —le informó.

—¡Destrózalo! —le pidió ella.

—¡No, Aleesa; él te quiere! ¿No lo ves?

Aleesa se quedó inmóvil, aturdida.

—¿Qué me quiere? —dijo.

Como en respuesta a la afirmación de Arnaud, una oleada de afecto recorrió el jardín.

—Sí, y ha gozado con tus danzas, como te prometió Macklure.

—Es cierto... ¡Siento que es verdad! —Aleesa se irguió graciosamente, en las puntas de los pies, e hizo la profunda reverencia de una bailarina al terminar su baile.

—Ve al extremo del jardín y baila para ellos —le ordenó Arnaud—, mientras yo termino mi asunto con este Uno.

—Asuntos... —exclamó ella con enfado—. A los hombres no les interesan más que sus asuntos. Por eso me sentía siempre feliz en el Venusberg, donde los hombres abandonaban los asuntos y venían siempre a divertirse, que es lo que más les importaba.

—¿Te gustaría volver a bailar allí? —le preguntó el guardia.

—Claro; aunque reconozco que me gusta esta sensación de que me quieren y me aprecian, que tengo aquí ahora.

—Entonces baila y siéntete apreciada. Tal vez volvamos a Venus antes de lo que te imaginas.

Sin soltar el globo, Arnaud acompañó a Aleesa hasta la pared, donde los globos brillaban, ansiosos de placer. La dejó allí y volvió a entrar en el corredor que conducía hacia la habitación donde él se había despertado, después del prolongado letargo.

Por el camino, el Uno le preguntó:

—*¿Qué es el Venusberg, del que la bailarina habló con tanto deseo?*

Arnaud sonrió, herido de repente por una idea.

—Tal vez llegarás a verlo. ¿Puedes pedirle, a uno de los de la superficie, que baje a hablar conmigo?

—*Seguramente. ¿Quieres poner a Smith frente a las pruebas de sus hechos?*

Pero Arnaud le pidió que llamara a Marco Neery, y sintió cómo su petición se transmitía, repetida mentalmente de globo en globo, a lo largo del corredor, hasta perderse en la roca por donde él había venido.

¿por qué, cómo, cuándo, dónde?

más allá contesta a todas las cartas que le escriban sus lectores, los cuales están invitados a formular preguntas sobre temas científicos, que serán contestadas por la Sección Científica. Algunas de las respuestas se publican cada mes en la sección CORRESPONDENCIA, indicando también nombre y dirección de los firmantes, a menos que se nos pida no hacerlo. Las preguntas deben ser claras y, en lo posible, breves; cada carta no debe contener más que una pregunta.

escriba a

más allá

AVENIDA ALEM 884 Bs. Aires

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Capítulo 8

LOS ESCLAVOS DE CRAE

APENAS hubo llegado Arnaud a su habitación cuando oyó el apagado ruido de los pasos de Marco sobre la alfombra.

—¡Arnaud! —exclamó Marco al entrar en la habitación—. ¿Qué haces en este lugar maravilloso? ¿Cómo recobraste la libertad? ¿Has conquistado a los Unos?

Arnaud le indicó con el gesto el globo que tenía en la mano, y los cuatro que colgaban en las esquinas.

—Estos son los Unos, Marco. Necesitan nuestra ayuda.

Marco se sentó, perplejo, en el lujoso diván.

—¿Qué?...

Arnaud le contó lo que los Unos le habían dicho en el jardín, a lo cual agregaron alguna que otra palabra los cinco que se hallaban colgados en la habitación.

Cuando Arnaud terminó, Marco se dejó caer en el diván, apretándose las hijadas y desternillándose de risa.

—¡Oh, Dios mío! —jadeó—. ¡Éstos son los monstruos que están aterrorizando la Galaxia! —pero se serenó al sentir el dolor que su diversión causaba en los sencillos Unos—. ¿No podemos hablar donde no nos oigan? —le preguntó a Arnaud.

Me temo que, si lo hacemos, no confiarán en nosotros, ahora que les hemos enseñado a desconfiar —replicó Arnaud—. Eso es lo que hicieron Smith y Jones, y ellos saben cómo resultó.

—¿Qué sugieres, entonces? —preguntó Marco.

—Creo que ellos dos deberían quedar a cargo de la Guardia de la Galaxia. Y que, como a tutores suyos, podían encargarnos de readministrar las minas de Crae, proporcionándoles así una renta segura.

—Nosotros no somos hombres de negocios, Arnaud.

—No, pero la administración de la Guardia podría probablemente encontrar a alguien que nos ayudara.

—Creo que es un problema que podemos resolver nosotros. Y se me ha ocurrido una idea —sugirió Marco.

—¿Cuál?

—El hombre de negocios más competente que yo conozco es Jones, de Smith y Jones. Su organización es realmente asombrosa. Sus hombres conocen todas las riquezas de Crae... En realidad tienen ciertos derechos de descubrimiento. Además tienen acceso a mercados muy buenos para los minerales y las gemas que sacan de aquí. ¿Por qué no dejarles que sigan su trabajo?

—Pero..., pero... —objetó Arnaud— ¡sus métodos son inhumanos y antisociales! ¿Vamos a recompensarles sus crímenes y su piratería?

—Su métodos *eran* criminales —corrigió Marco—. Conozco a Jones y estoy seguro de que preferiría acabar con el tráfico de esclavos y emplear métodos más económicos.

—¿Y Smith?... Él ha sido el espíritu que dirigía los trabajos forzados en la superficie. Debe de gustarle. Tiene que ser un sadista de pies a cabeza, de eso estoy seguro.

Se sintió una oleada de fuerte oposición, de contradicción, proveniente de los Unos.

—No, Arnaud, no lo creo. Recuerda que los Unos nos dijeron que no podían soportar la presencia de sadistas. Smith es simplemente un hombre de negocios inteligente que, de un modo incidental, ha empleado capataces sadistas, para crear el dolor y el terror entre los trabajadores. Probablemente es cierto que no siente el dolor como nuestros amigos, pero eso tampoco quiere decir que le guste.

—¿Pero qué les diríamos? ¿Cómo podríamos hacerles intervenir en una transacción mercantil provechosa, sin que al mismo tiempo perdieran todo el respeto por la Guardia del Espacio Galáctico?

—Nunca sabrían que es un asunto de la Guardia. Yo hablaría personalmente con Jones..., le haría creer que me proponía una transacción ventajosa para él. Jones se enorgullece particularmente de ser más inteligente que cualquier guardia y, por lo tanto, se cree más listo que todos los guardias juntos. Si alguien lo convenciera de que no lo es tanto, creo que la Galaxia perdería un hombre de empresa de primer orden.

—¿Quieres decir que le harías creer que tú eres también un criminal? —preguntó Arnaud, con menos asombro que duda.

—¡Oh! —rió Marco—, de eso está convencido. ¿Cómo crees que llegué a capataz, en vez de estar encadenado como tú? Me aseguró que esto iba a proporcionarme la gloria, porque al fin entregaría algunos de sus compinches a la Guardia. Aceptará cualquier mentira que se me ocurra contarle.

De nuevo la oleada de asombro de los Unos se comunicó a los dos hombres.

—Una mentira... ¿Mentirías a nuestros amigos Smith y Jones? ¿Cómo podemos confiar en vosotros, si sabemos que mentís a los demás?

—Esta vez —les dijo Marco— no sería una verdadera mentira. Y, por lo menos, ellos dejarían de engañaros. Libres

---

Radioactividad humana

La cirugía plástica sigue haciendo maravillas: los médicos rusos comunican que han encontrado un nuevo método de restablecimiento de los dedos perdidos. Comienzan por hacer un injerto de piel, llamado "tallo de Filátov", tomando un trozo de piel de una región sana del cuerpo, pero sin separarla totalmente, de manera que la región sana la mantenga viva hasta que prenda en el dedo cortado. Con esta piel se forman las partes blandas del nuevo dedo. En cuanto al hueso, se obtiene con material plástico. Y para que todo esté completo, los tendones lesionados se prolongan con hilos de seda, unidos por dentro a las puntas de los dedos artificiales. Los experimentos realizados indican que estos dedos pueden cumplir los más variados trabajos.

NUMEROS ANTERIORES
de
más allá

Para los lectores que deseen completar la colección de la revista, tenemos en depósito una cantidad limitada de ejemplares de los números anteriores, en venta al precio de tapa de $ 6.— por ejemplar. Pueden obtenerse o adquiriéndolos directamente en las oficinas de la Editorial Abril, Av. Alem 884. 1º piso, Buenos Aires; o remitiéndonos un giro postal por el importe correspondiente a la orden de

EDITORIAL ABRIL S. R. L.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de la necesidad de producir seres aterrados y destrozados por el dolor, para vuestro placer, podrían seguir viviendo de acuerdo con los términos que mejor comprenden y más les gustan: los de los negocios.

—*Pero, ¿y nuestros placeres?* —expresó el pensamiento unido de los cinco.

—Los Unos no experimentan alegría alguna por los actos forzados —le explicó Arnaud a Marco—. Y si se los separa, la Galaxia no correrá peligro de que se conviertan en dictadores en potencia.

—Pero ya sabes el prejuicio contra los telépatas que existe en toda la Galaxia —recordó Marco.

Arnaud le replicó, pensativo:

—¿Recuerdas la órdenes especiales de la última conferencia? — y le dió los indicios más vagos para que los Unos no conocieran nunca los métodos ni los fines de la Guardia del Espacio—. Debemos tomar la decisión y actuar de acuerdo con ella.

—Sí —reconoció Marco, pensativo.

—¡Entonces, piensa! ¿Dónde, en los planetas habitados por el hombre, se encuentran los lugares donde siempre hay placer y un alivio seguro de las preocupaciones y dolores? — le instó Arnaud.

—¿En las bibliotecas?, ¿los hospitales?, ¿los hogares?, ¿los bares?... —sugirió, perplejo, el guardia.

—Eso es: en los últimos; ¡en los bares y clubes como el Venusberg! Los Unos serían allí felices, ¿no?

—Pero las peleas, la degradación, los borrachos... —se opuso Marco—. Estas criaturas no podrían soportarlo nunca.

—¿Quién pelearía si le ordenasen lo contrario? —dijo triunfante Arnaud—. ¿Y quién bebería demasiado cuando un repentino picor le hiciera salir precipitadamente del lugar? Descansando tranquilamente en botellas de *thiska* vacías, en los anaqueles, estos Unos se divertirían allí más que nadie —Arnaud hablaba con vehemencia—, y si se aburrieran en algún bar en particular, podrían pedirle a algún individuo interesante que los comprara al encargado del bar, para llevárselos a otra parte —su mente se llenó con las imágenes de los hoteles más lujosos del sistema, donde los sibaritas comían, bebían, bailaban y gozaban mirando las voluptuosas posturas de hermosas bailarinas.

La aprobación de los Unos fué instantánea y poderosa.

Marco podría haberse resistido a sus súplicas si lo hubiera deseado así, pero se limitó a reírse y reconocer que el plan de Arnaud era bueno.

—En nombre de la Guardia del Espacio —pronunció, solemne, ritualmente—, juro ayudar a la penetración de los Unos de Crae en la Galaxia.

PEQUEÑAS bombillas de vacilante luz anaranjada y pesados vapores de la *thiska* llenaban el aire entre la mesa que ocupaban Arnaud Grath y Marco Neery y las otras mesas del Venusberg Club, llenas todas de gente. El humo del tubo de *theel* de Arnaud se alzaba lentamente de la mesa donde había dos vasos medio llenos de *thiska* y dos botellas.

Echándose hacia atrás la capa de forro escarlata que le cubría los hombros, Arnaud se levantó, tomó una de las dos botellas y llamó a uno de los camareros venusianos, vestido con la túnica verde de los nativos. El hombre se acercó.

—Marqué esta botella para mi uso privado —le dijo al camarero—. Póngala en el bar, pero separada de las demás.

El venusiano se inclinó, ceremonioso, en señal de asentimiento, y retrocedió llevándose en la mano el nuevo hogar de un Uno de Crae.

—¿Quieres venir conmigo para que te presente a Aleesa? —Arnaud le indicó con el gesto el pequeño escenario donde los tocadores de balipsa ejecutaban los últimos y alucinantes compases de la danza, donde los pliegues ligeros y brillantes de la verde falda de Aleesa barrían el suelo en la reverencia final.

—Me parece muy bien — convino Neery, amablemente estimulado por la *thiska*.

Los dos hombres avanzaron entre las mesas, dirigiéndose hacia la puerta. El venusiano que montaba guardia junto a ella, se arrodilló con profunda gratitud, al ver a Arnaud.

—Eres el *ghurba* de todos nosotros —le dijo el esbelto criado, inclinándose—. Has rescatado a nuestra princesa: a nuestra *heesa*.

Arnaud le indicó que se levantara.

—No fué nada —dijo galante.

Marco contuvo el aliento para no reírse, y siguieron triunfantes, corredor abajo.

Cuando Arnaud rompió los famosos hilos luminosos para entrar en la habitación, Aleesa corrió hacia él, y luego se detuvo, al ver a Marco.

—¡Arnaud, *sheesa!* —exclamó.

Aleesa, éste es mi *ghurba*, Marco Neery, que me ayudó a romper la esclavitud de Crae. Su nave trajo de vuelta a cientos de cansados trabajadores de las polvorientas llanuras, mientras yo volvía en la mía, contigo —y Arnaud no agregó, como podía haberlo hecho, "y con cinco mil botellas de Unos".

—Un amigo de Arnaud... — sonrió ella—. ¿Me ha visto bailar?

Mientras ella giraba de nuevo ante el gran espejo, Arnaud y Marco miraron la resplandeciente garrafa de cristal que había en su mesa, junto a la campanita de bronce; los dos sintieron la bienvenida que les daba el Uno que había en su interior, y los dos sonrieron.

—La he visto bailar, graciosa señora —dijo Marco.

—Entonces, puede besarme la mano —le contestó amablemente Aleesa.

Marco hizo con placer lo que le decían.

—¿Y tú, Arnaud? —Aleesa hizo un pequeño y dulce hociquito, sacando los labios como para pedir un beso—, ¿sigues todavía tan ocupado con tus asuntos?

Arnaud la tomó en sus brazos y unió sus labios con los de ella.

El guardia del espacio debe hacer lo que se espera de él. ✦

Infortunio

El número 13 es indudablemente el más temido de todos los números. Según algunos estudiosos el origen de dicho temor radica en el hecho de que fueron trece los asistentes a la última cena. Con todo, el miedo que inpira es tan universal que la explicación no es nada satisfactoria. Mucho antes de Cristo ya era muy mal considerado. Cuando el décimotercer día del mes cae en viernes o martes la fecha se orna doblemene peligrosa. Sin embargo, las estadísticas indican que en tales días hay muchos menos accidentes y crímenes que en los demás días. ¡Es que hay gente que le tiene tanto miedo al viernes 13, que es capaz de quedarse todo el día entre las sábanas!

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sin apelación

EL JUICIO DE LOS LECTORES

De acuerdo con las cartas recibidas, éste es el orden de preferencia de los cuentos publicados en el número de febrero:

1º Amos de títeres.
2º El tictac monstruoso.
3º Los largos años.
4º El dinosaurio delicado.
5º El amor es un barómetro
6º La trampa.

Escríbanos, indicando su orden de preferencia de los cuentos que aparecen en el presente número. Todos los meses podrá comparar sus gustos con el del promedio de los lectores. Tendremos muy en cuenta su opinión en la selección del material que publicaremos en los próximos números.

Escriba a: MAS ALLA - Avenida Alem 884 - Buenos Aires.

más allá Copyright by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 414.547. Distribuidores. Cap. Federal: C. Vaccaro y Cía. S. R. L., Av. de Mayo 570 - Interior: RYELA, Piedras 113, Buenos Aires.

CORREO ARGENTINO Central (B).
FRANQUEO A PAGAR Cuenta Nº 574
INTERES GENERAL Concesión Nº 4923
Industria Argentina
Insc. en Febril - Febrero 1955.